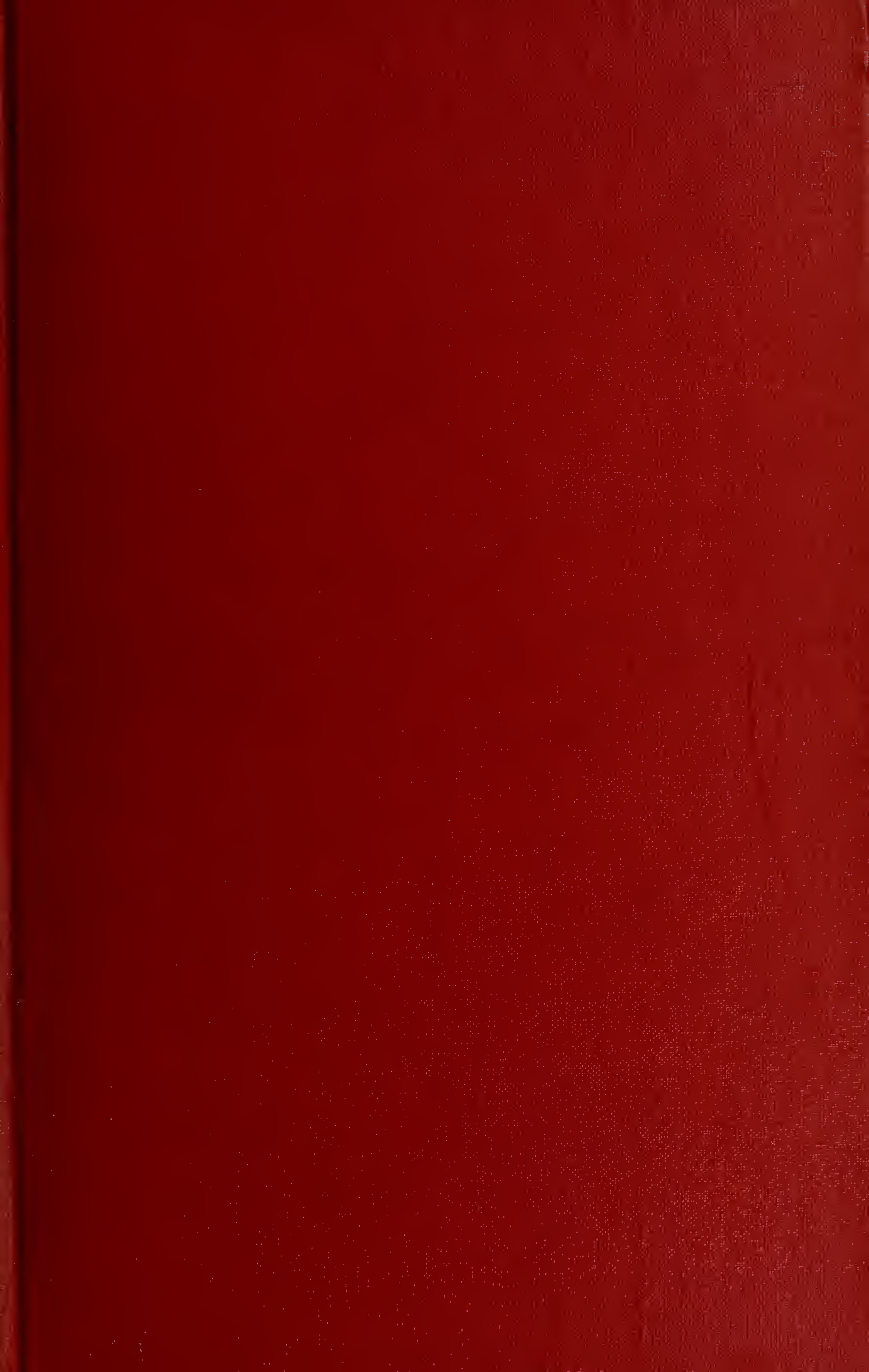



SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS



CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO VI

TOMO XVII
(MAYO A AGOSTO, 1918)

DIRECCION:
APARTADO POSTAL 1909
HABANA
CUBA

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVII. Habana, mayo de 1918. Núm. 1.

MARTÍ

(Conferencia leída en el Ateneo de La Habana el 10 de marzo de 1918 por el profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad Nacional, Dr. Salvador Salazar.)

INVOCACIÓN



OMBRA, mil veces venerable, que fuiste un día consagración y cuna de la más grandiosa idea que puede alentar cerebro humano; sombra augusta, que eres astro en la constelación resplandeciente de los héroes de América; sombra amable que, en los dulces momentos de los felices éxitos, cruzas por el recuerdo de los hombres como una sonrisa de victoria; sombra severa y triste que, en las horas aciagas de la catástrofe y la ruina, relampagueas en el remordimiento cubano como un apóstrofe; sombra trágica que te perdiste en el misterio como una estrella en la noche... surge del fondo de la Historia; ven a llenar, en esta hora solemne de tu patria, los ámbitos de este sitio convertido hoy en templo por la magia evocadora de tu divino nombre; enciende en mi cerebro la antorcha resplandeciente que ilumina el tuyo; pon en mis ojos el ardor misterioso de tus pardas pupilas; fluye en mis labios la dulzura misericordiosa de tus santas palabras de amor y redención; dame tu poder supremo de soñador y apóstol, de orador y poeta, para revivir tu divina doctrina entre tus pobres

hermanos, desorientados y enloquecidos; para que los corazones que incendian las pasiones de la venganza y del odio, palpiten al unísono; para que las frases, torpes hoy por la acechanza y el recelo, se crucen en la paz llenas de humana misericordia; para que las manos levantadas en alto, con airado gesto de agresión y combate, se busquen por el tacto y se estrechen en las sombras de este eclipse de la conciencia universal y del amor humano; para que otra vez juremos, ya que—¡ay de mí!—es necesario hacerlo todavía hoy, pobre poeta!, mantener siempre enhiestos, sobre las altas cumbres, cerca del azur incomparable de nuestro cielo luminoso y al lado de las estrellas que rutilan su luz en ese cielo diáfano, el azul más azul de la bandera, y la luz más brillante de tu mágica estrella solitaria!...

*

Labor difícil, en verdad, decir algo nuevo de la gran figura heroica. Un grupo numeroso de sus contemporáneos, extranjeros y cubanos, ha trazado, en verso y prosa, su soberana imagen de redentor de un pueblo. Leed, recopilad en ese monumento que elevó la piedad filial de Gonzalo de Quesada, los artículos, estudios críticos, biografías, versos y recuerdos familiares de una muchedumbre de escritores, entre ellos los más ilustres de la América. Leed el grito desgarrador del mago de la rima, Rubén Darío: "Martí no debió sacrificarse a Cuba: Martí pertenecía a todo el Continente!" Devorad los recuerdos, llenos de tristeza y de amor, que recogen, piadosos y melancólicos, Manuel de la Cruz, cuyo estudio es una elegía ante el cuarto del Mártir en Nueva York, mudo como un nido vacío; un español honrado, el contador del vapor *Alfonso XII,* Leandro J. de Viniegra, que tuvo ocasión, al conducirlo hasta el destierro, de conocer y amar aquella alma de luz; Domingo Estrada, que profundiza en la psicología extraordinaria del héroe; M. J. González, que le sigue en su labor evangélica de maestro de niños pobres; Tomás Estrada Palma, que le llama y considera su hijo amado; Néstor Ponce de León, que traza su biografía con amoroso esmero; Juvenal Anzola, un venezolano que nos rememora las brillantes explicaciones de su cátedra, que era—¡cuánto honor para mí!—la misma que yo inmerecidamente desempeño,

la Historia de la Filosofía; Enrique José Varona, Máximo Gómez, Juan Bonilla, Julio Burell, Manuel Sanguily, Enrique Trujillo, Wen. Gálvez, Diego Vicente Tejera, Vargas Vila, que lo compara con Vergniaud; Lolièe, que lo asimila a Carlyle; Lincoln de Zayas, *Justo de Lara,* Blanco-Fombona, Batres Jáuregui, Nervo, Sierra, Zumeta y tantos y tantos otros cuya relación fuera inacabable!

Una visión integral, como la que fulgura ante mis ojos, derivaréis de la lectura. Veréis al Martí poeta, al literato, al artista, al caballero, al maestro, al desgraciado, al mártir sobre todo! Y entonces, frente a una figura tan compleja, que sintetiza el más alto valor moral e intelectual de los cubanos, proteica naturaleza dotada generosamente de todas las riquezas morales y mentales, os veréis como yo, perplejo e indeciso, ante la magna labor de encerrar un dios en el estrecho marco de mi pobre palabra y en el corto espacio de algunos minutos.

Pudiera creerse que mi labor se aminora si se tiene en cuenta que de todas estas maravillosas facetas de un alma de diamante, una sola, Martí como prócer de la independencia americana, es la que, por la designación cariñosa de mis compañeros, me corresponde considerar. Pero, ¡es vana ilusión! Porque Martí como poeta sencillo y tierno, como literato simbolista y original, como orador de período arrebatado y elocuencia castelarina, como agitador, como propagandista, como amigo y caballero, como profesor, catedrático, hasta cónsul—que para todo tuvo tiempo su actividad pasmosa—, no es siempre y a todas horas más que una aguja magnética que señala un polo: la redención de Cuba!

Con razón, la voz de la posteridad le ha llamado el Apóstol. Su actuación, desde su primera infancia hasta su trágico final, de cara al sol, como lo había soñado, fué la del más ferviente y puro evangelista.

Yo he encontrado, en la vida de Martí, un incidente que parece trivial y que considero, sin embargo, de singular influencia en toda su vida. Cuenta Viniegra, y sin duda lo escuchó de sus labios, que cuando Martí, a los 17 años, fué trasladado a Isla de Pinos, por haber enfermado en el presidio, se dedicó con ahinco a la lectura de la Biblia. Meditemos un poco en qué

condiciones se ponían en contacto aquella naturaleza fervien-te y apasionada y ese libro por el que pasa, serena y tristemente, la cándida figura del Rey de Nazareth.

Martí, como Cristo, nació en humilde cuna, en una pobre casa habanera de la calle de Paula. Desde pequeño, como Jesús a los doctores, asombró a sus maestros con su profunda inteligencia y su afán de saber. Cuando aún era niño, manifestó ya la pasmosa constancia de que iba a dar pruebas toda su vida, estudiando, contra la voluntad de su padre, en colegios como San Anacleto y el de Mendive, y en el Instituto de La Habana.

Niño todavía, formó aquella asociación secreta de estudiantes que laboraba por la independencia cubana; y una carta de él y Valdés Domínguez a uno de los pequeños conjurados que había faltado al juramento de fidelidad patriótica, lo llevó al presidio.

Quien quiera saber los sufrimientos físicos y morales de aquel pobre ser que fué siempre endeble, y mucho más había de serlo en tan tierna edad, lea su folleto *El presidio político en Cuba.* Los horrores que la dominación española cometía en los acusados de infidentes, están allí trazados con un tono de veracidad y elocuencia tales, que crispan los nervios menos excitables. Con razón pudo decir que Dante no estuvo en este presidio, porque, de haber estado, con pintarlo habría trazado el Infierno!

Léase la descripción del suplicio de Nicolás Castillo, del niño Lino Figueredo, su mismo dolor cuando su padre, horrorizado, descubrió bajo el hierro infamante del grillete la llaga purulenta!

En estas condiciones de hiperestesia mental leyó la Biblia. Nada abre más ampliamente los canales espirituales que la acción del dolor; como si el alma humana estuviera hecha para el sufrimiento, cuando de él se sobresatura es cuando alcanza su más alta plenitud. Y este dolor de indignación, de asco, de desprecio, en un corazón como el suyo construído para todos los arrullos, nacido para amar con todo su poder, había de dejar un surco ancho y punzante como una desgarradura!

Yo creo que fué entonces, en esta alborada trágica en que el hierro selló sus carnes blandas y marcaron la infamia y el

dolor su tierno espíritu, cuando Martí firmó su pacto con el sacrificio y la tristeza. De entonces, jamás rió; y si el amor y la piedad dibujaban en sus labios, en sus peregrinaciones, la sombra benévola de una vaga sonrisa, sus ojos límpidos y claros retrataban la interna e incurable tristeza.

Cuenta Julio Burell, aquel español ilustre que le hizo justicia, que cuando Martí, trasladado de Isla de Pinos a Madrid, trataba de atenuar la difícil y penosa tarea de los estudios jurídicos con sus lecturas constantes, en el Ateneo, de los clásicos españoles, especialmente, como hace notar *Justo de Lara,* Baltasar Gracián, a todos atraía su figura romántica y triste, silencioso, obscuro, meditativo. Así le conoció y le amó, como todos los que de lejos o de cerca sentían el poderoso influjo de su persona atrayente y simpática.

Cuando más tarde preguntó con ansiedad a los diputados autonomistas por aquel extraño asceta del patriotismo, dice Burell que la respuesta era una burla; y alguno, bastante ciego para no percibir las crepitaciones subterráneas de la Revolución, hubo de decirle: ''Martí es un muerto!''

Aquel muerto, ''aquel muchacho, dice Burell, endeble y obscuro, que, hablando en voz baja, con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo, ''soy separatista!'', representa para España un ejército de doscientos mil hombres destrozado, dos escuadras destruídas, dos mil millones arrojados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario del Tratado de París, todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que ya lloramos como catástrofe, todo lo que ya gemimos como vergüenza!...''

Así como él, obscura y silenciosamente, empezó sus predicaciones Jesús de Nazareth; y así como él derribó una civilización y llenó los ámbitos del Mundo!

Y no vaya a creerse que la expresión de ese autonomista a que me he referido, era una voz partidaria frente a las gestiones del Partido Revolucionario: Cuba, como nos lo han dicho muchos contemporáneos, estaba muy lejos de creer próxima la guerra. El fracaso sangriento de la década heroica, que había destruído completamente la riqueza cubana y tanta sangre ilustre había derramado, alejaba de muchos cerebros la idea de una

nueva contienda. Juzgando por esos síntomas, Martí, predicando la guerra, era considerado como un soñador. Cuando, ejerciendo su invencible sugestión personal, Martí habla en Nueva York y en Guatemala y en México y en Venezuela de sus vastos proyectos, muchos sentíanse arrastrados por la magia irresistible de su acento; pero, en su fuero interno, dudaban de la viabilidad de aquellos planes descabellados. Y es que en esto, como en todo, Martí desempeñaba su papel de Evangelista. Nicolás Heredia nos ha conservado una frase de Martí, que después se ha repetido mucho. Se le argüia al Apóstol que nada indicaba, en la atmósfera cubana, la tempestad revolucionaria, sobre todo desde que se anunciaban reformas, las fracasadas reformas de Maura y la burda engañifa de Abarzuza. Respondió: "Es que ustedes miran a la atmósfera y yo escucho en el subsuelo". Sí; la cólera secreta y creciente del pueblo, del último peldaño de la escalera social, no podía percibirla más que él, él, en cuyo corazón, lleno de amor y misericordia hacia todos los oprimidos, encontraba un eco simpático!

¡Ah! Los que se reían de esta facultad maravillosa de escuchar, al través de las olas y desde el destierro, las palpitaciones del corazón popular, eran los que creían que Martí era un muerto! Cuentan de Pitágoras que, a altas horas de la noche, maravillosas noches del Sur de Italia, cuando todos los ruidos de la colmena humana ceden el cetro de la Naturaleza a todas las voces del silencio, en la paz de la noche dormida percibía vagamente, extático y absorto, la música solemne que en sus giros armónicos por el Infinito van pulsando los astros... Y le llamaban loco; y la posteridad, tomando al pie de la letra su teoría del número, lo cataloga en esa categoría de místicos soñadores para quienes se puebla de sombras ingrávidas y misteriosas músicas la selva...

Era el poder de una meditación continua y de una obsesión genial lo que daba proporciones desmesuradas a la facultad auditiva del sabio helénico. Así son siempre los soñadores, para quienes los espíritus prácticos tienen una sonrisa compasiva: enamorados del ideal, que aciertan a escuchar, en el silencio, las voces augustas del misterio!

Esa fué la locura de Martí. También en la alta noche,

cuando la fatigosa labor diaria imponía el descanso, en su elevado pisillo de Front Street, cerca del cielo, en lugar de dormir, divisaba el Apóstol, al Sureste, el fulgor parpadeante de una estrella; y en alas de la brisa de la noche escuchaba un rumor, que era un lamento; una ingrávida voz, que era un gemido; un susurro, que era una plegaria: el ansia de redención de un pueblo esclavo!

Este poder supremo de ver más allá de los acontecimientos superficiales, esta especie de don de doble vista, es otra de sus profundas analogías con el Rabí de Galilea. Cuando Roma, tras Augusto, ocupaba la cumbre del poderío universal, un hombre de humilde cuna, sencillo, modesto, triste, hablaba dulcemente a un pueblo de pescadores. Y el pobre peregrino, errante y extraviado por sendas solitarias, seguido de las burlas y del escarnio, desconocido aun por los suyos, era capaz de ver más allá de los siglos, y divisaba una humanidad mejor, una hermandad de hombres unidos por los lazos del amor mutuo y la virtud.

El partido autonomista hablaba en Cuba a lo mejor, desde el punto de vista social, de la población cubana: a los pudientes, a los instruídos, a los directores. El soñador se dirigía a una muchedumbre de obreros humildes, a un grupo tan pobre y tan pequeño como los pescadores de Galilea. Y vencieron los pobres, vencieron los humildes, por el poder augusto de aquel divino apostolado; y si tienen patria y triunfan y medran los pudientes, los instruídos, los directores, lo deben a aquel sencillo conductor de humildes...

Otra gran analogía con Jesús era su predilección por los apólogos. Cuando nosotros leemos gran parte de las historias o fábulas que el filósofo de Jerusalén narraba a sus discípulos, nos maravillamos de que fueran comprendidas por un pueblo en su mayor parte poco preparado para comprenderlas. Cuando leemos los discursos vibrantes y hermosísimos, simbólicos, metafísicos, llenos de símiles, de Martí en la emigración, nos parece raro que fueran tan frenéticamente aplaudidos por un público en general poco ilustrado. Sus mismas arengas, en el brevísimo tránsito de su figura heroica por la campiña revolucionaria, que, al decir de Miró y Máximo Gómez, sus compañeros de la épica jornada, arrebataban a aquellos incultos campe-

sinos, estaban repletos de palabras cultas, de aquella dicción pura y sabia del orador que era, antes que nada, un artista enamorado del arte y la belleza. Es que influía extraordinariamente su sugestión personal, el tono de su voz llena de convicción y fuego, el brillo atrayente y magnético de sus ojos, la aureola de luz que fulguraba en su ancha frente de pensador! Y luego, su tristeza, la amada pálida con quien se desposara en las canteras de Medina. Así son todos los apóstoles. Diríase que hay tantas espinas en la tarea de conducir los pueblos a su dicha, que los que se lanzan en la senda ya no deben reir jamás. En Martí esta melancolía debía ser y era más intensa. Cristo lloraba contemplando el camino de error por el que la Humanidad, sin brújula ni guía, se lanzaba al abismo de la anarquía moral; pero Martí había escrito esta frase, la síntesis más hermosa de todas las claridades de su espíritu: ''Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo''; y para redimir a su pueblo no bastaba decidirse a realizar lo que él desde el primer momento se propuso, el mismo pacto que selló Jesús con la muerte; no. Martí había dicho: ''se ha de aprender a morir en la cruz todos los días''; y él caminaba, sin volver la cabeza, fija la vista en su polo magnético, que era la estrella solitaria, hacia la agonía, el sacrificio, la muerte!

Pero lo más doloroso, lo más punzante, lo más trágico de su misión era que él, todo amor, todo misericordia, todo ternura aun para los mismos fariseos que flagelaron sus espaldas de niño en aquel horrible eclipse de la conciencia humana que fué su prisión política, lanzaba a su pueblo, consciente pero inevitablemente, por el camino de la guerra, del exterminio, del combate a sangre y fuego!

Pensad un momento en el horrible *via crucis* de este corazón, tierno y sencillo, hecho para todas las dulzuras de la piedad, hasta convencerse de la necesidad de la guerra; y pensad en el dolor que, luego de decidida y desatada, había de estrangularlo. La tristeza había prendido, con razón, muy hondo, muy hondo en las entrañas de aquel sangrante corazón!...

Tuvo también su tentación en el desierto. El general Blanco le ofreció tranquidad y sosiego, paz y bienestar, cuando al amparo de la amnistía del 78 volvió a La Habana y estableció

su bufete con el Dr. Miguel F. Viondi. Pero todo ello era a condición de no conspirar, de dejar a un lado su gloriosa y para él fatal empresa. Entonces, como después en Nueva York cuando renunció al Consulado de la Argentina, que era su medio de vida para, sin protesta diplomática, poder hablar en un mitin patriótico en el Cayo, renunció ahora Martí a todas las ventajas personales. Dejó su naciente bufete, la paz de su hogar, la alegría de los suyos, y volvió a su destierro, a su tarea, a su locura, a su sueño de honor y de muerte!

Ah, sí!, la semejanza es muy marcada; y siempre muy visible la influencia de aquella lectura juvenil de la Biblia. La sabiduría popular acierta siempre, y tuvo razón al llamarlo hoy Apóstol, al conocerlo, como lo conocía, en los famosos e inolvidables tiempos de la emigración, con el calificativo del Mesías de la Florida. Aquellos hombres sencillos y patriotas, trabajadores y honrados que supieron elevar al Sur de los Estados Unidos una ciudad que es hoy y fué siempre timbre de honor de cubanos y norteamericanos, tenían tan ciega fe en su Martí, en nuestro Martí; creían de tal modo en sus facultades sobrenaturales, que, para seguir siendo semejante al Crucificado, creyeron en su resurrección cuando tras el nefasto 19 de mayo empezaron a llegar noticias contradictorias desde el campo de la epopeya.

Como a Cristo, le negó uno de sus discípulos amados. Sufrió el mayor de los dolores: el dolor horrible de ser desconocido y acusado por uno de los suyos. Bien ha dicho el Dr. Enrique José Varona y repetido el Dr. Lanuza: Toda la vida de Martí puede sintetizarse en una palabra: sacrificio!

Y llegó a la ofrenda final; él había dado a Cuba todos los momentos de su vida: debía darle el último. En vano Máximo Gómez, en la gloriosa cita de Monte Christi, quiso salvar su vida tan hermosa y tan útil para la Patria. ¡Cómo le desesperaba la tardanza en hallarse de nuevo bajo nuestro cielo divino, escuchar el rumor de los arroyos y gozar del susurro de las palmas!...

Y, ¡a caballo! Sobre los lomos del noble bruto que, como hace notar Bolet Peraza, fué el símbolo a que se apegara y surgía con insistencia en sus escritos, como el iris en Lamartine, el

águila en Chateaubriand, el león en Víctor Hugo. Una especie de presciencia trágica que le hacía columbrar su muerte homérica, digna del pincel y la epopeya!

Tal día como hoy, un domingo, el 19 de mayo de 1895, al mediar del día, por estas horas de bochorno en que el sol caldea amorosamente la tierra de Cuba, embriagado el ánimo de gozo porque luchaba por su amada; hablando, en su alegría loca, a los hombres, a las cosas, al cielo, a su caballo que piafaba de impaciente afán por lanzarse al galope, preparaba la Pálida, la Intrusa, su feroz guadaña, en el campo sagrado en que vierte el Contramaestre sus aguas en el caudaloso rey de los campos de Oriente, cerca del Turquino, al pie de cuya ladera heroica se consumó otro martirio: el de ''San Lorenzo''.

Y cayó! Grandioso, sublime, como no acertarán jamás a retratarlo ni el pincel ni la pluma, porque esos cuadros sólo se pintan en el alma; como lo había previsto, de cara al sol, como los buenos, decía él; como un valiente, dice Byrne; acribillado de heridas, ''entero el corazón, sublime'', como dijo un dominicano ilustre!

Y para que la semejanza que yo he querido encontrar con el Evangelista de los caminos solitarios de Nazareth, persistiera más allá del martirio y de la muerte, así como la labor de Cristo, del magno redentor de todos los esclavos, del que dió su sangre por el amor entre los hombres, amenaza desquiciarse en este horrible caos de la guerra que tiene fragor de apocalipsis y ha sido pervertida por los mismos redimidos... la obra de Martí, su magnífica obra de apostolado y propaganda, el sueño amado de su vida, la República... Ah! Dejadme preguntarlo, señoras y señores, con el corazón oprimido por todas las angustias, con los ojos velados por todas las sombras: ¿la República será realmente—para usar las elocuentes frases de don Manuel Sanguily—lo que esencialmente incubaba en su espíritu Martí y procuró inculcar en el espíritu de sus compatriotas, ''la gran creación republicana, la empresa titánica de levantar con los escombros de la cárcel el templo augusto, con las piedras ensangrentadas de un monumento de opresión, derribado por nuestra constancia y nuestra virtud, la arquitectura nueva de una patria regenerada en que se asienten perpetuamente, en con-

sorcio indisoluble, la libertad y la justicia, para que todos los moradores de la tierra bendita sientan el interés sagrado de amarse como hermanos, y nunca la necesidad horrible de perseguirse como enemigos?''

Y ved si ese amor fraternal hace falta; ved si estamos en la precisión, no ya por honor, no ya por dignidad, sino por ley de vida, de mantenernos unidos, que cuando Martí no columbraba todavía la divina aurora del día de la redención, comprendiendo ya el peligro más grave para la República que pretendía crear, con su maravillosa previsión de iluminado escribía a Gonzalo de Quesada estas palabras que debían conocer de memoria los cubanos:

''No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecérsele es el modo certero de merecer la punta de su pie, más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte, con más facilidad y rapidez que los del Norte en civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y Cuba.''

He aquí todo un programa, que es un apóstrofe y una acusación para los que no tienen fe en los destinos de Cuba como pueblo libre; para los que adulan al fuerte con el propósito de merecer la punta de su pie; para los que no saben entender ni defender la libertad. El hombre que nos hizo libres, nos enseña el camino de conservar la libertad. Así fué de perdurable la esencia de su amor por Cuba, que vence el misterio de la muerte e ilumina, con celestes claridades, nuestro angosto camino!

¡Cubanos que me escucháis y los que después me lean si es que tengo esa suerte! ¡Hagámonos dignos de aquel mártir!

¡Que ese pobre pedazo de mármol que quiere, sin lograrlo, simbolizar la figura más augusta, por el sacrificio, de la Historia de América, sea siempre, al señalar hacia delante, invitación y guía para que caminemos por la senda de la dignidad; no el gesto de increpación y de protesta con que el gran soñador nos muestre, en nuestras fortalezas, otra bandera que la de la estrella solitaria!...

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

III

Segunda Parte.

Sumario

Exposición de los casos en que el Gobierno de Washington ha aplicado o invocado la doctrina de Monroe.

(Continuación.)

(1871.) El día 1º de junio del año 1871, el Barón Gerolt, Ministro de Alemania en Washington, celebró una entrevista con Hamilton Fish, Secretario de Estado, en la que le hizo presente que su nación proyectaba realizar una demostración, en unión de otras naciones europeas, contra Venezuela, con objeto de exigirle a esta República que fuera más respetuosa de sus compromisos; que se quería que los Estados Unidos tomaran parte en dicha demostración, pero que no se les invitaría oficialmente hasta tanto no se tuviera la seguridad de que acogieran con agrado el proyecto.

El Secretario de Estado hubo de manifestar al diplomático alemán que nada le podía contestar mientras no conociera el verdadero alcance de la *demostración,* así como la forma y los límites de las operaciones militares, pues para los Estados Unidos siempre había sido objeto de preocupación cualquier acción de las naciones de Europa contra una República del Continente, y veían aumentados sus recelos y temores por lo ocurrido recientemente en Méjico.

Alemania no llevó a cabo sus planes.

(1880.) Se decía, a principios del año 1880, que la Gran Bretaña pretendía adquirir determinadas islas de la costa de Honduras; y en 4 de marzo el Secretario de Estado le dirige una comunicación al Ministro en Centro América encargándole que estuviese muy al tanto de lo que hubiera en el particular, pues los Estados Unidos no podían permanecer indiferentes ante el hecho de la cesión de parte de un territorio de América a una nación de Europa.

Con motivo de otro asunto invocó el Gobierno de Washington la doctrina de Monroe, este mismo año. Las Repúblicas de Chile, Perú y Bolivia se encontraban en guerra, por una cuestión de linderos; y como se hablara de que Francia e Inglaterra querían mediar en el conflicto, con la cooperación de los Estados Unidos, para ponerle fin, el Secretario de los Estados Unidos, el ilustre James Blaine, hizo esta declaración:

Los Estados Unidos no pertenecen al grupo de naciones de que forman parte Inglaterra y Francia, y jamás se han inmiscuído en sus controversias; pero, con respecto a las Repúblicas de este Continente, es distinta nuestra posición; y por esta razón, aunque el Gobierno está persuadido de que en este caso no guían a las naciones de Europa móviles interesados, por tener los Estados Unidos mayor cantidad de intereses políticos y comerciales que ningún otro poder, deben actuar con entera independencia.

(1881.) Desde el año 1880 el Gobierno de Venezuela discutía con el de Francia acerca de unas reclamaciones que habían formulado al primero varios ciudadanos; y, como no se llegara a ninguna aveniencia, a mediados del año 1881, cuando se decía y parecía inminente que aquella nación europea iba a ocupar algunos puertos venezolanos, James Blaine, Secretario de Estado, le dirigió un despacho a Noyes, Ministro en París, indicándole hiciera presente al Gobierno que los Estados Unidos se ofrecían para intervenir en el asunto a fin de obtener una solución.

Consistía el plan propuesto por Blaine, en el que estaba de acuerdo el Gobierno Venezolano, en que el Gobierno de Washington enviara un Delegado a Venezuela que recaudase los fondos necesarios para ir pagando a prorrata a los acreedores extran-

jeros; que eran no sólo franceses, sino súbditos de otras naciones de Europa.

El Gobierno de Francia contestó que no quería entrar en prorrateos y que no admitía dilaciones. Blaine insistió, según reza una comunicación librada al Ministro en París, en 16 de diciembre, haciendo una apelación a la armonía que debía existir entre todas las Repúblicas. Sería un deplorable espectáculo, decía, que la Gran República Europea rompa las hostilidades con la República de Venezuela.

Afortunadamente el Gobierno de Francia no mantuvo su actitud.

(1884.) El año 1884 el Gobierno de Washington envió un Ministro a Bolivia, que era el único país de la América en que aún no había constituído dicho Gobierno representación diplomática. Por aquella época Bolivia le disputaba al Perú la posesión del puerto de Arica, y al darle instrucciones Buchanan, Secretario de Estado, a Appleton, que fué el Ministro designado, según comunicación de 1º de junio, le recomendó aconsejara a aquellos países que no se enfrascaran en luchas que los debilitasen y dieran motivo para pensar que eran incapaces de gobernarse.

Su conveniencia e independencia requieren—decía—el establecimiento y mantenimiento de un sistema político americano, diferente en todos sentidos del que por tanto tiempo ha existido en Europa; tolerar la intervención de cualquiera de los gobiernos europeos, que aún tienen asuntos pendientes en América, y permitirles que establezcan nuevas Colonias junto a nuevas Repúblicas libres, sería tanto como sacrificar voluntariamente en el mismo grado nuestra independencia. Estas ideas deberían permanecer impresas en la mente de todos los americanos.

(1885.) El año 1883 el Gobierno de Washington había rechazado la oferta, hecha por el de Haití, de venderle la Península de San Nicolás o la Isla Tortuga; y como llegara a conocimiento del primero que análoga proposición se le había hecho después por el segundo al Gobierno francés, en 28 de febrero de 1885, Frelinghuysen, Secretario de Estado, le dirige una comunicación a Morton, Ministro en París, para que le hiciera presente al Ministro de Relaciones Exteriores que la adquisición por Francia de cualquier porción del territorio hai-

tiano sería considerada como una infracción de la política de los Estados Unidos, conocida por la doctrina de Monroe.

(1886.) A mediados del año 1886, Scott, Ministro de los Estados Unidos en Caracas, le comunicó a Bayard, Secretario de Estado, que el Ministro de Inglaterra y él habían acordado indicarles a sus respectivos Gobiernos la conveniencia de que se unieran para formular conjuntamente a Venezuela ciertas reclamaciones pendientes.

Según reza una comunicación de 14 de octubre, Bayard contestó al diplomático que de la reclamación podía derivarse un acto de fuerza, y que estaba en desacuerdo con la política de los Estados Unidos unirse a una nación europea en circunstancias semejantes.

(1888.) A fines del año 1888 corría el rumor de que el Gobierno Francés proyectaba constituir un protectorado sobre Haití, y en 21 de diciembre, Bayard, Secretario de Estado, se dirigió a Mc-Lane, Ministro en París, con el encargo de que le hiciera saber a aquel Gobierno que semejantes proyectos estaban en abierta contradicción con la política de los Estados Unidos.

Queremos que se entienda siempre—le decía—que no nos apartaremos de la política nuestra, que consiste en impedir que parte alguna del territorio americano sea objeto de nueva colonización por parte de alguna potencia europea.

(1894-1899.) Con ocasión del conflicto surgido entre Inglaterra y la República de Venezuela, el año de 1895, aplicaron los Estados Unidos con tal energía y decisión la doctrina de Monroe, que se puede decir, con propiedad, que es el caso más importante de los que ocupan lugar en la relación que vengo haciendo.

Desde el año 1840 venía quejándose el Gobierno de Venezuela de que los límites de la Guayana Inglesa se iban extendiendo en perjuicio de aquella República; y, ya cansada, en 1881 pidió a la Corona Británica que accediera a someter la cuestión a un arbitraje. En distintas ocasiones, en los años posteriores, reiteró esa petición; y como ésta no fuera aceptada,

en 1897 dió por terminadas sus relaciones diplomáticas con la nación inglesa.

A pesar de esto, la Gran Bretaña no cejaba en su actitud. Cada vez se mostraba más abusiva con la débil República Sud-Americana y amenazaba apropiarse de todo el dilatado territorio que corre desde la Guayana Inglesa hasta la misma boca del río Orinoco.

El Gobierno de Washington en diversas ocasiones quiso intervenir en el asunto para ponerle término, y, al fin, en las postrimerías del año 1894, se decidió a actuar de una manera más eficaz, según vamos a ver inmediatamente.

El Presidente Grover Cleveland, en el mensaje que dirigió al Congreso en tres de diciembre de 1894, y al tratar de los asuntos exteriores, se refirió a dicho particular en los siguientes términos:

La cuestión de los linderos de la Guayana Inglesa, aún es objeto de disputa entre la Gran Bretaña y Venezuela. En la inteligencia de que un acuerdo justo sería conveniente para ambas partes y que, consecuentes con nuestra política, debemos eliminar cuanto pueda ser objeto de contienda entre las naciones de este hemisferio y las del otro, me he esforzado en conseguir que las dos naciones reanuden sus relaciones diplomáticas y sometan la cuestión a un arbitraje; siendo esto lo que desea Venezuela, y a lo que no se ha de negar Inglaterra, a menos que quiera contradecir los principios que a menudo proclama.

El Congreso acogió la idea del Presidente de la República con el mayor calor. En 22 de febrero de 1895, se votó la siguiente resolución conjunta:

Se resuelve, por el Senado y la Cámara de Representantes, que el plan sugerido por el Presidente de la República en su último Mensaje, consistente en que la Gran Bretaña y Venezuela sometan su controversia a un tribunal de arbitraje, es objeto de la adhesión de este cuerpo y esperamos sea acogido por las dos partes.

El Gobierno de la Gran Bretaña no quiso seguir la recomendación del Presidente y del Congreso de los Estados Unidos; y, en vista de esto, en 20 de julio del propio año, Olney, Secretario de Estado, dirigió a Bayard, Embajador en Londres, una famosa "nota" que debía leer a Lord Salisbury, Ministro de

la Corona, y que es uno de los documentos más notables expedidos por la Cancillería norteamericana.

Comienza dicha nota por hacer una extensa relación de todos los antecedentes del caso, y a renglón seguido dice que, dados los términos en que está planteado y las posibles consecuencias que del mismo se podrían derivar, los Estados Unidos se ven obligados a intervenir en el asunto, consecuentes con su constante adhesión a la doctrina de Monroe. No se contenta Olney con esta alegación. Para demostrar lo exacto de su afirmación, hace un extenso estudio de cómo surgió la doctrina de Monroe y cuál es su verdadero alcance.

Dice que veinte años después de haber aconsejado Washington a la nación, en su famoso discurso de despedida, que se mantuviera siempre alejada de los planes y controversias de Europa, cuando se vió que los Estados Unidos aumentaban en importancia y poderío, se cayó en la cuenta de que el principio de no mezclarse los americanos en los asuntos europeos, necesitaba un complemento, que era el de que los europeos tampoco se inmiscuyeran en los asuntos americanos.

Este sentimiento, decía, hizo nacer la doctrina de Monroe; doctrina que los estadistas no se han limitado a enunciar, sino que han tenido el buen cuidado de hacerle saber a Europa que su desconocimiento, en cualquier caso, se consideraría como un acto de enemistad o de provocación hacia los Estados Unidos

Explica el verdadero sentido y la verdadera significación de la doctrina de Monroe, en estos términos:

En los primeros tiempos de promulgada la doctrina de Monroe, parecía como que Europa nunca la iba a respetar; pero con el tiempo la ha ido aceptando, y hoy nos interesa mucho se sepa que cualquier acto de una nación europea, que la infrinja, ha de ser considerado como una manifestación de enemistad hacia los Estados Unidos. Es por eso por lo que resulta del mayor interés fijar, precisar el alcance de dicha doctrina. No significa un protectorado ejercido por los Estados Unidos sobre todas las naciones de América; no se la puede invocar, por una nación de este continente, para eludir el cumplimiento de obligaciones legítimamente contraídas y exigibles según el derecho internacional; ni le impide a la nación europea que sea acreedora en esas obligaciones, el ejercicio de los medios que estime adecuados para hacerlas respetar. No nos faculta para mezclarnos en los asuntos interiores de las naciones de este hemisferio, ni en las relaciones

de éstas entre sí. No podemos alterar la forma de gobierno de esas naciones, y si éstas la quieren cambiar, hemos de respetar su voluntad. La doctrina de Monroe no tiene más que un alcance: impedir que una o varias naciones de Europa se mezclen en los asuntos interiores de las de América, ya para variar su forma de gobierno, ya con cualquier otro propósito.

Nadie puede negar que hemos considerado siempre esas normas como parte de nuestro derecho público. Fué precisamente la Gran Bretaña la nación que hubo de sugerir a la administración de Monroe la idea de promulgar la doctrina en cuestión, y la adhesión que desde un principio hubo de desmostrarle no ha sido desmentida en ninguna oportunidad; sin que por esto querramos decir que la doctrina no tuviera, desde sus orígenes, un carácter eminentemente americano. En su mantenimiento estaban vinculadas la seguridad y la prosperidad de los Estados Unidos; el Gabinete que la adoptó, antes de enunciarla la estudió con todo detenimiento, figurando entre los miembros de dicho cuerpo John Quincy Adams, Calhoun, Crawford y Wilt, quienes consultaron y tuvieron en cuenta los pareceres de Jefferson y Madison; y cuando el pueblo la conoció, la acogió con verdadero calor, sin distinciones políticas.

Hace después una relación de los casos más importantes en que se ha invocado la doctrina de Monroe, y añade:

La relación que antecede, demuestra no solamente que en múltiples casos ha sido aplicada la doctrina de Monroe, sino también que la controversia sobre los linderos de Venezuela es de esos casos en que resulta pertinente la aplicación de dicha doctrina. En tal virtud, y tratándose de una doctrina acogida por el derecho público americano, no podemos disimular su aplicación en cualquier caso que surja, sean cuales fueren las circunstancias en que éste se produzca. Tal como nosotros la hemos definido y aplicado, no se le puede dirigir ninguna objeción; descansa en principios que son irrebatibles. Las tres mil millas de Océano que nos separan de Europa, proclaman que física o geográficamente es improcedente todo lazo o nexo político que se pretenda establecer entre los dos continentes. Europa, como con gran juicio observó Washington, tiene un conjunto de intereses que sólo a ella le pueden preocupar y con los cuales nada tiene que ver la América. Cada una de las grandes potencias europeas, por ejemplo, tiene que mantener un ejército enorme y una marina formidable, a fin de protegerse contra las demás potencias. ¿Qué conseguirían las naciones de América teniendo que hacer lo mismo, cuando después de todo los problemas que preocupan a las naciones europeas a ellas no les interesan? ¿Qué tenemos nosotros que ver, pongamos por caso, con los problemas de Turquía? Si nos mezcláramos en sus luchas, con seguridad que tendríamos que cargar con los gastos y las pérdidas que resultasen, pero sin obtener ventajas ni beneficios.

Si eso podemos decir en cuanto a los intereses materiales, otro tanto

podemos afirmar en cuanto a los morales. Los intereses morales que preocupan a Europa son totalmente distintos de los que preocupan a la América. Europa, con excepción de Francia, se mantiene adicta a los principios monárquicos, mientras que en América, por el contrario, se rinde culto al principio de que cada pueblo tiene derecho a escoger su propio gobierno; principio mantenido con verdadero interés por los Estados Unidos, empeñados siempre en demostrar que en las instituciones liberales está vinculada la prosperidad nacional y la felicidad de los ciudadanos. Es por esto por lo que siempre hemos considerado ofensivo para la América que Europa pretenda extender su sistema político a este Continente; y como quiera que son los Estados Unidos la única nación americana que está en condiciones de resistir cualquiera agresión que en ese sentido se pudiera hacer, de ahí nuestra actitud en casos como éste.

¿Es cierto que la prosperidad y la seguridad de los Estados Unidos hasta tal punto están empeñadas en el hecho de que las naciones de América mantengan su independencia, que en caso de agresión a una de éstas están compelidos a defenderla? Desde luego que sí. Todas las naciones de la América, tanto las del Norte como las del Sur, por su proximidad geográfica, por la simpatía que las une y por haber establecido todas el gobierno constitucional, son amigas y aliadas, tanto comercial como políticamente, de los Estados Unidos; y si permitiéramos que alguna nación de Europa dominara a una de aquéllas, perderíamos todas las ventajas de nuestra posición. Pero hay más. El pueblo de los Estados Unidos tiene un interés vital en el mantenimiento del principio del gobierno popular, por nosotros proclamado a costa de mucha sangre y muchos sacrificios y arraigado con admirable lozanía; y hasta tal punto tenemos fe en dicho principio, que entendemos que el grado de civilización de un pueblo se puede medir por el mayor o menor esplendor con que lo mantenga. Dominado por este sentimiento el pueblo de los Estados Unidos, no es de extrañar que se mantenga tan adicto a esa causa. Pero ya pasó la edad de las cruzadas: si los Estados Unidos mantienen con tanta devoción el principio del gobierno popular, es porque en su sostenimiento está vinculada su seguridad y su prosperidad. Es por esto por lo que no toleramos que ninguna nación de Europa controle a una de la América.

Tenemos que prevenirnos contra ese mal; y si podemos, debemos evitar que ocurran las circunstancias que puedan acarrearlo. Las naciones cristianas, en sus relaciones entre sí, deben mantener análogos principios a los que regulan la conducta de los hombres. Los estados más fuertes están obligados a enseñar, con su ejemplo, que los pueblos se deben gobernar de acuerdo con las reglas del derecho y la justicia. Cuando un estado poderoso se sienta tentado del deseo de engrandecerse a costa de otros, debe tener presente que, por lo mismo que es poderoso, no debe hacer mal uso de su fuerza. Los Estados Unidos, de hecho, son soberanos en este Continente; y al mezclarse en esta cuestión, lo hacen invocando títulos muy legítimos. Si se mezclan en esta cuestión, es no sólo por razones de

amistad y de civilización, no sólo por su invariable adhesión a los principios de justicia y equidad, sino porque sus enormes recursos y su aislamiento los hacen dueños de la situación y les exigen que se pongan frente a las pretensiones de los otros estados.

Todas las ventajas de esta superioridad las perderíamos si alguno de los estados de América se convirtiera en colonia de una nación europea. Perderíamos nuestras ventajas desde el momento en que cada nación de Europa tuviera en América una base de operaciones contra nosotros. Las ventajas que adquiera una potencia, querrían conseguirla también las otras; y, en definitiva, el espectáculo de las luchas por el reparto de África tendría un nuevo escenario en la América. Se comenzaría por el reparto de los países menos fuertes; pero, en definitiva, toda la América del Sur sería objeto de reparto entre las potencias de Europa. Las consecuencias que de semejante orden de cosas se derivaría, serían desastrosas para los Estados Unidos. Perderíamos toda nuestra autoridad y todo nuestro prestigio, y en definitiva no vendríamos a significar nada en la comunidad de las naciones desde el momento en que tuviéramos a nuestras puertas a los que en la paz vendrían a ser nuestros rivales, y nuestros enemigos en caso de guerra. Hasta ahora, afortunadamente, no hemos necesitado acumular los enormes recursos militares con que cuentan otras naciones, y quizás de esto dependa, en gran parte, no sólo nuestra riqueza, sino hasta la felicidad de los ciudadanos. Nuestras condiciones variarían desde el momento en que las naciones de Europa tuvieran posiciones en este Continente. Por lo pronto, nos veríamos obligados a armarnos hasta los dientes; nuestra juventud tendría que ingresar en la marina o en el ejército, y, al distraerla de las industrias de la paz, suprimiríamos en gran parte nuestra poderosa energía productora.

Es difícil precisar la magnitud del mal que tal cosa nos traería. No es que nos preocupe el hecho de que pudiéramos mantener buenas o malas relaciones de amistad con las potencias europeas, si semejante eventualidad ocurriese. Es que el pueblo de los Estados Unidos sabe por experiencia que las relaciones exteriores de los estados no se inspiran en sentimientos, ni en principios, sino en su propia conveniencia. No se nos olvida que en momentos, para nosotros de grave peligro, todos nuestros temores y nuestras calamidades se vieron agravados con actos, atentatorios para nuestra nacionalidad, por parte de potencias con las que habíamos mantenido las mejores relaciones. Todavía tenemos presente que Francia aprovechó la circunstancia de vernos envueltos en una guerra civil, para pretender convertir en una monarquía la vecina República Mejicana. No abrigamos duda con respecto a que, de buen grado, Francia y la Gran Bretaña aumentarían sus actuales posiciones en este hemisferio, hasta conseguir ponerle fin al predominio de nuestra gran República. De todos estos peligros hemos escapado hasta el presente, gracias a la manera eficaz, aunque sin mucho ruido, con que hemos mantenido la doctrina que enunció el Presidente Monroe, y la que no podemos aban-

donar a menos que nos decidiéramos a abandonar los consejos de la experiencia, renunciando a la política que, al par que nos ha evitado agresiones exteriores, ha sido causa, en gran parte, de nuestra prosperidad.

Tal es la doctrina del Derecho Público Americano, que se inspira en principios admirables y que, fundándose en múltiples antecedentes, le exige a los Estados Unidos que consideren como atentatorio a ellos mismos el acto de una potencia europea por el que se pretenda ejercer control sobre una nación americana.

Demuestra por último la ''nota'' la pertinencia de la aplicación de la doctrina de Monroe a la cuestión planteada, en esta forma:

Es indiscutible la aplicación que en este caso tenemos que hacer de la doctrina de Monroe. La controversia se refiere al dominio—por tanto, al control político—sobre una extensión territorial que abraza, según las reclamaciones inglesas formuladas en estos dos últimos años, unas 33,000 millas cuadradas. Esa extensión superficial llega hasta la misma boca del río Orinoco y su posesión tiene, por eso, gran importancia en relación con la navegación de dicho río, y hasta para las regiones del interior de la América del Sur. De ninguna manera podemos mirar la disputa entre una nación de la América y otra de Europa, por el hecho de las posesiones que tenga ésta en este Continente, cual si se tratara de una cuestión surgida por la fijación de los linderos entre Venezuela y Brasil o entre Venezuela y Colombia. Este caso, en que no sería procedente la intervención, es distinto al de que aquí se trata.

En este caso, la controversia no es con la Colonia de la Gran Bretaña, sino con la Gran Bretaña directamente. No tendríamos inconveniente en que se apelara a la fuerza, si la lucha fuese entre Venezuela y la Guayana Inglesa; pero bajo ningún concepto podemos admitir la tesis de que, por tratarse de una posesión que es europea, no es de aplicarse la doctrina de Monroe, supuesto que, de admitirla, perdería toda su fuerza y todo su prestigio dicha doctrina y se autorizaría a las naciones europeas, que tienen posesiones en este Continente, para ensancharlas, ya por la fuerza, ya por medios pacíficos.

El extremo de la doctrina de Monroe relativo a que los Estados Unidos nada tendrían que ver con las colonias o dependencias europeas existentes cuando aquélla se promulgó, se refiere a dichas dependencias y colonias con la extensión que tenían en el momento de promulgarse la citada doctrina; y no podemos concederle a ese extremo otra interpretación, so pena de quitarle a ésta toda su importancia. Es evidente que tanto infringe la doctrina de Monroe la Gran Bretaña ensanchando los linderos de su antigua colonia en perjuicio del territorio venozolano, como pretendiendo establecer una nueva colonia. Se trata de casos distintos en la apariencia, pero, en el fondo, idénticos.

En 26 de noviembre del propio año, Lord Salisbury expidió un despacho contestando la nota de Olney. En él dice que la doctrina de Monroe tuvo su razón de ser en la época que se promulgó, esto es, en momentos en que determinadas naciones de Europa pensaban en la reconquista de los territorios de América; que en el caso en cuestión, como no se trataba por Inglaterra de establecer una colonia en Venezuela, ni de obligar a esta República a cambiar su forma de gobierno, sino que sólo se debatía una simple cuestión de linderos, era improcedente la apelación que se hacía a la referida doctrina del quinto Presidente.

La doctrina de Monroe no establece—añadía Lord Salisbury—que cuando surja una cuestión de linderos se deba recurrir al arbitraje; y, en su consecuencia, una tercera nación, que no sea parte en el asunto, no tiene derecho a imponer soluciones. Por otra parte, decía, la doctrina de Monroe será muy respetable dada la elevación de quienes han sido sus mantenedores, pero no por eso estamos en el deber de acatarla. Los cánones del Derecho Internacional obligan cuando han sido aceptados por todas las naciones, pero éste no es el caso de la doctrina de Monroe.

La réplica a la contestación de Lord Salisbury se encuentra en el Mensaje especial que en 17 de diciembre dirigió el Presidente Cleveland al Congreso. Rebatió la alegación referente a que la doctrina de Monroe no tenía fuerza obligatoria por no formar parte del Derecho Internacional, aduciendo que, de acuerdo con ese derecho, un Estado debía intervenir en la disputa de otros dos cuando considerara afectados sus derechos; y en cuanto al particular relativo a que la doctrina de Monroe para nada tenía que rezar con una simple cuestión de linderos, alegó que lo mismo se infringía dicha doctrina por la conquista de territorios, que por el ensanche de las fronteras de una colonia. He aquí las palabras de Cleveland:

Si una potencia europea, que tenga una colonia en América, extiende sus linderos en perjuicio y contra la voluntad de una República vecina, es incuestionable que extiende su sistema político al territorio que se quiere apropiar. La ocurrencia de estos hechos es lo que el Presidente Monroe consideraba peligroso a nuestra paz y a nuestra seguridad, sin que

para el caso interese que el territorio se ocupe por extensión de unos linderos, o por cualquier otra causa.

Se dice en la respuesta inglesa que no es pertinente en esta controversia la apelación a la doctrina de Monroe, en atención a que ésta no descansa en ningún principio de derecho internacional que se funde en el consentimiento general de las naciones; y que ningún estadista, por eminente que sea, ni ninguna nación, por poderosa que se sienta, tienen autoridad bastante para incluir entre los cánones del Derecho Internacional un principio que no ha sido reconocido ni aceptado por el Gobierno de ninguna otra nación.

Realmente, el principio de que se trata tiene para los Estados Unidos peculiar importancia, por no decir excesiva; y aunque oficialmente no ha sido incluído en ningún Código de Derecho Internacional, es evidente que en todas las convenciones internacionales se les han respetado a las naciones determinados derechos, como indiscutibles; esto es, cual si estuvieran consagrados por dicho Derecho. En ese sentido nosotros mantenemos la doctrina de Monroe como si figurase entre las disposiciones del Derecho Internacional, hasta el punto de que si tuviéramos que recurrir a algún tribunal encargado de aplicar este derecho, tenemos la seguridad de que la invocación que hiciéramos de la doctrina en cuestión guardaría consonancia con los principios de justicia en que se inspira.

La doctrina de Monroe está respaldada por el principio de Derecho Internacional según el cual toda nación debe exigir que se le respeten, como indiscutibles, determinados derechos y determinadas aspiraciones.

Este Gobierno se asienta, pues, en una base firme cuando invoca ese principio para sostener sus derechos. Éstos, después de todo, no se nos niegan en la respuesta inglesa. El Primer Ministro ha dicho, en ésta, que la actitud adoptada por el Presidente Monroe, frente a las ambiciones de Europa, mereció todas las simpatías del Gobierno de la Gran Bretaña; que los ingleses han estado de acuerdo con la política de dicho Presidente, por más que no consideran que la misma forme parte del Derecho Internacional, y que era improcedente cualquiera alteración que quisiera hacer una nación europea en la distribución territorial del hemisferio americano.

En la inteligencia de que la doctrina por nosotros mantenida era clara y terminante, de que se fundaba en principios tan elementales como los de nuestra seguridad y nuestra prosperidad, y de que debemos mantenerla hoy porque así lo exigen nuestras condiciones actuales y la civilización mundial, es por lo que la hemos invocado en la presente controversia, sin que pretendamos inclinarnos en favor de nadie, sino tan sólo impedir que la Gran Bretaña, so pretexto de una reclamación sobre fijación de unos límites, amplíe injustamente la extensión territorial de su colonia; y nos ha parecido que ningún medio era más adecuado para poner término de una vez a la acalorada controversia, que el de acudir a un arbitraje.

Pero lo más importante de este Mensaje es la petición que le hizo al Poder Legislativo, y que se encuentra a su final. Pidió se le autorizara para disponer de los fondos necesarios al objeto de subvenir a las necesidades de una comisión que se proponía designar, y la cual debía rendir un informe bien detallado con respecto a cuál de las dos naciones tenía derecho al territorio en disputa.

Cuando ese informe esté emitido y aprobado por nosotros—decía—sabremos resistir, por todos los medios a nuestro alcance, la acción que pretenda realizar Inglaterra para apoderarse del territorio que sea, de derecho, de la pertenencia de Venezuela.

Como se ve, el Gobierno de Washington estaba decidido a todo antes de permitir que Venezuela fuese objeto de un atropello por parte de la Gran Bretaña. La Comisión de referencia fué nombrada, designándose para presidirla al Juez de la Corte Suprema Federal, David J. Bewer, e inició sus trabajos; pero convencida Inglaterra de que los Estados Unidos estaban dispuestos a no cejar en su actitud, aceptó la proposición de someter la cuestión a un arbitraje.

Con efecto, en 2 de febrero de 1897 se concertó un tratado entre Inglaterra y Venezuela, por el que se designó un Tribunal que debía resolver la disputa. Venezuela designó dos miembros, que fueron Fuller, Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, y el propio Bewer, Juez de este Tribunal; y la Gran Bretaña, por su parte, nombró a Lord Herschell y a Sir Richard Collins, notables jurisconsultos. Para presidir el Tribunal fué designado el insigne tratadista ruso M. F. de Martens, de reputación mundial en materia de Derecho Internacional.

El Tribunal emitió su laudo en 3 de octubre de 1899. Por dicha resolución se fijaba la verdadera situación de la línea divisoria entre la Guayana Inglesa y Venezuela. A la Gran Bretaña se le reconocía derecho a una faja de territorio, no en el litoral, sino en el interior; y, en cambio, se reconocía la soberanía de Venezuela sobre otra dilatada extensión del territorio objeto de la disputa, incluyendo los terrenos contiguos a la boca del río Orinoco.

No hay que negar que la solución de esta controversia fue un verdadero triunfo para el Gobierno de los Estados Unidos. De tal manera se llegaron a apasionar los ánimos en esta República, durante dicha controversia, que hubo momentos en que parecía inminente la guerra con la Gran Bretaña; y con seguridad que a ella se hubiera llegado si el Gobierno inglés no hubiese aceptado la proposición de arbitraje.

Es tanto más digna de elogio la actitud del Gobierno de Washington, si se compara la debilidad de las fuerzas militares y navales de la nación norteamericana con las de la Gran Bretaña; pero, como con razón ha observado John W. Foster, nunca la debilidad de la marina de los Estados Unidos ha sido causa de que se deje de mantener, con toda energía, la doctrina de Monroe.

Los Estados Unidos, por aquella época, recibieron de la América Latina múltiples testimonios de agradecimiento; entre los que se pueden citar el del Congreso del Brasil y el del Gobierno de Costa Rica.

(1899.) En 29 de julio del año 1899, los Delegados al Congreso de la Paz, reunido en La Haya, suscribieron la convención a que llegaron; pero antes, o sea el día 25 de ese mes, la Delegación de los Estados Unidos hizo constar que la suscribía con la siguiente reserva:

> Nada de lo contenido en esta convención podrá apartar a los Estados Unidos de su tradicional política de no mezclarse, en ningún caso, en los asuntos políticos o administrativos de otra nación; así como tampoco se podrá estimar su adhesión a dicha convención en el sentido de que dejará de mantener, como hasta el presente, su conducta tradicional en lo que concierne a las cuestiones puramente americanas.

Este hecho reviste importancia excepcional. La circunstancia de que las naciones de Europa no se opusieran a que los Estados Unidos suscribieran la convención con la salvedad relativa a que por ello no se consideraban obligados a dejar de mantener su tradicional política en los asuntos americanos, supone por dichas naciones un reconocimiento, por lo menos tácito, de la doctrina de Monroe, que es a la que se quiso aludir.

(1900.) A principios del año 1900 el Tribunal Supremo de

Haití hubo de resolver, en un litigio, que los Tribunales de dicha República no tenían competencia para fallar los pleitos sostenidos entre extranjeros. El Ministro de Alemania en Port-au-Prince propuso al Gobierno Haitiano la formación de un Tribunal especial, designado por las naciones extranjeras para conocer de esos casos; pero el Secretario de Estado del Gabinete de Washington se opuso, según un despacho enviado a Powell, Ministro en Haití, en 18 de marzo de 1900.

A juicio de la cancillería norteamericana, no se podía crear semejante tribunal sin inferir grave ofensa a la soberanía de Haití. Para resolver la cuestión basta—decía Hay—con que por los poderes haitianos se les dé competencia a los tribunales para fallar los pleitos entre extranjeros.

(1901.) En el mensaje anual del Presidente Roosevelt, de 3 de diciembre de 1901, encontramos una amplia explicación sobre el alcance de la doctrina de Monroe. A juicio del insigne estadista norteamericano, la doctrina de Monroe no tiene otra finalidad que no sea la de impedir que las naciones de Europa adquieran territorios en perjuicio de las Repúblicas de América; sin que los Estados Unidos pretendan derivar, en su provecho, consecuencias beneficiosas por el hecho de que la mantengan. He aquí sus palabras:

La doctrina de Monroe debe ser punto cardinal en la política exterior de todas las naciones de las dos Américas, como ya lo es en la de los Estados Unidos. Han pasado nada menos que setenta y ocho años desde que el Presidente Monroe dijo, en su Mensaje anual, que los continentes americanos no podrían ser considerados como objeto de futuras colonizaciones para Europa. En otras palabras, la doctrina de Monroe no es otra cosa que la declaración de que ninguna potencia, que no fuera americana, podría adquirir territorios en América, en perjuicio de alguna de sus naciones. No se trata de una declaración de hostilidad contra ninguna nación del Viejo Mundo, y mucho menos se trata de autorizar a unas naciones del Nuevo Mundo para que aumenten su poderío a expensas de las otras. Se trata, sencillamente, de que nos damos cuenta de que la paz del mundo se sostiene conservando la de este hemisferio.

Durante el siglo pasado, merced a otras influencias, se ha logrado mantener la existencia y la independencia de las naciones pequeñas de Europa. En América, merced a la doctrina de Monroe, hemos logrado mantener la existencia y la independencia de las naciones.

Esta doctrina es absolutamente ajena a las relaciones comerciales que quieran mantener las naciones de la América; se trata, efectivamente, de una garantía de la independencia comercial de esas naciones, y, a cambio de sostener dicha doctrina, no reclamamos preferencias comerciales. Pero tampoco impedimos que un estado, que no sea americano, tome las represalias que estime oportunas contra una nación de la América, con tal de que el castigo no traiga, como consecuencia, la adquisición de territorio.

Nuestro proceder con respecto a Cuba, constituye la mejor garantía de nuestra conducta. No tenemos el propósito de adquirir territorios en perjuicio de ninguno de nuestros vecinos. Queremos laborar con ellos mano a mano, y podemos declarar que los casos de su prosperidad y de su estabilidad política nos congratulan tanto como nos disgustan aquellos en que se entroniza el caos en la vida de la industria o de la política. Nosotros no podríamos contemplar a una potencia militar del Viejo Mundo cobrando fuerza e importancia en éste, sin que nos viéramos compelidos a convertirnos también en una nación militarista. La prosperidad de los pueblos de América queremos hacerla depender solamente del trabajo.

Nuestro pueblo está convencido de que sólo manteniendo la doctrina de Monroe podrá asegurar la paz de este hemisferio.

(1905.) El año 1905 el Presidente Roosevelt aplica en una nueva forma la doctrina de Monroe.

Por este año, la situación financiera del Gobierno Dominicano era más angustiosa que nunca. La deuda pública alcanzaba proporciones inconcebibles, sin que hubiera esperanzas de que se restableciera la normalidad en ése ni en ningún otro orden. Entre los acreedores había un gran número de europeos, y sus respectivos gobiernos hicieron saber al de Washington, que, a menos que los Estados Unidos tomaran cartas en el asunto, se verían en el caso de adoptar medidas rápidas y eficaces para que fueran pagadas dichas deudas.

El Gobierno de Washington se veía en situación especial. Negarse a dar oído a los gobiernos reclamantes era provocar un conflicto; y aconsejarle a la República Dominicana que se negase a atender toda petición, era decirle que procediera de mala fe con quienes era posible que tuviesen razón. Ante tal dilema optó Roosevelt por celebrar un tratado con el Gobierno de Santo Domingo, por el que las Aduanas de esta nación quedarían bajo el control del Gobierno Federal de los Estados Unidos, que

iría aplicando al pago de los acreedores extranjeros los fondos que se recaudasen.

Con este caso el Gobierno de los Estados Unidos inició la política denominada de prevención, consistente en realizar aquellos actos tendientes a evitar los pretextos que puedan tener las naciones de Europa para infringir los principios en que descansa la doctrina de Monroe.

Todos los detalles de este importantísimo asunto están referidos en el mensaje especial que en 15 de febrero de 1905 remitió al Senado el Presidente Roosevelt, en unión del protocolo concluido con la República Dominicana. He aquí lo más esencial de dicho mensaje:

Es notoriamente público que las condiciones de la República de Santo Domingo son cada vez peores; los disturbios y las revoluciones han sido muchos, y son muchas también las atenciones, pendientes de satisfacer, que tiene el Gobierno. Muchas de las deudas que ha contraído son exactas, legítimas; pero hay otras que, si se redujeran a sus justas proporciones, se verían notablemente disminuídas.

Algunas naciones extranjeras se encuentran enojadas por tener entre sus súbditos algunos acreedores a quienes no se les quiere pagar. El único medio de cobrar que tendrían esos acreedores sería el de que sus respectivos gobiernos se decidieran a invadir y tomar posesión del territorio dominicano, o a ocupar las Aduanas, lo que también significaría ocupación de territorio.

Es indiscutible que quienes de la doctrina de Monroe recaban algunos beneficios, deben, en justa correspondencia, tener también obligaciones. Esto mismo se puede aplicar a nosotros, que somos los mantenedores de dicha doctrina. Ya hemos dicho, en tono bien alto, que los Estados Unidos no quieren adquirir nuevos territorios en perjuicio de sus vecinos del Sur; que la doctrina de Monroe no puede encubrir planes de expansión. No tenemos el propósito de ejercer ningún control sobre la República de Santo Domingo; y si vamos a ser los recaudadores de sus impuestos, no es porque nos guíe otro fin que el de coadyuvar a su rehabilitación financiera, pues parte de los ingresos los reintegraremos a su Gobierno para que atienda a sus gastos, y el resto lo distribuiremos, equitativamente, entre los acreedores de la República. Al proceder de esta manera es indudable que nuestra actitud se encuentra perfectamente justificada, desde el momento en que los Estados Unidos no se colocarían en un terreno de equidad si les prohibieran a los gobiernos de los acreedores acudir a los medios que resultaran viables para obtener el pago de sus créditos, y si, por su parte, no dieran paso alguno para facilitar dicho pago.

Una nación, que sea acreedora, puede, sin infringir la doctrina Mon-

roe, acudir a los procedimientos que a su juicio la lleven a lograr el cobro de su crédito, con tal que la acción que adopte no suponga cambio alguno en la forma de gobierno del país deudor, ni pérdida para éste de su territorio. Aparte de esto, cuando se trata de una reclamación de dinero, el único medio para conseguir ese fin estriba en acudir al bloqueo, al bombardeo, o la ocupación de las Aduanas; y estos medios, según antes se ha dicho, suponen una ocupación de territorio, siquiera ésta sea temporal. Pero si esto ocurre, los Estados Unidos tienen que intervenir en el asunto, porque, según la doctrina de Monroe, ningún poder europeo puede ocupar permanentemente territorio alguno en la América; y como la nación acreedora, para hacerse pago, tiene que recurrir a aquellos medios de fuerza, de aquí la necesidad de que promedien los Estados Unidos.

(1912.) Por el año 1912 la prensa de Nueva York alarmó a la opinión dando la noticia de que el Japón le había comprado a la República Mejicana la bahía Magdalena. El Secretario de Estado, Philander C. Knox, negó que el Gobierno Japonés, ni ninguna compañía establecida en dicha nación, hubiera realizado semejante adquisición; pero como el Senador Lodge abrigara sus dudas acerca de la certeza del hecho, hubo de presentar, en el Cuerpo de que formaba parte, la siguiente proposición, que fue aprobada:

Se resuelve declarar que cuando una bahía, o cualquier otro lugar, tenga una posición tan estratégica que su ocupación, en un momento dado, para fines militares o navales, pueda afectar a la seguridad de los Estados Unidos, para el Gobierno ha de ser objeto de honda preocupación que esa bahía o lugar pertenezca a compañías que tengan tales relaciones con un gobierno extranjero, que de hecho los deje bajo el control de éste.

RAUL DE CÁRDENAS.

(Continuará.)

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

II



ASARON unos días.

Una vez armados y equipados en el cuartel los cuatro amigos, y después de nuevo viaje por ferrocarril, realizaron largas marchas por interminables carreteras, flagelados por el sol, los pies ardientes, llagados, avanzando jubilosos hacia un enemigo tardo en mostrarse.

El 14, en Vesoul, escucharon lejano bombardeo. ¡Afortunadas las fuerzas que les habían precedido y se batían ya! Antes del amanecer pasaron la frontera, atravesando villorrios alsacianos donde las cerradas puertas y ventanas y los semblantes graves de las gentes les dijeron bien pronto que los franceses habían pasado por allí, pero en retirada; en algunos, sin embargo, fueron acogidos con alegría. El 19—día en que dirigíanse avanzadas por una parte hacia Colmar, después de tomada, perdida y retomada Mulhouse, y por otra hacia Morhange—, al hacer alto en el bosque de Guebwiller, les animó nuevamente el ruido del cañón en la dirección de Mulhouse. En Ilfurth fueron recibidos con entusiasmo. Las etapas variaban entre treinta, treinta y cinco y hasta más de cuarenta kilómetros diarios. En dos días y una noche llegaron a recorrer ciento ocho. El 27 halláronse en Lepuy-Giromagny, cerca de Belfort. A la noche siguiente fueron a dar a la cercanía de una pequeña estación solitaria y mal alumbrada, frente a la cual esperaba uno de los cientos de largos convoyes que, a cortos intervalos,

iban al frente y reculaban, noche y día, cargados de hombres, municiones y provisiones.

Terminado el rancho debían embarcar.

—*J'en ai soupé d' c't guerre,* exclamó Torrin. *C'pas une guerre, c't un sale truc.*

—*J'en ai marre* (1), murmuró Perron más lacónico.

—Nos paga el gobierno un viaje de recreo, ¡y te quejas!, le dijo el marqués.

Tres ¡ju, ju, ju!, en el mismo tono y tan fúnebres, se le escaparon a Perron por la esquina derecha de la boca, que hubo quien creyó que le dolía algo. ¡''Cementerio'' reía! ''Cementerio'' le llamaban los compañeros. Ensimismado en sus ideas, si las tenía, seco y taciturno, sin separarse jamás de Laboulle, Tadeo, el marqués y Marsouille, cuyas conversaciones, generalmente sin comprenderlas, escuchaba con atenta indiferencia de perro fiel, ''hablen con ese, lo sabe todo'', aconsejó un día, interrumpiéndoles, a dos que discutían acaloradamente, señalando a Laboulle; sobre Tadeo y el diputado parecía no tener idea fija alguna; cuanto al marqués, es ''una libre-gallo,'' había exclamado en un relámpago de expansión.

—*Un sale truc,* repitió Torrin.

En el andén, oscuro, donde dos centinelas vigilaban a un grupo de prisioneros, damas de la Cruz Roja preparaban sopa y café en improvisada cocina. Al reducido salón de espera y al depósito de mercancías, convertidos en hospital de evacuación, llegaban continuamente nuevos heridos, depositados en colchones tendidos unos junto a otros, o sobre paja; en la mayor de dichas piezas—en una esquina de la cual hallábase la farmacia, cerca de dos mesas de operaciones—, reuníanse los casos graves, examinados por médicos que diagnosticábanles, si antes no quedó cumplida dicha formalidad, marcándoles en los uniformes signos convencionales, mientras mayores y farmacéuticos examinaban curas y rehacían las mal hechas o deshechas durante el transporte. Los enfermeros, de acuerdo con la naturaleza de los diagnósticos y las indicaciones en yeso sobre los capotes, tomaban notas, catalogaban a los heridos, les dividían

(1) *Avoir marre*—jerga de la guerra—; estar harto, corresponde al *avoir assez.*

en series, les conducían a los trenes sanitarios que les llevarían a los hospitales del interior; indicaban, a aquellos que podían acostarse o sentarse, la necesidad de acomodarse como pudiesen en los vagones, y enviaban a los cuarteles más cercanos a los que pronto podrían regresar al servicio. Escuchábanse quejidos y mezclábase al olor de los medicamentos el del café y la sopa.

En silencio, importándoseles poco saber a dónde iban, el cerebro tupido, los miembros adormecidos, subieron los soldados al tren, hudiéndose a poco en un sueño delicioso, invencible ¡y tan pesado!...

En la seguridad el estado mayor de que libraría batalla el ejército en tierras de Lorena, de los Vosgos, de Alsacia, y suponiendo, de acuerdo con las casi rígidas reglas de la estrategia, que el enemigo, a reserva de ciertas diversiones más o menos discutibles, atacaría bruscamente entre Luxemburgo y los Vosgos, respondía la disposición de la concentración a ideas preconcebidas. Sin embargo, teniéndose en cuenta que el ala derecha alemana podía aventurarse a reducida violación de Bélgica, extendiendo su acción al través de sus Ardennes, amenazando envolver, por Givet, Mezières y Sedan, el ala derecha francesa, aunque sin pasar del Mosa, no se habían desdeñado ciertas precauciones. Avanzando rápidamente los ejércitos de los Vosgos y de Lorena, siguiéndoles, escalonados, otros, penetrando más allá del Mosa, al sur de Metz, a fin de contrarrestar los ataques de Nancy y de las plazas fuertes de Verdun y Toul, apresuróse además el ataque en Alsacia y Lorena por razones políticas y con objeto de obligar al enemigo a conservar el mayor número de fuerzas en esas regiones.

Imprevisto, aunque estudiado y descontado desemboque del ala derecha alemana por los históricos caminos de Bélgica y los Ardennes, obligando a la modificación del plan inicial, debilitó el ala derecha francesa, infligiendo gran desequilibrio en la orientación de las operaciones. Mientras el heroísmo belga permitía alterar el centro de gravedad de las fuerzas, a fin de preparar la resistencia al choque que debía sufrir la izquierda, surgió a la derecha el contrataque alemán: dos ejércitos de Alsacia y Lorena, librando vigorosa ofensiva contra las tropas francesas, las cuales, replegándose, repasando la frontera, sufrieron del

22 al 25 rudo golpe en Charleroi, primer choque entre dos maniobras estratégicas, desbaratador de la batalla táctica tanto por la potencia de unos como por la voluntad de otros.

Rehechos los ejércitos, iniciábase el duelo de las estrategias enemigas: la arrasadora tromba gris alemana, a pesar del inesperado latigazo belga, avanzando a marchas forzadas; el ejército francés retirándose con igual prisa, destruyendo el telégrafo, vías férreas, haciendo saltar puentes, escapando al envolvimiento y a una batalla enorme y desigual que podía ser casi decisiva.

En nuevas marchas extenuantes, después de corto recorrido por ferrocarril, sin lograr asearse durante días, sufriendo del calor, de la humedad o del frío durante algunas noches, azotados a veces por la lluvia, enfermos del vientre muchos, sin poder curarse, agotados tanto el bismuto como el elíxir paregórico, así pasaron los últimos días de agosto para el regimiento a que pertenecían los cuatro amigos. Dos veces perdieron éstos contacto con él, pasando unos tres días alimentándose sólo con remolacha. En Creil se enteraron de que a treinta kilómetros hallábanse los ulanos que tan frecuentemente les pisaban los talones. A la una de la mañana del 30 acamparon en Gasnes, en el Oise; veinticuatro horas después en Bacüeil.

—Avanzamos sin dar con el enemigo, nos retiramos sin verle, no hay quien comprenda nada, repetía Tadeo.

Abatidos, irritados, sin noticias de los acontecimientos, no se explicaban claramente el por qué de días perdidos en lo que antojábanseles planes continua e inúltimente alterados. Alentados por los oficiales, figurábanse avanzar cuando reculaban, recular cuando avanzaban. Asaltándoles desalentadores presagios, llegaron algunos hasta suponer enorme derrota y a hablar de traición.

Laboulle, tan ignorante de los sucesos como los compañeros, encontraba repetidamente nuevas oportunidades para combatir el pesimismo.

—Los alemanes, explicaba, han desembocado, contra lo que se esperaba, por el norte. El general Maitrot los vió venir siempre por ahí. Hace un año lo previó el coronel Grouard, insistiendo en que la ofensiva tenía que ser alemana y en que nues-

tra actitud debía ser defensiva, política y militarmente... No hay que pensar que el enemigo nos empuja; ni en derrota. Se ha alterado el plan inicial, eso es todo. No olvidemos que un movimiento retrógrado—el coronel lo ha dicho—no implica derrota, ya que la retirada es parcial y provisional. El generalísimo debe tener su idea. Bélgica, defendiéndose, le está dando tiempo para ponerla en práctica.

El 2 de septiembre se arrastraba el regimiento, tal era su fatiga. En los frecuentes altos, le dominaba el sueño a los pocos minutos, pero de pronto sonaba, maldito, el silbato, y ¡en marcha!

—*Pas moyen d'pioncer!,* repetían muchas voces.

—*Mazette!,* diríase que no tenemos siquiera derecho a que se nos acabe la cuerda!, murmuraba Tadeo.

—*Salauds!,* mugía Torrin.

En la noche del 3 penetraron en un pueblo—unas cuatro centenas de casitas agrupadas a los lados de la calle única, con insignificante iglesia destechada, agujereada y sin frente—oliente a cosas quemadas y paja húmeda casi podrida, en el que sólo persistían casi intactas, en pie, varias viviendas sin puertas ni ventanas, descascaradas sus paredes por balas de fusil; de las demás, derrumbadas unas hacia dentro, desbordadas otras hacia la vía pública, quedaban algunos muros dislocados, calcinados, entre vigas, grandes montones de piedras, ladrillos, tejas, muebles, libros, retratos desbaratados, ropa hecha trizas, restos de loza y porcelana, de toda clase de objetos destruídos definitivamente.

Una vieja esquelética, famélica, cubierta de polvos y telarañas, habitante único del lugar, les relató a Tadeo, al marqués y Laboulle, devorando una tajada de pan que la ofrecieron:

—Cuando llegaron los furrieles prusianos casi toda la gente del pueblo había huído... Se apoderaron de Monsieur Leroux, el alcalde, y de su hermano Monsieur André... Después, en coches y en un carro de Petitjean, el carnicero, apilaron todas las botellas de vino que encontraron... Después vinieron militares en bicicletas y los húsares de la muerte a caballo, con los revólvers en la mano; parecían unos enterradores; y la infantería, bayoneta calada, muchos, muchos, los primeros gri-

tando "¡Nadie a la calle!", porque venía el general de ellos, que llegó después con sus oficiales en unos automóviles pintados de amarillo oscuro. Mientras almorzaba en la alcaldía, tocaba una música muy buena fuera y pasaban muchos más soldados; él les preguntaba muchas cosas a Monsieur Leroux y Monsieur André, y bromeaba con ellos, que estaban muy serios y muy rabiosos... Yo tuve que servirles y el pobre Petitjean les hizo la comida... Después que el general se fué, unos soldados se llevaron a Monsieur Leroux y a Monsieur André y vinieron a almorzar otros oficiales. Cuando acababan tiraban los huesos, los platos, las botellas vacías, todo, todo, contra las paredes, riéndose, mientras pasaban los soldados, cantando, metiéndose en las casas, robándose muchas cosas, todo lo que podían, haciendo sus porquerías en todas partes, en las gavetas, hasta en las camas, ¡los cochinos, lo hacían expresamente!, bebiéndose todo el vino que encontraban, diciendo que iban para París, de prisa, de prisa, para acabar la guerra... Los que pasaron por la noche, porque oyeron un tiro que no sé de dónde salió (sonó un tiro, y luego una descarga y muchos tiros sueltos), se pusieron a pegarle fuego a todo el pueblo, saltando algunas casas como si fuesen bombardeadas... Petitjean decía que se le escapó un tiro a uno de ellos, o que uno disparó para decir que alguien del pueblo tiró, porque la verdad era que los que tenían armas se habían ido antes y lo que querían los prusianos era quemar... Yo me escapé y me fuí a esconder entre lo que quedaba de las caballerizas de la granja de Monsieur André, allá lejos...

—Eh, vieja, toma otro pedazo de pan y ¡a esperar que se acabe la guerra! Ya te traeremos bastante hueso y masa de aleboche para reconstruir todo esto, la dijo el marqués poniéndola un luis en la mano.

Ella no le respondió. Mordisqueando el pan se alejó murmurando:

—Dios te escuche, mi joven!

En esos momentos discutía el diputado sobre religión con el soldado-sacerdote Pedro Martin, hombrecillo delgaducho, tranquilo e insignificante.

—El ejército, decíale éste, aunque usted no lo crea—no bas-

ta no creer, hay que saber—, tiene sed de religión. Ahora, al comenzar a sufrir, comienza a darse cuenta de ello. La esperanza y el sufrimiento son los fundamentos de las creencias religiosas. Dentro de poco, cuando comience a aletear la muerte a nuestro alrededor, verá usted que ni uno de los que se jactan de ser librepensadores rechazará al sacerdote que se le acerque a decirle que bueno es soñar con recompensa en otra vida. "Felices los que sufren, porque serán consolados; felices los que tienen hambre y sed, porque se saciarán". El dolor es la mejor escuela de perfeccionamiento moral... Ante la duda pregunto siempre: ¿no es mejor partir para el más allá en buenos términos con Él?... ¿No observó usted ayer a un soldado que se me confesaba en alta voz, marchando, sin temor a ser escuchado por camaradas escépticos que, dicho sea de pasada, no se atreven siquiera ahora a sonreir burlonamente, como hace unos días lo hubieran hecho? Ya son varios los que, aunque asombrados, se placen en escuchar por vez primera palabras sobre una religión que jamás existió para ellos. Usted, después de la guerra, uno de tantos, será de los primeros en descuidar sus deberes religiosos; pero para entonces el catolicismo resucitado de sus antepasados, de su infancia—yo le noto ya bien resucitado, aunque usted no lo confiese—se habrá infiltrado de tal manera en su ser que no renegará nunca más de él... En la áspera lucha por un ideal que es la guerra, hay instantes tan sombríos que no bastándole a la mayoría de los espíritus próximos a emprender vuelo la satisfacción del deber cumplido con la patria, acércanse sedientos al consuelo religioso... Amigo mío, aunque las religiones—no hablo sólo de la mía, sino de todas—fueren ilusiones, vanos anhelos de un imposible, como afirma usted, son irresistibles fuerzas de consuelo; y eso basta para hacerlas grandes y venerables...

Al romper la aurora, entre los escombros del templo, en lo que quedaba en pie, desnudo, sin imagen, del cojo altar de madera, oyeron misa los soldados, apretados unos contra otros, perdidas a lo lejos las filas.

El sacerdote, quemado por el sol, la barba crecida, pendiéndole del cuello sobre la desteñida sotana un gran crucifijo, sin púlpito al cual poder subir, les habló durante cinco minutos,

desde el altar, entre Pedro Martin y otro soldado-sacerdote uniformado, de la vida eterna, pidiendo a todos una plegaria por la victoria.

Terminado el servicio, al desfilar junto a las ruinas de la alcaldía, en cuyos muros mellados leíanse insultos a Francia y las palabras *Nach Paris!*, vieron varios cadáveres de fusilados; observando, sembrados por doquier, los restos de desordenada y enorme comilona, huesos y pieles de bueyes y cerdos, plumas de aves, toneles desfondados, miles de latas de conservas abiertas y de cascos de botellas.

Cuatro perros se disputaban un insignificante resto de res. Sin un quejido, echados frente a un montón de avena que ante ellos les dejaron sin duda por si viviesen, moríanse dos caballos de desollados ijares, salientes sus cruces y grupas, babosas las ventanas de las narices, espumosas las entreabiertas bocas de amarillosos dientes, turbias y fijas sus miradas. Sin energía les temblaba el cuero cuando las picadas de las moscas que les envolvían exasperábanles demasiado.

—Hay que acabar con esas carroñas, dijo Torrin.

Un cabo se las acercó. Le metió el cañón del revólver dentro de una oreja a la más cercana, y disparó.

—Pobre matalón, ¡anda!

La bestia se estremeció.

Las moscas, zumbando, revolotearon azoradas.

—Ahora tú.

Sonó otro disparo. Las moscas volvieron glotonas a sus presas.

Varios cuervos que se elevaron comenzaron a descender.

Cerca, en un poste de telégrafo, un cartel del alto mando enemigo prohibía en alemán, francés y ruso, bajo pena de muerte, que se tocase a la red telefónica o telegráfica, haciendo responsables de cualquier daño material a las poblaciones vecinas.

Horas después, al dejar un bosque, dieron en el cruce de un camino con aflictiva teoría de fugitivos, perdido su comienzo y fin en la lejanía. Abigarrada multitud de gente fuerte y harapos humanos, recién nacidos indiferentes, pequeñuelos que no hubieran podido decir sus nombres, niños atontados por lo imprevisto, tristemente inquietos como bestias víctimas de acon-

tecimientos que no se explicasen, callados y deprimidos aquellos cuya comprensión hallábase casi al borde de la realidad de la tragedia; mujeres de todas las edades, algunas con sus ropas de días de fiesta y las cadenas de oro y joyas de las grandes ocasiones; jovenzuelos sosteniendo y hasta cargando a los ancianos; sucios todos, polvorientos, los semblantes desencajados, fruncidos o resignados, arrugados, de vencidos; descalzos muchos, cargados de maletas, sacos, cestas, bultos mal anudados, reventando repletos de las cosas juzgadas indispensables o de mayor valor a la hora de la huída; alimentándose con restos de provisiones, legumbres crudas, frutas; durmiendo donde les sorprendía la noche, sobre paja, sobre la tierra, el sueño de los aplastados por la fatiga; sembrando al borde de la ruta a los enfermos, a los extenuados y a los agonizantes, apenas, en apariencia, sin un recuerdo ni una plegaria, atesorando cada cual, egoístamente, sus fuerzas y esperanzas restantes; avanzando con lentitud a pie, en bicicleta, empujando carretillas, por entre bestias que cabeceaban melancólicas, terneros, vacas, bueyes, asnos; en carros de todas formas, en cabriolés y toda clase de nuevos, viejos, vetustos y ridículos vehículos, atestados de frazadas, almohadas, colchones, cacerolas, jaulas de pájaros, ropa, loza, un gran cajón con ruedas tirado por dos San Bernardos, un automóvil con las gomas desinfladas, arrastrado dificultosamente por una pareja de sanotes percherones.

Un gran silencio se hizo en las filas.

A varios soldados les pareció el pequeño mundo errante, anuncio de la desolación de invasión cruel e imprevista. A los que tenían hijos les apretó el corazón, en un como paréntesis de la gran procesión, el espectáculo de una mujer encinta, marchando derecha y fiera, la cabeza alta y descubierta, los cabellos al viento, los senos estériles, desinflados, escapándosele, caídos, por entre el tosco corpiño abierto, expuestos sin pudor como para que los que los viesen despreciasen con ella su imperdonable inutilidad; un bebé en sus brazos lloraba furiosamente su hambre. La seguía una vieja encorvada y vacilante empujando un cochecillo en el cual adivinábase a otro niño, y a cuyos pies, sentado sobre ropa amontonada, destacábase, escrutando impávido el horizonte, frío bibelot vivo, un gato ne-

gro con brillantes esmeraldas redondas por ojos. Completando el cuadro del hogar deshecho, tristón perro cojo, la cola entre las piernas, la lengua afuera, el vientre hundido, moviendo la cabeza de un lado a otro, con un paquete amarrado a su lomo.

Marsouille y Collin no escondían ni su inquietud ni su nerviosidad.

—Mientras esté el ejército en pie, ¿qué temer?, repetía Laboulle.

—¿Qué temer? El envolvimiento, ni más ni menos, le respondió una vez Collin. Eso es lo que buscan ellos.

—Buscar no es encontrar.

—Los fugitivos y las ruinas nos están diciendo lo que nos espera. ¿Qué hacen los jefes? Vamos al abismo, al abismo, repitió Marsouille.

—Pídele cuentas a la república, interpela a la democracia, le dijo el marqués.

—Este no es momento de bromear. Yo hablo basándome en lo que estamos palpando.

La mayoría de los soldados dió la razón al diputado. Laboulle ensayó distraerles:

—A comienzos del reinado de Carlos VII, los parisienses, acosados por el hambre, sitiaban las panaderías; y los campos, vacíos de campesinos, ''hallábanse llenos de zarzas y espinas'', al decir de Tomás Basin, obispo de Lisieux. Todo va a la destrucción y la desolación, es más, a la perdición final, le decía al rey otro obispo, el de Beauvais. Surgió la paz y a poco pudo cantar un poeta:

Marchands gagnaient en toutes marchandises,
Celliers, greniers étaint riches et pleins
De vins, de blés, avoines et bons grains (1),

mientras un dux de Venecia afirmaba que el rey de Francia era ''el Rey de los Reyes'' y que nadie podría nada contra él. Siglo y medio después combatía Enrique IV contra las tres cuartas partes del pueblo, empeñado en no reconocer su autoridad; y contra España, decidida a dominarnos. Apenas si te-

(1) En todas clases de mercancías ganaban los mercaderes,—Repletos los graneros y bodegas de abundantes vinos, trigos, avenas y buenos granos.

nía él mismo qué comer ni qué ponerse. En 1598 impuso sus condiciones a los españoles y con el Edicto de Nantes dió fin a la guerra civil. A los cuarenta años de lucha quedábamos como tras la guerra de los cien años. "No hay una familia noble en Francia—escribía un embajador—en la cual el padre o el hijo no haya sido muerto o herido o hecho prisionero." En tiempos de Luis XV ¿no decía Bernis que nos hallábamos en el último período de la decadencia? ¿Cómo resistimos la sangría revolucionaria, la napoleónica, las invasiones, la catástrofe del 70? Perder la paciencia y toda esperanza no es de soldados. Mientras esté el ejército en pie...

—Sí, sí, optimismo, murmuró Marsouille, la Francia eterna; pero nos hallamos bajo un ciclón.

Laboulle sólo confiaba su íntima y seria preocupación al marqués, quien igualmente preocupado, aunque sólo durante instantes, acababa por reanimar al amigo con su buen humor, diciéndole que lo mejor era no pensar en nada.

Al caer la tarde, agotados y voraces, retirándose siempre, en dirección de Beauvais, árboles guillotinados, torcidos, desmenuzados, de cuyos troncos escapábanse ramas verdes todavía, caballos inmóviles—peladas en parte las carnes, mordido el hinchado vientre de más de uno por la cincha, estiradas las patas, babosa la lengua salida, saltones y duros los ojos, levantada la cabeza en última rebelión contra la muerte—, bueyes, terneros, vacas sorprendidos por la metralla, carros volcados, quemados, bicicletas abandonadas, inservibles, fusiles desbaratados, ruedas dislocadas, cascos, cartuchos vacíos y ennegrecidos de obuses, kepis, correas, restos de uniformes, eran signos de reciente combate; en un recodo del camino se elevaba todavía ligera columna de humo de lo que había sido una gran pila de cadáveres quemados por los alemanes—restos diluídos, masa informe en la que resaltaban las blancas notas de miles de dientes.

Una hora después, al acantonar, de noche, en villorrio cercano abandonado por sus habitantes, destruído sólo en parte, supieron tanto de lo allí sucedido como los camaradas que fueron llegando y partiendo, ciclistas, motociclistas, húsares, dragones, coraceros, zuavos, senegaleses, artilleros, tiradores arge-

linos desmontados, seguidos por bestias esqueléticas ensilladas desde hacía días, hinchadas sus patas, llagosos sus lomos; series de jinetes con los uniformes descoloridos y desgarrados, abollados los shakos, rotas las viseras; lamentables los infantes, como ellos, con los uniformes también descoloridos y desgarrados, sedientos, cubiertos de polvo, sudorosos, saliéndoseles los descarnados pies de las botas, ojerosos, crecidas y descuidadas las barbas, casi sin poder moverse, reventados, arrastrándose, descansando, haciendo nuevos esfuerzos para sacudir el sopor de aniquilamiento que quería clavarles a la tierra.

Tan gran novedad y tanto movimiento agitaban a Torrin. Iba de un lado a otro, deseoso de saber noticias de París y de que le describiesen un combate. Apenas daba con un soldado de distinta arma se apresuraba a abordarle haciéndole variadas preguntas:

—*Y a-t'-il d' la casse chez vous?... Non?, p'ossible!... Oui?... Allez-y, racontez l'bataille.*

Creyó que al fin un artillero apaciguaría su curiosidad.

—¿La batalla?—se concretó a decirle el interpelado—, no la he olido sino de lejos. Sin embargo: fogonazos de las piezas, miedo, campaneo en los oídos, patadas en el cráneo, tierra que tiembla, cuerpos sacudidos, sabor de pólvora en la boca, cumplimiento del deber y miedo multiplicado por miedo casi todo el tiempo.

—¡Infundios!, le replicó incómodo, decidido a continuar sus indagaciones.

Cojeando a largos pasos, cantando *Hello, hello, whose your lady friend?*, surgió un grupo de soldados ingleses. Con sus sobrios uniformes, sus gorras de cómoda visera, las cartucheras en forma de faja, las leonadas polainas, semejantes a cacerinas los morrales, rifle al hombro, parecían cazadores al regreso de penosa y extensa excursión. Uno—llevaba colgado de la espalda un balón-pie inspeccionado con silenciosa curiosidad por Perron, el cual se preguntaba si se trataba de una bolsa llena de agua, de un instrumento de música o de un explosivo—mostró a un capitán un mapa alemán de parte de Bélgica, perfecto modelo de topografía al que no faltaba un solo detalle;

ofreciéndoselo repitió que, perdido, deseaba saber dónde se hallaban y obtener uno francés.

—Hemos perdido el camino de Potsdam, agregó en su idioma.

El oficial no le comprendió.

—*We, nous, nous, comprang? We want to go to Paris*—hacía con una mano gesto para indicar la marcha—, *Calais or Boulogne... Comprang? Map, map...*

Y mostraba el mapa alemán.

—*Ah, bon, une carte... Ça, n'est-ce pas?*

—*Oh, this: cart, in français?, bong, bong...*

El marqués, acercándose, sirvió de intérprete, aunque hablaba muy poco inglés.

Pidieron además tabaco los *tommies*, y, una vez complacidos y satisfechos, con un ¡viva Francia! contestado con un ¡viva Inglaterra!, se perdieron en la obscuridad, marchando a largos pasos, estirados como clavos, elásticos a un tiempo, fumando sus pipas, con buen humor y optimistas.

Al día siguiente oyeron decir algunos soldados a los oficiales, menos morosos, más animados, que doblaban hacia el sudeste para batirse al fin.

Del 21 de agosto, al vacilar los ejércitos franceses, hasta el 5 de septiembre, habíanse sucedido rápidamente tales hechos de armas, definidos ya los planes de los alemanes, esbozados desde el instante en que pisaron tierra belga, que reveses y éxitos pasajeros de los contendientes fueron sólo preludio o período estratégico de la batalla por venir y prevista por el generalísimo en sus diversas fases.

Esa noche no pudieron conciliar el sueño ni Laboulle, ni el marqués, ni Tadeo.

Cuando aclaró escuchó el regimiento la lectura de la orden del día del generalísimo:

"Al instante de empeñar una batalla de la que depende la salvación del país, precisa recordar a todos que ha llegado el momento en que no puede mirarse más hacia atrás; todos los esfuerzos deben aunarse para atacar y rechazar al enemigo."

El coronel leyó sin prisa, con voz clara y fuerte, grabando las palabras en el pensamiento de los hombres:

"Tropa que no pueda avanzar más, deberá, a todo costo, conservar el terreno conquistado, dejándose matar en él antes que retroceder. En las circunstancias actuales no puede tolerarse flaqueza alguna."

Los hombres, inmóviles, parecía que ni siquiera respiraban.

—Mis soldados, por Francia, ¿verdad?

Distendiéronse gargantas anudadas por la emoción, rodaron lágrimas por semblantes en que la tierra hacía resaltar marcadas arrugas de agotamiento físico y moral. Y de todos los pechos dilatados escapóse en confuso y ahogado clamoreo:

—¡Por Francia!... ¡Viva Francia!, apoderándose de los soldados exaltada e infantil alegría, escuchándose gritos, juramentos, vagas exclamaciones, incoherentes frases y hasta desvergüenzas.

—Pedro Martin, soldado-sacerdote!, ordenó el coronel, indicándole al interpelado que avanzase.

Martin, pequeñín y desgarbado, perdido en un uniforme demasiado grande para él, cruzó con el jefe palabras que no se oyeron.

Emocionado, forzando su vocecilla:

—Los que quieran recibir la absolución, que se arrodillen y descubran!

Descubriéronse rápidamente los más, y cuando cayeron de rodillas tenían ya los menos sus kepis en las manos, arrodillándose a su vez.

Sólo Collin quedóse en pie, esforzándose por mostrarse completamente indiferente, cerrados los ojos, dos puntos perdidos detrás de sus pómulos subidos y puntiagudos, color de pus; agitado, temeroso de que pudiesen descubrir su inquietud interior, todo lo que el esfuerzo le costaba, temblaba imperceptiblemente, empapándole el bigote y la barba una transpiración fría y desagradable.

Junto a él acababa de santiguarse el marqués, una de las dos "manchas del regimiento", en opinión suya; la otra era Laboulle. El primero, sobre todo, era continuamente objeto de su malquerencia desde el día en que interrumpiéndole una larga tirada contra la religión, "consuelo de pobres y mentecatos", esclamó entre un grupo de camaradas: "¡Cosas de los

grandes hombres! ¡Pasteur católico ferviente y Collin ateo hirviente!''

Tadeo, demasiado emocionado, apenas si pudo abrir la boca. Había deslizado su vida tan tranquilamente, vivía tan extraordinariamente desde hacía unas semanas, eran tantas las sensaciones que le agitaban, que casi sintió hasta la necesidad de protestar de las dos últimas, figurándosele que ''las ceremonias'' del coronel y del cura iban a robarle fuerzas que necesitaba, deseando gritar: ''¡menos palabras y más combates!'', y tomarse un par de botellas de vino para recuperar su equilibrio amenazado.

Marsouille tuvo miedo. ''No quiero morir, no, no quiero morir'', respondía a una voz que en el pensamiento le repetía que la muerte no estaba lejos. Pálido, fruncido el ceño, esforzábase por sonreir, pensando no ya que—grande hombre que en perspectiva era—iba a ser sacrificado, ni que faltaría a la patria, a su hija y a su mujer, sino que él, su carne, sus huesos, podían convertirse dentro de poco en algo inerte, inútil, podrible. ''No, no quiero morir. Dios mío, ¡sálvame, sálvame!''

El marqués, sin hacer retruécanos por primera vez, cayéndosele siempre de un lado de la boca el cigarrillo, declaró que en ese instante comenzaba su vida y la de casi todos sus compañeros.

—Muchos de nosotros vamos a hacernos una biografía gloriosa en un par de líneas, dijo el capitán. Si algunos no quedan vivos para recordarlas, ¡tanto peor para los amantes del penacho y de la gloria! Nuestras vidas no serán menos bellas al no quedar escritas.

Volviéndose hacia Perron:

—Eh, ''Cementerio'', ¿tiene o no razón la madre-capistón?

Perron, creyendo que su jefe ignoraba que él le había llamado una vez la *mère-capiston*—apodo que le quedó—, enrojeció de confusión, mordió la boquilla de su pipa y no dijo nada.

El capitán Mandre, grueso y rosado, con un gran bigote rubio, severo, condescendiente, serio y jovial a un tiempo, respetado y obedecido y hasta temido, aunque sin haber jamás recurrido al menor asomo de violencia o siquiera mostrado im-

paciencia; dando de su energía, de su ancha simpatía más de lo que recibía, era el amigo escuchado, lejano e íntimo a un tiempo, de todos sus hombres, sin dejar de ser el jefe. Por ellos hubiese él sacrificado su vida y ellos estaban dispuestos a darla por él, en quien muchos encarnaban la patria.

A falta de algo más apetitoso se recurrió al mono (1) para aplacar el apetito matinal, repartiéndose el burdeos que quedaba.

—La guerra—dijo Laboulle, jubiloso, brillantes los ojos—, es sangre que para el bien de los más dan los menos. Si estamos dispuestos a dejar correr por las abiertas venas de la patria toda la que ella debe perder, surgirá la paz por la que desde hace un mes comenzó a penar la nación.

El grupo de compañeros que siempre le escuchaba con admiración creció a su alrededor.

—De la sangre por derramar—continuó—somos cada uno una gota y no más. Esto debemos repetírnoslo sin cesar, para no creer cada cual que en el gran esfuerzo lo es todo, puesto que el todo lo somos todos juntos... Ha dicho William James que en la escena del mundo los grandes papeles los representa el heroísmo. Un hombre no cuenta, según él, cuando es incapaz de hacer algún sacrificio; cualesquiera que fueren sus debilidades, si está dispuesto a dar la vida por la causa que le tiene a pecho, ennoblece bastante su heroísmo para hacernos olvidar lo demás; es más, siéndonos inferior en varios sentimientos, si nos agarramos a la vida mientras él se deshace de ella como si tirara una flor, sentimos que su superioridad sobre nosotros es incontestable. Cierto es... No precisa, sin embargo, que cada uno de nosotros sea un héroe. No se trata de eso. Cumplamos nuestro deber y bastará. Pero no debe quedarnos, no nos quedará, pues, esperanza alguna a ninguno de no ser la gota que se deslice caliente entre otras, sabiendo que cada paso, cada metro, cada kilómetro de triunfo debe ganarse con toneladas de acero y explosivo y mares de sangre que no sabría yo calcular, aunque podría quizá hacerlo con bastante exactitud el estado mayor... Amigos míos, es probable que esta tarde o esta no-

(1) Mono, en la jerga militar, es la carne de buey en conserva.

che vaya la tierra a beberse las gotas de sangre que somos. Esa es la suerte de los primeros que abordan el combate. Para los que atrás quedan, los viejos y los niños, serán las primeras embriagueces del triunfo; para las generaciones venideras, para la civilización, sus frutos, que conquistaremos a la francesa, sonriendo!

—*E ben, mon colon!,* exclamó Perron con su voz sorda y fría, expresando el colmo de su admiración y la de todos.

Estallaron carcajadas y aplausos.

Tadeo hubiera querido que se le ocurriese alguna frase amable de felicitación. Se contentó con darle ostensibles golpecitos en el hombro a Perron, repitiéndole "¡muy bien, muy bien!"

—*Cré nom, mon parigot,* hablas mejor que la sotana del regimiento y que la orden del día, dijo Torrin a Laboulle, triturándole una mano.

—Pedazo de gigante, respondióle por Laboulle el marqués, hablas por tu parte mejor que la cámara entera.

A Marsouille le escoció el pequeño éxito oratorio de Laboulle.

—Morir por la patria, ¡muy bien!; pero mejor es no morir, dijo. Sin embargo, ha tratado usted muy bien el punto... Exactamente lo que yo pensaba y hubiese dicho...

—Con otras palabras, naturalmente, le replicó el marqués.

Marsouille no le respondió. No estaba para discusiones en instante en que sólo su vida valía algo para él. Tenía miedo y repetíase ferozmente: "no quiero morir, no quiero morir".

Tadeo se le acercó. Y como preocupado:

—Desde que comenzó la guerra me digo a menudo que en menos de un cerrar de ojos, aquí, allí, ahora, luego, puede metérsenos un pedacito de plomo en el cerebro parándonos la vida. ¡Cosa tan sencilla me parece algo tan curiosamente misterioso! ¡Parar la complicación de una vida un pedacito de plomo!

Marsouille sintió ganas de abofetearle. Se encogió de hombros y, volviéndole la espalda:

—¡Idioteces!... ¡Idioteces!...

Tal fué el asombro de Tadeo, que no pudo despegar los labios, sintiendo a un tiempo los pies clavados a la tierra. To-

rrin había escuchado el diálogo; le dió un manotazo en un brazo, le guiñó un ojo, e indicándole al diputado con la cabeza:

—No sabe lo que farfulla, el burgués. ¡Ya tiene los cascabeles (1) y no ha entrado todavía en el baile!

Y como se oyese lejano bombardeo:

—En cuanto oiga de cerca el bombo boche, se le va a ver agonizar.

Minutos después partió el regimiento una vez más en busca del enemigo.

A la hora de marcha, vacilantes, sedientos los hombres, cayéndoseles las cabezas ora a la izquierda, ora a la derecha, emblanquecidos por el polvo que les ahogaba, quemándoles los labios, cerrados a medias los ojos irritados por la reverberación del camino, corríales pegajoso sudor por la piel impregnada de suciedad. Aplastándoles los pechos las correas levantaban las mochilas bruscamente de vez en cuando. Y hasta los que tenían los pies rojos y húmedos como carne fresca, y tan deformes que no hubiesen podido descalzarse, cojeaban con cierta ligereza. El deseo azotante de abordar combate al fin, operaba el milagro. Ardiente prisa les empujaba. Jamás hombres más entusiastas tomaron el camino de la victoria y de la muerte. ¿Los alboches?, *eso* no podía ser siquiera un enemigo—afirmaba Torrin—, eso era una pila de cochinos, carne de ballena; bastaba pinchar para convencerse: ¡grasa y cerveza!

—¿Cuántos has pinchado tú hasta ahora?, le preguntó Collin.

Torrin no le respondió.

El calor era insoportable.

—Antes de llegar el momento de pincharles, dijo el marqués, debió el gobierno repartirnos sombrillas en vez de fusiles. Nos vamos a derretir.

Crecía el ruido de la artillería.

—Tienen cañones que no escupen confites, avanzó Collin.

—*Cré nom!,* no ladres más, le gritó Torrin, dando rienda suelta a su contenida cólera. Pareces una tumba hambrienta.

(1) En la jerga militar, *avoir les grelots,* tener los cascabeles, es temblar de miedo.

El 75 sabe murmurar también. Y hay algo más que el 75. Si tienes miedo, instálate en mi mochila. No hay confite boche que se atreva a metérseme por aquí!

Y se dió un puñetazo en el pecho.

—Así se habla en la guerra, le dijo el marqués.

Laboulle:

—Como "el gentil señor Bayardo" en Mezières, respondiéndole, aunque sin enfadarse, a un germano que le hizo "intimaciones injuriosas":

Bayard de France
Ne craint roussi ni grosse panse
D'Allemagne... (1)

Collin, sin decidirse a responderle a Torrin, rió forzadamente, diciéndole a Tadeo:

—En vez de ese nuevo plato histórico yo preferiría una ducha, ropa limpia y una buena sopa.

Tadeo y Laboulle parecieron no oirle. Torrin les miró con ojos de toro furioso, lamentando no ser Maboul "para romperle el hocico".

A las 9 hicieron alto en un vallecillo disimulado por telón de árboles.

Pasaron varios proyectiles por lo alto, yendo a reventar lejos. Escuchábanse los chasquidos secos de los 75 y apagada fusilería. Silbando cayó en un montículo cercano, formando un cráter bastante grande para enterrar cuatro o cinco caballos, un gran obús, del que se elevó espesa columna de negro humo por entre un ramillete de tierra y piedras, justamente en el instante en que se deslizaba graciosamente, del montículo hacia los árboles, una pieza rodante.

Sonó la carga.

El coronel desplegó la seda brillante de su bandera. Abiertos en tiradores, fusil en mano, comenzaron a perderse, ágiles, en dirección de la cortina verde, los rojos pantalones, los capotes azules.

Tadeo, Laboulle, el marqués, Marsouille, Perron y Torrin, los kepis bien hundidos sobre la frente para ver mejor, avan-

(1) Bayardo de Francia — No teme ni a rocín ni a panzudo — De Alemania...

zaron cerca del capitán, el cual les invitaba a tomar la sopa, esa noche, en cascos alemanes.

—¡Un poco más de prisa!

Frente a ellos cubríales el llano un segundo telón de árboles. Una vez atravesado, dejaría ver a su frente: entre fila de álamos, la blanca tira de una carretera no muy recta que atravesaba a la derecha, a unos mil doscientos metros, un amontonamiento de casitas de techo rojizo y pequeñas ventanas, de donde, en forma de abanico, salían los alemanes, atacados por los franceses, a la izquierda, en ancho frente casi recto, escondidos en huecos de unos cincuenta centímetros de profundidad, cavados a distancia de un brazo unos de otros. Al surgir del bosquecillo completarían los franceses su línea al borde de la carretera, formando un semicírculo del bosque a ella. Cortada la retirada alemana por la artillería, bombardeado el villorrio, sorprendido el enemigo, no podía, al parecer, sino avanzar o rendirse.

Silbaban los obuses yendo a caer en la vanguardia, haciendo temblar la tierra; tronaban los cañones; pasaban volando algunas balas de fusil. Cayeron algunos hombres.

Atravesado el bosquecillo, donde se había situado otra batería de 75, ligero temblor de manos y rodillas, copiosa transpiración, segundos de vago temor y estupor, de indecisión, contuvieron el ardor del regimiento.

—¡Esto no va a ser un bautismo de fuego, señores, sino un baño!, comentó el marqués.

Pocos abarcaron el paisaje: el pueblecillo, lanzando aquí y allí ramilletes de piedras, polvo y pequeñas columnas de humo, manchitas, puntos invisibles, sobre cuyos cascos jugueteaba relampagueante el sol, insectos de luminosas cabezas desparramándose y rellenando rápidamente los huecos que la metralla abría entre ellos, nubecillas blancas y negruzcas, explosiones

Los ojos de casi todos los hombres estaban más en los jefes que en la confusión de la batalla.

—¡Adelante!

En la exaltación insuflada por el peligro, dilatadas las pupilas, batiéndoles fuertemente el corazón contra las costillas, duplicadas sus fuerzas por órganos que convertían rápidamen-

te en emoción, calor, acción, la energía de caliente sangre puesta a contribución, ligeros, avanzaban los soldados, algo encorvados, inclinados hacia delante, hundiendo la cabeza en los hombros cada vez que por entre y sobre ellos pasaban, rozándoles de instante a instante más silbantes y amenazadoras, las salvas de la infantería enemiga.

Creciendo el estrépito del acero desencadenado, seguían a sus jefes sin saber de los que caían, sin escuchar reniegos, gritos, ayes, ni quejidos.

Dos secciones de ametralladoras en la línea izquierda parecían amenazadas. Corrió la orden de avanzar hacia ellas.

—¡A las máquinas de descoser!, gritó Torrin.

Enardecidos, emprendieron furiosa carrera los soldados, hasta que, recorridos unos quinientos metros, se les ordenó arrojarse al suelo, entre las avenas.

—¡Fuego por salvas! ¡Apunten!... ¡Fuego!

El capitán, tieso, de pie, se acariciaba el bigote.

Atravesaban las balas el aire en ráfagas, penetraban en la tierra que saltaba, salpicaban, metíanse en los uniformes, en los cuerpos, en las mochilas, haciendo sonar las escudillas, las piedras, que rompían. El paisaje parecía moverse en el fragor de la lucha, abriéndose la tierra animada por inesperados y violentísimos pequeños volcanes, crujiendo y chillando por el aire los árboles arrancados con sus raíces. Caían hombres, se levantaban, caían otros, no se levantaban muchos.

—Si siguen estas corrientes de aire me parece que vamos a resfriarnos, exclamó el marqués.

—¡Adelante!

Doscientos metros más quedaron atrás, sembrados de muertos y heridos.

—¡Boca abajo! A voluntad... ¡fuego!

El capitán parecía reirse de las balas. Más de un hombre, obsedido por la idea de verle caer de un instante a otro, estuvo a punto de agarrarle por una pierna y obligarle a imitarles.

A pesar de sus indicaciones de jamás separarse de la mochila, de conservar en el bolsillo interior del capote el paquete de la primera cura, la libreta individual con los nombres y

matrícula en una de cuyas hojillas debía aparecer la dirección de la familia o de la persona a quien avisar en caso de muerte, muchos soldados se habían desembarazado de la capota y de todo lo que les impedía moverse con ligereza.

Quemábanles las manos los fusiles hirvientes, apoyados sobre las mochilas, fortín improvisado de los que no las perdieron o arrojaron. Levantábanse cada vez menos hombres, azotadas las filas por implacable granizada de balas.

—¡Adelante!

Trescientos metros más quedaron atrás.

Las caras de los alemanes se veían todavía algo confusas.

Jadeantes, siguieron avanzando los soldados, pero con precaución.

De las ametralladoras una disparaba sin cesar, a cadencia variable, entre 250 a 300 tiros por minuto. A dos, recalentadas, disminuída la precisión de su tiro, sus sirvientes las vaciaban por la boca el agua de sus cantimploras. Junto a la cuarta, barnizado de púrpura el semblante, sentado en medio de cuerpos retorciéndose, aullaba un oficial: "¡Aceite, ¡aceite!" Dos balas le abrieron la cabeza al acercársele el marqués, que recibió en las manos tibia salpicadura de materia gris.

Los enemigos se miraban ya en los ojos, curiosos, y se batían con creciente y fría hostilidad.

Instantes después, caído el coronel, caídos sus dos sucesores, caídos los jefes de batallón, caído el capitán, que asumió el mando, y caídos los sargentos mayores, se tambaleó, arrodillándose, llevándose las manos al vientre, el teniente, último galón del regimiento. Y se inició el cuerpo a cuerpo, prolongándose, alimentada por ambas partes, la orgía de sangre y locura asesina...

Al grito del marqués de cargar con las ametralladoras, Tadeo, sin fuerzas ya, apenas sin poder respirar, temblorosos de fatiga sus miembros, importándosele poco morir, logró, sin apresurarse, retirar una, en compañía de Torrin, de entre los cadáveres que materialmente la cubrían; partiendo ambos con ella en dirección del bosque. Torrin, delante, con la mano derecha sujetaba la punta del cañón; en el brazo izquierdo llevaba al teniente, que le inundaba de sangre. Abordando los primeros

árboles, vieron en lo alto, revoloteando sobre una hondonada abrigada donde se hallaban las reservas, un aeroplano alemán guiando lejana artillería al dejar caer unas cintas, sin duda metálicas, desenrrolladas despacio, mientras de otro, algo más lejos, partían puñados de papeles de colores. La súbita aparición de un oficial prusiano, desarmado, deshecho el uniforme, aullando y riendo, loco, los ojos casi fuera de las órbitas, caídos los brazos, flojas las piernas, tambaleándose en su dirección, hizo retroceder a Tadeo. La ametralladora se le fué de las manos. Atravesándole entonces una bala perdida el cuello a Torrin, se desplomó éste de espaldas, sobre Tadeo, quien perdiendo el equilibrio, cayó, a su vez, dando una vuelta.

....

Horas después, al recobrar Tadeo el sentido, la frente sobre una piedra, la cabeza hueca, sediento, llena la boca de tierra, adolorido, logró con dificultad empujar con disgusto el cadáver de Torrin, que en parte le cubría y aplastaba.

Se frotó los párpados. Los tenía pegados por sangre coagulada de la rasgadura de la piel, esparcida por la cara. Le entró en los ojos la suave luz del atardecer, y en los oídos persistente zumbido apagado velozmente, de vez en cuando, por el acompasado disparo de algodonados cañonazos lejanos.

Levantó la cabeza. Observó, sorprendido, entre el polvo del camino, huérfano de muchos de sus árboles, muy lejos, a la derecha, detrás de ulanos entre cuyas lanzas y sobre los chascáses agitábanse oriflamas blancos y negros, el comienzo de una línea perdida en el horizonte, a la izquierda: una línea gris de asfalto, gris de anochecer y también de amanecer, homogénea y tan compacta, que a punto estuvo de creerla inmóvil si no hubiese notado bajo el brillo sombrío de los fusiles una ligera ondulación de cascos en punta, forrados de tela, y el balanceo hacia adelante, hacia atrás, de miles de brazos.

Contempló la nueva silueta, tijereteada, del villorrio. Pequeñas espirales de humo se escapaban de sus ruinas yendo a fundirse en una gran nube que, aspirándolas, emprendía caprichoso viaje hacia el norte, deshaciéndose en fantásticas figuras de sueño.

Viendo a su derecha, a su izquierda, a su frente, muertos estirados, encogidos, doblados, parecidos a vivos extenuados, le dominó, echándose violentamente hacia atrás, el terror de ser descubierto y derribado cobardemente, donde estaba, como bestia de matadero, sin poder defenderse.

Ansioso, prestando atención, escuchó, entre el disparo de los lejanos cañonazos algodonados, murmullo de voces embrolladas. Levantó la cabeza; notó ciclistas que tendían hilos telefónicos de árbol a árbol. Paseó la vista, de la ancha línea gris coronada por la banda de cascos resbalando bajo el entrelazamiento sombrío y reluciente de los fusiles, a la gran nube de humo rumbo al norte, para volverla a fijar en el ondular de los cascos bajo la maraña de los fusiles, regimiento tras regimiento, río crecido de hombres, fusiles y balas, carne y acero deslizándose espeso, sin claros, con pesado ritmo. Acero, hombres; acero, hombres; acero, hombres. ¡Cuánto acero!, ¡tantos hombres!

Se preguntó si los suyos habían sido vencidos; ensayó repasar despacio la refriega; sólo logró aturdirse evocando entre manchas de sangre, momentos de peligro, de ataque y de defensa al arma blanca, de saltos, imprecaciones, al teniente arrodillándose con las manos en el vientre, y la ametralladora salvada.

La línea gris, fundida más y más a cada segundo en la luz del instante, entonó el canto del gran coral de Lutero. Pensando Tadeo que algo grave sucedía recordó las ideas de Laboulle, lamentó no haber dado a la tierra la gota de sangre que era su vida, y se aplastó unas lágrimas en el semblante cubierto de polvo, pólvora y sangre seca, llevándose, en inconsciente gesto, los dedos a la boca, para refrescar su seca garganta con la humedad de sus ojos.

Fueron saliendo las estrellas.

Continuaba pasando en un murmullo de voces, por entre el polvo del camino, la línea gris ya casi invisible, interminable, una de las muchas de la más formidable avalancha jamás lanzada por una nación contra otra, océano de carne y acero, desbordándose espeso, sin claros, zumbando sordamente millón y medio de fusiles, cuatro mil piezas de campaña, cuatrocientas

cincuenta baterías de cañones pesados, setecientos morteros poderosos, ametralladoras incontables; carne y acero, hombres y acero; hombres, hombres, hombres...

No cesaban los cañones su coro lejanísimo.

El humo del villorrio deshacíase en la noche, confundiéndose con ella.

Pasaban hombres y acero, hombres y acero; hombres, hombres, hombres...

De pronto, al acompasado chac-chac, chac-chac, de la marcha sin interrupción de un avanzante cuerpo de ejército—veinticinco kilómetros de carretera hirvientes de carne y acero—sucedió el rumor de pisadas de caballos y luego el chirriante rodar, mordiendo la piedra de la ruta, de la artillería: mil setenta y tres carros, ochocientos ocho para sus veinticuatro baterías, ciento noventa y dos para sus cinco columnas ligeras, doscientos ocho para las de municiones, doscientos sesenta y ocho más para el batallón de obuseros gruesos, setenta y seis para cada cuatro baterías, veintinueve para las columnas ligeras, ciento sesenta y tres para las de municiones. Baterías de tiro rápido, howitzers, ametralladoras, piezas de sitio tiradas cada una por diez y seis y hasta diez y siete parejas de caballos, carros con nidos de nueve ametralladoras listas para inmediata acción, automóviles blindados, camiones de municiones, teléfonos, inalámbricos, pontones, picos, palas, los útiles todos de los ingenieros, zapadores y minadores; las ambulancias, las cocinas, los furgones cargados de vigas, con globos, accesorios de aeroplanos, uno enorme; la imprenta militar que publicaba y distribuía diariamente la *Deutsche Krieger Zeitung,* vehículos heterogéneos, requisicionados muchos aquí y allí, atestados de miles de botellas de vino, de carne, latería, galletas, legumbres, pan, heno; arcones, camiones y más camiones, balas, bestias; hombres, hombres, hombres...

Sediento, adoloriéndosele los miembros, quemándole la herida en la frente, cerró Tadeo los ojos, evocando los semblantes inmóviles, radiosos, de su mujer, sus hijas, Laboulle, el marqués, Marsouille, Torrin, Perron, el capitán, el teniente. Viendo pasar, sordamente zumbadora, ancha línea gris verdosa, gris de acero, gris de asfalto, gris de anochecer y también

de amanecer; avalancha tan compacta de guerreros que pudo antojársele esculpida en el paisaje, si bajo el sombrío fulgor de los entrelazados fusiles no percibiera suave ondulación de cascos y el balanceo hacia adelante, hacia atrás, de miles de brazos, minuteros ritmando el tic-tac de ciclópea fuerza... Hombres y acero, acero y hombres... ¡Cuántos hombres!... Acero y hombres, hombres y acero... ¡Tantos hombres!... Hombres y acero, acero y hombres... ¡Cuánto acero!... Hombres y acero, acero y hombres... ¡Tanto acero, tantos hombres!... Acero y hombres, hombres y acero... ¡Cuántos hombres, cuánto acero!... Hombres... Acero... Hombres... ¡Tanto acero!... Hombres... ¡Cuánto acero!... Hombres... Acero... ¡Cuántos hombres!... Hombres... Acero... ¡Tantos hombres... Acero... Hombres... Hombres... Hombres...

WILLY DE BLANCK.

(Continuará.)

RUSIA Y LA DEMOCRACIA (*)

IV

LEJANDRO III ascendió al trono bajo la inmediata y tristísima impresión del asesinato de su padre. Y no es de extrañar que en estas condiciones de espíritu tratara, antes que nada, de consolidar el orden y robustecer el poder y eficiencia de su gobierno.

Bismarck, con su innegable habilidad, supo sacarle partido a este estado de conciencia del emperador moscovita, y ofreció una renovación de la antigua amistad ruso-germana, sobre las bases no de un platónico sentimentalismo, sino de la utilidad práctica. Mediante tratados explícitos se conseguirían mutuas y precisas ventajas. Además, el astuto Canciller tuvo éxito en echar toda la responsabilidad del fracaso del Congreso de Berlín sobre el estadista ruso Gortchakoff, de quien dijo "que no lo había comprendido (a él, Bismarck) y que había anulado todos sus desinteresados esfuerzos para servir a la causa rusa". Nada podía ser más provechoso para Alemania que esta sabia política de su gran hombre de Estado: su traición para con Rusia quedaba cancelada, y de ese modo aparecía pagando con creces los servicios que había recibido de Rusia, y libre de toda gratitud para con ella en lo futuro.

Las aparentes franqueza y verbosidad de que dió muestras Bismarck en sus ofrecimientos, causaron efecto en el ánimo rec-

(*) Véanse los números de junio y noviembre, 1917, y enero 1918, de CUBA CONTEMPORÁNEA, tomos XIV, XV y XVI, págs. 108-120, 241-250 y 57-67 respectivamente.

to y práctico de Alejandro III; y el elemento germanófilo de San Petersburgo apoyó, lleno del mayor entusiasmo, el retorno a la antigua política. El año de 1885 vió la restauración de la Alianza de los Tres Emperadores, el más brillante y el último de los éxitos de Bismarck.

El verdadero carácter de esta alianza fué interpretado por los periódicos cómicos alemanes de la siguiente manera: en sus caricaturas representaban a Austria como a un elefante domesticado, atrayendo por medio de un señuelo a un elefante salvaje, Rusia, a la custodia de un domador, Alemania.

Dice Wesselitsky en este interesante capítulo (el VIII de su obra *Rusia y la Democracia)* que el plan de Bismarck, tal como él lo pudo comprobar durante su residencia en Berlín por los años de 1885-1892, y de fuentes alemanas muy autorizadas, era empujar a Austria en dirección al mar Egeo y a Rusia hacia la India, y después obligar a Francia a entrar en un tratado aduanero con Alemania, para convertirla, al igual que a Austria, en un vasallo político. En una nota de esta obra suya, dice el autor ruso a quien venimos siguiendo que supo, de manera privada, que durante la corta existencia de la renovada Alianza de los Tres Emperadores, Bismarck realizó una serie de esfuerzos tendientes a provocar un conflicto entre Rusia e Inglaterra. Con motivo del llamado incidente de Penjdeh, en 1885, urgió a los diplomáticos rusos para que tomaran una enérgica decisión. En 1886, aconsejó a Rusia, repetidas veces, que ocupara a Bulgaria. Y en una ocasión, para contrarrestar las objeciones que se le hacían a su política de *una acción fuerte,* llegó hasta ofrecerle a Rusia un cuerpo de ejército.

Pero Alejandro III, en tanto que cumplía fielmente sus compromisos, se dió clara cuenta de los manejos de Bismarck y llegó a convencerse por completo de su engañosa conducta para con Rusia. Entonces, lleno de valor, tomó el único camino que le quedaba, la contramedida salvadora: firmó una alianza con Francia.

Sólo aquellos que conocen la fuerza y las arterías de las influencias alemanas en la Corte y en el Gobierno de Rusia pueden apreciar, como es debido, la grandeza y trascendencia

del hecho realizado por Alejandro III. El pudo llevarlo a cabo por su notablemente clara, aunque limitada visión de los intereses y condiciones de Rusia, y por su indomable entereza de carácter al poner en práctica un designio, una vez adoptado. Nunca vaciló en sacrificar sus gustos y prejuicios en aras del bienestar de su país. Creyente firme en la autocracia, no tuvo empacho, sin embargo, en convertirse en sincero aliado de la República Francesa.

Los alemanes, y los elementos puestos a su servicio en Rusia, tuvieron que bajar la cabeza ante lo inevitable; si bien con la esperanza de paralizar la nueva política en práctica, y de ir restringiendo de manera gradual y lenta su finalidad y significación.

Añade Wesselitsky que poco tiempo después de haberse firmado el tratado de alianza franco-ruso, uno de los más elevados e influyentes diplomáticos rusos trató de llevar a su ánimo la idea de que en su labor como publicista ''él debía guiarse por esa verdad: que los intereses de Rusia y de Alemania son idénticos''.

El estado de conciencia en los círculos gubernamentales de San Petersburgo, como acabamos de señalar, da la clave de cómo durante el reinado de un monarca cuya política en general fué opuesta a Alemania, se diera el caso asombroso de que esta nación llevara a cabo grandes progresos en dos asuntos de vital importancia para el desenvolvimiento de la política germana en la cuestión de Oriente. A mediados de la década de los ochenta, precisamente en los momentos en que Bismarck, una vez más, atraía a la diplomacia rusa a la órbita alemana, fué Turquía visitada por las primeras misiones militares y financieras enviadas por Alemania; y en los primeros tiempos de la década de los noventa, se estableció la base de la dominación germana en el Bósforo. En la misma época la colonización germana de Rusia se llevó a cabo en gran escala.

Los sindicatos alemanes, dirigidos por su propio gobierno, compraron grandes extensiones de tierra no tan sólo en Polonia, sino también en la parte occidente y meridional de Rusia; estas tierras eran revendidas, después, a los campesinos alemanes.

Las influencias de los germanos residentes en San Petersburgo, sabiamente apoyados por la diplomacia prusiana, lograron encontrar medios adecuados para que el gobierno ruso no se diera cuenta de esta activa y metódica colonización, que fué, sin embargo, cívicamente denunciada por las investigaciones privadas que realizó una revista mensual moscovita *(Roussky Vestnik).* Las cifras que ella publicó, poniendo de manifiesto la magnitud de la pacífica invasión, produjeron de momento una gran sensación; pero el público (al igual que acontece en otros países con inmigraciones no deseables, la haitiana y jamaiquina en Cuba, por ejemplo) pronto se olvidó de esos datos, en tanto que el elemento germanófilo en Rusia obtenía éxito, primero, en demorar y, después, en evitar todas las medidas que se pretendieron tomar para defender la nación contra la disfrazada conquista alemana.

Refiere Wesselitsky en el curso de esta obra—que sigue dando la clave de los sucesos que se están desarrollando en la actualidad—que en contra de estas colosales hazañas de la política alemana debe anotarse una modesta, pero importante victoria de la causa moscovita sobre el germanismo imperante en Rusia.

Los extraordinarios privilegios concedidos por Pedro el Grande a la Estonia y la Livonia, extendidos también a la Curlandia al ser anexada por Catalina, hacían de estas provincias, con sus leyes y administración, y el alemán como idioma oficial, un *imperium in imperio;* estos privilegios le daban a la Nobleza alemana un absoluto dominio sobre la población nativa que no era de origen germano. Sin embargo, esta situación privilegiada tenía que ser ratificada por cada nuevo soberano que ascendía al trono, por lo general, en el día de su coronación; y Alejandro III se negó, de plano, a confirmar estos privilegios. Esta nacional y democrática medida política fué el primer acto que aligeró la terrible tiranía que los barones alemanes ejercían sobre los habitantes de estas provincias.

En la llamada Rusia propia, el principal objetivo de los ministros de Alejandro III fué combatir la revolución; y a este fin trataron de cercenar algunas de las reformas del anterior emperador y colocar a los siervos emancipados bajo la tu-

tela de ciertos funcionarios, separándolos, de esa suerte, de las demás clases sociales y sujetándolos a una especie de libertad parcial. Existen pruebas, sin embargo, que hacen pensar que, personalmente, Alejandro III no era opuesto a las instituciones liberales una vez que el orden público y el imperio de la ley se hubieran restablecido con carácter permanente.

Personajes políticos y estadistas que tenían oportunidad de frecuentar el trato del monarca, han informado al señor Wesselitsky, a quien seguimos en su obra, que el emperador demostraba un ardiente interés por las viejas instituciones moscovitas, los Zemsky Sabors inclusive. Fué una desgracia, empero, que entre sus consejeros no encontrara a ninguno en condiciones de informarle de la manera amplia que él deseaba.

A pesar de todo, el pueblo ruso ha juzgado rectamente a Alejandro III al considerarlo un perfecto moscovita. Se ha sabido que en repetidas ocasiones se negó a darles preferencia a los germanos sobre los rusos en los servicios militares y civiles. Aun llegó hasta empezar a rusificar el Cuerpo Diplomático y a obligar a que se empleara el idioma nacional en la correspondencia doméstica.

Se hizo, además, muy popular entre las masas populares al derogar un decreto de Pedro el Grande, que prohibía a los empleados del Estado usar barba, la cual él mismo se dejó crecer. También modificó los uniformes del ejército, haciendo que se asemejaran, en lo posible, a los trajes nacionales usados por el pueblo.

Estas reformas pueden parecer triviales a aquellas personas que no conocen a Rusia; pero tuvieron un profundo significado, constituyeron concesiones a los sentimientos de la gran mayoría del pueblo, o más bien, fueron un retorno, por parte del monarca, a la inalterable manera de pensar del pueblo.

Hemos tenido oportunidad de ver cómo Pedro el Grande produjo una escisión en el pueblo ruso por su orden imperativa de imponer costumbres extranjeras. Alejandro II hizo mucho bien y contribuyó a sanar la herida por medio de sus grandes reformas democráticas. Alejandro III les agregó la adopción, por parte del soberano y de la dinastía, de algunas de las costumbres populares. Y su pura y feliz vida del hogar

ofreció un digno ejemplo a la sociedad rusa, que le ganó el cariño y la estimación de su pueblo.

Alejandro III puede ser considerado en la historia de Rusia como su primer emperador nacional y como el fundador de una nueva dinastía de carácter puramente nacionalista ruso.

*

El capítulo IX de la obra de Wesselitsky lleva por título *El reinado actual: Período de conservadorismo* (1894-1905).

Dice el autor que esta época de la historia de Rusia está tan llena de hechos sorprendentes y decisivos, que puede ser considerada como una era de realizaciones y acabamientos. Los dos últimos reinados colocaron a la nación en un punto crítico.

Se presentaron problemas que databan de la alborada de su historia, y, tan vitales para el imperio, que tuvieron que ser afrontados sin más demora. Aspiraciones del pueblo ruso, manifestadas invariablemente durante el curso de sus mil años de existencia, tenían que ser al fin satisfechas, si Rusia quería que su destino se cumpliera.

Las reformas de Alejandro II, tendientes a la reconstrucción del Estado y de la sociedad de acuerdo con el carácter democrático de la raza eslava, habían sido violentamente interrumpidas, estableciéndose, en cambio, una corriente reaccionaria favorable a la arbitrariedad de la burocracia y a los privilegios de los círculos gubernamentales.

La política de Alejandro III, encaminada a libertar a Rusia, tanto en el interior como en el extranjero, del yugo alemán más o menos disfrazado, estaba aún sin terminar. Fuerzas hostiles seguían empeñadas en la labor de reponer esa coyunda. Cualquier fracaso en la empresa de hacer cristalizar de nuevo y completar las dos políticas ya mencionadas, hubiera expuesto a Rusia a la revolución o a la reacción, y ayudado al hereditario enemigo de la raza eslava en sus designios de conducir al único gran estado eslavo bajo su poder (1).

Tales eran las dificultades y los peligros que aguardaban al joven de veintiséis años, Autócrata de Rusia, al ascender al

(1) El actual fracaso de Rusia parece confirmar los temores de Wesselitsky.

trono. El primer período del reinado de Nicolás II, 1894-1905, aparece simplemente como una continuación del gobierno de su padre.

El mayor timbre de gloria de Alejandro III, es decir, la alianza franco-rusa, fué mantenida con toda fidelidad, y su política general de paz en el extranjero y en el interior fué cuidadosamente proseguida.

Un enérgico ministro, llamado Plehve, hizo un violento esfuerzo para terminar por medio de la fuerza, de una parte, la agitación revolucionaria; de la otra, para encauzar y regular la burocracia, a fin de ponerlo en condiciones de gobernar a Rusia sin la cooperación de elementos sociales independientes. Esta tentativa culminó en un completo fracaso.

La sistemática represión de los movimientos revolucionarios por medio de la violencia, aunque en gran parte los restringió, no tuvo éxito en desarraigarlos. Al contrario, esa agitación, hasta entonces limitada a un grupo de intelectuales, penetró hasta las masas obreras de las grandes ciudades industriales, y aun, por medio de apócrifas proclamas en nombre del Czar, incitó a los campesinos a quemar las casas de los terratenientes y a apoderarse de sus propiedades.

Los Zemstvos y las municipalidades, los propietarios y las clases profesionales, ilícitamente intervenidos y restringidos en sus actividades, estaban descontentos y carecían de medios adecuados para defender sus intereses y combatir el espíritu revolucionario.

La máquina burocrática se hallaba en un estado muy avanzado de descomposición, y los intereses privados dominaban a los burócratas. Los miembros de camarillas influyentes, en la Corte y en la Administración, sintiéndose amenazados en el disfrute de sus privilegios ilegales, trataban, con tiempo, de conseguir para ellos, en detrimento del Estado, todas cuantas *positivas y prácticas ventajas* de orden particular pudieran obtener. Las corrupciones de todas clases, y en progresiva escala, aumentaban de manera alarmante (2).

---

(2) Este estado de corrupción, de carácter social y administrativo, es lo que corroe el alma de un pueblo y lo entrega, como ha sucedido en Rusia y puede que suceda en otros países, a vecinos fuertes y moralmente aptos.—*J. V.*

Los esfuerzos de los privilegiados, para retener el poder en sus manos, eran sistemáticamente favorecidos y apoyados por las influencias alemanas internas y externas.

La política del gobierno de Berlín, en relación con Rusia, sufrió un cambio radical después de la unificación de Alemania. Una Prusia débil necesitaba de una poderosa Rusia para protegerla y ayudarla a conseguir sus fines de engrandecimiento. Pero cuando, gracias a los desinteresados servicios de la nación moscovita, Prusia absorbió a Alemania, quiso que su anterior protector se convirtiera en satélite suyo, y, con el fin de conseguir este resultado, consideró que era indispensable, antes que nada, debilitar a Rusia empujándola a la realización de aventuradas y desastrosas empresas. Y Prusia obtuvo el éxito deseado, apoyada, únicamente, por aquellas *camarillas irresponsables*—como en todas partes—cuya influencia ella trataba de mantener.

Como la propia Alemania empezaba a clavar sus ojos en el llamado *Cercano Oriente,* trató de cambiar el curso de las aspiraciones rusas y dirigirlas hacia el *Lejano Oriente.* Los esfuerzos fueron coronados por el éxito, y fué entonces cuando pudo realizar la construcción del ferrocarril a Bagdad y establecer su exclusiva influencia en el Bósforo. Al propio tiempo la diplomacia alemana esperaba utilizar los puntos de apoyo que tenía en San Petersburgo, para efectuar, mediante la ayuda de Rusia, un acercamiento con Francia. Durante la guerra del Africa del Sur, el Gabinete de Berlín, y aun el propio emperador Guillermo, pusieron en juego toda su influencia para formar una coalición contra la Gran Bretaña.

Dice Wesselitsky que la falta de espacio no le permite relatar en su libro las bajas intrigas de que se valió Alemania para envolver a Rusia en una guerra con el Japón. Después que lo hubo conseguido, Alemania dió a la nación rusa una aparente y generosa garantía de seguridad en su frontera del Oeste y una certeza de que ella, Alemania, no haría nada en Europa que redundara en detrimento de Rusia.

Sin embargo, casi inmediatamente después empezó a ejercer presión para que se celebrara un tratado de comercio ruso-germano. El autor de *Rusia y la Democracia* considera ese tratado

como una extorsión de ventajas económicas, como una especie de tributo pagado por Rusia a Alemania.

Durante las negociaciones que antecedieron a la conclusión de ese tratado, se le prohibió a la prensa rusa que tratara el asunto; y dice Wesselitsky que no fué sino hasta el año pasado (suponemos que se referirá a 1913), al aproximarse el plazo para negociar un nuevo tratado, cuando competentes financieros rusos pudieron, al fin, referirse a lo gravoso que había resultado para Rusia una negociación que tenía todos los caracteres de un inmenso tributo.

A pesar de esta bochornosa sumisión, Alemania, poco antes de la firma del tratado de paz de Portsmouth, que, como es sabido, puso término a la guerra ruso-japonesa, empezó una activa campaña diplomática contra Francia; y afirma Wesselitsky que él ha sabido, por auténtica fuente de información alemana, que esta nación llegó hasta considerar la conveniencia de enviar un ultimátum a Rusia, preguntándole si persistía en mantener su alianza con Francia; caso en el cual, y *con el más sincero pesar,* se vería obligada, por altas consideraciones militares, a movilizar el grueso de su ejército hacia la frontera rusa.

Casi puede afirmarse que estas intenciones, y el estado de indefensión en que se encontraba la frontera debido a las demandas de Alemania, precipitaron la terminación de la lucha con el Japón.

Planes maduramente considerados fueron metódicamente puestos en práctica para afianzar la influencia alemana en Rusia. La colonización de las provincias limítrofes fué llevada a cabo de manera sistemática y apresurada. Los mayores progresos se realizaron en la región del Vístula (Polonia), en las provincias bálticas y la parte suroeste de Rusia (3).

Alemania llegó a persuadir a las autoridades rusas de Polonia de que los inmigrantes germanos eran de gran utilidad y conveniencia, no sólo por ser gente quieta, pacífica, industriosa e inteligente, sino porque estaban dispuestos a oponerse a la tendencia nacionalista de los polacos.

---

(3) Después de conocidos estos datos, no puede sorprendernos lo que acaba de suceder en ese país.

Estos inmigrantes han sido los que han prestado valiosa ayuda y cooperación a los ejércitos alemanes. De su seno han salido los mejores espías, y de entre ellos se han sacado los empleados para los puestos administrativos en los territorios ocupados por el ejército teutón.

JULIO VILLOLDO.

La Habana, marzo, 1918.

GRANOS DE ORO (*)

PENSAMIENTOS SELECCIONADOS EN LAS OBRAS DE JOSÉ MARTÍ.

PROEMIO

MARTÍ ha sido, es y será, en la radiante constelación de excelsos varones que han dado gloria y fama a Cuba, el más alto prócer.

Él lo fué todo: la fe que salva y alienta, el valor que enardece y exalta, el genio que invade y fulgura, el amor que conquista y domina.

Su vida fué el apostolado, el sublime, el grandioso apostolado de la Patria, ante cuya ara sagrada ofrendó los más puros, los más cálidos, los más hermosos efluvios de su alma.

Predicó con la palabra y el ejemplo; y era tal la majestad y tal la grandeza de sus acciones, que las multitudes, acaso adivinándolo divino—Cristo de una nueva doctrina salvadora—, le siguieron a través de su Calvario heroico, ansiosas de compartir con Él los tormentos de sus desvelos patrios.

Caído en Dos Ríos, en lucha denodada y franca contra los enemigos de la Libertad—como predijo y fué su más ardiente aspiración—, surge triunfante en la magnificencia de su vida espiritual; y de nuevo los mismos corazones que ayer se estremecieron a su conjuro y le adoraron con infinito entusiasmo, hoy le rinden lauros gloriosos y hacen de sus santas y sabias parábolas como la Biblia que ha de iluminarlos y guiarlos a través del porvenir.

Entre los que ayer veneraron su figura egregia con filial pa-

---

(*) Véase la Nota Editorial titulada *Sombras y alba.*

sión, entre los que hoy han hecho de su memoria un culto y van por los caminos de la Patria redimida repitiendo sus palabras apostólicas, nos encontramos nosotros, acaso de los primeros y más amantes y fervorosos de sus discípulos.

Este libro que hoy damos a la publicidad es una buena prueba de ello: aquí están sus mejores pensamientos y sus más tiernas emociones.

Para que la juventud de hoy—la generación que ha de regir mañana los destinos de la Patria—conozca mejor aquella conciencia inmaculada; para que los aprenda de memoria y no los olvide nunca, aquí le regalamos estos aforismos—granos de oro escogidos en la rica, inagotable mina de sus fulgurantes obras.

Provechosa es la lectura de este libro. Él ilustra, consuela, fortalece y guía a los espíritus: los ignorantes, en él escanciarán ciencia noble y sana de la vida; los atormentados encontrarán bálsamo para sus dolorosas lesiones, los descreídos hallarán fe y esperanzas consoladoras, los descarriados verán caminos rectos y luminosos hacia el porvenir.

Léalo la juventud, amorosamente; llévelo consigo, como preciosa joya, sobre su corazón; póngalo al alcance de su mano, junto a su lecho de reposo; y a toda hora, y en todas partes, como si fuera un cántaro de fecundas simientes que volcara en los surcos abonados, viértalo en los espíritus, con la esperanza de que esas simientes habrán de germinar en no lejano día, floreciendo en abundante raudal de sublimes ejemplos cívicos y patrióticos.

RAFAEL G. ARGILAGOS.

La Habana, mayo de 1918.

I

DEL VOL. "CUBA". (PRIMERA PARTE.)

En la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.

El dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás.

Dios existe en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno.

Cuando todo se olvida, cuando todo se pierde, cuando en el mar confuso de las miserias humanas el Dios del tiempo revuelve algunas veces las olas y halla las vergüenzas de una nación, no encuentra nunca en ellas la compasión y el sentimiento.

La honra puede ser mancillada. La justicia puede ser vendida. Todo puede ser desgarrado. Pero la noción del bien flota sobre todo, y no naufraga jamás.

Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera.

Sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir.

El que sufre por su patria y vive para Dios, en este u otros mundos tiene verdadera gloria.

Todas las grandes ideas tienen su gran Nazareno.

La fraternidad de la desgracia es la fraternidad más rápida.

Ninguna pluma que se inspire en el bien, puede pintar en todo su horror el frenesí del mal.

Cuando todos los pueblos van errados; cuando, o cobardes o indiferentes, cometen o disculpan extravíos, si el último vestigio de energía desaparece, si la última, o quizás la primera expresión de la voluntad guarda torpe silencio, los pueblos lloran mucho, los pueblos expían su falta, los pueblos perecen escarnecidos y humillados, y despedazados, como ellos escarnecieron y despedazaron y humillaron a su vez.

La idea no disculpa nunca el crimen y el refinamiento bárbaro en el crimen.

Si los dolores verdaderamente agudos pueden ser templados por algún goce, sólo puede templarlos el goce de acallar el grito de dolor de los demás. Y si algo los exacerba, los hace terribles, es seguramente la convicción de nuestra impotencia para calmar los dolores ajenos.

El espíritu es Dios mismo. Y ¡cuán descarriados van los pueblos cuando apalean a Dios!

No graba cincel alguno como la muerte los dolores en el alma.

Cuando se ha matado, cada día es de duelo, cada hora es de pavor, cada ser que vive es un remordimiento.

Cuando se ha visto morir, cada recuerdo es una lágrima, y son todas las horas, horas de amor para los que murieron, horas de fe y de esperanza para los que aún luchan en la vida.

Hay un límite al llanto sobre la sepultura de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se juraba sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás—porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra.

Las madres son amor, no razón; son sensibilidad exquisita y dolor inconsolable.

Es ley de los buenos ir doblando los hombros al peso de los males que redimen.

¡Los redimidos, allá en lo venidero, llevarán a su vez sobre los hombros a los redentores!

Mal puede luego alzarse a hombre el que se educa como a siervo mísero.

Amigos fraternales son los padres: no implacables censores.

Fusta recogerá quien siembra fusta: besos recogerá quien siembra besos.

La única ley de la autoridad es el amor.

Nunca deben los padres abandonar a otros el molde a que acomodan el alma de sus hijos.

Es doble manera de hacer el bien, dar pan al cuerpo y darlo al alma.

Amar puramente es redimirse de terribles sueños.

Amar no es más que el modo de crecer.

Amado será el que ama.

Es ley que las frentes más altas y limpias atraigan sobre sí las piedras que se mueven siempre en las manos débiles o envidiosas.

Merecer la confianza no es más que el deber de continuar mereciéndola.

¡No cabe honor en dejar morir, sin defensa, a aquellos cuyo triunfo nos preparamos, sin embargo, a aprovechar!

El que sabe desdeñar su vida, sabrá siempre honrarla.

Los caudillos nuevos han aprendido de los viejos a pertrecharse de recursos en las bandoleras enemigas.

El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente.

El hijo odiará lo que odió el padre.

Las fuerzas que se pierden en lágrimas, hacen falta después para el ardimiento y empuje de la sangre.

Suele el miedo, natural consecuencia de la culpa, animar con color enfermizo las mejillas.

Sólo las virtudes producen en los pueblos bienestar constante y serio.

Tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos.

El espíritu de los muertos pasa a alentar el alma de los vivos.

¡Qué miserable vida la del que concibió un alto empeño, y muere sin lograrlo!

¡Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande!

La sangre de los buenos no se vierte nunca en vano.

Un mal no existe nunca sin causa verdadera.

Ya se han cansado nuestras frentes de que se tome sobre ellas la medida de los yugos,—aunque hay frentes que no se cansan de esto nunca.

Los pueblos que han sido muy criminales, necesitan, para ser felices, lavar con alta grandeza sus pasados crímenes.

Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario.

Aplazar no es nunca decidir.

Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir.

Para ir adelante de los demás, se necesita ver más que ellos.

Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones.

La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.

Cuando un mal es preciso el mal se hace.

Es menester más valor para sufrir la befa de los déspotas que para arrostrar su empuje en los combates.

Hay gritos que resumen toda una época.

La cesasión de un hecho sólo se determina por la cesasión de las causas que lo produjeron.

A todo cejarán los tristes presos, menos a la ancha puerta que se abre para acelerar su libertad.

El hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda.

El dolor es vivo a medida de las facultades del que ha de soportarlo.

Los grandes derechos no se compran con lágrimas sino con sangre.

Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes.

Los hombres de fuerza original sólo la enseñan íntegra cuando la pueden ejercer sin trabas.

Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto, que el que exagera el mérito de sus hombres famosos.

Azuzar es el oficio del demagogo, y el del patriota es precaver.

Los servicios pasados apenas son más que la obligación de prestarlos mayores en lo venidero.

A la patria no se le ha de servir por el beneficio que se pueda sacar de ella, sea de gloria o de cualquier otro interés, sino por el placer desinteresado de serle útil.

Ni hay hombres más dignos de respeto que los que no se avergüenzan de haber defendido la patria con honor; ni sujetos más despreciables que los que se valen de las convulsiones públicas para servir, como coquetas, su fama personal o adelantar, como jugadores, su interés privado.

La patria necesita sacrificios. Esfera y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.

La revolución es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.

La palabra ha caído en descrédito, porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella.

No es lícito ocasionar trastornos en la política de un pueblo, que es el arte de su conservación y bienestar, con la hostilidad que proviene del sentimiento alarmado o de la antipatía de raza. Pero es lícito, es un deber, inquirir si la unión de un pueblo relativamente inerme con un vecino fuerte y desdeñoso, es útil para su conservación y bienestar.

¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos?

La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie.

En propagar después del sacrificiio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores.

El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud.

Hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta, y aun se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Al hombre honrado no le asusta morir en la oscuridad en el servicio de la patria.

II

Del vol. "Cuba". (Segunda Parte.)

La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber.

En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad o del orgullo.

Cuando el acatamiento a la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria, vida insensata y odiosa vive el poder.

Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta.

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre.

No se va tranquilo ni seguro por sendas de remordimientos y opresiones.

No ha de ser respetada voluntad que comprima otra voluntad.

Ser injusto es la necesidad de ser maldito.

No entiendo que haya cieno allí donde debe haber corazón.

Sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes no se levantan edificios de cordialidad y de paz.

Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.

Los pueblos no se unen sino con lazos de amistad, de fraternidad y de amor.

Imponerse es de tiranos.

Oprimir es de infames.

Sólo obrando con razón perfecta se decide la suerte de los pueblos.

Obedeciendo estrictamente a la justicia se honra a la patria.

Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia.

El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

La Instrucción acaba lo que la Agricultura empieza.

La instrucción, abriendo a los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos.

No teme a los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien.

No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho.

La posibilidad de la exportación despierta el apetito del agricultor: la imposibilidad o dificultad, lo hace desconfiado y perezoso.

La venta es el premio del trabajo: los caminos que facilitan la venta son su estímulo.

Un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas.

Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no lo secundara con vigor e inteligencia la voluntad de los empleados.

Las épocas de reforma no permiten reposo.

Los apóstoles de las nuevas ideas se hacen esclavos de ellas.

El espectáculo de la riqueza excita el esfuerzo humano.

El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor.

Para rendir tributo ninguna voz es débil.

Para ensalzar a la patria, entre hombres fuertes y leales, son oportunos todos los momentos.

Cuando en los hombres se encarna un grave pensamiento, un firme intento, una aspiración noble y legítima, los contornos del hombre se desvanecen en los espacios sin confines de la idea.

Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan.

Hasta los déspotas, si son hidalgos, gustan más del sincero y enérgico lenguaje que de la tímida y vacilante tentativa.

Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres.

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas.

La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria.

El amor entona cantos fugitivos, mas no produce—por ser sentimiento culminante y vehemente, cuya sensación fatiga y abruma—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Parece profanación dar al Creador de todos los seres, y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres.

Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas.

El genio va pasando de individual a colectivo.

La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza comienza a ser crimen.

La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla.

No hay accidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz.

La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al suelo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana.

La batalla está en los talleres; la gloria en la paz; el templo en toda la tierra; el poema en la naturaleza.

No hay más difícil faena que ésta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatural.

Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos.

Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.

¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive?

Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra canto, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas.

Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada: ¡he ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta!

Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales.

Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste, mientras no se asegure la libertad espiritual.

El primer trabajo del hombre es reconquistarse.

Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso.

Sólo lo genuino es fructífero.

Sólo lo directo es poderoso.

Lo que otro nos lega es como manjar recalentado.

Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio!

Los buenos eslabones dan chispas altas.

Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto.

Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande.

La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia.

La luz es el gozo supremo de los hombres.

La majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso.

La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea.

Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obran que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

No hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza.

Nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje.

No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias.

El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume.

Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes ni taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor.

Caballo de paseo no gana batallas.

No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión.

En el pulimento no está la bondad del verso, sino en que nazca alado y sonante.

No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado.

Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino.

Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto.

Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio.

El verso hierve en la mente como en la cuba el mosto.

Saluda el sol y acata al monte.

¿Quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?

(Continuará.)

NOTAS EDITORIALES

FRANCIA Y CUBA

Consagradas las páginas de esta revista a reflejar cuanto redunde en honra y provecho de la Patria, no puede CUBA CONTEMPORÁNEA sustraerse al deseo de ofrecer al Presidente de la República, Mayor General Mario G. Menocal, sus más calurosas felicitaciones, por la señalada distinción de que le ha hecho objeto el Gobierno de la República Francesa confiriéndole la Gran Cruz de la Legión de Honor al cumplirse el primer año de la entrada de Cuba en la guerra contra los imperios centrales europeos. El 7 de abril próximo pasado se efectuó en el Palacio Presidencial la solemne ceremonia de imponer el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Francia en Cuba al Presidente de nuestra República las insignias de la preciada Orden; y al ser otorgado tan alto honor al compatriota que ocupa hoy el más alto puesto en nuestro país, Cuba entera lo ha recibido también en la persona de él y todos los cubanos comparten como propia la satisfacción suya; porque honores como éste son tanto de la Nación como de quien los recibe.

SOMBRAS Y ALBA

Mayo marca en la historia patria dos fechas imborrables: la de la muerte de Martí en 1895, y la del establecimiento de la República en 1902. Los días 19 y 20 de este mes forman para los cubanos uno solo: porque con las sombras del 19 se mezcla el alba del 20. Y CUBA CONTEMPORÁNEA ha querido abrir este número de mayo con la brillantísima conferencia que sobre Martí-Cristo pronunció hace poco el doctor Salvador Salazar, y

lo cierra con parte de los admirables pensamientos del Apóstol, seleccionados con filial cariño y singular acierto, entre todos los volúmenes del Maestro publicados hasta hoy—excepto el de la novela *Ramona*—, por el señor Rafael G. Argilagos.

La obra de este joven escritor es valiosa, no sólo por cuanto revela de respeto y devoción por Martí, sino porque denota acendrado sentimiento patrio y buen gusto literario. Es difícil, muy difícil recoger toda la copiosa y sutil esencia de un espíritu tan refinado y múltiple como el de aquel maravilloso cubano; sin embargo, parécenos que el señor Argilagos deja muy poco, si algo deja, a los futuros escanciadores que pretendan apurar las ánforas donde fué dejando su corazón y su cerebro—alquitarado néctar de sabor y pureza exquisitos—el inolvidable caído en Dos Ríos.

Vale, pues, y mucho, esta obra; no sólo porque quien ha espigado en la de Martí acierta al reunir y poner de relieve todo o casi todo lo mejor de ella, sino porque al divulgarla de esta concisa y bella manera presta indudable servicio a las letras patrias, honra la memoria insigne del Maestro y se honra a sí mismo. Intento semejante, aunque no tan completo, y plausible y útil como éste, llevó a cabo el doctor Francisco Caraballo Sotolongo, también joven admirador del Admirable, en parte de un volumen suyo titulado *José Martí, poeta, pensador y revolucionario,* que publicó en Matanzas en 1916.

CUBA CONTEMPORÁNEA, que seguirá publicando esta obra del señor Argilagos, le felicita y le queda altamente agradecida por colaboración de tan subidos quilates, que ojalá pueda en breve sistematizar y recoger en un volumen para esparcirlo por toda Cuba.

Cuando con todos los grandes intelectuales cubanos se haga lo mismo: espigar en sus obras y divulgar su pensamiento en forma de sentencias breves, o como se quiera, pero mostrando a las nuevas generaciones la sabia y severa voz del pasado, las sombras del presente irán dejando paso al alba, al alba radiante de un día que ya se anuncia.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27, HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVII. Habana, junio de 1918. Núm. 2.

MUJERES ANTES QUE HOMBRES



A pluma que en estos momentos se mueve sobre el papel, no está asistida, en la materia que se propone tratar, por experiencia personal larga ni breve; no está sostenida por los fuertes soportes de científicas disciplinas; no aportará un solo dato estadístico, ni exclusivamente local, ni comparativo entre distintos países, para sostener su tesis. Este será un pequeño escrito *impresionista,* en interés de la pobre humanidad; unas líneas sentimentales, digámoslo así; no de almibarada ternura, sino de sentimiento hondo, acaso áspero.

Y ved lo que se me ocurre.

Desde tiempo inmemorial se ocupan filósofos, poetas—serios poetas—, profetas, santos, pedagogos, legisladores, con plausible intención en formar *hombres,* moralmente considerados. La especie se ha multiplicado asombrosamente: no sé cuántas millonadas de seres vistieron antes (después de otros trajes menos recatadores) los airosos gregüescos, y visten hoy los cómodos pantalones. Y algo se ha logrado. A la naturaleza, que no dió más que el tipo biológico luchador, se le ha devuelto el agricultor, el industrial, el mecánico, el artista, etc., etc.; pero ¿se ha llegado a la meta final, al hombre perfectamente equilibrado, apto para padre de familia, para formar otros hombres

con idénticas excelentes disposiciones? Yo creo que no; que entre esas millonadas de seres cubiertos con el serio traje masculino, apenas habrá algunas que realicen al *hombre,* tal como ha existido en la idealidad de los que por esa hermosa realización han sacrificado reposo, haciendas, vida.

¿Por qué ha pasado y pasa esto? Algún detalle de origen, descuidado por pequeño (pequeño en apariencia), es acaso la fuente oculta del mal. Pienso que los educadores—los de cátedra, los de libros, los de establecimientos docentes—han procedido siempre a la manera de un escultor inspiradísimo, pero loco y arrebatado, que, desdeñando la humilde arcilla y deslumbrado ante el bloque de resplandeciente mármol, confiando todo a su genio, con cincel y martillo en mano le ataque despiadado pidiéndole los divinos contornos que en su mente se levantan y brillen ante sus ojos... ante los ojos de su espíritu, pues los que de pupilas están dotados no contemplan más que descalabros, cortes absurdos, la ruina del espléndido mineral... en tanto que la arcilla, olvidada, menospreciada en un rincón, si pudiera sonreiría melancólicamente contemplando a su insensato despreciador y, si pudiera, le diría: ''Por otros hombres fué solicitado mi auxilio y surgieron Laoconte, Venus, Minerva''...

La arcilla descuidada hasta ahora, menospreciada por los reformadores, ha sido — claró está ya — la mujer. ¡Formar hombres, sin formar al mismo tiempo, y aun antes, mujeres! Tal ha sido el absurdo. Y ella, inconscientemente (como lo hace todo) se venga, infiltrando su insuficiencia, sus arrebatos pueriles, su ceguedad intelectual, con la pura leche de su generoso seno, en la medula del cuerpo y del alma, ¡por los siglos de los siglos!

Han existido grandes excepciones: el mundo ha contemplado con asombro y respeto profundos—si es que ellas mismas no se han oscurecido voluntariamente — *self-made-women,* como dirían ingleses, y de esas maravillosas cepas han brotado, en muchos casos, demostrando la importancia de la madre, los hombres que han dado la norma, el modelo viviente del *hombre.* Y, sin llegar a tales excelsitudes, han existido mujeres que sin preparación artificial adecuada, sino por haberlas dotado

la naturaleza de recto juicio y clara inteligencia, han resultado excelentes directoras de familia.

Yo no soy quién para decir: "Hombres: reformad la escuela, los establecimientos docentes todos, para las que un día han de ser mujeres; y hacedlo de esta y de esta otra manera". Pero sí os digo: "Reformadlos. No veáis en la niña la eterna niña. Ved con ojos previsores la madre futura, que en vosotros mismos ha de influir. Poned en sus manos, como ponéis en las de los niños—que seguramente no son todos, ni aun en su mayoría, prodigios de inteligencia—serios libros... Las primeras generaciones se os dormirán con esos libros ante los ojos, porque la pereza ancestral del intelecto femenino es ya terriblemente secular. No desmayéis por eso, que después, poco a poco, permanecerán abiertos por más tiempo los lindos ojos, hechos ahora únicamente a las dulces miradas, y por último se fijarán—no lo dudéis—ávidos y aun deleitados, en lo que hoy les haría cerrarse."

*

No se crea, por lo que diciendo voy, que abogo por las carreras universitarias para la mujer. Eso está ya obtenido, y por cierto—triste es confesarlo—con resultados bien mezquinos. Las reformas mayores que yo anhelo, sin excluir naturalmente las ya indicadas, son reformas de costumbres domésticas y sociales. Reformas, las domésticas, que por su carácter privativo no están sujetas a leyes ni a reglamentos, que discretamente han de ir propagándose y que libremente han de ser aceptadas o no; pero que pudiera llegar un día en que la costumbre las impusiese con *blando rigor.* Y no se tenga esta frase por paradójica. El grande escritor Manzoni, lamentando una vez la muerte de un hijo, escribía a un amigo: "Dios me ha visitado con *severa misericordia.*" Blando y fuerte es a la vez el imperio de la costumbre. La presión con que arrastra es rígida; pero todos creen marchar por libérrimo impulso, y de ahí precisamente su casi incontrastable poderío.

La costumbre es ahora, y ha sido siempre, rodear a la mujer, desde la cuna hasta el sepulcro, como en conjura de amor—no seré yo quien diga lo contrario—, de frivolidad. Y si yo ahora, compadecida de la pobre víctima a quien se envenena

a fuerza de sabrosísimos bombones, fijándome en uno de ellos, en el primero que se presenta a su goloso apetito, dijese: "Me parece bien que las muñecas sean suprimidas", sería mirada como un monstruo de corazón seco y se atribuiría la extravagancia—que tal había de parecer esa idea—a que no hay niñas en mi hogar; como si todas las palabras y todas las acciones hubiesen de ser dictadas siempre por lo que en casa tenemos y nos conviene. ¡Como si la mujer necesitase, para abrigar sentimientos maternales, que en ella se haya operado el acto fisiológico! Pues bien, yo lo digo: las muñecas son la avanzada de la formidable, implacable frivolidad, que ha de poner cerco y ha de tomar el cerebro de la mujer. Cierto que son encantadoras las niñas jugando con sus muñecas *a las madres;* pero es el caso que después siguen jugando con sus hijas *a las muñecas*... carne de su carne y hueso de sus huesos.

Vienen después los trajes de mojiganga: el de la primera comunión, el de los duelos y el de alegrías marcados a fecha fija en el calendario, el de los desposorios, etc., etc. Desde temprano se la hace pintora, se pone una diminuta paleta en sus manos, y es su fresco rostro, que merced a tales procedimientos dejará muy prestamente de ser fresco, la tela donde ha de pintar. Y va subiendo de tal manera el colorido, a medida que la piel se mancha, que a veces hay que desviar la vista, temiendo que ante una mirada severa, o simplemente asombrada, pueda el carmín del rubor asomar rompiendo la capa del advenedizo... Si es que ese rubor no se ha escapado en alas de los vaporosos, levísimos trajes femeninos en boga, al palacio aquel de los cuentos de magia, del cual se advertía a los viajeros: "Irás y no volverás".

Y a propósito de cuentos, ved ahí un delicioso bombón para la infancia, desprovisto de veneno en sus entrañas. Los consejos que embebecidos escuchamos en la *edad de oro,* como la llamó Martí, han solido ser inicios en literatura, sano abono primitivo en bien agradecidos terrenos.

Las reformas domésticas y sociales que han de arrancar a la mujer—arrancarla suavemente, nada de violencias—a ese ambiente viciado de eterna puericia, son, lo comprendo muy bien, más difíciles de implantar en nuestro país y en otros de

condiciones climatológicas iguales, mucho más difíciles que en otros de zonas más despiadadas. El trópico ardiente, con su potencia madurativa que precipita el crecimiento, se levanta como ingente escollo e impide que la mujer tenga espacio suficiente para prepararse a no ser junto al esposo una ciega amparada de un lazarillo. La maternidad se impone muy tempranamente, y la niña pasa del umbral de la escuela, por sendero brevísimo, cubierto de rosas y en estado sonambúlico, al umbral de la casa conyugal, donde su influencia en la prole ha de ser poderosísima; como que está esa influencia amasada de amor, de abnegación, de sacrificios, cuyo recuerdo indeleblemente se graba y determina claudicaciones, siquiera sean aparentes, en gravísimos cuidados de conciencia, hasta en edades avanzadas del que era un párvulo cuando recibió la impresión.

La pareja está mentalmente desnivelada. El hombre sabe mucho o sabe algo; la mujer, generalmente, nada sabe, o sabe absurdos; y sobre aquellas cabezas, hermosa la una, con hermosura fugaz acaso, vigorosa la otra, empiezan a caer, apenas recibido el primer fruto, finos copos de nieve, que tienden a convertirse en manto amortajador de almas. En la mayoría de los casos, felizmente, la bondad de ambos cónyuges amortigua el soplo helado y conserva tibio el hogar, ante el cual ha de agruparse la prole, en torno de la conductora ciega con su hastiado lazarillo.

A propósito de ignorancias femeninas, recuerdo el asombro de una joven de muy despejada inteligencia, y culta según el patrón corriente, al descubrir, por una conversación que sosteníamos, que las estrellas errantes no son ¡verdaderas estrellas que caen sobre la tierra! El asombro entonces pasó a ser mío, asombro que disimulé para no lastimar a la pobre víctima de rutinarios métodos educativos; rutinarios y de tan escaso poder de adhesión dotados, que, sujeto en la memoria lo que inculcan con el flojo pegamento de ajena voluntad, se desprenden, apenas soplan vientos de autoposesión, con el primer beso del esposo o con la primera caricia del niño nacido en el hogar.

¿Estará el remedio de tanto mal en dar excesiva cultura a hombres y mujeres, o, por lo menos, toda la que sus indivi-

duales cabezas puedan soportar sin daño físico? No parece estar en eso.

París, centro de tanta cultura, ofrece en su historia literaria numerosos matrimonios entre privilegiados por su mentalidad: literatos ellos, literatas ellas, con nombres rivales en las letras y que ya vienen en ocasiones de los progenitores. ¿Verdad que es hermoso? ¡Cuán felices deben de ser, elevados ambos sobre el nivel común, videntes de muchas cosas por venir que el vulgo ignora, orgullosos el uno del otro, con hijos destinados a recibir la doble y valiosísima herencia! Pues nada. No se ha observado eso en la práctica. Las uniones, por regla general, han resultado efímeras, y la prole, no habiendo sido poderosa a mantener el lazo, habrá sufrido el desgarramiento de éste, la dispersión trascendental producida por el estallido fulminante de la pólvora pasional.

No es, por tanto, garantía del éxito la excesiva cultura. Quizás al cuidarse de ella con fervoroso ahinco, se ha descuidado la moral, el carácter, en igual proporción. Quizás el ejemplo hogareño no habrá sido fortificante.

¿Remedio? ¿Consejo? Quizás sea el remedio no hacerse la ilusión de que basta fortificar al hombre para hacerle apto por el carácter para todos los empeños de la vida. Quizás sea fortificar también a la mujer en conocimientos útiles y lucrativos, y en la moral pura, es decir, en la moral sostenida por la razón de que es buena, nada más que por su esencia de bondad, sin excitar a ejercerla por medio de interesadoras sanciones... a largos plazos, sin andamios más o menos apolillados. Fortificarla, porque está muy débil, muy histérica, y la familia la necesita fuerte, serena, responsable.

....

¡Perdón, oh lectores, por esta ilusión de reformadora!

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

La Habana, 21 abril 1918.

RAYMOND SALEILLES

(1855-1912.)

> ..."*Ainsi, en même temps qu'il ouvrait des horizons inaperçus, il soulevait des doutes, il provoquait des réflections et des discussions, il étendait, par son action même, le champ, déja si large, qu'il s'etait proposé. Au total, faisant entrevoir plus de choses encore qu'il n'en decouvrait, il se montrait le véritable maître celui qui ne se contente pas d'enseigner, qui fait penser et qui fait chercher.*"
>
> FRANÇOIS GENY.—*La conception générale du droit, de ses sources, de sa méthode, dans l'œuvre de Raymond Saleilles; dans L'œuvre juridique du Raymond Saleilles,* pág. 61, Paris, 1914.

NTRE la pléyades de notables jurisconsultos con que Francia se honra, destácase, augusta y serena, la egregia figura de Raymond Saleilles, velada ahora por tristes crespones de duelo, con motivo de su prematura muerte.

Saleilles había nacido en Beaune, en 1855. Eran sus padres ricos terratenientes de aquella costa que el gran jurista amó tanto, y que cada año acudía a visitar durante sus breves vacaciones pasadas en la casa solariega, cerca de las puertas de la ciudad, y próxima al tranquilo cementerio en donde reposan hoy sus restos (1).

Hizo modestamente sus estudios de segunda enseñanza en su país natal, en el Colegio de Beaune: careció de notables profesores y fué el propio escultor de su cerebro; el verdadero *self made man: "l'autodidacte par excellence"* (2).

Terminado el curso escolar, el joven Saleilles pasó a París a estudiar derecho, inscribiéndose en la facultad libre dependiente del Instituto Católico, sin que esto, naturalmente, le impidiera seguir los estudios de los más reputados profesores hasta alcanzar el doctorado: el 5 de abril de 1883 sostenía ante el Tribunal sus tesis *De la possession des meubles en droit romain* (3) y *De l'aliénation des valeurs mobiliéres par les administrateurs du patrimoine d'autrui en droit français* (4).

Revelábase ya, en estos sus primeros trabajos, el civilista notable que había de ser más tarde: ya tienen estos escritos aquella factura de expresión que su ilustre biógrafo M. Thaller llamaba ''netamente alemana'' (5). En realidad era conciso, profundo y claro, con esa clara nitidez de los jurisconsultos romanos de la edad de oro. De todas suertes, aquellos sus primeros trabajos sirvieron para revelar el genio: y en 1884, con sólo 29 años, fué designado para la ''Agregation'' por el Jurado, y delegado inmediatamente por el Ministro a la Facultad de Grenoble, como profesor de Historia del Derecho.

A la Universidad de Dijon fué transferido en 1885, enseñando siempre Historia del Derecho, y en los últimos años Derecho Constitucional también.

Pertenecen a esta época sus interesantísimos estudios sobre el Código Civil Alemán. Su *Étude sur la théorie générale des obligations, d'aprés le projet de Code Civil Allemand* (6), y su *Étude sur les sources de l'obligation dans le projet de Code Civil pour l'empire d'Allemagne* (7), refundidos más tarde en su obra *Essai d'une théorie générale de l'obligation, d'aprés le projet de Code Civil Allemand* (8), en la cual, además, se desenvolvía la parte general relativa a las fuentes de las obligaciones. Estos estudios sobre el Código Civil Alemán fueron objeto más tarde (1906-1907) de uno de aquellos famosos *cursos de doctorado* que tanto nombre le dieron, de los que fué teatro la Facultad de Derecho de París y a los que asistiera, maravillado, Juan de Hinojosa, el traductor español de la hermosa obra *La individualización de la pena* (9).

El Código Civil Alemán, decía Saleilles en 1904, es la obra jurídica más considerable del siglo que acaba de terminar (10). Y agregaba:

No solamente es el resumen de todo el movimiento científico del siglo XIX, sino que además parece destinado a servir de punto de partida de una nueva evolución del derecho, sólo comparable, en las debidas proporciones, con el desenvolvimiento científico que siguió a la aparición del Código Civil Francés, en los albores del mismo siglo XIX. Importa, pues, conocer a fondo este derecho, no superficialmente, para decidir con acierto cuándo debemos resistir y cuándo debemos ceder a su influencia (11).

He aquí condensado, en breves palabras, el movimiento directriz, por aquel entonces, de Saleilles. Y es justo reconocer que, entre los comentaristas del Código Civil Alemán, jamás podrá ser olvidado el profesor francés: antes bien, deberá ocupar, en legión tan brillante, uno de los más honrosos puestos.

¡Y qué comentarios los suyos!

Un texto legislativo aisladamente considerado—decía en el mismo lugar—no es más que una osamenta despojada de todo cuanto le da vida, no es más que un mecanismo en reposo; para restituirle la vida y el movimiento que le falta, es necesario evocar todo el medio científico, doctrinal y práctico que condiciona su funcionamiento y hace surgir las aplicaciones directas que, sin ser mencionadas, han sido contempladas, y a las cuales el texto debe conducir (12).

De esta suerte y con semejante método, Saleilles penetra bajo el dermis de estos cuerpos. Armado del agudo escalpelo de su impecable crítica, va a las entrañas mismas de aquel complicado mecanismo con tal seguridad y maestría, que sus trabajos arrancan gritos de admiración y de entusiasmo allende el Rhin.

El profesor Leonhard, por ejemplo, escribía:

Es necesario rendir homenaje a la excelente concepción del plan de esta obra: a la habilidad excepcional que se revela en la adaptación de la lengua francesa a las particularidades de forma del Código alemán; a la riqueza de una sapiente anotación.

Y, finalmente, aseguraba que el profesor Saleilles había adquirido, por los méritos excepcionales de sus trabajos en este punto,

la competencia necesaria para decidir, como especialista, en cuestiones de un derecho extranjero (13).

Desde luego que una edición alemana de las obras de Saleilles fué inmediatamente publicada.

Vencía, de esta suerte, una vez más el genio francés, aun en terreno francamente hostil; y correspondía a Saleilles el honor de esta incomparable victoria científica, de este lauro difícilmente por otros alcanzado.

Mas no eran estos sus únicos triunfos, ni siquiera los más resonantes.

En 1895 Saleilles vuelve a París y se encarga, de 1895 a 1898, de un curso de legislación penal comparada. El historiador concienzudo del derecho y el civilista incomparable van a luchar ahora, a brazo partido, con el profundo penalista que hay en el antiguo agregado de Dijon. Uno de sus primeros destellos, por los cuales fácil es adivinar el poderoso sol, aparece en la *Revue penitentiaire et de droit pénal:* me referiero a su estudio sobre el sistema de la transportación en Alemania, a propósito de la obra de Bruck sobre la materia (14).

Poco después, en la misma Revista, aparece su admirable estudio sobre la tentativa en general, y sobre la tentativa irrealizable en particular (15); sus observaciones en una discusión de la "Societé Générale des Prissons", a propósito del debatido y espinoso problema del alcoholismo y la ley penal (16); su *Rapport sur l'engagement militaire des condamnés* (17); y finalmente, en 1898, publica su obra capital en cuanto al derecho penal se refiere: *L'individualisation de la peine. Étude de criminalité sociale* (18), de cuya obra conozco la segunda edición publicada en 1909, con la colaboración de G. Morin (19), una traducción inglesa (20) y la traducción española anteriormente citada.

Este libro es, en realidad, según M. Le Poittevin hace notar (21), "todo un tratado de filosofía penal".

En amplio sentido, "individualizar la pena" vale tanto como decir hacerla variar según el criminal o delincuente sea.

La pena—se dice hoy—debe ajustarse menos a la gravedad material del delito, al mal realizado, que a la naturaleza del criminal. Es contrario a la justicia infligir un sufrimiento inútil a pretexto de justicia. La única utilidad que puede exigirse a la pena es hacer del crimlnal un hombre honrado, si es posible, y si no, ponerle fuera de la ocasión de hacer daño. A la idea de que la pena era un mal, por un mal, se sustituyó la de que la pena es un medio para el bien, un instrumento,

ya de regeneración individual, ya de preservación social. La pena tiene un fin social, que está en el porvenir: hasta entonces sólo se veía en ella una consecuencia y como una continuación necesaria de un hecho pasado; estaba calcada y medida sobre el hecho realizado, sin referencia a lo que podía producir en el porvenir. ¡Y así no producía más que reincidentes! No se veía entonces más que el hecho ejecutado: sólo se ve hoy el resultado que ha de obtenerse. El fin de la pena no es, en el sentido estricto de la palabra, castigar por un hecho pasado, como si se tratase de satisfacer un sentimiento de venganza individual o colectiva, sino procurar un resultado en lo porvenir. Los alemanes han designado esta nueva pena, en oposición a la ''*Vergeltungstrafe*'', la pena compensadora y retributriz de los clásicos, con el nombre de ''*Zweckstrafe*'', que no hay que traducir por pena utilitaria. Sería ignorar todo el gran movimiento inspirado por Ihering y la importancia por él concedida a la idea de fin que considera destinada en lo sucesivo a unificar toda la osamenta del derecho. El fin es el alma de toda función orgánica, y el derecho no es otra cosa. La función de la pena debe, pues, dirigirse hacia su fin social, adaptarse a su fin, como el instrumento al resultado. He aquí porqué mira al porvenir y no al pasado, el hecho por realizar y el resultado a obtener, más que al crimen cometido (22).

No he podido resistir al deseo de copiar las líneas que anteceden, tantas veces leídas y meditadas, porque ellas han venido a ser la base de las nuevas teorías sobre una concepción individual de la pena, y el eje sobre el cual gira esta obra de Saleilles, destinada, sin duda alguna, a sobrevivirle en incontables años.

Es difícil conjeturar a qué alturas hubiera llegado Saleilles en el campo vastísimo del derecho penal: Sobre la complicidad y el delito colectivo, y sobre el problema de la responsabilidad atenuada, versaba el curso de derecho penal que daba para los candidatos al doctorado jurídico (23), cuando el fallecimiento del profesor Bufnoir lo llevó a la silla vacante de este civilista, para la que fué nombrado titular el 28 de noviembre de 1898. Desde ese día, hasta su muerte, enseñó derecho civil en la Universidad de París, sin otras interrupciones que las que forzosamente ocasionaba su salud quebrantadísima.

Por entonces la producción de su pluma parece inagotable, y es tan variada como erudita. Domina con sorprendente facilidad problemas que campean en ramas diversas: a todas alcanza su mirada de águila.

En 1899 publica *Une nouvelle étude sur le transportation en Allemagne* (24); *Un nouveau livre sur le cession de dettes* (E. Gaudemet, *Étude sur le transport de dettes a titre particulier;* Paris, 1898) (25); *Note sur l'acquisition de la personalité civile dans le Code Civil Allemand* (26); *Les institutions penitentiaires de la Algerie* (27); *Note sur l'article 54 du Code Civil Allemand relatif aux associations déporvues de la personalité* (28); *La moralisation par le peine* (29), etc.

En 1900 esta prodigiosa facilidad parece acentuarse: a la manera de un torrente que rompe sus diques y baña con sus aguas impetuosas el llano dilatado, así la producción de Saleilles semeja un desbordado caudal de purísimas aguas. Muchas páginas se llenarían tan sólo con el índice de sus trabajos. ¿Y qué decir de sus méritos? Nos hallamos demasiado cerca del sol para juzgar, con serenidad imparcial, de la magnitud de sus deslumbradores rayos. Saleilles escribe sin descanso, toma parte en Congresos (30), pronuncia conferencias (31), y, sobre todo, consagra la mejor parte de su preciosa vida a la enseñanza.

Un curso de legislación civil comparada se crea, a gestiones suyas, en 1901. Por esta silla, la última que ocupa, desfilaron sucesivamente las instituciones más diversas del derecho civil, comprendido el tema interesantísimo de la personalidad moral, única de las materias de su enseñanza que fué confiada a la imprenta, y que él había desarrollado en veinticinco lecciones (32).

Ya por esta época la débil envoltura carnal de aquel intelecto poderoso era impotente para vivir la vida intensa del sabio profesor. Mas, su espíritu indomable no decaía: a veces, cuando la dolencia que le aquejaba le impedía de todo punto acudir a su catédra, hacía ir a los alumnos a su propia casa y en ella proseguía el curso de sus enseñanzas.

De 1910 a 1911 su salud pareció reponerse, y pudo reanudar el curso regular de la Facultad, entre la alegría de sus colegas y de sus alumnos bien queridos. Pero de 1911 a 1912 la enfermedad le abate de nuevo, esta vez sin remedio. El día 3 de marzo de 1912, después de una operación quirúrgica, su muerte sentidísima acaece: el polvo vuelve al polvo.

Sin embargo, la muerte no ha podido arrebatarnos su prodi-

giosa labor: no fué el suyo un genio infecundo y estéril que huyó de la tierra robando a sus amigos el caudal de su sabiduría, u ocultándolo con la sórdida ambición de un avaro. Por el contrario, su producción pasmosa, no igualada por ningún otro jurisconsulto de nuestra época, está intacta en obras innumerables, en folletos y en Revistas que el mundo de los estudiosos se complace en devorar. De tan ricos veneros se extraen cada día tesoros de ideas que ensanchan de continuo la esfera insondable de nuestras ansias de saber.

Y su vida luminosa y serena, no conturbada por ninguna preocupación extraña a la ciencia, es un ejemplo para todos; ejemplo que debemos esforzarnos por imitar y cuyo secreto no puede ser más sencillo, porque se funda en el cumplimiento del deber, verdadera "música en medio de la noche", según la poética expresión de Jorge Hérbert.

Corta y provechosa fué la vida del profesor Saleilles; pero dichosos aquellos que, como él, llegado el ocaso de la vida, puedan repetir con el poeta:

Therefore we can go die as
sleep, and trust
half that we have
unto an honest faithful grave;
making our pillows either down or dust!

José Agustín Martínez.

La Habana, abril de 1918.

Notas bibliográficas:

(1). M. E. Thaller: *L'œuvre juridique de Raymond Saleilles. Avant-Propos,* p. 31. Paris, 1914.

(2). M. E. Thaller: *loc. cit.,* p. 32.

(3). R. Saleilles: *Thése pour le doctorat, soutenue devant la Faculté de droit de Paris.* Paris, Derenne, III, 593 p. *Avant-Propos,* p. I-III, p. 1-139.

(4). R. Saleilles: *loc. cit.,* p. 141-582.

(5). M. E. Thaller: *loc. cit.,* p. 32.

(6). *Bulletin de la Société de legislation comparée,* 1888-1889, XVIII, p. 166-264, p. 492-523.

(7). *Ibid.* 1888-1889, t. XVIII, p. 583-670.

(8). Paris. F. Pichon, IX, 460 p.

(9). R. Saleilles: *La individualización de la pena. Estudio de Criminalidad Social.* Trad. de la 2ª ed. francesa, por Juan de Hinojosa; Madrid, 1914.

(10). *Introduction a l'Etude de Droit allemand,* p. 3. Cita del profesor M. E. GAUDEMET, de la Facultad de Dijon, en *Raymond Saleilles et le Code Civil Allemand. Ob. cit.,* p. 119.

(11). *Loc. cit.,* p. 119

(12). *Introduction,* etc., p. 3.

(13). RUDOLF LEONHARD: *Einführung in das Studium des deutschen bürgerlichen Rechts,* Breslau, 1905. *Vorwort des Herausgebers,* p. 1.

(14). R. SALEILLES: *La transportation en Allmagne, á propos d'une étude récente sur ce sujet.* (F. BRUCK. *Neu Deutschland und seine Pioniere,* Breslau, Kœbner, 1896.) *Revue Pénitentiaire et de droit pénal,* 1896, t. XX, p. 1039-1049.

(15). R. SALEILLES: *Essai sur le tentative et plus particuliérement sur le tentative irréalisable* (Étude de droit pénal comparée). *Revue Pénit.,* 1897. t. XXI, p. 53-88, p. 321-357.

(16). R. SALEILLES: *Observations dans une discussion de la Société Générale des Prissons sur l'Alcoolisme et la loi pénale. Revue Pénit,* 1897, t. XXI, p. 466-471.

(17). *Rev. Pénit.* 1897, t. XXI, p. 489-521.

(18). Précédée d'une preface de M. G. TARDE; Paris, Alcan, 1898.

(19). *L'individualisation de la peine,* Étude de criminalité sociale; Paris, Alcan, 1909.

(20). *Individualisation of Punishment.* Translated from the second french edition, with an introduction by ROSCOE POUND, professor of law in Harvard University; Boston, 1911.

(21). A. LE POITTEVIN: *L'individualisation de la peine* en la *ob. cit.,* p. 480.

(22). *Ob. cit.,* p. 44. Ed. Esp.

(23). Prólogo de la 2ª Ed. francesa.

(24). *Rev. Pénit.* 1899, t. XXIII, p. 115-119.

(25). *Annales de droit commercial et industriel.* 1899, t. XIII, p. 82-94.

(26). *Bulletin de la Societé de legislation comparée.* 1898-99, t. XXVIII, p. 260-281.

(27). *Rev. Pénit.* 1899, t. XXIII, p. 999-1008.

(28). *Bull. Sté. lég. comp.,* 1898-99, t. XXVIII, p. 452-459.

(29). *Revue Maurice,* Genéve, 1899, p. 275. et s.

(30). Congreso Internacional de Legislación comparada. Paris, 1900. Tercer Congreso Internacional de Enseñanza Superior. Paris, 30 julio a 4 agosto, 1900. Congreso Penitenciario Internacional de Bruselas, 1900.

(31). *L'initiative de la femme dans le domaine du droit.* (Conférence chez la Baronne Piérard.) Paris, 1901.

(32). *De la personalité juridique. Histoire et théories.* Paris, Rousseau, 1910.

J. A. M.

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

III

Segunda parte.

Sumario.

Exposición de los casos en que el Gobierno de Washington ha aplicado o invocado la doctrina de Monroe.

(Continuación.)

(B).—Los Estados Unidos impiden que una nación europea obligue a otra de América a cambiar su forma de Gobierno.

Acabamos de ver cómo las naciones de Europa, con notable frecuencia, han pretendido realizar adquisiciones territoriales en América, y que los Estados Unidos, en todo caso, les han salido al paso invocando el principio que suele llamarse de la "no colonización", contenido en el famoso Mensaje del Presidente Monroe. Pero este Mensaje contenía otro extremo, otro principio: el relativo a que las monarquías europeas no podrían extender su sistema político a este hemisferio, porque ello iría en mengua de las instituciones republicanas.

Se puede decir, con respecto a esta última declaración, que el Gobierno de Washington no ha tenido que hacerla valer en la práctica. Resulta perfectamente explicable que así haya reresultado. Lo que ha interesado a las monarquías europeas ha

sido poder realizar adquisiciones territoriales; pero la forma de gobierno que hayan adoptado las naciones de este Continente, no es cosa que tenga por qué preocuparlas.

Todavía se explicaba que las monarquías europeas hubiesen visto con malos ojos la existencia de las instituciones republicanas en América, si en Europa hubieran predominado las ideas reaccionarias del Congreso de Viena. Pero, al no ocurrir esto, y habiendo adoptado las naciones de Europa el sistema constitucional, que no es otra cosa que la participación de la opinión pública en el gobierno de la nación, el problema relativo a si debieran predominar los principios monárquicos sobre los republicanos, o viceversa, ya no tiene actualidad.

Recordamos, sin embargo, además de la declaración que hizo la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en 4 de abril de 1864, con ocasión del conflicto franco-mejicano, relativa a que aquella nación no podía reconocer en América un gobierno erigido sobre las ruinas de un gobierno republicano y bajo los auspicios de un poder europeo (a que antes nos hemos referido), el caso que pasamos a relatar.

(1824.) Por el verano del año 1824, Salazar, Ministro de Colombia en los Estados Unidos, se acercó al Presidente Monroe y le dió cuenta de que en breve tiempo llegaría a Bogotá un agente del Gobierno de Francia, quien iba con el propósito de gestionar que la nueva República adoptara la forma de gobierno monárquica, en la seguridad de que su nación, en esta forma, reconocería la independencia. Y quería saber dicho Ministro, dado caso de que la negativa del Gobierno de Colombia moviera a Francia a declararle la guerra, si los Estados Unidos se pondrían de su parte en el conflicto.

El Presidente Monroe contestó al Ministro Colombiano que, aunque él no podía empeñar su palabra de comprometer a la nación en una guerra, entendía que Colombia no podía ni siquiera pensar en una solución que comprometiera sus libertades.

*

(C).—Los Estados Unidos no toleran que una colonia europea sea transferida por su metrópoli a otra potencia europea.

Según vimos en la primera parte de este trabajo, el princi-

pio de la "no colonización", contenido en la doctrina de Monroe, comprendía estas dos declaraciones: la de que los Continentes americanos no se considerarían en lo adelante sujetos a futuras colonizaciones por las potencias europeas, y la de que los Estados Unidos no intervendrían con respecto a las colonias entonces existentes.

Realmente, el extremo relativo a que los Estados Unidos no toleran que una colonia europea sea transferida a otra potencia europea, y que ahora vamos a estudiar, no cuadra dentro de ninguna de aquellas declaraciones; pero como en la práctica se le ha considerado, empezando por el propio Gobierno de Washington, como parte, y muy importante, de la doctrina de Monroe, nosotros como tal lo examinaremos.

Es, por lo demás, perfectamente explicable que el extremo en cuestión sea considerado como parte del principio de la "no colonización" contenido en la doctrina de Monroe. El principio de la no colonización surgió ante el temor de que repartiéndose las potencias europeas los territorios de América, amenazaran la tranquilidad de los Estados Unidos obligando a esta nación a convertirse en potencia militar; y como esa misma situación se provocaría, en parte, si alguna potencia europea transfiriera a otra su dominio sobre una colonia, dado que lógicamente es de inferirse que la adquirente fuese más poderosa y fuerte que la cedente, de ahí que por tratarse de un mismo temor, por tratarse de prevenir la misma situación, se haya considerado la prohibición de que las colonias europeas sean enajenadas, de unas potencias a otras, como parte de la doctrina de Monroe.

Mucho antes de que surgiera la doctrina de Monroe, la Cancillería norteamericana había puesto gran empeño en impedir que una colonia europea fuese transferida a otra potencia europea.

En ningún momento ha dejado de observar el Gobierno, con todo rigor, esa línea de conducta. Vamos a referir un detalle que revela el interés excepcional que se le presta en los Estados Unidos a esa cuestión.

A principio del año de 1903 se hablaba de la posibilidad de que el reino de Holanda entrara a formar parte de la confe-

deración germánica; pues bien: por esa época publicó el Capitán Mahan un artículo en *The National Review,* que fué acogido en todas partes con visibles muestras de agrado, en el que se le recomendaba al Gobierno que estuviera muy alerta, pues en el caso de ocurrir aquella eventualidad no se debía consentir que las colonias holandesas de la América fuesen transferidas a Alemania.

Hechas estas breves indicaciones, veamos los casos en que el Gobierno de los Estados Unidos ha aplicado la declaración que nos ocupa.

(1801.) En una *interview* celebrada el año 1801 por King, representante diplomático de los Estados Unidos en Londres, con el Ministro inglés Lord Hawkesbury, le hizo esta declaración:

El gobierno que represento está de acuerdo en que España mantenga su soberanía en las Floridas, y de enajenarlas, sólo nosotros las podríamos adquirir.

(1803.) En los comienzos del siglo pasado, cuando aún la ciudad de Nueva Orleans pertenecía a España, se temía por el Gobierno de los Estados Unidos que las contingencias de la guerra entre Francia e Inglaterra, en la que jugaban papel tan primordial los asuntos españoles, llevaran a esta última nación a ocupar el citado puerto de Nueva Orleans. Sobre este asunto trató el representante diplomático de los Estados Unidos, King, con el Ministro de la Corona Británica, Addlington, rindiéndole el primero a su Gobierno el siguiente informe:

Durante la última entrevista que celebré con Mr. Addlington, me manifestó que si la guerra sobreviene, quizás se adoptara, entre otras medidas primordiales, la de ocupar a Nueva Orleans. Yo le interrumpí significándole que esperaba que esa medida fuese muy meditada antes de decidirse a adoptarla; que si no nos era indiferente que esa posesión cayera en poder de los franceses, tampoco podíamos ver, sin gran preocupación, que la ocuparan los ingleses; que manteniendo con España buenas relaciones de vecindad, no nos inquietaba que esta nación mantuviera su dominio en aquel puerto, por más que teníamos la seguridad de que, por la fuerza de las cosas, en día más o menos próximo los Estados Unidos se anexarían ese país. Mr. Addlington me facultó para que asegurase, en su nombre, que Inglaterra no tenía el propósito de apoderarse del referido país, aunque se le ofreciera; que si se decidía a ocuparlo, era sólo

ante la posibilidad de que diera ese paso otra nación, y que, después de todo, quizás fuera para ellos la mejor solución que los Estados Unidos tomaran esa medida. Yo le repliqué que si Inglaterra ocupaba el país, se iba a sospechar que daba ese paso en connivencia con los Estados Unidos, lo que nos traería la desconfianza de otras naciones con las que deseábamos vivir en armonía; a lo que arguyó esto: Si ustedes pueden ocupar a Nueva Orleans, bien; si no, nosotros nos vemos obligados a evitar que caiga en poder de Francia; pero, en todo caso, puede usted estar satisfecho de que ninguna medida, por nosotros tomada, perjudicará los intereses de los Estados Unidos.

(1808.) En una carta dirigida en 29 de octubre de 1808 por el Presidente Jefferson al Gobernador de Louisiana, encontramos este párrafo:

Nosotros estamos conformes con el hecho de que Cuba y Méjico se encuentren en su actual estado de dependencia, y veríamos con gran contrariedad que, política o comercialmente, fueran dominados dichos países por Francia o Inglaterra. Nosotros consideramos sus intereses cual si fueran los propios nuestros, y estimamos que a todos nos conviene excluir de este hemisferio toda influencia europea.

(1811.) El día tres de enero del año 1811, el Presidente Madison dirigió un Mensaje secreto al Congreso, solicitando que se le autorizara para ocupar a las Floridas en el caso de que, a su juicio, fuera conveniente tomar esa medida; y el 15 de dicho mes el Congreso adoptó la siguiente resolución:

Teniendo en cuenta la situación especial por que atraviesan España y sus colonias de la América, y considerando la importancia que tiene para la seguridad, la tranquilidad y el comercio de los Estados Unidos, el destino futuro de los territorios que marcan sus límites por el Sur, se resuelve que los Estados Unidos, dentro de la crisis actual, no pueden ver sin profunda inquietud que todo o parte de dichos territorios pasen a manos de un poder extranjero; y que para salvaguardar sus propios intereses, de ocurrir determinadas contingencias, se verán en el caso de proceder a su ocupación.

(1822.) A fines del año 1822 llegó a conocimiento del Gobierno de los Estados Unidos que el de España estaba en tratos con la Gran Bretaña para cederle la Isla de Cuba. En 17 de diciembre, John Q. Adams, Secretario de Estado, le dirigió una comunicación a Forsyth, Ministro en Madrid, en la que después de llamarle la atención acerca de la excepcional

importancia que ofrecía ese asunto para los Estados Unidos, terminaba con este párrafo:

El Presidente desea que tan pronto como reciba usted este Mensaje, se informe usted, con toda exactitud, si son ciertas las referidas negociaciones entre España y la Gran Bretaña, y que en caso afirmativo le haga saber al Gobierno español, con la delicadeza que el caso requiere, que los Estados Unidos desean que Cuba no salga de su actual dominio.

(1823.) El año 1823, con motivo de la guerra entre España y Francia y ante la posibilidad de que esta última o la Gran Bretaña ocuparan a Cuba, fué esta cuestión objeto de viva preocupación para el Gobierno de los Estados Unidos. Así lo revela la carta que en 28 de abril hubo de dirigirle Adams, Secretario de Estado, a Hugh Nelson, Ministro en Madrid, uno de cuyos párrafos vamos a transcribir:

El traspaso de Cuba, a la Gran Bretaña, sería un acontecimiento perjudicial a los intereses de esta Unión. La opinión es tan unánime sobre este punto, que hasta los rumores más infundados de que se ha llevado á cabo despiertan en el país un sentimiento universal de oposición. El hecho es que la determinación de impedir dicho traspaso hasta por la fuerza, si fuere necesario, se nos impone.

(1829.) Por el año 1829 estaba extendido el temor de que España enajenara en favor de Inglaterra el dominio de la Isla de Cuba, y con ese motivo Van Buren, Secretario de Estado, hizo esta declaración:

Para el Gobierno de los Estados Unidos, la situación de las Islas del Caribe ofrece el mayor interés, particularmente Cuba. Por su situación geográfica, casi a la vista de nuestras costas y dominando el mar de las Antillas y el Golfo de Méjico; con la amplitud y seguridad de sus puertos numerosos; por la riqueza de sus productos, que, al cambiarse por los nuestros, constituyen una de las ramas más importantes de nuestro comercio exterior, resulta del mayor interés, para nosotros, que no se varíen las actuales condiciones de la Isla, pues esto, al par que nos afectaría en el orden político, nos causaría un enorme perjuicio en el orden comercial.

(1837.) Esa misma declaración fué reiterada a la Gran Bretaña por Stevenson, Ministro de los Estados Unidos en Londres, en 16 de junio de 1837, en los siguientes términos:

Los Estados Unidos no pueden ver con indiferencia que Cuba y Puerto Rico sean transferidos por España a otra potencia.

(1840.) Se decía, desde principios del año 1840, que el Gobierno de la Gran Bretaña exigía que se le garantizara, con la posesión de la Isla de Cuba, el pago de la deuda pública española, que estaba, en gran parte, en manos de súbditos ingleses. Alarmado el Gobierno de los Estados Unidos ante tales rumores, en 15 de julio de 1860, Forsyth, Secretario de Estado, le dió las siguientes instrucciones a Aaronvail, Ministro en España:

Haga usted saber al Gobierno que los Estados Unidos no le tolerarán a España, en ningún caso, que transfiera la Isla, temporal o definitivamente; estando decididos a evitar tal cosa, por todos los medios disponibles; y hágale saber, al mismo tiempo, que si cualquier potencia pretende arrebatarle parte de su territorio, puede contar con que las fuerzas militares o navales de los Estados Unidos estarán a su disposición, lo mismo para prevenir dicha ocurrencia que para ayudarla a recuperar su dominio.

(1843.) En 14 de enero del año 1843, ante los mismos temores de que la Gran Bretaña ocupara a Cuba, Daniel Webster, Secretario de Estado, hubo de dirigirle la siguiente carta a Campbell, Cónsul en La Habana:

El Gobierno de España conoce perfectamente qué clase de política han seguido invariablemente los Estados Unidos con respecto a Cuba y sabe que no toleraremos, bajo ningún pretexto, que fuerzas inglesas ocupen dicha Isla; y que en caso de que se pretendiese arrebatársela, puede contar con el auxilio de nuestras fuerzas para impedirlo.

(1869.) El Presidente Grant, en su Mensaje anual de 6 de diciembre de 1869, refiiriéndose a la imposibilidad de reconocer como beligerantes a los insurrectos cubanos, hizo esta declaración:

Los Estados Unidos no intentan intervenir en la situación de las relaciones existentes entre España y sus colonias en este Continente. Creen que a su tiempo España y las demás potencias comprenderán las ventajas de terminar esas relaciones políticas y erigir esas colonias en Estados independientes, miembros del concierto universal. Estas colonias no serán por más tiempo consideradas como transferibles de una potencia europea a otra. Cuando las colonias hayan dejado de serlo, habrán de transformarse en potencias soberanas, con el derecho de escoger y dictar las condiciones de su existencia futura y sus relaciones con las demás potencias.

(1870.) En el Mensaje del Presidente Grant, de 31 de

mayo de 1870, proponiendo la anexión de Santo Domingo, encontramos el siguiente párrafo:

La política enunciada por el Presidente Monroe, se mantiene por toda la nación, sin distingos políticos; y cada vez es más firme nuestra adhesión al principio de que ninguna porción de este territorio puede ser transferida a una potencia europea.

Ese mismo parecer fué expuesto por Hamilton Fish, Secretario de Estado, en un informe emitido en 14 de julio de aquel año sobre las relaciones latinoamericanas. He aquí algunos de sus párrafos más importantes:

Los Estados Unidos se han comprometido, solemnemente, por medio de reiteradas declaraciones y actos repetidos, a mantener esta doctrina y a aplicarla en los asuntos del Continente. En su Mensaje a las dos Cámaras del Congreso, al comenzar la presente sesión, el Presidente, siguiendo las enseñanzas de nuestros antepasados, dijo que las actuales colonias no serán por más tiempo consideradas como transferibles de una potencia europea a otra. Cuando las colonias hayan dejado de serlo, habrán de transformarse en Estados soberanos, con el derecho de escoger y determinar las condiciones de su existencia futura y sus relaciones con las demás potencias.

Esta no es una política de agresión; pero se opone al establecimiento del dominio europeo en tierra americana y a la transferencia del mismo a otros Estados, y con ansiedad aguardamos el momento en que por el voluntario retiro de las potencias europeas del Continente y sus Islas, América sea americana en su totalidad.

No tiene por fin la intervención armada en los conflictos legítimos; pero no permitirá que esos conflictos resulten en aumento de poder o influencia europea; y siempre obligará a este Gobierno a interponer sus buenos oficios, como en la reciente contienda entre las Repúblicas Sudamericanas y España, para asegurar una honrosa paz.

Por este mismo año el Conde Lewenhaupt, Ministro de Suecia y Noruega en Washington, le hizo saber al Gobierno que el de Italia le había hecho proposiciones al de su país para comprarle la isla de San Bartolomé; pero que, en igualdad de circunstancias, se prefería hacer esa venta a los Estados Unidos. El Secretario Fish hubo de contestar al diplomático europeo que por el momento los Estados Unidos no querían hacer proposiciones y que le rogaban al Gobierno de Suecia que abandonara toda actuación en ese asunto, pues si se daban por ente-

rados de la proposición de Italia, se verían en el caso de oponerse a ella, consecuentes con la política observada en esta materia.

*

(D).—Los Estados Unidos no hacen materia de pacto los principios que envuelve la doctrina de Monroe.

(1826.) Con motivo de la invitación hecha a los Estados Unidos para que concurrieran al Congreso de Panamá, el Gobierno de aquella nación tuvo oportunidad de declarar que los principios enunciados por el Presidente Monroe no podían ser objeto de pacto. He aquí los detalles de este asunto.

En los comienzos del siglo pasado, las nuevas Repúblicas de la América, hostigadas por la necesidad de agruparse para combatir el poder de España, trataron de celebrar diversos convenios para lograr esa finalidad; y, tras varias tentativas infructuosas, en 1824, por iniciativa de Simón Bolívar, como Presidente de Colombia, se convocó un Congreso en Panamá.

Se debía tratar en dicho Congreso no sólo de formar una alianza defensiva contra España, que no daba por perdidos sus dominios, y de estrechar los lazos de unión entre todas las Repúblicas del Continente, sino de

> Tomar en consideración los medios de hacer efectiva la declaración del Presidente de los Estados Unidos (Monroe) respecto a los designios ulteriores de cualquier potencia extranjera para colonizar cualquiera porción de este Continente; y los medios de resistir cualquier intervención exterior en los asuntos domésticos de los Gobiernos americanos.

Como era natural, figurando en el programa esta materia, hubo de invitarse a los Estados Unidos.

El 26 de diciembre de 1825, el Presidente John Quincy Adams, dirigió un mensaje al Senado, dándole cuenta con la invitación y proponiendo a los ciudadanos Richard C. Anderson y John Sergeant como Ministros Plenipotenciarios en la Asamblea de Naciones de Panamá.

No sólo en el Senado, sino también en la Cámara de Representantes, se discutió ampliamente acerca de si la Unión debía acceder a estipular, en un tratado, los principios en que se inspiró la doctrina de Monroe. Muy divididas se encontra-

ron las opiniones, pero al fin prevaleció el criterio de los que se oponían a semejante alianza. En 18 de abril de 1826 se aprobó por la Cámara de Representantes, por 99 votos contra 95, la siguiente moción presentada por James Buchanan:

En consecuencia, la opinión de esta Cámara es que el Gobierno de los Estados Unidos no debe estar representado en el Congreso de Panamá, salvo por la vía diplomática, ni debe formar alianzas defensivas u ofensivas, ni entrar en negociaciones respecto de una alianza de este carácter, con una o con todas las Repúblicas hispanoamericanas; ni debe coligarse con ellas, ni con ninguna de ellas, para formular declaraciones enderezadas a impedir la intervención de cualquiera potencia europea en su independencia o en su forma de gobierno, o entrar en tratos para impedir la colonización del Contienente americano, sino que se deje al pueblo de los Estados Unidos, con toda libertad de acción, para obrar, en caso de crisis, de la manera que su amistad hacia estas Repúblicas, o su honor, o su política, determinen cuando las circunstancias lo requieran.

Réstanos consignar que, al fin, los Estados Unidos no estuvieron representados en el Congreso, pues uno de los Comisionados designados por el Gobierno murió antes de que pudiera llegar a su destino, y el otro no llegó a tiempo. Por lo demás, los acuerdos que se adoptaron en el Congreso carecieron de trascendencia.

(1864.) Desde principios del año 1862, temerosas las Repúblicas de Sud América, particularmente el Perú, con vista de la intervención europea en Méjico, de que pudieran correr el mismo peligro, pensaron en una alianza. Nuevamente se agitó la idea de celebrar un Congreso. En primero de diciembre de 1864, el Ministro de los Estados Unidos en Venezuela comunicó a la Secretaría de Estado el proyecto de reunir un Congreso, al que concurrirían delegados de todas las Repúblicas, con objeto de oponerse a las pretensiones que las potencias europeas pudieran tener en América; y que se deseaba que los Estados Unidos fueran el centro, por así decirlo, de dicha reunión. Por aquella época los Estados Unidos eran teatro de la guerra de secesión.

El Secretario Seward contestó lo siguiente al Ministro en Venezuela:

En la historia y la política de los Estados Unidos, la regla invariable

de conducta ha sido, y continúa siendo, la de no mezclarse en alianzas de potencias extranjeras; pero los Estados Unidos contemplan con gusto y sin temores o cuidados la proyectada alianza de las Repúblicas latinoamericanas que se proponen garantizar su nacionalidad e integridad, y que mientras estuvieran ocupadas en sus propios asuntos, mostrarían siempre continua amistad a las que se opusieran a innovaciones políticas en este Continente.

RAÚL DE CÁRDENAS.

(Continuará.)

GRANOS DE ORO

PENSAMIENTOS SELECCIONADOS EN LAS OBRAS DE JOSÉ MARTÍ.

(Continuación.)

La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre, es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente.

La vida humana no es toda la vida.

La tumba es vía y no término.

La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar.

La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva.

La vida humana sería una invención repugnante y bárbara si estuviera limitada a la vida en la tierra.

Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera.

El dolor conforta, acrisola y esclarece.

¿Qué es el poeta sino alimento vivo de la llama con que alumbra?

Más bella es la naturaleza cuando la luz del mundo crece con la de la libertad; y va como empañada y turbia, sin el Sol elocuente de la tierra redimida, ni el júbilo del campo, ni la salud del aire, allí donde los hombres, al despertar cada mañana, ponen la frente al yugo, lo mismo que los bueyes.

Tienen los pueblos, como los hombres, horas de heroica virtud, que suelen ser cuando el alma pública, en la niñez de la esperanza, cree hallar en sus héroes, sublimados con el ejemplo unánime, la fuerza y el amor que han de sacarlo de agonía; o cuando la pureza continua de un alma esencial, despierta, a la hora misteriosa del deber, las raíces del alma pública.

Suele el hombre en los grandes momentos, cuando lo pone por las alturas la nobleza ajena o propia, perder, con la visión de lo porvenir, la memoria minuciosa de lo presente.

Sombra es el hombre, y su palabra como espuma, y la idea es la única realidad.

Sólo ve la luz de un rostro la mujer de repente enamorada.

Las reformas, como el hombre mismo, tienen entrañas de justicia y veleidades de fieras.

Lo justo, a veces, por el modo de defenderlo, parece injusto.

En lo social y político acontece, como en las querellas de gente de mar y de suburbio, que el puñal de ancha hoja con que dirimen sus contiendas de honra, da a éstas semejanza de delito.

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo lo es uno; y de tan tremendo modo, que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia.

La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza a la larga y sin gran demora, a poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales e injustos.

La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras, que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a éstos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y naturaleza tradicional de los dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciencia inteligente.

Por educación se ha venido entendiendo la mera instrucción, y por propagación de la cultura la imperfecta y morosa enseñanza de modos de leer y de escribir.

Definir es salvar.

La verdad, una vez despierta, no vuelve a dormirse.

El espíritu, más vasto que el mar, ni se seca ni se evapora, ni cesa de querer, ni ceja en lo que quiere; y puesto a la conquista de un derecho, mina, como la ola salada del mar mina las rocas, esos derechos de convención fortalecidos por los siglos, y acorazados por pechos que el amor al lujo y el desentendimiento criminal de los dolores ajenos petrifica.

Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor —de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres!

Otro manda, y nosotros andamos.

Cuando una fruta se corrompe, hay que dejarla corromper de un todo, para que con sus acres residuos abone la tierra y salga de ella fruta sana y nueva.

Los pueblos son masas enormes, que de sí propios se mueven, brillan como relámpagos, despréndense como avalancha, desátanse e incendian como el rayo, y cuando dejan caer el alma a sus pies, mientras que arteros envenenadores les llevan a los labios copas henchidas de mieles letárgicas, y joyeros complacientes les llenan el cuerpo femenil de joyas, y descuidadas mozas los coronan de flores, y laxan con besos, ¡pesan, ay! los pueblos, como rocas, o como cadáveres.

Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas, por sobre todo obstáculo y valla, llegan a logro.

Una idea justa que aparece, vence.

La herencia estimula a la holganza, al egoísmo y al vicio.

La dote lleva como de la mano la desventura de la mujer y el rebajamiento del hombre.

¿Quién no ha sentido, una vez al menos en la vida, el beso del Apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla?

Quien quiere triunfar en la tierra, ¡ay! no ha de vivir cerca del cielo.

La victoria está hecha de cesiones.

La reacción se extrema siempre en el mismo grado en que se extrema la acción que la provoca: a acción justa, reacción nula; a acción medianamente justa, reacción lenta y blanda; a acción extremadamente injusta, reacción febril y exagerada.

La revolución quiere alas; los gobiernos pies.

Como cada pensamiento trae su molde, cada condición humana trae su expresión propia.

Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana.

El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen.

Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan a las rodillas de los hombres inteligentes, como Hércules montuoso a las rodillas mórbidas de Omphala.

La inteligencia da bondad, justicia y hermosura: como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal hace espada; de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía.

Al resplandor del derecho, el abuso ceja, como ruin galancete ante el enojo de una dama pura.

Si el derecho se echa encima manto de ira, los mismos que el derecho reconocen se alzarán contra él tristemente, como padre que ata a su hijo loco.

Quien intenta triunfar, no inspire miedo: que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado.

Quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si, ya en él, se le van las riendas de la mano, o de no saber qué hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros.

La victoria no está sólo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla; no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente.

En toda palabra ha de ir envuelto un acto.

La palabra es una coqueta abominable, cuando no se pone al servicio del honor y del amor.

Prever es el deber de los verdaderos estadistas.

Dejar de prever es un delito público.

Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz.

¿Para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él, y en sacrificarle hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

Los libros suelen estorbar para la gloria verdadera.

¡La tiranía no corrompe, sino prepara!

¡Qué cólera la de un pueblo forzado a acorralar su alma!

El que vive de la infamia, o la codea en paz, es un infame.

Ver en calma un crimen, es cometerlo.

No hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí.

El vil no es el esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen, y no jura, ante el tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas.

Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerrear a los indios muertos?

Dos clases de hombres hay: los que andan de pie, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más o pan menos, a dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra: y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando a los grandes de la tierra el manto,

Cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee.

¡Pesan mucho sobre el corazón del genio honrado las rodillas de todos los hombres que la doblan!

Sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre.

Cuando se escribe con la espada en la historia, no hay tiempo ni voluntad para escribir con la pluma en el papel.

El hombre es superior a la palabra.

Las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión.

Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan.

El déspota cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer: no cede jamás a quien se le humilla.

Los pueblos, como las bestias, no son bellos cuando, bien trajeados y rollizos, sirven de cabalgadura al amo burlón, sino cuando de un vuelco altivo desensillan al amo.

Un pueblo se amengua cuando no tiene confianza en sí: crece cuando un suceso honrado viene a demostrarle que aún tiene entero y limpio el corazón.

El egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol.

En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan antes que todo su propio interés, bien sea el de su vanidad, o el de su soberbia, o el de su peculio:—ni hay más que una raza superior: la de los que consultan, antes que todo, el interés humano.

Sagrado es el que, en la robustez de la vida, con el amor a la cabecera de la mesa cómoda, echó la mesa atrás, y los consejos del amor cobarde, y sirvió a su pueblo, sin miedo a padecer ni a morir.

No es poeta el que echa una hormiga a andar, con una bomba de jabón al lomo... sino el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas.

Por la tierra hay que pasar volando, porque de cada grano de polvo se levanta el enemigo, a echar abajo, a garfio y a saeta, cuanto nace con ala.

El dolor delicado y continuo, por donde el hombre se conoce y ennoblece, acendra y eleva el espíritu que se abraza a él como a la verdadera salvación, y la cruz que ensangrentó los hombros viene a ser el áncora con que el alma despercudida se clava al puerto eterno.

Es más propio del hombre, aunque no lo parezca, el derramar consuelos que el recibirlos.

Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas.

Confirmar es creer.

Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir cómo está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo.

El que saca de sí lo que otro sacó de sí antes que él, es tan original como el otro.

Dígase la verdad que se siente, con el mayor arte con que se pueda decirla.

La emoción en poesía es lo primero, como señal de la pasión que la mueve, y no ha de ser caldeada o de recuerdo, sino sacudimiento del instante, y brisa o terremoto de las entrañas.

Lo que se deja para después es perdido en poesía, puesto que en lo poético no es el entendimiento lo principal, ni la memoria, sino cierto estado de espíritu confuso y tempestuoso, en que la mente funciona de mero auxiliar, poniendo y quitando, hasta que queda en música, lo que viene de fuera de ella.

En poesía, como en pintura, se ha de trabajar con el modelo.

Sin emoción se puede ser escultor en verso, o pintor en verso; pero no poeta.

No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado, como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo, o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado.

Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día; y un estado de amor quiere dáctilos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren iambos.

Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas.

En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega, ha de oirse la ola en que estalla, y la que le responde, y luego el eco.

En el aparato no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en que el verso salga entero del horno, como lo dió la emoción real, y no agujereado y sin los perfiles, para atiborrarlo después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, o remendarle las esquinas con estuco.

Este arte de los tonos en poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, o no decirlo.

Los años que se pasan lejos del suelo nativo son años muy largos.

El verdadero hombre no mira de qué lado se mira mejor, sino de qué lado está el deber.

El que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber.

Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero.

Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden.

Un pueblo que entra en revolución no sabe de ella hasta que se extingue o la corona.

Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones.

El triunfo es de los que se sacrifican.

El hombre se deshonra cuando deshonra a los demás.

El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos.

El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, no puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte.

El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción: vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al puente, y monte.

No se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si los militares o los civiles.

Con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice.

¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo.

(*Continuará.*)

LA EVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD

(TRADUCCIÓN LIBRE DE RICHARD LE GALLIENNE.)

H Libertad, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!, exclamó Mme. Roland; frase conmovedora e inmortal que, vertida al pie del cadalso, bien pudiera considerarse como influída por el momento trágico que había de sucederle. Ningún verdadero amante de la civilización desconoce su verdad, como tampoco en semejantes momentos de desilusión deja uno de resistir la tentación de aceptar el suspiro de otra gran figura de aquella era volcánica, el noble Ministro Turgot:

"Libertad, por ti suspiro; los hombres, tal vez, no son dignos de ti."

Probablemente no habrá existido nunca ningún luchador por la libertad, no importa su inspiración y la grandeza de su alma, que no haya experimentado iguales raptos de desilusión o depresión causados todos por lo imperfecto de la materia humana que lo forma, y que haya sentido deseos de derramar su sangre en aras de sus convicciones; puede que tal se haya repetido en sí mismo al ver reflejar la interminable lucha por la libertad desde que la historia tuvo sus comienzos, y aun desde muchos años antes; lucha que siempre se ha ganado y siempre se ha vuelto a perder, lucha llena de victorias que han alegrado los cielos, para tornarse después en desolada derrota.

Es patético el pensar cuántas veces naciones enteras han llorado lágrimas de alegría, cubriéndose de flores, bailando y

cantando en las calles por creer llegada la última victoria y que el hombre era ya *libre;* pero muy pronto vistas más perspicaces percibieron que el brillante día se nublara de nuevo y que la tiranía, bajo otra de sus formas, se preparaba para nueva lucha.

La razón por que esta lucha por la libertad no se acaba nunca, o no ha adoptado jamás una forma estable, a pesar de sus miles de victorias, es porque, cualquiera que sea su forma accidental, es la eterna batalla de la naturaleza humana consigo misma, la batalla del hombre con su propio egoísmo. Determinados tiranos o tiranías son tan sólo personificaciones de ese espíritu de ambición y ansia del poder que existe a la vez en el tirano y en el tiranizado.

La lucha final de nuestros tiempos, a menudo lo hemos dicho, será entre el pobre y el rico, el capital y el trabajo; pero cuando se reflexiona que tanto el pobre como el rico están hechos de la misma materia, puesto que el avance de muchos pobres que han llegado a ricos nos lo recuerda, nos sentimos tentados de creer que la lucha de nada sirve, que poco importa quién gane, porque el mundo permanece el mismo; y la frase de Turgot se acerca de nuevo a nuestros labios: ''Libertad, por ti suspiro; los hombres, tal vez, no son dignos de ti.''

Pero este descontento es momentáneo; los mártires y poetas de la Libertad nos llaman desde sus tumbas y nos hacen contemplar las victorias del pasado más bien que las campañas del porvenir, para llenar nuestros ojos y corazones con esa sagrada visión de libertad ideal implantada en el alma del hombre desde el principio del mundo, iluminada por los rayos matinales de la diosa de la Libertad, que hasta en la cruel Roma tuvo su templo en el Aventino.

Edad fabulosa de la Libertad

Los poetas y profetas de la libertad tienen una manera peculiar de imaginarse que esa Libertad fué algo que los hombres antes poseyeron a la perfección en una edad prehistórica, pero hay que convenir en que esa apreciación ha sido también fabulosa. La libertad, como todas las cosas, siempre ha evolu-

cionado, como toda evolución ha surgido de una misteriosa necesidad en el corazón humano, confusa al principio, pero precipitada por la presión de circunstancias, hasta tener de ella una perfecta conciencia. No dudemos que el hombre de las cavernas peleó por la libertad lo mismo que nosotros lo hacemos hoy, y como lo harán nuestros descendientes de aquí a mil años. Los poetas estarán satisfechos de sus candentes palabras, tan seguros, que siempre habrá alguna guerra para la cual necesitemos todo el ritmo que puedan proporcionarnos.

Tema para algún gran historiador

La evolución de la libertad en los tiempos históricos es un tema propio para un gran historiador en lo futuro. Lord Acton escribió algunos magistrales artículos sobre él, y más recientemente el doctor George Scherger ha escrito un sugestivo folleto al que, tanto como a los artículos de Lord Acton, debo valiosas ideas emitidas en este modesto bosquejo de un magistral asunto.

El trabajo de John Stuart Mill *Sobre la Libertad,* tiene, naturalmente, una tendencia filosófica más que histórica; pero hay en él un párrafo al principio que ilustra perfectamente las condiciones históricas primitivas que originaron el comienzo humano de la lucha por la libertad.

> Para evitar que los más débiles elementos de la sociedad pudieran ser atacados por innumerables buitres, se hacía necesario que hubiera un ave de rapiña más fuerte que el resto, para que los dominara. Pero como el rey de los buitres se inclinaría a devorar el rebaño, lo mismo que cualquiera de las harpías inferiores, era necesario permanecer en una perpetua actitud de defensa contra su pico y sus garras.
>
> La intención de los patriotas es poner coto al poder que el gobernante pudiera ejercer sobre la comunidad; y esta limitación es lo que se llama libertad.

Por libertad, en su sentido más lato, se ha entendido siempre *libertad política,* y mucho se ha hecho por obtenerla con más o menos amplitud; a menudo, pero no siempre comprendidas en ella, están otras, tales como la libertad religiosa, la de la palabra y la de la imprenta.

Grecia, cuna de la democracia

La concepción de la libertad, especialmente la política, como casi todas las fructíferas concepciones del mundo moderno, se originó en Grecia. De hecho la idea democrática fué de Solón, el que ostentó la magistratura en Atenas en el año 594 A. C., al que Lord Acton ha apellidado "el más profundo genio político de la antigüedad"; fué el primer legislador del mundo en dar al pueblo el voto. Es cierto que fué todo lo que le dió, pero es innecesario decir que fué la gran cuña que antes de mucho había de hacer pedazos las tres clases de nacimientos y riquezas que gravitaban sobre él; de estas clases, por el propio derecho del voto, el pueblo escogía, por primera vez, magistrados a los cuales podía exigir responsabilidad.

Aunque la cuna tenía que tomarse en consideración ante dichas clases superiores, era sólo su riqueza, según la revisión hecha por Solón de la Constitución Ateniense, la que le daba el derecho de gobernar; y la división trilateral estaba influída por la extensión de la propiedad. La elección administrativa era para los ricos, sin tener en cuenta la cuna. De ese modo Solón trató de disminuir el poder de la aristocracia creando una plutocracia, controlada en cierto modo por el voto de la democracia.

Fué, pues, el año 594 A. C. cuando empezó la historia de la libertad; ahora, como antes, el pobre ha tenido voto y el privilegio de emitirlo por el rico que considere el más digno. Esos asuntos avanzaron en Atenas, primero con Cleisthenes, durante cuya legislación pudo escribir Herodoto que "el ateniense crecía en poder, haciendo patente la importancia de la libertad" y luego con Pericles, en cuyas manos la equidad política para ricos y pobres puede decirse que obtuvo un balance ideal, el que se perdió, como a menudo resulta, con la muerte del estadista que lo instituyó.

Fracaso de la democracia en Grecia

No hay necesidad de insertar aquí otros desarrollos bien conocidos; pero debemos recordar las observaciones de Lord

Acton sobre la *debacle* final de la democracia en Atenas, por su curiosa oposición al paralelismo con ciertos sucesos, en ese momento llevados a cabo por el pueblo soberano de la más moderna de las democracias mundiales:

> En una ocasión memorable la asamblea ateniense declaró monstruoso el que se les prohibiera ejecutar lo que cada cual quisiese. Ninguna fuerza podía oponérseles; resolvieron, además, que ninguna ley podía cohibirlos que no fueran las suyas. De este modo el emancipado pueblo ateniense se volvió tirano, y su gobierno, el primero en la libertad europea, quedó condenado por terrible unanimidad por los más sabios de los antiguos, y arruinaron su ciudad al intentar establecer la guerra de debates en el Mercado. Como en la república francesa, condenaron a muerte a sus fracasados directores; trataron sus colonias con tal injusticia, que perdieron su imperio marítimo; saquearon a los ricos hasta que los ricos conspiraron con el enemigo público y completaron su obra con el martirio de Sócrates.

Pero cualquiera que sea el fracaso de la democracia griega, fracaso según algunos inherente a la naturaleza ilimitada del experimento, a menudo repetido en la historia, hecho fué ése que ha podido una y otra vez derogarse, pero que jamás podrá ser olvidado o destruído. Siglos después, en una tierra aun no nacida entonces, ese principio había de asumir su más sencilla y noble expresión en los labios del más sencillo y noble de los hombres, cuando con frases proféticas, que la repetición no pondrá nunca viejas, ni la poesía puede superarlas, declaró

> Que esta nación de Dios resurja a la libertad y que el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, no perezca en la tierra.

Contribución de Roma a la libertad

Mientras Grecia hacía sus pruebas de democracia, que terminaron en el desastre, Roma ensayaba las suyas, aunque la plebe no consiguió el voto en Roma sino cerca de un siglo después que ya gozaban de él los atenienses. Roma fué república desde 509 a 31 A. C., y Lord Acton sostiene que allí el pueblo, *populus,* gozaba menos de la verdadera libertad bajo la república que en el imperio subsecuente.

Decía Cicerón en uno de sus famosos pasajes:

> Esta es la condición de un pueblo libre, especialmente de este pueblo principal, el señor que ha conquistado todas las naciones: de poder dar o quitar por medio del voto lo que le place.

El pueblo siempre ha sido sensible a la lisonja, y ese arte jamás fué practicado con tanto éxito como en la antigua Roma, el asiento de algunas de las más grandes tiranías que ha visto el mundo.

"Hasta Augusto—dice el doctor Scherger—dictaba las leyes en nombre del pueblo romano." ¿Acaso no es la más sublime, cuando no la más descocada de las lisonjas al pueblo, la frase latina "Vox populi, vox Dei?"

Sin embargo, no todo se expresa con palabras; para algo estaba en el Aventino el templo de la diosa Libertad, la colina en que residía la plebe. Tampoco carece de significación el que todos los gorros frigios, lo mismo el rojo de los jacobinos franceses que el azul y blanco de los ingleses, hayan tenido por origen el que tiene en su mano la diosa haciendo referencia al rojo que en la antigua Roma se le ponía al esclavo en el momento de recibir su libertad.

Por tanto, todos los símbolos modernos de la libertad, como la misma idea de libertad, tuvieron su origen en Grecia y Roma, y sus ulteriores experimentos de la misma cosa han seguido iguales líneas para conseguir idéntico fin. Aun así, la libertad, según se conocía en Grecia y Roma, apenas lo parecería a un inglés o americano de hoy; y al diferenciar lo moderno de lo antiguo, llega uno a convencerse de que a la larga alguna preciosa ganancia se ha obtenido.

Límites de la libertad griega y romana

Por lo general el griego y el romano eran sólo libres en el sentido político. Tenían el voto, y nada más; y todo el beneficio que del voto recibían, en su mayor parte, era el de elegir entre tiranos rivales o sistemas tiránicos de gobiernos llamados *Repúblicas.* En cuanto elegía una u otro para gobernar ostensiblemente en su nombre, pero de hecho para gobernarlo

a él, estaba prácticamente, aunque con ciertas restricciones teóricas, entregado a los gobernantes. No puede negarse que esas situaciones tienen paralelos en los tiempos modernos, pero poco o nada equivaldrán a lo que se llama hoy libertad personal. Era un ciudadano, no un hombre, y, por tanto, a la vez el creador, el sirviente, el esclavo, y la víctima del Estado. Si ese Estado se llamaba república o Augusto, importaba poco. Extractemos de Lord Acton otra vez:

> Individuos y familias, asociaciones y dependencias eran más materiales que el poder soberano consumidos en sí mismos. Lo que el esclavo en poder de su amo, el ciudadano lo era en las manos de la comunidad; las más sagradas obligaciones se desvanecían ante la ventaja pública; los pasajeros existían por causa del barco.

Debe, pues, confesarse que Grecia y Roma, aunque nos han dado la idea de la Libertad, han trasmitido muy poco digno de obtenerla; excepto, en verdad, esas lecciones derivadas de sus fracasos, lecciones a que los modernos interesados en la libertad muchas veces no han hecho caso, prefiriendo probar otra vez los errores del pasado.

Dos orígenes de la libertad personal

Los elementos de la libertad personal de que carecía el antiguo ideal proceden de dos orígenes, uno de los cuales parecerá extraño hoy; uno fué el cristianismo, el otro las hordas germánicas que destruyeron y fertilizaron las moribundas civilizaciones, como consecuencia del cansancio del pueblo. La influencia del cristianismo se ejerció en ese mundo de bronce y mármol, un mundo en el cual la idea de la piedad existió sólo en el cerebro de algunos filósofos y sus discípulos. No es extraño, pues, que la nueva religión se extendiera prontamente en un mundo de esclavos y ciudadanos; tenía que ser un Evangelio el que proclamara a los hombres libres e iguales ante Dios.

Extraño, de veras, que esa suave enseñanza encontrara campeones en los salvajes del Norte, que no lo habían derivado de ese origen que siempre negaron, pero que les había llegado como parte del genio de su raza.

La libertad individual parece haber estado siempre en la sangre de los antiguos germanos; no aceptaban más autoridad que la suya y la de las leyes que coadyuvaron a formar. Los reyes que aceptaron obedecer en tiempos de guerra, eran de su elección. Aunque había nobles en la tribu (los hijos mayores de las familias), esa distinción era puramente social y no tenían más poder que el del hombre corriente. De hecho, esas tribus alemanas primitivas daban un perfecto ejemplo del ''gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo'', que sobrevive hoy en los cantones suizos.

Así, pues, los hombres que creían en Cristo y los que creían en Odín aceptaban en esos días la base que la Revolución Francesa tenía que lanzar después en su reto de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Del godo y del huno nos llegaron, aunque parezca extraño, en el misterioso proceso del tiempo, que tenía que crear de material de tal clase a Inglaterra, Francia y América, esas semillas del gobierno popular que ofrecerían flores como la Magna Carta y frutos como la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos.

Los portaestandartes de la libertad moderna

Cuando los sajones arribaron a las costas de Bretaña, el destino había entregado el estandarte de la libertad a una raza que durante el curso entero de su historia, al través de tempestuosas vicisitudes que amenazaban su destrucción, lo ha sostenido muy en alto, alimentando el resplandor que de él emanaba con el aliento de su vida nacional.

Existe, como todos sabemos, una isla vecina de la que es Inglaterra sangriento tirano, por lo que unir su nombre con la Libertad es peligroso ante algunos irlandeses. Pero todas las naciones cometen sus errores. Inglaterra ha cometido muchos, y por ellos ha sufrido y de ellos ha derivado enseñanzas. En el pasado participaba de la idea de conquista que anexaba tierras con el nombre de colonias, en lo cual estaba al nivel de Francia y España; aprendió las enseñanzas de Luis XIV y Felipe II, y su crimen por ello fué aprovecharse de la lección. La India es aún de ella, así como las Filipinas son de los Estados

Unidos; pero no es culpa de Francia el que ella no la hubiera podido poseer.

Uno de los crímenes principales de Inglaterra, que aun permanece en la mente de muchos norteamericanos, fué la tiranía que originó la independencia americana; pero aun así, el más joven escolar de la América sabe que fué el rey y no el pueblo inglés, no los buenos ingleses, quien originó la guerra de independencia. En lugar de acordarnos de Jorge III como un tirano, ¿no sería mejor recordar a los jóvenes americanos estas palabras de Eumund Burke?:

> En el carácter del americano el amor a la libertad es el punto característico que lo distingue y por este afecto ardiente y celoso las colonias aparecen sospechosas, intranquilas, intratables cuando ven el menor intento de quitarles por la fuerza o por la pillería lo que ellas creen que es lo único que hace llevadera la vida. Este fiero espíritu de libertad es más fuerte en las colonias inglesas, probablemente, que en ningún pueblo de la tierra.
>
> El pueblo de las colonias es descendiente de ingleses. Inglaterra es una nación que aún respeta y antes adoraba su libertad. Las colonias se originaron cuando esta última parte de su carácter era más dominante, y tomaron ese rumbo tan pronto como evadieron vuestra dirección. Son, por tanto, devotos de la libertad, pero la libertad según las ideas y principios ingleses. La libertad abstracta, como otras abstracciones, no se encuentra aquí.

El amor a la libertad, de que habla Burke como característico del americano, y que ganó su independencia, es, según él asegura, parte de la herencia inglesa. Si los ingleses no hubieran luchado bravamente por su libertad desde el comienzo de su historia, los americanos tampoco hubieran luchado por la suya. Pero Burke señala que la característica de la lucha inglesa ''era según sus ideas y principios'', añadiendo: ''allí no se encuentra la libertad abstracta, ni otras meras abstracciones''. Inglaterra siempre ha buscado y obtenido su libertad proponiendo y conquistando demandas concretas.

Posibilidad de la libertad inglesa

Sobre este punto el doctor Johnson, un inglés típico como el que más, emitió una idea muy suya al ser visitado una mañana en su residencia de la calle de la Media Luna:

Hablaba en su estilo acostumbrado—dice Boswell—, con un rudo desprecio por la libertad popular. Destrozan la libertad universal, sin considerar que lo que hay de valioso o que puede gozarse por las personalidades es su libertad privada. La libertad política vale por cuanto es la productora de la libertad privada.

La libertad inglesa se ha desarrollado siempre, según decía Tennyson, ''de precedente en precedente''; no procedió de ningún sueño abstracto, como la libertad francesa en gran parte lo fué, sino rectificando cada agravio, según se iba presentando: prisión injusta, contribución injusta, injusto control de la conciencia individual, injusta intromisión en la opinión individual, censura injusta de la palabra y de la imprenta, y otras más. La broma, que creo es de Matthew Arnold, de que ''Inglaterra es refractaria a las ideas'', es de veras cierta; pero en este importante asunto de la conservación y el desarrollo de la libertad, esa torpeza literaria es oportuna; ha salvado a Inglaterra de la temeraria experimentación de panaceas políticas que, conforme hemos dicho antes, fueron la causa de la ruina de la democracia griega.

En ese característico documento inglés, la Magna Carta, no se encuentra nada de los ''derechos del hombre'', no hay referencias a la libertad eterna: sólo existen sencillas exposiciones de una y otra parte; obligaciones, solemnemente juradas y selladas, del rey al pueblo, para no cometer ciertas injusticias y no privar de ciertos derechos. Ningún hombre libre debía ser castigado, a menos que sus conciudadanos lo juzgaran criminal. Los tribunales serían accesibles a todos y la justicia no había de ser ''vendida, negada o demorada''. Al villano no podía embargársele su arado, y así otras cosas semejantes.

El pobre villano se sentía feliz, su arado estaba seguro; eso era suficiente libertad para aquel tiempo; no se le ocurrió enarbolar la bandera roja de la igualdad universal o constituir ningún tribunal revolucionario;—como sabio o, si queréis, *estúpido* inglés refractario a las ideas, aceptó el efectivo y dejó el fiado, ni siquiera percibió el redoblar de distante tambor.

Lo mismo sucedió con la creación de los Parlamentos. La Cámara de los Comunes no fué invención de Simón de Monfort: fué una evolución de las antiguas asambleas del pueblo, que

los sajones, lo mismo que sus parientes los teutones, habían tenido antes y que se transplantaron a un terreno peculiarmente favorable para su crecimiento y duración.

La contribución de los veinte chelines de John Hampden

Bajo el mismo espíritu, cuando el supremo y final esfuerzo por la libertad inglesa se realizó durante el reinado de Carlos I, aunque el obstinado fanatismo religioso de este rey fuera un factor provocativo, no fué ese fanatismo el que proporcionó el pretexto para el rompimiento final entre el monarca y el pueblo: fué la imposición, en las ciudades interiores, de un derecho de tonelaje titulado "contribución de naves". Los ingleses habían sufrido opresiones peores que esa bajo Carlos I; sin embargo, ese no fué el criterio de John Hampden, rico terrateniente de Buckinghamshire, quien se negó a pagar el derecho de naves de veinte chelines, precipitando la guerra civil. Esta guerra civil ha tenido tal vez más influencia en Europa que la misma Revolución Francesa, que de hecho inspiró. Una pequeñez de veinte chelines hizo perder a un rey su trono y su vida; fué el primer aviso dado a los reyes y potentados de Europa. ¡Qué medida tan inglesa y tan práctica!

Burke se expresa muy bien sobre esta intranquilidad inglesa a causa de una contribución injusta:

> Sucedió, como sabéis, que la gran disputa sobre la libertad en este país, desde los tiempos más remotos, tuvo por causa principal la contribución. Sobre este punto han hablado los hombres más elocuentes y escrito las plumas más atildadas; los grandes espíritus por ello han actuado y sufrido.

De ello dió pruebas también América, mostrando su sangre inglesa en la manera de resistir a Inglaterra. ¡Qué inglesa fué su rebelión contra Inglaterra, la rebelión del té y otras semejantes! ¿No fué ella causada por una contribución injusta? Carlos I perdió la vida por una injusta exacción de veinte chelines, y América peleó y ganó su independencia por una injusta contribución sobre el té. Parece una tonta manera de obtener ambos resultados, pero tenía la ventaja de la seguri-

dad, cuyas ganancias son estables y duraderas; no se desvaneció como la niebla por la mañana, ni fueron sueños dorados de libertad.

Recientes patentes de libertad

La petición de derechos, seguida de los documentos ingleses que el Parlamento de 1628 arrancó a Carlos I, y el aun más importante *Bill* de Derechos que firmaron Guillermo y María después de la deposición de Jacobo II, son muy secos escritos; pero su valor y significado son muy importantes. El famoso Habeas Corpus es otro escueto documento, pero no hay tal vez ningún otro acuerdo de mayor importancia para la humanidad; y lo mismo puede decirse de la legislación inglesa sobre libertades que siguió: no fué demostrativa, pero sí de gran efecto.

Tras estos documentos se han escondido desde el tiempo de Enrique VIII más pensamientos ideales que lo que cualquiera pudiera sospechar. La lucha por la libertad religiosa, evocando la actitud protestante con su apelación a los Evangelios y su enseñanza de la igualdad personal ante Dios, dió valor espiritual y político a la lucha por la libertad, por lo que durante la época de Carlos I esta actitud había hecho un efecto formidable en los pensadores y luchadores puritanos, cuyo servicio a la libertad, en todas sus formas, es inestimable.

Empujados, por la persecución, hacia América, ¿no fueron ellos, con sus acostumbradas peticiones de modelos ideales, los que imprimieron el sello de idealidad a la libertad americana, que la inglesa, en la superficie al menos, no tenía? América tenía que combinar en su democracia el buen sentido de los ingleses, de los que descendía, con algo del ardor abstracto y poético de Francia, con cuya naturaleza espiritual es fácil fraternizar.

El doctor Scherger menciona un pasaje sobre el contraste entre los sistemas inglés y francés, que no puedo menos que insertar. Dice refiriéndose al *Bill* de Derechos americano:

Comparando estos *Bills* de Derechos con los famosos documentos ingleses, como la Magna Carta, el *Bill* de Derechos de 1689 y otros, ob-

servamos que las declaraciones inglesas no contienen alusiones a la justicia natural, ni ningún principio abstracto: consigna sólo algunos derechos concretos a que tienen derecho los individuos, no como hombres, sino como ingleses. En el *Bill* de Derechos americano, a la inversa, encontramos principios abstractos, tales como la libertad natural e igualdad de los hombres, el objeto del gobierno, las doctrinas de la soberanía del pueblo, la separación de poderes, y otros, asociados con exposiciones de derechos concretos, tales como el derecho del juicio por jurado, libertad de la palabra y de imprenta, libertad en las elecciones, seguridad contra multas excesivas, castigos crueles, y otros; mientras que los primeros están basados en las doctrinas de Locke, Blackstone, Vattel, Pufendorf, y hasta de Montesquieu y Rousseau. Los derechos concretos están tomados las más veces de la Magna Carta y del *Bill* de Derechos inglés.

América ha, por tanto, derivado su título de "dulce tierra de la libertad", de los grandes orígenes modernos de esa libertad: Inglaterra y Francia. ¿Quién no reconoce con orgullo nuestra deuda de libertad para con Francia? Sus enseñanzas están comprendidas en un fiero momento de su historia; no como en Inglaterra, que fueron el resultado de un fruto tardío en madurar en un frondoso árbol tardío también en su crecimiento. A la libertad consagró Francia un supremo y temible esfuerzo de vasta influencia: la Revolución; un supremo libro: el *Contrato Social* de Rousseau, y, sobre todo, un supremo himno: la inmortal Marsellesa.

No debe olvidarse que antes que Rousseau lanzara su espléndido reto: "el hombre ha nacido libre y aún está universalmente esclavizado", y antes que Montesquieu, Voltaire y otros grandes cerebros generadores de la gran Revolución escribieran sus especulaciones dinámicas, filósofos ingleses como Hobbes y Locke habían adelantado sus teorías. Muchos de esos inspirados franceses visitaron a Inglaterra, y fué, como indica el doctor Scherger: "especialmente el sistema inglés de gobierno y la libertad del pueblo de Inglaterra los que llenaron de admiración a los franceses". Los ingleses, como ya hemos visto, desde mucho antes habían decapitado reyes; y eso debe estimarse como útil acto político—me inclino a creer yo—cuando el rey ha sido, como de Carlos I decía el verdugo, un traidor a su patria.

Luchas por la libertad

No es mi objeto, pues sería manifiestamente imposible en este breve escrito, el celebrar las múltiples luchas por la libertad que constituyen las lecturas dramáticas y heroicas de la historia moderna de Europa, pero que nada han añadido a la evolución general de la idea o a la práctica de la libertad: luchas como la de Italia contra Austria, o Polonia contra Rusia y Alemania; luchas contra Garibaldi y Kosciuzko, héroes inmortales. La lucha de los cantones suizos se aproxima más, mientras que las guerras de religión, como las de los albigenses en Francia, dondequiera constituyeron más directamente al principio de la libertad.

El servicio prestado por Holanda, según indica Lord Acton, fué mayor que muchas otras demostraciones del espíritu de la libertad, por su persistencia en mantener la libertad de la imprenta, por medio de la cual las víctimas de los opresores pudieran hacerse oir, en sus momentos más críticos, por la Europa entera.

Sólo he tratado aquí de trazar la evolución de la libertad en esas naciones cuyos genios especiales la han apoyado: Grecia y Roma en la antigüedad; Inglaterra, Francia y América en los tiempos modernos. De estas tres, la primera es el árbol primitivo de la libertad, pues, como he dicho antes, la libertad francesa se originó allí. Ninguna nación podía quitarle tal honor a Inglaterra, especialmente en estos momentos en que esos tres países consagrados a la libertad, y que han echado a un lado sus antipatías y prejuicios, están unidos, peleando lado a lado por la causa a la cual cada uno ha consagrado lo mejor de sus facultades.

Francisco de P. Rodríguez.

El autor, ingeniero graduado en la Universidad de Cornell, Estados Unidos de América, es muy estudioso y versado en materias filosóficas e históricas, en arqueología y ciencias exactas y políticas y sociales; ilustrado y erudito, posee varios idiomas, está relacionado con gran número de personalidades fuera de Cuba, y en Masonería es el más competente en nuestro país. Le agradecemos esta colaboración con que honra a Cuba Contemporánea.

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

III



la izquierda de la chimenea, en un elegante y pequeño salón Luis XVI de un piso del bulevar Haussmann, la fuerte luz de un globo eléctrico, bajo amarilla pantalla, daba sobre redonda mesita en la que apoyaba los codos—una revista abierta entre ellos, las manos en la frente a guisa de visera—una joven de castaños cabellos y finas y agradables facciones. Ligera excitación roseaba su semblante atormentado, haciendo brillar sus ojos oscuros y tristes. Parecía soñar. Pensaba en un soldado cuyo paradero ignoraba, en Enrique Laboulle, el novio que la guerra le había arrebatado brutalmente.

—Debe ser muy interesante,—dijo de pronto.

Su tía, una anciana arrugada y flaca, sentada junto a ella, se contentó con responderla fríamente:

—¡Naturalmente!

La muchacha, elegantísima en movimientos y posturas, mostraba entre los finos labios bonitos dientes. Una contracción de disgusto en el semblante, cierto aire de desafío y rebeldía, realzaron sus atractivos.

—No sé por qué dices ¡na-tu-ral-men-te! Si no fuese interesante, él no lo hubiera traducido.

—Está bien, no he dicho nada, no te enfades.

—No me enfado, pero detesto la injusticia.

La joven enrojeció, clavando la vista, malhumorada, en el encabezamiento del trabajo: *Páginas de guerra. El diario de*

un alemán, sin saber si comenzar a leer para ella o en voz alta, como solía hacerlo.

—No te enfades, tienes razón, te repito. Lee; todo lo que ahí se publica es interesante.

En las facciones de la tía se dibujó irónica sonrisa. La chica, sin quitar los ojos de la revista, la vió. Estuvo a punto de levantarse y marcharse.

La tía acercó su sillón a la chimenea y se alisó la blanca cabellera, disponiéndose a tejer una bufanda de lana.

—Vamos, comienza.

La joven se puso a leer, despacio, con voz destimbrada que iba a animarse poco a poco:

La traducción del siguiente diario, hallado durante reciente escaramuza en una mochila abandonada, nos ha sido ofrecida por su traductor el soldado Enrique Laboulle, del ... de infantería, con la aprobación de las autoridades militares.

Obra de muy corto espacio de tiempo, es de lamentarse en ella no sólo la ausencia de mayores impresiones durante momentos de gran interés psicológico, como lo fueron los de los primeros días de la campaña, sino la omisión de los nombres de algunos lugares donde su autor tomó la pluma. Sin embargo, impónese a la atención no por revelar cultura, ausente en casi todos los apuntes recogidos en los campos de batalla o confiscados a los prisioneros, sino por cierto atractivo—aunque a veces pedante—sentido de análisis.

La versión francesa es sumamente cuidadosa. No ha suprimido en ella el traductor más de una frase que, aunque inútil al parecer, da mayor carácter de sinceridad al trabajo, demostrando a un tiempo que su autor tenía la intención de publicarlo o, por lo menos, de revisarlo, ampliando algunos de los asuntos tratados en su cuaderno.

Es de advertir que los apuntes estuvieron en posesión de un soldado que le agregó varias páginas desprovistas de interés—suprimidas—, habiendo escrito de su puño y letra al comienzo del manuscrito: ''Mi diario'', después de haber, desgraciadamente, raspado el nombre y la dirección del verdadero autor, a fin, sin duda, de hacerle pasar alguna vez como suyo, sin decidirse a un tiempo, u olvidando ese detalle, a estampar su nombre.

Por más de un indicio podrá más tarde algún familiar o amigo reconocer al que trazó las siguientes líneas. Agradeceríamos se nos indicase su nombre, con algunos particulares relativos a su vida, así como a las personalidades de Karl y Z. Más de una persona ha creído descubrir en la inicial la figura de un prominente miembro del ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania.

*

29 de julio de 1914.—Austria-Hungría declaró ayer la guerra a Serbia. Era de esperarse. Esta noche escuchará Belgrado la voz de los cañones. Fiebre de arreglo en París y Londres. El oso ruso se desperezа. Inglaterra es la incógnita.

Dícese que desde el 9 de junio se había ordenado a los propietarios de fábricas abrir los sobres en su poder con instrucciones para la movilización de reservas; y que desde hace varios días está decretada la movilización, convocándose individualmente a los reservistas. Parece ser que se concentran tropas en Thionville y Metz, habiéndose enviado a la frontera las guarniciones de ésta, reforzándose el frente con fuerzas de Trèves y Colonia; que están vigiladas las rutas y ocupadas las estaciones militarmente, circulando los automóviles con permisos especiales.

Se gana tiempo. La expectación es grande.

''Si no queremos cerrar los ojos a la necesidad de la evolución, nos hace falta también reconocer la necesidad de la guerra.'' (Klaus Wagner, en *Guerra*). Reconocido. ¡Evolucionaremos! Tierras arables pide Albrecht Wirth. ¡Tierras arables tendremos! ''Tierras, aun si están habitadas por extranjeros'',—insiste Ernesto Hasse en *Deutsche Politik*. ¡Tierras habremos!

En tranvías, en cafés, en las calles, en los hogares, no se habla de otra cosa que de la guerra, variando las opiniones sólo con respecto a la duración del conflicto, corto en sentir general. A nadie preocupan posibles complicaciones, ni la actitud de las diversas naciones si se embrollaren los acontecimientos, en cuyo caso hallaríanse Alemania, Austria-Hungría, Turquía, quizá Bulgaria, por una parte; Francia, Rusia, Serbia y ¿Rumania e Italia por otra? Con respecto a esta última, los más sólo prevén la abstención. En 1912, después de las victorias serbias, Austria-Hungría solicitó su colaboración en ''política de garantías'', dirigida, naturalmente, contra el pequeño reino. Respondiendo que las ''garantías'' no debían afectar la independencia serbia, cesó la conversación; el año pasado, después de la acción austro-húngara con respecto a Montenegro, protestó diciendo que si no se la prestaba atención ''el tratado de la triple alianza sería roto por las manos de Alemania y Austria-Hungría''. (Informe de Z. a Karl. ¿Tratóse en 1912 sencillamente de un sondeo?). Lo cierto es que la guerra no se ve, no se concibe sino contra Francia. Razón tenía el emperador cuando habló al rey de Bélgica del entusiasmo que la lucha despertaría contra la república. (Informe de Z. Preguntar a Karl las palabras textuales del emperador). (1)

A Francia, ''nación de ceros, colección de rebaños'' (Bismarck), opina alguno que otro, con Treitschke, que, aglomeración de bárbaros civilizados

---

(1) Ver *Alemania antes de la guerra*, por el barón de Beyens. Conocida en el ministerio de Relaciones Exteriores francés cierta conversación entre el rey de Bélgica y el kaiser, el 2 de diciembre dimisionó el gabinete presidido por Barthou, sucediéndole uno partidario del menor esfuerzo militar.—(*N. del T.*)

a medias, precisa ''arrancarla los dientes como a bestia de presa''. Tanto hemos hablado de su degeneración, que para muchos de nosotros es débil, jugosa y fácil presa. A Rusia se la considera pasajero obstáculo, franqueable una vez su aliada de rodillas. Cuanto a Inglaterra, ¿se cruzará de brazos porque nada gana en el conflicto? ¿Formará una Liga de neutros como en el 70? ¿Precisará interesarla en la victoria? Sin embargo, ¿qué necesita?

De 1883 a 1893 aumentaron nuestros gastos de guerra en un 229%, cifra jamás igualada por potencia alguna en idéntico espacio de tiempo. En Inglaterra el aumento en ese período fué de 153%; en Rusia de 114%; en Italia de 108%; en Francia, de 70%. De 1902 al año actual, ¿qué son los 980 millones de francos gastados en armamentos por la república, comparados con nuestros, en cifras redondas, 2,000 millones de marcos? En 1905 redujo Francia la duración del servicio en la activa; en 1907 la de los períodos de reserva. Del 11 al 13 votamos nosotros las leyes necesarias para—aumentando exageradamente la artillería, en vista de la ''ofensiva torrente'' preconizada por el estado mayor—, asegurar el modo de duplicar y hasta triplicar, si necesario, al estallar la guerra, el número de cuerpos de ejército; haciendo formidables pedidos a Krupp, la artillería gruesa adquirida (1), formando columna con las divisiones de infantería, destruirá a la enemiga antes de entrar en acción, facilitándole enormemente la tarea a la ligera (poseemos 6,6 cañones por mil fusiles, contra los 4,93 que, a lo sumo, reúnen los franceses); hemos, además, llegado al beneficioso estado de movilización permanente. Rusia por su parte carece de fusiles, de artillería, de ferrocarriles. Preparada la guerra en territorio enemigo, gracias a escuelas de espionaje como la de Lörrach, entre otras, que han permitido desarrollar un extenso sistema perfeccionado por hombres, muchos de ellos de mérito, aceptando oscura labor hasta la hora de la invasión (agencias de informes comerciales, puntos de apoyo, plataformas de hormigón para la atrillería disimuladas en fábricas, *tennis-courts* de cemento en jardines, exactamente calculado, naturalmente, el tiro de las piezas que deben ocuparlas; cultivadores instalados lo más cerca posible de las fortalezas, en excelentes puntos estratégicos; preparado *sabotage* de las obras de fábrica en los caminos y vías férreas; telegrafía sin hilos, teléfonos subterráneos; señales variadas hasta el infinito, por medio de fuegos de colores, humo de chimeneas, colocación de las banderas tricolores en las casas, de carteles anunciadores en los muros, incendio de almiares, movimiento del ganado, ropa secándose al aire libre, sin faltar hasta el detalle de la pintura fosforescente que, embarrada en jalones,

---

(1) Los generales Rohne, von Blume y von Bernhardi se dedicaron en los últimos tiempos antes de la guerra, sin duda por orden superior y a fin de disimular, en lo posible, los verdaderos planes del estado mayor imperial, a combatir con argumentos y cifras, al parecer de peso, la proporción de 6,6 cañones por 1,000 fusiles, la multiplicación de la artillería gruesa de campaña.—(*N. del T.*)

podrá en momento dado indicar de noche el camino seguro a tropas descarriadas y en peligro!) disponiendo, para transporte terrestre, de 650,000 vagones de mercancías (el doble de Francia, cifra aumentable con los del enemigo que caerán en nuestro poder); contando con poderosísima marina de guerra y la segunda mercante (poseemos doce unidades de 18 a 32,000 toneladas, como Inglaterra, y, también como ésta, 7 de 45 a 56,000, mientras Francia sólo posee una sola de más de 15,000); con las más enormes fábricas de armamentos y municiones y el primer ejército del mundo, ¿es acaso una aventura descabellada a la que queremos lanzarnos? ¿Puede sospecharse la locura en nación tan organizada?

Obra, nuestro prestigio actual, de las victorias de 1864-66-70, es decir de nuestro ejército, natural es que fuerza tan bienhechora nos exalte y tiente. Si Europa creyó que para asegurar la paz íbamos a conservar eternamente en pie tan pesada carga, explotaremos su miopía. Francia y Rusia no podían atacarnos. Oportunidades han tenido para lanzarnos el guante. Ahora ya no pueden retroceder. Sin olvidar todas las hipótesis: si fuésemos vencidos, maltrechos todos los combatientes, seremos los primeros en levantar cabeza; con nuestra población, nuestra preparación y nuestro avance económico, la precipitada improvisación enemiga jamás rasgará la red comercial echada sobre el mundo por nosotros; a lo sumo logrará abrirla huecos fáciles de zurcir. ¿Qué exponemos, pues? ¿La máquina militar? Destrozada, no habría sino que poner manos a una nueva y más perfecta todavía.

Muchas privaciones nos impusimos, mucho laboramos para llegar a donde llegamos; y cuando unidos, compactos, educados, disciplinados y fuertes, preparados política y militarmente, hállase nuestro futuro bienestar al alcance de nuestras manos, ¿vamos a volverle la espalda? Si, como piensa Bernhardi, la guerra prometiese a otras naciones lo que a nosotros, sus puntos de vista serían los nuestros.

Años ha que vivimos en el minuto que precede a inevitable combate. Estamos en el segundo después de ese minuto, casi en medio del precipicio, del arroyuelo, del espacio franqueable de un salto. Nada puede contener el impulso. Fiebre de movimiento, de lucha, de triunfo, hincha los pechos alemanes. *Deutschland, Deutschland über alles!*, es el grito de la nación electrizada.

El 30.—Según Karl (informe de Z.), se ha manifestado al gobierno inglés que en caso de guerra respetaríamos la neutralidad holandesa mientras los adversarios la respetasen, dependiendo de Francia la conducta de Alemania con respecto a Bélgica (la cual, en cualquier evento, verá respetada su integridad después del conflicto, siempre que no nos haga frente); decidiéndose, además, a proceder con mesura a nueva desmembración de Francia, aunque contándose con sus colonias como compensación.

Las grandes naciones insisten en sus deseos de evitar el conflicto, los diplomáticos se mueven, el telégrafo es sacudido por el entrecruzamiento de inútiles mensajes, y ¡la guerra en marcha! Porque, ¿quién nos contiene

ya? Precisa jugar la carta. Agresión y expansión, vieja política de Prusia, es la de Alemania.

Venceremos a Francia de modo que no pueda pensar más en nuevo e inútil desquite dentro de siglos, y a fin de hacernos de gran parte de territorios que no necesita; quitaremos a Rusia campos que también la sobran, y que si no nos hacen ahora falta, nos la harán luego. Después, Inglaterra, fija la vista en el aumento de nuestra potencia, o nos prueba franca amistad compartiendo con nosotros la influencia en el mundo, o tendrá que luchar. El sentido común dice que lo probable es lo primero.

Hay quienes piden más. Diríase que los pangermanistas nada quieren dejar por hacer a venideras generaciones, como si en una campaña que debe ser fulminante como el rayo, no fuese bastante grande la concepción de la mayoría de los alemanes!

El emperador es el hombre del momento. Los ojos del universo están clavados en él. Las apariencias le convierten en algo así como el dios de la guerra y de la paz a un tiempo. Ahondando un poco, destácase, sí, su figura con relieve, pero más modesta, pues que al fin y al cabo no es sino el brillante intérprete del estado de alma de la nación. Energía sobrehumana no le bastaría para contener el curso de los acontecimientos, la presión que sobre él ejercemos sus súbditos. Ni tan guapo ni tan marcial como fotógrafos y pintores se han empeñado en inmortalizarle, de facciones agradables, mirada inteligente y viva, culto, de fácil palabra, ameno en su conversación, interesándose en todo, abordando los problemas todos de su colmena, guerrero y pacifista a un tiempo, según que lo juzgásemos conveniente, simpático, algo teatral, como conviene a su papel; patriota, orgulloso de su tierra, satisfecho de su obra, se le ha criticado el hacer molinetes con su sable y ser un aficionado universal. ¿Qué se quiere? ¿Un especialista en todo? ¿Dónde existe semejante maravilla? ¿Ha existido alguna vez? ¡Con qué crueldad se hubiera usado de la ironía, llamándosele sabio a medias, si toda su inteligencia hubiese tendido hacia un solo punto! Con sus raros defectos, es el tipo del monarca ideal. El triunfo le completará.

Discusión con Karl. Furioso porque al hablarme de "la Francia degenerada" le respondí con una carcajada; y porque al citarle la frase del profesor norteamericano Roland Usher, sobre el pangermanismo ("los alemanes aspiran nada menos que a la dominación de Europa y del mundo por la raza germana"), le dije: "Los pangermanistas, no los alemanes; y si los alemanes, no soy de esa opinión, aunque me siento tan alemán como tú." "¡Patriota a medias!" "No aspiro a que mi patria domine al mundo, pero sí a verla en el lugar que merece ocupar. Tu ideal nos ridiculiza; no obstante habernos servido para exaltar el orgullo nacional que el triunfo sobre Francia en el 70 y la educación oficial nos han inculcado." "La certeza de la superioridad, ¿es ridícula?" "¿Dónde está la certeza?" "Contigo no puede discutirse. Te falta imaginación y ambición. Y patriotismo." Lo de siempre. Es con él con quien jamás puede discutirse.

No hay argumento ni dinamita capaz de desgoznarle las ambiciones a un pangermanista.

En 1842 Schlegel nos enseña que Alemania sintetiza el gusto artístico de los italianos (1), la retórica de los franceses, el talento histórico de los ingleses, la poesía y el patriotismo de los españoles, cuatro fuerzas elementales que el espíritu germano reunirá en una conciencia viva, renaciendo en ella el Verbo imperecedero! Es el año en que Edgardo Quinet nota que nos hallamos convencidos de ser ''el pueblo práctico por excelencia'' y de no faltarnos sino apoderarnos ''de la corona universal''. Antes Schelling ha escrito que somos ''el pueblo de los pueblos'', que ''el Verbo divino se encarna en el Alemán, educador providencial de la humanidad''; lo que Hegel, a pesar de su nebulosidad, enuncia con mayor claridad: ''nosotros los alemanes somos una raza superior. ''Para Fichte, Alemania —pueblo superior gracias a su lengua—, es la humanidad; de todas las naciones modernas ha recibido especialmente, ''en depósito, los gérmenes de la perfección humana''; si sucumbe, sucumbirá la humanidad ''sin esperanza alguna de renovación futura''. Es a nosotros, según Schlegel, a quienes toca acelerar la gran evolución que se nota en el mundo e ''instaurar el reino visible de Dios''. La raza alemana, ''raza superior, debe ser la raza dominadora del mundo'', asegura Federico Naumann. Schleiermacher, ante nuestra actividad, exclama extasiado: ''Tomo posesión del mundo entero''. Schelling proclámase ''dueño de la naturaleza''. Federico Lange nos dice que los pueblos a nuestro alrededor son frutas maduras o marchitas que una tempestad puede sacudir del árbol: turcos, griegos, españoles, portugueses, orgullosos de sus razas, pero senilmente refinados, como los franceses; y que a las ''repúblicas andrajosas'' de lengua española se impondrá hacerlas entender razón ''a las buenas o a las malas''. El pueblo alemán es para él ''el elegido de Dios''. Luis Woltmann (tanto a él como a Driesmans les ciega y empequeñece el virus pangermánico) nos asegura que hemos llegado a la cúspide de la civilización ''gracias a la organización, la más perfecta, del cerebro alemán''; para él los germanos dominadores, de tez fresca y clara, cabellos rubios, imponente estatura y cráneo alargado, somos ''la aristocracia de la humanidad'', lo contrario de los latinos, ''turba de degenerados''; el valor cultural de un pueblo se mide por la cantidad de germanismo en él; todo lo noble y grande no puede ser sino germano, el Renacimiento italiano, por ejemplo; Shakespeare es un alemán de genio, mientras Byron un celta inferior; Racine, con su regular estatura, su límpida mirada, su dulce y viva fisonomía es ''incontestablemente'' un germano, como Voltaire, cuyo nombre, Arouet, es una

(1) Estas líneas forman la segunda parte de un artículo firmado con tres asteriscos, titulado *Dos ideales*, publicado en Berlín en 1913. (En una esquina del recorte aparece el año, anotado con lápiz.) Conservado por el autor del diario en esta parte de sus apuntes, y aunque ignorando si es él quien lo escribió, estimo apropiada su reproducción.—(*N. del T.*)

corrupción de Arwid, como Diderot—Tictroh—, Vinci—Wincke—, Buonarotti—Bohnrodt—, Gounod—Gundiwald—, como Montaigne, La Fayette, Danton, Mirabeau, alemanes característicos rubios y de ojos azules! Pablo Graue afirma que Jesús, físicamente, fué alemán, contribuyendo el análisis de su nombre a demostrar además su origen germano. Pide un cristianismo alemán. Es natural, puesto que ya existe el Dios alemán, el ''Dios germano cristiano'' de Lamprecht, el Dios nacionalizado de Max Lentz. ''La raza alemana, raza superior, debe ser la raza dominadora del mundo'', clama Federico Naumann. Según Reimer, la primera raza del mundo debe apoderarse, de cualquier manera, de las tierras de las otras, con objeto de organizarlas; va más lejos: para asegurar nuestra vitalidad le precisa la destrucción de las inferiores, es decir, las de características latinas, que ocupando el tercer lugar, el más bajo, en el futuro imperio universal, serán eliminadas porque se las dedicará a los más duros y malsanos trabajos. ''El cerebro de Europa no puede ser sino el de Alemania'', me ha dicho repetidas veces el profesor Ostwald; agregando: porque, ''gracias a nuestra facultad de organización, hemos alcanzado una etapa de civilización más elevada que la de los otros pueblos''. Más aún: dotaremos a la humanidad de ''una civilización perfecta'', cree otro profesor, Wilhelm Foerster. Somos, ''moral e intelectualmente, superiores a todos, sobresalientes'', dice Lasson, otro profesor. Alemania es el ''pueblo elegido de la tierra'', repite otro profesor, von Seiden. Su misión—habla otro profesor, Eucken,—¡cuánto profesor!—, consiste en velar sobre los sentimientos íntimos y el valor intrínseco de la existencia humana. El barón Bronsard de Schellendorff, ¿no ha avanzado incumbiéndonos, ''según decretos de la Providencia'', llevar a cabo tarea de civilización, tenemos derecho al mar del Norte, al Mediterráneo y al Atlántico, debiendo anexarnos a Dinamarca, Holanda, Bélgica, el norte de Suiza y... todo lo que en el mapa se le antoja codiciable? ¿En su *Guía de la enseñanza de la geografía* no indica Daniel como pertenencias nuestras a Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Luxemburgo y el imperio austriaco? Von Seidlitz, otro geógrafo, ¿no traza las fronteras alemanas en la misma forma? ¿Qué no piden los historiadores, los novelistas, las revistas, los periódicos, los profesores y maestros de escuela, y hasta los poetas, alentados por economistas y sociólogos dedicados a justificar desde el punto de vista material tanta cualidad? Hegel, Fichte, Treitschke, Herdenberg, Herder, ¿qué perfección nos niegan? Filósofos, profesores, príncipes, ministros, militares, y hasta porteros de hoteles, ¡qué horda de delirantes dementes atacados del más peligroso delirio de grandeza! Ninguna civilización se ha entregado en ninguna época a semejante demostración de grotesco orgullo. El húngaro E. Reich diagnosticó nuestro caso hace años al decir que estamos ''afligidos de la más terrible crisis de vanidad conocida en los tiempos modernos''. ¿A qué aspira el autor de *Grossdeutschland ünd Mitteleuropa um das Jahr 1950*? A ver —creo que repito—dentro de muy corto espacio de tiempo a los germanos dominando a millones de seres, condescendiendo, ''como en la Edad Media'',

pueblo de amos, a tolerar a los vencidos su dedicación sólo a ''los empleos inferiores''. ¡Los civilizadores aspirando a tener siervos! ''No somos solamente hombres: somos más que hombres, porque somos alemanes, ''rebuzna el profesor Schönerer''. Somos incontestablemente el pueblo de los mejores guerreros del mundo, el más avanzado en todos los dominios del saber y de las bellas artes, los colonos más hábiles, los mejores marinos, los comerciantes más reputados, dice Fritz Bley. ''La dominación le pertenece a Alemania—habla Giesebrecht—porque es una nación escogida, una raza noble, a la que por consiguiente conviene actuar sobre sus vecinos, como es derecho y deber de todo hombre dotado de más talento o fuerza actuar sobre los individuos menos dotados que él, o más débiles, que le rodean''. Nuestra cultura, según Otto Gierke, es la mejor, la más sustancial; es el elemento más indispensable de la civilización universal. ¿No decía la *Zukunft* en 1901, repitiendo lo dicho por tantas otras publicaciones hasta la saciedad, que bajo la dirección de los germanos ''la raza blanca debe llegar a la dominación real y definitiva del mundo''? ¿No escribía, en 1910, en los *Anales Prusianos,* un tal Fernando Jakob Schmidt que no somos producto de natural evolución, sino ''el resultado de una nueva revelación espontánea del espíritu universal en el alma del pueblo germánico'', con el cual ''comienza una nueva época en la historia del mundo''? ¿No ha escrito un *alldeutscher* que ''el pueblo alemán se eleva como un pueblo de amos sobre los pueblos inferiores de Europa''? ¿Alguien, sin embargo (¿Bluntschi?), no le ha sobrepasado afirmando que donde Alemania pone el pie, goza de derecho inalienable, sin tomar cuenta de tratado alguno? ¿No aseguraba Treitschke que la conquista del mundo hállase ''reservada a la raza germana, que debe su grandeza a Lutero''? ¿No dijo en 16 de enero de 1904 el príncipe de Bulow, inaugurando el nuevo palacio de la Cámara de los Señores, que ''el rey está a la cabeza de Prusia, Prusia a la cabeza de Alemania, Alemania a la cabeza del universo''? El imperio, ¿no es acaso ya, para Lamprecht, no un cuerpo político encerrado en los límites territoriales, sino una fuerza desparramada por el universo, estando ''en todos los lugares donde los intereses alemanes extienden sus tentáculos''? ¿No nos ha llamado Eucken ''alma de la humanidad'' y el Kaiser ''sal del mundo''? ¿Por qué no el azúcar, y la pimienta, y la mostaza y todos los condimentos y alimentos? Recordar el programa de la *Deutsche Politik,* de Hasse, cualquiera de los más modestos programas, es sentirse poseído de vértigo. ¡Y criticamos el chauvinismo francés! Cada pangermanista se cree un superhombre, y tan lejos estamos de producir semejante fenómeno por docenas, como está Alemania de ser la Germania de Tácito poblada de salvajes a la moda del siglo XVIII, seres virtuosos, libres de la corrupción que la sociedad infiltra a la naturaleza, algo así como los tahitianos de Bougainville y del capitán Cook! Pocas plumas nos han ultrajado —no quiero recordar a Schopenhauer, maldiciéndonos, ni la risa burlona de Heine—como la del creador del superhombre. Acuérdate de *Ecce Homo.* ''Tal como soy, extranjero en mis instintos más íntimos a todo lo que es

alemán, hasta el punto que la vecindad de un alemán basta para retardarme la digestión... ¿Pensar en alemán, sentir en alemán? Soy capaz de todo, pero para eso no tengo fuerzas... Los animales de cuernos, conocidos míos—no se trata sino de alemanes... Los alemanes tienen sobre la conciencia todos los grandes crímenes contra la cultura en los cuatro últimos siglos!... Los alemanes no saben hasta qué punto son vulgares, y esto es el superlativo de la vulgaridad—no tienen siquiera vergüenza de no ser sino alemanes... Un La Rochefoucauld, un Descartes, son cien veces superiores en lealtad a los primeros de entre ellos (nosotros). Los alemanes no han tenido psicólogos hasta el presente. Y la psicología es casi la medida de la limpieza o la suciedad de una raza... No siendo uno limpio, ¿cómo puede poseerse profundidad? Uno se disminuye en la frecuentación de los alemanes''... El hombre superior es el que más duda. Pero los ideólogos hacedores de la Alemania futura no dudan de nada; todo lo han resuelto por adelantado. ¡Las decepciones que les esperan! En cambio, a los que, como yo, nos sentimos alemanes y nada más, ¡cuántas alegrías nos aguardan! Nuestros ideales, realizados, nos parecerán bien hermosos. ¿No te das cuenta de lo que nos proponemos, de que llegados tarde al mundo, en gracia, elegancia, riqueza, pasado, territorios, llegados a última hora, aspiramos nada menos que a sentarnos para siempre entre los que, laborando desde hace siglos, reposan satisfechos de sus tareas... e ignorantes, al parecer, de nuestro empeño? ¿Qué éramos al comenzar todavía el siglo XIX? Pobres agricultores. (Tres cuartas partes de la población vegetaba en el campo, dos terceras partes de ella dedicada a la agricultura.) La industria y el comercio apenas existían, los medios de comunicación eran defectuosos e inadecuados (en 1816 ascendían a 523 millas las, detestables, de Prusia), hallábase el país dividido política y económicamente, paralizado el intercambio comercial por numerosas líneas de aduanas. Luego, necesitada Inglaterra de productos agrícolas, necesitados de cereales Holanda y los países escandinavos, surgió la prosperidad de la agricultura, se acumularon capitales en el norte, se despertó el apetito de la especulación, y, a pesar de la crisis de 1820 al 30, crecimos. El establecimiento del Zollverein nos valió un territorio de 8,253 millas cuadradas, libres de aduanas interiores, y la construcción del primer ferrocarril (1835) de Nuremberg a Fürth, notándose por el 50 los primeros síntomas del espíritu de empresa en el dominio industrial. Creció, aumentó el valor de los productos agrícolas y el de la tierra, significó tranquilidad la triunfante reacción, se lanzó el país a la conquista del bienestar material, convertida en verdadero frenesí en el 70 al recibir los millares de la indemnización de guerra impuesta a Francia, locura que no pudo sino dar en la quiebra tan conocida. Hace 20 años éramos la cuarta nación comercial. Ha desaparecido en realidad la clase de los obreros independientes—hoy bajo el ala de los capitalistas, estando por averiguar si son más felices—; pero Francia, del segundo lugar ha descendido al cuarto—el nuestro hace veinte años—, ocupando nosotros el segundo. El pobre país agrícola se ha convertido en una enorme fábrica.

¿Te parece poco lo realizado? ¿Estimas modestos mis empeños? Prusia, tu modelo, nuestra madre, es un estado artificial, retazos cosidos a la fuerza y sin gran riesgo. ¿Quién la codició? Nadie! Cuando la guerra de los treinta años, habiendo perdido algunas regiones de las Alemanias la mitad de su población, era, pobre y descarnada, una vejiga vacía. Después de la guerra de los siete años, los campos sin cultivar, las ciudades destruídas, la circulación monetaria por los suelos, la armazón social hecha añicos, reinando la violencia en el ejército desorganizado y el hambre y las epidemias, desaparecido el diez por ciento de la población, logró, sin embargo, levantar cabeza; creció, se impuso, nos llevó a su zaga, creció más y más, hizo la guerra del 66 (Guillermo I declaró que Austria empujó a Prusia al conflicto, siendo preciso ''combatir por nuestra existencia''!), la del 70, sin hallarse tampoco amenazada entonces su existencia; sin, en realidad, imponerla la opinión pública (''guerra prevista'',—es Moltke quien habla en sus *Memorias*—, ''guerra prevista, preparada con calma, reconocida como necesaria por el gabinete para el establecimiento de la hegemonía prusiana en Alemania''), y venció, surgiendo Alemania de las Alemanias, una Alemania a su imagen. De la fecha del gran triunfo a hoy, sedienta esa Alemania de comodidad, de vida más descansada, de placeres; abandonando tantos hombres el campo para abordar las industrias, más remuneradoras; aumentando su población y su progreso material durante los últimos treinta años, de manera casi asombrosa; sin poseer en Europa la preponderancia numérica, formando, entre los 423 millones de europeos, sólo el 17,25%; viéndose grande, inflada de orgullo, sedienta de monopolios, expansión y predominio, se ha preparado y ha llegado a poder arriesgar la conquista del último escalón, esa Alemania futura, más nueva todavía, más grande, salida de la voluntad de una dinastía patriota, ambiciosa e inteligente, de un pueblo pequeño, pobrísimo, pero luchador, ¿no te basta? De paz, respeto, comercio creciente, influencia, gozamos. De paz, mayor respeto, mayor comercio, mayor influencia y nuevas colonias gozaremos una vez terminada la guerra; y ¿deseas sobrepasar todo eso? ¿Cómo? ¿Deseas una Prusia multiplicada por docenas de Prusias, una Alemania multiplicada por centenas de Alemanias?

Mi amigo tira su segundo habano. Murmura vagamente algo sobre ''Alemania la primera en todo'', insistiendo en el *todo.* Quizá no ha prestado atención a mis palabras.

¿En todo? ¿En qué? En el siglo pasado formó el barón de Cauchy los estudios del análisis matemático; Poncelet dió gran impulso a la geometría, Ampère creó la electrodinámica, preparándole base a la telegrafía sin hilos; Fourier, la física matemática, inaugurada por los trabajos de Lagrange y Laplace; Haüy la mineralogía, Lamarck, Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire, sentaron las bases de la filosofía zoológica; Berthollet y Gay-Lussac, después de Lavoisier, han sido los primeros grandes legisladores de la química... Entonces sólo brilla entre nosotros el matemático y astrónomo de Goettinge, Gauss... Continúo: cítame a los émulos de Ga-

briel Lamé, Galois, Carlos Hermite, Charles, José Liouville, José Bertrand, Ossian-Bonnet—descubridor de la geometría infinitesimal—, Jorge Halphen, Fresnel—teoría ondulatoria de la luz—, Sadi-Carnot, cuyo conocido principio no desconoces; Regnault, Amagat; Marcelo Duprez, Foucault, Fizeau y Cornu—nuevos métodos para medir la velocidad de la luz—; Séguin—calderas tubulares—, Dupuy de Lôme, navío acorazado. La ciencia de la luz, su existencia, su perfección, ¿no se debe a Descartes, Fresnel, Malus, Biot, Tizot y Foucault? ¿A quién agradecemos la fotografía? A Niepce y Daguerre. La en colores a Lippmann; el motor de explosiones es también francés, y el automovilismo, y la cinematografía, y los primeros submarinos prácticos; la aeronáutica fué primero ciencia francesa, y franceses, Penaud y Tatin, los demostradores de la posibilidad del vuelo mecánico, en el que los franceses, hasta el presente, son los maestros.

Mi amigo sonríe.

—A Röentgen se deben los rayos X; mas, en radiografía, no puede olvidarse ni a Becquerel ni a Curie y su mujer. De Hertz son las ondas de su nombre, nacidas de las ideas directoras del inglés Maxwell. La telegrafía sin hilos ha sido obra del francés Branly, llevada a la práctica por Marconi. Cuanto a la telefonía, ¿de quién fué la idea inicial? Nuestros son Bessol, Fraunhofer y Kirchfer; pero J. B. Dumas, Laurent, Gerhardt y Adolfo Wurtz descubrieron las leyes fundamentales de la química orgánica; del genio de Berthelot y de Pasteur no hay para qué hablar; a Deville se debe el aluminio, y a él y a sus discípulos la teoría de la disociación, primer capítulo de la química física; a Moissan el *fluor*. Koch, quince años después de los trabajos de Pasteur, aisló el bacilo de la tuberculosis, afirmada su existencia por Villemin desde 1865. Podemos ensalzar a nuestros químicos: Bunsen, Liebig, Wohler, Fischer, Hoffman, Kebule; a ellos, a la química aplicada, tan conveniente a nuestra perseverancia, debemos gran parte de nuestro desenvolvimiento económico. La botánica se vanagloria en Francia con Bornet; Zeiller y Renaud fundaron la paleobotánica; no puede olvidarse a Van Tieghen. Delafosse y Bravais, además de Pasteur, han establecido teorías moleculares; las propiedades ópticas han sido estudiadas por Des Cloizeaus, De Senarmont y Mallar; Fouque y Miguel Levy han constituído la petrografía; la reproducción por síntesis de los minerales se debe a Enrique Sainte-Claire Deville, a Daubrée, Friedel y Hautefeuille; en el estudio de los animales fósiles, ahí está Alberto Gaudry con sus discípulos; en el de los volcanes, Sainte-Claire Deville y también Fouquet; en los conocimientos sobre la estructura de nuestro planeta, Hébert, Gosselet y Marcelo Bertrand; Elías de Beaumont es uno de los más grandes geólogos; en la ciencia zoológica, Quatrefages, los Milne Edwards, Alfredo Giard, autor de estudios de filosofía zoológica; histologistas, Robin y Ranvier; en astronomía, Leverrier, Janssen, el general Perrier, Tisserand—continuador de Laplace—, Enrique Poincaré; en geografía y navegación, Lesseps, Grandidier, Brazza, Marchand; en medicina, Bichat crea la anatomía en general; Laennec inaugura la auscultación, Laveran distingue el origen y naturaleza de las fiebres palúdicas y de las enfermedades hemato-

zoarias, Richet introduce la seroterapia y la anafilasia, Claudio Bernard ''la fisiología misma'', el determinismo en los fenómenos fisiológicos; la lista sería interminable: Bretonneau, Charcot, Brown-Sequard, Bert, Marey —sus estudios de los movimientos de los animales conducen a la invención del cinematógrafo—, Ollier, Chauveau, Roux, Duclaus, Nocard, Duchenne de Boulogne, Morel de Rouen. Nosotros podemos contar en las matemáticas con Jacobi, en biología con Juan Muller, Schwan, Helmholtz, Virchow, Behring y Ehrlich, y en física con Ohm; pero, ¿podemos jactarnos de la hegemonía de la ciencia germánica cuando sólo en la tierra de uno de nuestros próximos enemigos aparecen los nombres que he citado, olvidando tantos, sin mencionar la brillante falange de los miembros del Instituto? ¿Dónde se hallan el Rude, el Carpeaux, el Barye, el Rodin alemanes, los paisajistas de Barbizon alemanes, la escuela de Manet alemana, la multicolora y brillantísima paleta francesa del pasado siglo y del momento, tan original, tan atrevida, en técnica y emoción? Sufren en Francia de estancamiento la arquitectura, la ebanistería, la cinceladuría; se copia a Gabriel y a Louis, a Boule y a Gouthière, se reproduce hasta el infinito el Luis XIV, el XV y el XVI y el Imperio; ello se debe a la herida, todavía no cerrada, de la tradición interrumpida, o quizá a la imposibilidad de alcanzar mayor gracia, elegancia y armonía. Ni la arquitectura, ni la escultura, ni las ciencias, ni las letras, ni la música sufren en realidad en Francia. En música, ahí están Dukas, D'Indy y Debussy destacándose entre los vivos. Convengo en que todavía no ha producido un Beethoven; en música somos los más grandes; imposible es a cualquiera otra nación alcanzarnos ya en ese arte, como imposible nos es alcanzar por nuestra parte, aunque audaces y prósperos, a las demás en caminos a que nos llevan siglos de tradición. Según Renan, hemos tenido siempre la suerte de poseer ''una variedad infinita de tipos de ilustres pedantes''. No se trata de una humorada; pasando la vida aprendiendo algo, una vez en posesión de cierto bagaje mental, más o menos sólido, pontificamos. ¿Recuerdas un reciente número de *Die Elegante Welt*, enseñando el modo de entrar en un *cabaret* a la moda, con indiferencia, con flema, cultivando difícil mirada ''fría y distante en sus investigaciones''? ¡Qué síntoma! ¿En qué otro país se escribiría y digeriría seriamente semejante bufonada? Los hombres que en el laboratorio, la fábrica, el hospital y la universidad laboran, dan a primera vista una impresión de eficiencia tal, que lo que es sencillamente aplicación, coordinación, trabajo metódico, confúndese con inventiva y genio. Nuestra ciencia se mueve dentro de marco tan hábilmente fabricado, que tanto *bluff* ciega. ¿Conoces este libro?—le muestro el lomo en la biblioteca—; Effertz afirma, con razón, que nuestros profesores no son sino ''compiladores más o menos nebulosos.''

Wer die Wahrheit kennet und saget sie nicht,
Der ist für wahr ein erbärmlicher Wicht. (1)

(1) El que sabe la verdad y no la dice, es en verdad lastimoso bribón.

Mi amigo se levanta, tira su cigarro y habla, al fin, con su acostumbrada sequedad, casi con exaltación:

—Voy a hacerte eco, y hasta a ir más lejos. A las civilizaciones latina y anglosajona débense—a la primera especialmente—casi todos los grandes descubrimientos en las ciencias matemáticas, físicas y naturales. En Francia están los conocimientos fundamentales en que se basa la concepción misma del mundo vivo. Aunque no quiero hacerte la injuria de pensar que crees las ideas y los inventos producto siempre de intuiciones geniales y no de meditaciones sobre lo ya dicho, o resultantes de observaciones o creaciones anteriores; aunque sabes que desde hace medio siglo apenas hay creadores, sino continuadores, perfeccionadores, te diré que Lavoisier fundó la química—apenas si le citamos en nuestros manuales—, Cuvier la anatomía comparada y la paleontología, Monet de Lamarck la zoología filosófica, Geoffroy de Saint-Hilaire la embriogenia, Bichat la histología, Claudio Bernard la fisiología, Pasteur la microbiología—en nuestros tratados de microbiología no le colocamos donde le corresponde—; Adamson fué el primero en exponer la clasificación de las plantas, Jorge Ville creó el abono químico, Mathieu de Dombasle, Boussingault, los Becquerel, Máximo Cornu, Daubenton, Audoin, Beaudement, Carlos Naudin, Emilio Blanchard, Decaisne, Dehérain, han enriquecido enormemente con sus descubrimientos la ciencia agrícola, Descartes creó la psicología moderna, Chappe el telégrafo, Ampère dió con los principios de la telegrafía eléctrica, Berthollet es una gloria francesa y lumbreras son Charcot, Laênnec, Duchesne de Boulogne, Morel de Rouen, cuatro entre las muchas de la medicina; un francés, el abate de l'Epée, enseñó a los sordo-mudos a entenderse por medio de señas convencionales, al fundar la primera institución para sordo-mudos; a Braille se debe el mejor sistema de caracteres en relieve y a Haüy el primer asilo de verdadero beneficio para los ciegos; a Gay Lussac las dilataciones de los gases; a Champollion, al descifrar los jeroglíficos egipcios, la resurrección de una civilización; a Jacquard la tejeduría; a los Cassini los primeros mapas; Palissy crea la cerámica; de Salomón de Caus es, en 1615, la idea del empleo del vapor de agua como fuerza, concepción llevada a la práctica por Papin y perfeccionada por Watt; Jacobo Cujas es la personificación del sabio legista; de Francia son Carlomagno, Bayardo, Godofredo de Bouillon, Turena, Gaston de Foix, d'Artagnan, Napoleón y sus brillantes mariscales; du Guesclin, Luis Crillon, y Juana de Arco; Juan Bart y Duquesne, Le Nôtre, Mansard, Garnier, Eiffel, Francisco Quesnay, Réaumur, Lesseps, Goujon, Houdon, Dalou, David d'Angers, Bartholomé, Felipe de Champaña, Greuze, Poussin, Watteau, Boucher, Décamp, Troyon, Delacroix, Doré, Meissonier, Millet, Vérnet, Ingress, Lucien Simón, Henri Martin, Jean Péber, Besnard, Lulli, Couperin, Rameau, Grétry, Berlioz, Charpentier, Magnard; Molière, Racine, Corneille, Rabelais, Marivaux, Voltaire, Beaumarchais, La Fontaine, Fénélon, La Bruyère, Fontennelle, Montaigne, Le Sage, Boileau, Chateaubriand, Montesquieu, Villon, La Rochefoucauld, Ronsard, Chénier, San Simón, Vauvernargues, Balzac, Hugo, los

Goncourt, los Daudet, Maupassant, Bourget, D'Aurevilly, los Dumas, Verlaine, Samain, Mistral, Richepin, De Vigny, Lemaitre, Loti, Flaubert, Fustel de Coulanges, Taine, Gautier, Musset, Anatolio France, Mallarmé, Sorel, Barrès, Louys, Coppée, Comte, Lamennais, Littré, Diderot, Bergson, Talma, Mounet-Sully, los Coquelin, Guitry; a Chaptal se deben los métodos para fabricar el alumbre, el salitre, el cemento, el blanqueo al vapor; Soubeiran descubrió el cloroformo, Courtois la morfina y el yodo, Balard el bromo, Pelletier y Caventon la quinina, Pelouze el tanino. Las drogas, las diversas invenciones salidas de Francia, yo no las sé; pero, ¿acaso no las explotamos en cantidades tales que parecemos no sólo sus inventores, sino sus únicos fabricantes? Pillamos frecuentemente, *blofeamos* (Haeckel describiendo el inexistente *Bathybius,* Weismann, a pesar de su talento, explicando las propiedades de los organismos con ''determinantes'' que nadie ha visto), mentimos—lo observó Carlyle—''con la mayor escrupulosidad y detalle'', cometemos burdas arbitrariedades en filología. En la Edad Media no innovamos: ni el origen del arte gótico está en Alemania; ni el lirismo medioeval, Tristan, Isolde y Parsifal son alemanes; no nacieron en Alemania ni la feudalidad ni la caballería; el germen del socialismo de Marx y Engels está en San Simón y Proudhon, sobre todo en el primero: ''el fin de la organización social es la producción'', la política ''es la ciencia de la producción''; de la cuestión de las ''luchas de clases'', del análisis de la sociedad ''capitalista'', se ocupó Babeuf en 1795, se ocuparon sus discípulos hasta 1830; Fourier, cuarenta años antes que Marx, trató de las crisis de producción excesiva, siguiendo sus pasos Sismondi y Buret. Copiamos, adaptamos, innovamos—¿no creamos?, ¡qué importa, si hemos llegado a olvidarlo, creyéndonos los primeros en todo! La felicidad está en la satisfacción y prosperidad de los más. ¿Qué importa la mentira, que los verdaderos sabios saben descartar, si a nadie daña y a nosotros nos da la fuerza? ¿Qué nos importa lo que los demás han hecho y hacen y piensan? Froissart, el padre Bouhours, el cardenal del Perron, Montaigne, Montesquieu, Mirabeau, Comines, Rabelais y Voltaire, como los más nuevos y relucientes escritores franceses, como muchos de otros países, nos han tratado y tratan con ironía o severidad. ¡Qué importa! Sin embargo, cuando un alemán escapa al círculo de hierro donde se mueve, entonces contempla la humanidad a verdaderos pensadores independientes: nadie nos ha comprendido... ¿más?... ¿menos?... nadie nos ha denigrado con la ferocidad, tú los has dicho, de Nietzsche, de Schopenhauer. ¡Qué importa! Alemania puede prescindir hasta de sus superhombres. Nosotros seremos siempre los odiados germanos de sólida y pesada armazón, no menos pesado cerebro y modales, glotones, groseros, serviles, jactanciosos en la paz; altaneros y arrogantes, ladrones, brutales, crueles en la guerra; ''los bárbaros uniformados, bandidos vestidos de soldados, Tartufos con coraza, Basilios con botas'' de Edmundo About; o los desdeñados. Si hubiere un rey en Francia, sería capaz de tratar como Luis XV al rey de Prusia: de ''marqués de Bradeburgo''. Pero, ¿qué importa? Duramente tratados en los tiempos

antiguos, habituados a servir y mandar a un tiempo, a tiranizar y ser tiranizados, duros de cuerpo y alma, esa semilla moldeó definitivamente la personalidad alemana. Nuestra iniciativa y nuestro valor son colectivos; en la colectividad somos cada uno un especialista cerrado a todo lo extraño a nuestra especialidad, cuadrados, exactos, sin brillo; pero útiles, laboriosos, disciplinados, crédulos y vanidosos, porque nos sentimos satisfechos. De todo ese conjunto de felices concausas, de toda esa fuerza de todos los alemanes fundidos en un solo cerebro, un solo cuerpo, sin desdeñar la de los esparcidos por el orbe—la ley Delbrück, es decir, el alemán siempre alemán, aun adoptando otra nacionalidad, ¡qué triunfo del patriotismo astuto!—¡qué fuerza enorme ha surgido! Somos fuertes; somos, pues, los primeros en todo. No, no nos debe el mundo actual ni el teléfono, ni el automóvil, ni el aeroplano, ni la antisepsia, ni el cinematógrafo, ni la telegrafía sin hilos, ni los primeros submarinos; no, no inventamos; pero copiamos, aplicamos, mejoramos, perfeccionamos, abaratamos, vendemos, vendemos y vendemos. ¿No es Leipzig algo así como la capital del libro para el mundo entero? Ronsard y Du Bellay, desterrados de los catálogos franceses de las librerías de obras corrientes, ¿no se hallan en nuestras listas de ediciones baratas? (1) ¿Por cientos de docenas no les vendemos a los franceses, con los austriacos, periódicos de modas... francesas? ¿No fabricamos perfumes franceses aun en Francia? ¿No era Francia el mercado de la óptica, y, sin embargo no somos hoy los primeros poseedores de microscopios, lentes, gemelos, objetivos? Desprovisto el ejército francés no sólo de nuestro telémetro estereoscópico ya le veremos teniendo que improvisar, hasta la fabricación de los aparatos de observación y puntería. ¿De cuántos mercados no nos hemos hecho dueños? ¿No son nuestros, en París, diez y seis hoteles, figurando entre tres de los mejores el "Majestic", el "Regina" y el "Astoria"? ¿Dónde están en Alemania los hoteles, los comercios extranjeros? En todo el continente, en Inglaterra, en América, en todas partes, acaso no nos hemos infiltrado, impuesto? ¿Falta de idelaes? ¿Y el culto de nuestra potencia, del éxito, de la fuerza, del bienestar, no es un ideal como cualquier otro, mejor que cualquier otro? Berlín dirige la política mundial. Se comentan diariamente hasta los estornudos del kaiser. Inglaterra basa sus programas navales en los nuestros. Francia y Rusia, los militares, aunque débilmente, comidas por la desorganización. En 1905 echamos abajo en la república a un ministro de Relaciones Exteriores que se permitió infantiles sueños de política exterior, sin fuerza para apoyarla; su flota vino a inaugurar el canal de Kiel, construído con los millares de la indemnización del 70; del incidente de la "Pantera", de los demás incidentes de importancia, de los menores, de frontera, ¿qué deducir sino que satélite de Rusia, aunque más fuerte que Rusia, pero necesitada de ella, amiga de

(1) En 1912 el valor de las importaciones de libros franceses ascendió a 7.506,000 francos y a 13.753,000 el de los periódicos; cifras de 8.869,000 francos y 16.685,000 respectivamente en 1913.—(*N. del T.*)

Inglaterra por así convenirle a Inglaterra, ha descendido, a pesar de sus alianzas, a ser la primera nación de segundo orden, a temernos? Rusia cediendo a nuestro ultimátum de 1909 para reconocer la anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria-Hungría, dió la medida de sus fuerzas. Hay, pues, que aprovechar estos momentos extraordinariamente favorables para vencer, e imponer nuestro ideal. Vendiendo se vive: prosperidad es lo que los pueblos, como los hombres, buscan. Y fuertes Shylocks armados hasta los dientes, prosperando más que los demás pueblos, más fuertes que los demás pueblos, ¿por qué no lo vamos a ser a la luz del sol? Alemania está llamada a convertirse en un hombre grande aprisionado en una casa de muñecas, al través de una de cuyas ventanas querrá saltar a la gran escena mundial y colocarse en el medio, a la vista de todos. Y no quiere llegar a ese extremo. Por eso prepara sin cesar la guerra; y también porque aspira a imponer su cultura al mundo, buena o mala, pero su cultura; ser la primera nación, la más grande, rica, poderosa, como lo quisieron y realizaron otras civilizaciones. Ideas de Federico Liszt, Pablo de Lagarde, Constantino Frantz, sobre la Alemania por completar, planes de la *Alldeutscher Verband* (Liga pangermana), de la *Wehrverein* (Liga de defensa), de la *Flottenverein* (Liga naval), de la *Bauernbund* (Liga de cultivadores), opiniones, previsiones, esperanzas, teorías de Frobenius, Clausewitz, Schiemann, Reventlow, Bernhardi Tannenberg, Fryman, Reimer, Driesman, Rohrbach, Woltmann, de historiadores, filósofos, políticos, príncipes, militares, comerciantes, cultivadores, periodistas y hasta porteros de hoteles; las teorías y los sueños todos, realizables con la fuerza son. La fuerza les dará vida! Francia y Rusia fuera de combate, Italia amordazada, si es necesario, nos decidiremos a arreglar cuentas con Inglaterra; ése, en opinión de Treitschke, será el último y ''probablemente el más largo y duro'' ajuste. Y pudiendo ''estar de pie más largo tiempo, sentarnos más largo tiempo, comer más largo tiempo, beber más largo tiempo y gandulear más largo tiempo que cualquier otro pueblo, excepción hecha de los orientales'' (1), y porque aplicados, laboriosos, pacienzudos, disciplinados, acumuladores de detalles, especialistas, cualidades a las que se unen cierto candor y vago misticismo, nacidos del culto a la Fuerza, y bastante cinismo, producto de una buena parte de innato grosero realismo; porque atrofiada nuestra personalidad, reducida en cada uno a su menor expresión, para fundirse en la de todos, muchas almas formando una sola, con un solo horizonte, hemos llegado a la realización del estado místico, brutal y bueno a un tiempo, fuerza suprema, según Treitschke; el Estado ídolo, servido por formidable ejército—''el Estado encarnado''—, adorado como un Dios como lo quería Hegel, porque es el regulador de la Historia—de ahí mi *Deutschland, Deutschland über alles!* A la vista del mundo hemos crecido y hemos pensado, hemos desarrollado y preparado nuestros planes. No ha habido secreto; nada escondemos. Desenvainemos la espada cuando nos

(1) *Germany and the germans*, por Price Collier.—(*N. del T.*)

convenga. A los demás toca aceptar el combate, vencernos o sucumbir. Ninguna simpatía sentimos por las demás naciones. El padre Didon, a pesar de sus esfuerzos por equivocarse, tuvo que atestiguarlo. Por otra parte, tampoco inspiramos simpatía; el príncipe Hohenlohe-Lagenburg lo ha dicho en un buen artículo: no sólo por los celos provocados por el crecimiento de nuestra potencia, sino a causa de rabiosa susceptibilidad, creciente pretensión de advenedizos y la tendencia a confundir la energía con la tiesura y la brutalidad. ¿Defectos? ¡Qué importa! De cierto hay esto: si hay algo que ganar siendo honrados, lo seremos; y si precisa engañar, seremos bribones. Así pensaba Bismarck, el hombre que jamás apartó los ojos de la realidad. Acercándose el momento de atacar, de luchar, fuertes, fuertes, fuertes, ¿por qué tener escrúpulos? Sólo debemos salir al camino, gritar ¡alto ahí!, y tomar, ¡y vamos a cruzarnos de brazos!

Consulta una libreta que extrae de un bolsillo.

—Mi programa es el plan pangermanista de 1911, cuyas bases datan de 1895. Vasta confederación bajo nuestra hegemonía. Al oeste: Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Suiza, sin los cantones italianos y franceses; los departamentos del norte de Francia, al noroeste de una línea tirada del sur de Belfort a la embocadura del Somme, 161,773 kilómetros cuadrados, 23.442,000 almas; al este: la Polonia rusa, las provincias bálticas, Estionia, Livonia, Curlandia, los tres gobiernos rusos de Kovno, Vilna y Grodno, 343,724 kilómetros cuadrados, 20.881,000 almas; al sudeste: Austria-Hungría con sus 676,616 kilómetros cuadrados y 50 millones de almas. Total: 1.182,113 kilómetros cuadrados, y 94 millones de almas, lo que hace un total—territorio y población nuestros incluídos—de 1.722,971 kilómetros cuadrados con 162 millones de habitantes. Además: la subordinación, a la confederación, de los estados balkánicos, de Turquía—a la que se uniría el Egipto—y Persia; todas esas tierras formando vasta unión aduanal, Turquía y los estados balkánicos sirviendo de especial mercado para nuestros productos. A los 2.952,000 kilómetros cuadrados con 11.787,000 de almas que forman nuestras colonias, agregaremos: el Congo belga, Angola, de Portugal, y las Indias holandesas: 5.680,000 kilómetros cuadrados, 57.306,000 almas. Tannenberg prevé el pase a nuestras manos de Marruecos, el Congo francés, Madagascar, Mayotte y Comores, la Reunión, Obon y sus dependencias, Indo-China y las islas francesas de Oceanía: 3.391,000 kilómetros cuadrados más, 33.588,000 de almas más. Influencia en Oriente, protección de la Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, de parte de Bolivia, y de la parte meridional del Brasil, conservando esas repúblicas su lengua y autonomía, aunque enseñándose el alemán como segunda lengua en las escuelas; en el Brasil del sur, Paraguay y Uruguay, el alemán como lengua nacional, naturalmente. Resumiendo: un dominio universal de acción sobre cerca de 26 millones de kilómetros cuadrados con 347 millones de habitantes, de los cuales habitantes, ¡90 millones de alemanes ejerciendo hegemonía sobre 257 millones de almas de otras razas, Berlín-Calais, Berlín-Riga,

Hamburgo-Salónica, Hamburgo-Golfo pérsico! ¡Más que colosal! ¡Qué fuerza! *Deutschland, Deutschland über alles!*

—Tu *Deutschland über alles!* no es la mía. Mi *Deutschland über alles!* es un ¡viva!, es la admiración, el entusiasmo de un patriota. La tuya un himno a la fuerza, a una fuerza relativa, de la que esperas, sin embargo, algo extraordinario.

—Espero de ella lo que puede darnos: el engrandecimiento, el mayor bienestar material, el primer puesto en el mundo. Somos los más fuertes, tenemos derecho a la mayor felicidad posible, y te pregunto: ¿vamos a cruzarnos de brazos?

—¡La fuerza! ¡Qué obsesión! ¡Como si encarnásemos la fuerza suprema!

—La encarnamos, la fuerza suprema entre las más fuertes naciones.

La joven calló un instante.

—Un poco forzado y pesado todo,—comentó la anciana.—Demasiada exposición y erudición en boca de dos jóvenes...

—No sabemos la edad de los que hablan.

—No importa; jóvenes o viejos, todo eso es mucha memoria, mucha... ¿cómo diría?...

—Se trata de un artículo; no se puede criticar así... Es interesante, muy interesante; muy verdad, y muy alemán...

—¡Ah!

—Muy verdad y muy alemán, te digo.

—¡Ah!

—¿Por qué esa exclamación?

La joven, irritada, confundía la personalidad del traductor, antojándosela atacada, con la del autor de lo que leía; defendía al primero creyendo defender la exactitud de todo lo estampado por el segundo.

—Continúa leyendo, no te interrumpiré más.

Día 31. La movilización rusa decretada anoche. Inglaterra sigue siendo la incógnita. Nuestros cuerpos de ejército acumulándose en las fronteras. Ciertos artículos de consumo necesarios al ejército, embargados. Interrumpida la circulación ferrocarrilera con Francia, suspendidos los trenes internacionales. Estado de sitio. Proclamado el *drohende Kriegsgefarh* (amenazante estado de guerra). Ultimátum a Rusia: 12 horas para cesar la movilización. A Francia se le exige promesa de neutralidad (18 horas para dar respuesta), probablemente se llegará a exigírsela, como garantía, la entrega provisional de las fortalezas de Toul y Verdún. Toca a su fin la última escena del drama de la anteguerra.

''¡París! ¡París!'', es la palabra escuchada por doquier. ''¡En París dentro de unas semanas!'' El estado mayor tanto ha prometido la por él tan sabiamente preparada excursión, que la idea está en todos los cerebros. ¡París!, es el grito que anima a los miltiares, a los civiles, a las mujeres y hasta a los niños. París, belleza, riqueza fabulosa, placeres, la victoria, coronamiento de la más triunfal y brillante de las invasiones y conquistas, el golpe, si no decisivo, capaz de anonadar a Francia hasta el punto de decidirla a capitular.

Es enorme la atracción que la vecina nación ha ejercido siempre sobre nosotros. A partir de 1650, las gentes educadas, las artes, las ciencias de las Alemanias eran francesas. Servir a Francia era un honor. Luis XIV hacía de nosotros lo que se le antojaba. Y aunque entonces era Francia la organizada ¡por la persuasión! En el siglo XVIII podía decirse de nuestras cortes: serviles y modestas copias de Versalles. Todo alemán con medios para pagarse un viaje a Francia, iba. Muchos, como Carlos Benedicto Hase, de la universidad de Viena, y el grabador de Koenigsberg, Jorge Will, hacían el viaje a pie. Abrahan Goelnitz celebraba la riqueza del suelo de l'Ile-de-France, la cortesía de sus habitantes, la distinción, la gracia de las mujeres. Sebastián Munster decía de París: ''la más célebre y la más notable ciudad del Universo''. Eustaquio de Knobelsdonf exaltaba ''su magnificencia, superior a la de Atenas, a la de Efeso o Rodes''. Zingerling: ''todas las ciudades reunidas de todos los reinos no son nada en comparación con la capital francesa''. Jorge Forster—de Maguncia—notaba ''que no se necesita sino de muy poco tiempo para comprender en París lo que en otras partes no se descubriría sino con trabajo en una docena de años''. Kotzebue escribía que en una comida francesa escuchaba en una hora ''más observaciones finas, críticas espirituales y delicadas'' que las que se leen ''en un año entero en un diario de Alemania''. De Gutzkow es esta exclamación: ''¡Qué pequeño es todo en la patria!'' Lola Kolb comparaba a París con un ''ramo de flores arreglado por un artista''. Arndt, antes de la época de sus estrofas incendiarias contra ''el enemigo hereditario'', avergonzábase en París ¡de ser alemán!, haciéndose pasar por sueco: ''pronunciar el nombre de París es como si dijese uno el mundo entero: más aún''. Goethe en una tienda de Longwy, intimidado por la afabilidad de la vendedora, se guardaba de regatear, mostrándose ''todo lo cortés'' que puede ser un alemán sin apostura. En 1783 la Academia de Berlín sacó a concurso la causa a que se debía la universalidad del francés. Un profesor de Würtemberg, Schwab, fué no sólo premiado, sino muy encomiado por una disertación en la que dijo que su éxito se debía no sólo a sus grandes cualidades, ''sino a su carácter de cortesía y civilización''. El francés es la más bella flor de la humanidad, escribió; junto a él todos los idiomas ''no son sino jergas'', agregando que el alemán ''no será jamás instrumento universal de conversación entre los europeos'', y haciendo votos por la prerrogativa del francés ''en interés de la cultura''. Humboldt, Reinhardt el compositor, el médico Grieuer, C. T. Weber,

Enrique Kleist; todos, los grandes, los algo conocidos, los anónimos, hemos sentido el encanto de la vecina nación. Bismarck, antes del 70, escribía a su mujer: ''Hay que venir a ver París, esta capital europea del lujo y del placer, la ciudad de las siete maravillas, los amplios bulevares, los cafés-conciertos, los bailes públicos, las cocotas provocantes''.

Sin embargo, de Leipzig a la fecha, seguimos yendo a Francia a admirarla, a instruirnos, divertirnos y negociar, osando muy pocos ser sinceros en letras de molde. Sólo un Nietzsche estamparía hoy día que toda la europea nobleza de sentimiento, gusto y moralidad, es decir, nobleza en el más alto sentido de la palabra, es obra e inspiración de Francia, asiento de la cultura intelectual, y la más grande escuela de refinamiento del mundo.

Aprendemos el francés pero no lo celebramos desde la caída de Napoleón, época en que un panprusiano, Goeurres, se empeñó en purgar el alemán conservando solamente ''la palabra *mamzel* para estigmatizar a las perdidas'', mientras otro, Jahn, declaró que ''hacer aprender la lengua francesa a las mujeres de Alemania era entregarlas a la prostitución''. A pesar de lo cual, nuestra terminología administrativa y militar es francesa, y decimos, como los franceses, teatro, y perdón, y restaurante; torturando, sin llegar a alemanizarlos, cientos de vocablos franceses!

Víctimas de rígido formalismo exterior en la corte, del no menos rígido formalismo de todas las clases y subclases en que nos hallamos divididos; encajonados, moviéndonos como títeres cada cual en su círculo; cada círculo, desde el de los militares hasta el de los basureros, con sus dioses, sus estirados señores claveteados de condecoraciones o medallas, y sus diosas las Frau Medicinalrath, Hofrath o Geheímer Hofrath, Frau Frau Apothek, Frau Ober-Postassistent, Frau Sanitatsrath, Frau Kommerzienrath o Geheimer Kommerzienrath, Frau Rechnungrath, orgullosos de nuestra armazón social, conscientes de la inferioridad de nuestro clima y de este Berlín enorme, reluciente y pesado, soñamos, sin decirlo muy alto, con países —Francia, Italia, España—de atmósfera más ligera, necesitados de estirar nuestros pensamientos, nuestros músculos.

A la atracción ejercida por Francia sobre el mundo entero, se ha unido en nosotros siempre pasajero estado de alma ya anotado, curiosa mezcla de variados sentimientos: atracción, repulsión, deseo de imitarla, de sobrepasarla en todo, codicia de sus riquezas y encantos. Nos atrae Francia y no quisiéramos que nos atrayese; anhelamos su belleza, gracia y amistad, la admiramos y la mostramos hostilidad.

Federico II y Blucher, dos figuras cuyos perfiles parecen retocados, exagerados, como conviene a los tipos representativos, fundiéndose, simbolizarían ese estado de ánimo sintetizado por Bismarck. El gran Federico se levantaba al amanecer; una vez despierto por un sirviente que le arrojaba una toalla mojada en agua fría sobre el semblante, sucio de cuerpo, descuidado en el vestir, endosaba crasoso y viejo traje, poníase el tupé, los rizos, las botas y, una vez afeitado, untábase una capa de rojo sobre sus mugrientas arrugas. Fuerte, activo, trabajador, tenaz, avaro, rencoro-

so, mortificón exagerado, repartiendo puntapiés como saludos, glotón, grosero, brutal, obsceno, estéril, queriendo sólo a su perra, jamás el amor iluminó su vida; compuesta la ''galantería'' de su corte de ocho o diez jovenzuelos llamados *mignons*, vestidos a la oriental, color rosa, cargados de galones. Atraído por el vino de los vinos, empeñado a un tiempo en no imitar a Luis XIV, llamando *Condé* a su mejor caballo de parada, atrayendo a Voltaire, peleándose con él, tocando la flauta, zurciendo malísimos versos franceses, creyéndose un gran filósofo, riéndose de la opinión, literato, poeta, político, militar, economista, sacerdote de la fuerza y de la astucia, inteligente, guerrero y tirano, ¡cuán alemán es!, viveza intelectual aparte. ¿Su testamento? Cien mil kilómetros cuadrados agregados a los cien mil que ya poseía su patria antes de su advenimiento al trono.

Blucher es la exteriorización viva de nuestro odio. Pudiérasele llamar el acuñador de excepcional actitud mental, impulsión de instantes, continua en muchos, característica sobre todo del prusiano: la *schadenfreude.*

Cuando, en la primera invasión, entró en Francia, declaró que no la abandonaría hasta no quedar como si ''el fuego del cielo'' hubiese pasado por ella. Al instalarse en Saint-Cloud llevó sus perros a la habitación de la emperatriz. Paseábase en París con burguesa levita y pantalón cosaco, sin ostentar condecoración alguna, para demostrar cómo desdeñaba él la elegancia de la ciudad, tan atrayente para los ingleses y los rusos. La idea de no ver fusilado a Napoleón por los aliados enfermábale de cólera. De regreso a la patria lloviéronle condecoraciones y honores. Prusia le hizo conde y príncipe; una universidad, la de Berlín, doctor en filosofía; otra ¡doctor en medicina! Batido en Amerstad, Lubeck, Champaubert, Etoges, Ligny; derrotado por Napoleón, después de Elba, le recogieron desmayado a medias. Su suerte fué llegar a Waterloo en momento preciso. Caído nuevamente el emperador, soñó todavía con verlo fusilado; quiso imponer a París una contribución de cien millones de francos e instaló en el Carrousel cuatro cañones, dirigidas sus bocas hacia el palacio de Luis XVIII. Empeñado en hacer saltar el puente de Jena, respondió a Talleyrand, deseoso de salvarlo: ''El puente saltará y deseo que el señor de Talleyrand venga a instalarse previamente en él''; a pesar de la intervención del czar, logró sin embargo hacer reventar una de las minas preparadas, sin causar gran perjuicio a la obra y cayendo un prusiano al río. Durante bastante tiempo le acompañó su ''jaula de franceses'', donde encerraba a prisioneros, en camisa y descalzos, que no podían ni acostarse, ni sentarse, ni ponerse en pie. Quejándoseles los soberanos aliados de la barbarie de sus soldados, les respondió que serían castigados por no haber sido más bárbaros aún. En 3 de julio de 1815 hizo asaltar el Louvre por un piquete de veinticinco hombres, que se apoderó de veinte cuadros y otras tantas estatuas. ''Restitución'', afirmó. Algún tiempo después, instalado en su castillo de Krieblowitz, en Silesia, visitaba la propiedad el caballero de Cussy. Admirando éste la belleza de un delicado retrato de la princesa Paulina, no había acabado de preguntar al guía dónde se había procurado el mariscal la joya,

cuando una voz de trueno le gritó detrás: ''Señor francés, voy a responderos: este cuadro viene de vuestro país; no tuve que tomarme sino el trabajo de tomarle; me lo robé en la Malmaison''. Devolviendo una vez, a instancias de la familia real, una visita al embajador de Francia: ''Señor marqués—ordenó que le dijesen, empeñado en no ensuciarse la boca usando la lengua francesa—, vengo a veros por orden de mi soberano, pues conocéis mi odio contra los vuestros.''—''Señor mariscal, le respondió el representante del rey de Francia, ¿por qué decirme eso en francés? Nuestra lengua, vos lo sabéis, no se presta a tales rudezas. Nosotros, si eso pensásemos, no lo diríamos.''—''Sí, sí, amables, gruñó. Por eso mismo no quiero yo ser amable.''

Federico II es el jefe ideal del Estado alemán. Blucher, el tipo del sirviente uniformado de ese Estado. Bismarck, aunque no fué general, sintetiza, absorbe en su personalidad esas dos personalidades, es el producto perfeccionado de las Alemanias.

2 de agosto.—A las 7 de la tarde de ayer, ultimátum a Bélgica. Francia declaró que ''la movilización no es la guerra''. Pero movilizó y anunció el estado de sitio en 86 departamentos, convocando al parlamento para el 4. Inglaterra la ha informado el 31 que ninguna promesa las liga. John Bull no quiere que le interrumpan su tranquila digestión. Declaramos ayer la guerra a Rusia. El entusiasmo es enorme. Es tal la emoción, que ni se duerme, ni se come, ni se piensa, ni se vive.

Día 4.—Karl me relata este detalle. (¿Informe de Z?) A las 2.25 del 30 un suplemento especial del *Lokal Anzeiger* anuncia la movilización; es vendido solamente en las oficinas de Wolff, la agencia Havas y la rusa. Markof, el director de esta última, se apresura a avisar inmediatamente por teléfono a su embajada: se le exige el empleo de nuestra lengua. El embajador, conociendo las relaciones del diario con la cancillería, telegrafía a San Petersburgo. El gobierno ruso ordena la movilización. El Canciller hace llamar a los directores del oficioso con objeto de hacer desmentir en la agencia Wolff la noticia publicada. Cuando Markof quiere telegrafiar la nueva noticia, se le opone la censura acabada de establecer. Los informes sin clave del embajador ruso llegan a San Petersburgo con horas de retraso; en cambio, la noticia de la movilización con la mayor rapidez.

Karl.—¿Va a surgir de la sombra un nuevo Bismarck alterando el despacho de Ems, mientras Moltke y Roon exclaman entusiasmados que ''eso va a producir su efecto''? Si premeditación hubo en este hábil golpe, ¿quién es su autor? ¡Bendita sea la mano que falsificó el despacho de Ems''!, ha repetido Hans Delbrück. ¿Se dirá lo mismo alguna vez del autor del golpe de la movilización? Hay que prestar ayuda a los acontecimientos. Y vencer. La Historia le perdona todo a la Victoria.

¡Oh la fiebre de estos instantes únicos! Parece ser que el 2 por la mañana ya estábamos en Luxemburgo. ¿En Francia también?

Día 5. El día 1.º manifestó Francia a Bélgica que respetaría su neutralidad. El 3 puso a su disposición cinco cuerpos de ejército, rehusados.

Inglaterra la ofreció ayer su apoyo, con el de Rusia y Francia, caso de ser atacada, enviándonos un ultimátum! Sorpresa, indignación. ¡Exigirnos respetar la neutralidad belga, cuando ya ayer por la mañana nos hallábamos dentro de su territorio! Parece ser que una rápida campaña exige concéntrico desbordamiento nuestro en Francia. Explosión de odio anti-inglés. Se escuchan las más increíbles observaciones y hay quien se lamenta como si se tratase de la traición de un viejo aliado. Desde la media noche, estado de guerra. ¿Prefiere Inglaterra que ajustemos cuentas con ella antes de tiempo? Su ejército es cantidad despreciable; su marina se apoderará de varios barcos mercantes; el valor de las pérdidas será bien inferior al daño que en un día podremos causarla con los zepelines y los submarinos. La contienda va a tomar proporciones épicas.

El 9.—La madeja del conflicto. Por comprobar y completar.

Leo a Karl, tan bien enterado de los acontecimientos:

Austria-Hungría. Ultimátum a Serbia, sinónimo de guerra; se niega a prolongar el límite de 48 horas que se la propone; retira de Serbia su representante, declarándola la guerra, aunque obtiene satisfacción en las principales demandas, propuesto por Serbia el arbitraje con respecto a las restantes; se niega a discutir con respecto a su nota; rehusa o no responde a las diversas proposiciones de las potencias conciliadoras, expresando lo que no desea, sin decir claramente lo que desea hasta el 31, en que se decide a negociar cuando se hace imposible todo arreglo; es la primera de las grandes potencias en hacer preparativos militares y movilizar; las precede a todas en la movilización parcial y luego en la general.—*Inglaterra.* Aconseja moderación a Serbia; no logra extensión de tiempo por parte de Austria-Hungría; propone la conferencia de cuatro potencias, aceptada por Francia, Italia y Rusia, rechazada por los imperios centrales; propone, en vez de la conferencia, que se haga alguna contraproposición en que intervengan las potencias; se esfuerza por promover la discusión directa entre Viena y San Petersburgo, sugerida por nosotros, rechazada por Austria-Hungría—¿con nuestro asentimiento?—después de declarar la guerra a Serbia; propone—sin obtener respuesta de los imperios centrales—fórmula de arreglo por la cual Austria-Hungría ocupará territorio serbio, Belgrado inclusive, dictando sus condiciones, comunicables a las potencias, pero sin que dichas condiciones afecten la integridad y soberanía del pequeño reino; apoya la proposición de arreglo de Sazonoff, considerado inaceptable; obtiene de Sazonoff segunda fórmula más favorable para Austria-Hungría sin obtener respuesta; el 31 comenzando a tomar cuerpo las negociaciones entre Austria-Hungría y Rusia, las guía al éxito haciendo satisfactorias proposiciones a Austria-Hungría, estipulando siempre la cesación, por todos los interesados, de los preparativos militares; declárase dispuesta a apoyar en Petersburgo y París cualquiera proposición razonable de Alemania o de Austria-Hungría, tendiente al mantenimiento de la paz, ofreciendo retirarse de las negociaciones si las proposiciones no fueren aceptadas por Rusia o Francia; lanzados nuestros ultimátums, decididos a

no discutir más, el 1.º de agosto, día de nuestra declaración de guerra a Rusia, envía todavía proposiciones, hace advertencias a las capitales, relativas a la conveniencia de un arreglo aun en el instante antes de las hostilidades.—*Alemania.* Pudimos convencer a nuestra aliada de aceptar la satisfactoria respuesta serbia; la dejamos retirar su representación diplomática, hacer los preparativos guerreros necesarios; sugerimos la localización—imposible—de la guerra; declinamos la proposición de la conferencia de las cuatro potencias; avanzamos la proposición de la discusión directa entre Viena y San Petersburgo, permitiendo que Austria-Hungría rehusase tomar parte en ella, declarando la guerra; no respondimos a las repetidas indicaciones de las potencias, de proponer alguna fórmula de mediación en sustitución de la conferencia rechazada; ignoramos las fórmulas de conciliación de Grey; rehusamos en parte, y en parte dejamos sin respuesta, las de Sazonoff; ni una vez expresamos cuáles eran los deseos austro-húngaros, aunque sí indicamos lo que Austria-Hungría no deseaba; solicitamos la neutralidad inglesa, anunciando demasiado claramente la guerra, mientras se buscaba la paz; cuando se iniciaron negociaciones sobre la nota serbia entre Viena y Petersburgo, enviamos los ultimátums a Francia y Rusia, pidiendo a ésta que suspendiese la movilización contra Austria-Hungría, que, por su parte, había movilizado; en vez de la contramovilización con que amenazamos, declaramos la guerra a Rusia y luego a Francia, pretextando ser atacados; violamos la neutralidad de Luxemburgo y la belga, convirtiendo a Inglaterra en enemigo.

—Basta. Francia y Rusia sería repetir. Rusia no deseaba la guerra; nada o muy poco tiene que ganar en ella; no estaba preparada. Francia, si deseaba la guerra, no podía hacerla, o, mejor dicho, no la puede hacer; no ha sabido prepararse, no ha sabido siquiera prepararse a defenderse; sólo un milagro podrá salvarla, pero ya no hay más milagros. Inglaterra no puede hacer la guerra; la marina no la basta y un gran ejército no surge por encantamiento; embotellará nuestra marina, nos paralizará el comercio, eso es todo; nada tiene que ganar, aunque, naturalmente, vería con gusto el aplastamiento de la única nación que comienza a hacerla sombra. Bélgica es una espina del camino. No tiene importancia. Si nos hace frente seriamente, será provincia nuestra antes de lo que esperábamos. Ganará con ello. Nosotros mucho podemos ganar; por eso nos hemos preparado; Austria-Hungría, por más que se diga, fuerte está y también tiene qué ganar. Por eso, por el botín, vamos a la guerra. Los detalles que acabas de anotar, y otros no menos fútiles, quitarán el sueño a futuros historiadores y juristas durante unos cuantos años. Pero, dentro de unas generaciones, sólo subsistirá el hecho del triunfo y engrandecimiento de Alemania, en unas cuantas líneas. Esa es la realidad.

El 18.—Fatiga, fatiga. Por vez primera una noche entera y medio día de reposo... relativo. ¿Por dónde comenzar a coordinar las impresiones de los últimos doce días? ¿El primer pueblo atrasado?... ¡Poder fijar

tantos cuadros y olvidar tantos otros! ¿Cómo empezar? El peso del fusil parece haberme atrofiado el brazo; la mano me tiembla.

Un año y un mes antes del pasado siglo describieron severamente Walter Scott, Beugnot y otros, como ''intolerable'', nuestra presencia en Francia. En bocas belgas el epíteto sería un cumplido, por lo suave. Pues que poseemos guerreros como cierto vendedor de juguetes de artículos de escritorio, quien traería para estas gentes la madona inventada por Federico Diente de Hierro: estatua hueca de madera—conservada en Nuremberg—que se abre como un armario, guarnecidas las paredes interiores de enormes puntas de acero; cuando los jueces carecían de pruebas para condenar a un reo, le declaraban absuelto, le conducían a la madona para la acción de gracias y, empujándole hacia la efigie, secreto mecanismo cerraba la caja, clavándosele cien puñales en el cuerpo.

El 4, al penetrar en Bélgica, telegrafía el gobierno a los dos mil y pico de ayuntamientos, recordándoles los deberes y derechos de la población civil, que deberá hacer entrega de sus armas a los comisarios de policía; especificando que los actos hostiles no son permitidos sino al ejército, la guardia cívica y los cuerpos de voluntarios, sujetos a las leyes militares, con sus signos distintivos y sus jefes responsables. Idéntico aviso reciben las autoridades religiosas. (La guardia cívica belga hállase siempre en servicio activo, excepto en lugares donde los habitantes no llegan a diez mil ni existen fortificaciones; la de reemplazo puede ser llamada por decreto real.)

Esa noche y durante el día 5 los fuertes nos causan serias bajas. El 5 y el 8 en decretos ministeriales, y el 8 en uno real, se especifica que la guardia cívica de reemplazo, de acuerdo con las reglas del Haya, usará uniforme y llevará armas. El día en que Bélgica solicita el apoyo militar de los aliados, la prensa, a petición del ministerio del Interior, publica en caracteres bien visibles una nota oficial prohibiendo a la población civil actos hostiles.

Del 5 al 8, severidad con los pueblos situados en la zona fortificada. Elogiamos al gobierno belga la ''heroica resistencia'' de su ejército ''ante fuerzas muy superiores'', y solicitamos nuevamente vía libre. Se nos niega. Informamos al gobierno belga que en lo sucesivo la guerra asumirá cruel carácter (*einen grausamen Charakter*). Ha pasado una semana de bastante tranquilidad. El 14 recomienza la severidad; se deja caer pesadamente la mano hasta Lieja. Los hombres, fatigados, nerviosos, irritados, oyen hablar de *franctireurs,* dan sin duda con alguno que otro, temen actos de hostilidad traicionera, se dan cuenta de la necesidad de volar y de que Bélgica les obliga a proceder, cojeando, a batirse antes de tiempo y con enemigo jamás sospechado. Un tiro escapado, la impresión de un gesto de inconsciente provocación, la alucinación del miedo, la atracción del botín, la impaciencia, se transforman en súbitos conflictos, y excitadas las pasiones, en el incendio, el pillaje, los fusilamientos, mil desmanes, crueldades.

Justamente esta mañana se me relató este caso. El 7, en Bombages,

cerca de Berneau, la familia Califice-Hautvast es conducida, con otras, a una pradera donde bajo la lluvia pasa esa tarde, la noche y el día siguiente. Nada puede reprochársela; se las permite regresar al hogar. Sentada en la mesa, suena un disparo, penetran los soldados en la casa al grito de *¡Draussen!*, ¡Fuera con ustedes!, ¡Alguien ha tirado! Se la amenaza con el incendio de la casa y el fusilamiento. Varios soldados, apuntando para una ventana del primer piso, afirman que de allí se disparó. Surge una vieja en el camino: "Yo vi al hombre que tiró. ¡Helo ahí!" Indica a un soldado; éste protesta indignado. La vieja se abalanza sobre su fusil: "¡Le vi, fué él, le vi!" Se examina el arma. El soldado había disparado. ¡Accidente!

Cabe preguntarse por qué no penetramos en Francia por donde debíamos. ¿Oponía el enemigo a nuestro plan uno largamente madurado? ¿Acaso contra él no poseíamos el nuestro? ¿En la gran lucha entre dos inteligencias igualmente preparadas, no sería la victoria de la que a su servicio contaba con mayor fuerza material? ¿Temor a ataque francés por Bélgica, cuando en el 70, conviniéndola la violación no la realizó? Atacados al través del reino neutro, ¿no éramos siempre los más fuertes? ¿Por qué obligar a Inglaterra a intervenir o a darla pretexto para ello? En el deseo de precipitar los acontecimientos hemos cometido un gran error; aun contando con la resistencia belga estimo que no se pensó en que tan decidida sería, a no ser que la posesión del país entrase en el plan de conquista.

Felizmente llegan alentadoras noticias. ¡Once cuerpos de ejército desparramados por Bélgica sola! Cada paso es un triunfo. "¡París!, ¡París!" ¡Cómo debe de sufrir el orgullo francés! ¡Necesitada Francia de apoyo extranjero!, y ¡qué apoyo!, el de esta pequeña nación que defendiendo sus derechos la defiende a ella, y el de Inglaterra, no bastándola tener a Rusia de su parte. Que Inglaterra careciese de ejército, se explica; poca falta la hacía. Pero Francia, sin flota adecuada para defender sus costas y ¡sin ejército capaz no de enfrentarse, pero ni siquiera de dominar al nuestro! Jamás debe un hombre sentir la vergüenza de golpes recibidos de un fuerte; mas, cuando una nación se pavonea entre las de primera fila, mayor prestigio, cultura, civilización y poderío, sí debe de sentir la vergüenza de no poderse medir con una de las demás en momento dado, de no poder defender su honor, su suelo, sus colonias lejanas.

Del ejército inglés—¡seis divisiones!—se ríen los oficiales todos. Convienen, sin embargo, en que Alemania será bloqueada, aunque Inglaterra sólo logrará pellizcarla el vientre. No se bloquea a una nación, ni se la compele a rendirse de hambre, como a una isla, o como se sitia a una ciudad, París, por ejemplo, obligado en el 70 a rendirse extenuado y hambriento.

El 20.—Aerschot.—Al penetrar ayer las tropas: disparos sobre varias casas, incendio de algunas, fusilamientos en la calle Marteau; el general y sus ayudantes se instalan en la casa del burgomaestre Tielemans. Por la tarde, en la gran plaza ocupada por unos 2,000 hombres, humo, tiros, desbandada, asalto de las viviendas, disparos hacia las ventanas, el general

muerto; Tielemans y la mujer, que repartían cigarros a las tropas, se esconden en el sótano con los hijos. Otra versión: el jefe del estado mayor y varios oficiales comen con el burgomaestre; el hijo de éste dispara su revólver sobre el alto oficial, causándole la muerte, y como a consecuencia de un plan preconcebido, los habitantes hacen fuego sobre las tropas desde las ventanas. Hay quien asegura que al fin de la comida la primera víctima, habiendo bebido mucho, se expresó irrespetuosamente con respecto a la hija del burgomaestre, explicándose el gesto del chico. ¿Dónde está la verdad? De cierto, esto: el padre y el hijo (15 años) pasados por las armas, arresto de muchos hombres, 150 asesinados, 40 fusilados, 300 deportados, mujeres violadas, orgía, incendio de parte de la ciudad; destrucción, en la iglesia, de los altares, confesonarios, órgano, estatuas góticas de madera, adorno de la nave; profanación de los vasos sagrados; rebaño humano encerrado en ella; pillaje metódico, caen las puertas, son registrados armarios, baúles, cajas de hierro, cajones, gavetas; levántanse alfombras, ábrense colchones, revuélvese todo; valores, billetes de banco, plata, oro, joyas. Algunos soldados llenan cajas de artículos variados. Casa despachada, casa quemada.

Esta mañana vi sacar de la casa de un burgués rico cuatro baúles cerrados, llevando marcados en yeso el nombre y la dirección de los padres de un oficial. Parecen poseídos los hombres del diabólico deseo de gozar rápidamente de todos los placeres: se hartan, beben vino hasta echarlo por los poros, pillan, arrojan a los cuatro vientos lo que no pueden cargar, destruyen por destruir. La fiebre se apodera a veces hasta de los más austeros. Los sentidos todos diríanse puestos en no desmentir aquella frase del general almirante Alberto von Stosch, en su diario del 70, sobre el robo organizado: ''el sentimiento de la propiedad desaparece forzosamente en el curso de esta guerra y es un deber empobrecer a esa gente''. Despiértanse los reitres de antaño.

Yo mismo me he sentido envuelto en el torbellino general. Penetré por curiosidad, con Karl, en una casa de discreto y elegante aspecto y me apropié de una vitrina del salón, de un magnífico y chato reloj antiguo, de llave, mientras los compañeros amontonaban en dos sábanas valiosos bibelots. En un ángulo de la pieza, una vieja y sus dos hijas, mudas, hundidas en grandes butacas, nos contemplaban con ojos donde había odio, cólera, desprecio y un miedo cerval. Me dieron lástima. Me atrajo además la belleza delicada de una de las jóvenes. Avergonzado, me acerqué a ella diciéndola en francés cuánto lamentaba los sucesos, suplicándola que no juzgase a todos los alemanes por unos cuantos, y que tenía verdadero placer en entregarla el reloj, lamentando no poder salvar el resto. Enrojeció y bajó los ojos sin responderme. La madre, temblando de cólera: ''*Monsieur le sauvage,* me respondió llevaos el reloj si os gusta; si no, otro se encargará de apreciarlo.'' Karl, callado hasta ese instante, prorrumpió en carcajadas. Rabioso y cohibido a un tiempo, partí dejando el reloj sobre una mesita. Al salir, en una pieza junto a la puerta, vi rápidamente

el cuadro de una mujer, el semblante arañado, suelta la cabellera, rasgadas las ropas, defendiéndose contra la libidinosidad desencadenada de cuatro brutos. Mudo de asco y vergüenza, indignado, estuve a punto de intervenir. Pero seguí mi camino.

La visión de la chica me perseguía, empujándome hacia ella un nuevo y raro amor, y una como sed de venganza—¿venganza de qué?—y de odio. Karl me dijo: ''Me parece que te atrajo la rubia. A mí también. Si no hubieses estado allí, se me hubiera ocurrido por lo menos besarla contra su voluntad, dejándola el recuerdo de vibración de asco, odio, terror y quizá placer.''—''Me das náuseas; cállate.''

En medio de la exaltación del triunfo, y sacudiendo sin cesar la Muerte su amenaza, surgen en nosotros hombres de otras épocas que poco supieron de frenos de moralidad y de civilización. Cada paso dado nos hace perder más y más la noción de lo justo. Docena de soldados que cae sobre una vivienda, nada deja en ella. El otro día, uno, sin saber cómo aprovechar seis finísmias camisas de mujer para la suya, se las puso todas bajo el uniforme, diciéndome: ''Este placer del robo es enorme, sobre todo acompañado de la incertidumbre del instante futuro.'' Precipítanse los hombres sobre las provisiones como hormigas sobre cucaracha muerta; beben el vino y el champaña hasta en cubos. El general Henkel de Donnesmarck ha contado en sus memorias que en 1814 el ejército prusiano, en Chalons, se emborrachó hasta el punto de perder la vida muchos soldados con los picos de botellas en las bocas. Relevada la guarnición por otra, a las dos horas de su arribo se hallaba borracha. El alcalde calculó el consumo, en la noche del 5 de febrero, en 57,000 botellas, descontadas las confiscadas por los oficiales. En el 70 reclamamos champaña por todas partes. En Epernay la guarnición requisicionó 5,000 botellas semanales durante 8 meses; en Reims cada soldado recibía dos diarias. El príncipe Federico Carlos exigió 40 al día, sin mencionar el burdeos, los licores, etc. Las historias de los veteranos sobre las borracheras de los oficiales, son incontables. Nuestra estela es actualmente vidrio hecho añicos. ''En toda mi vida no beberé jamás tanto'', exclama satisfecho un oficialillo. Atacados de apetito o de perpetua glotonería, la importancia del estómago en nuestra existencia es grandísima. ¿Deberemos a la cocina lo que Nietzsche llama el espíritu alemán, o lo que es lo mismo, ''una indigestión'' nacida de ''intestinos afligidos''? En todo caso, la observación del publicista Lotario Buchner, en Londres, cuando la exposición de 1862: ''La cuestión alemana no será resuelta sino el día que se coma en Alemania rosbif en vez de buey con salsa de pasas de Corinto'', no deja de contener mucha verdad. Hay en casi todos los hombres el deseo furioso de comer lo que no comieron durante siglos sus antepasados, de poseer lo que tanto tiempo les estuvo vedado. A veces me asombran. Comiendo poco y bebiendo menos, ¿seré quizá un alemán incompleto? ¿O es que los años felices de Ginebra me redujeron el estómago a sus normales proporciones? Nuestro apetito y nuestra sed son únicos. Sólo en nuestras cortes han existido los grotescos hércules bebedores—pajes, villa-

nos, enanos, educados en ese... arte—, campeones encargados de luchar a botellas contra los huéspedes de paso. Hans de Schveinicken, en sus descripciones de la vida de castillo, evoca a esos Gargantúas y sus amos. La pintura del viejo duque de Liegnitz, borracho sobre las alfombras mientras el joven duque, borracho también, se bate con los sirvientes empeñados en conducirle al lecho, carece de novedad; mas, cuando Hans, una vez diestro en el arte de la bebida, es invitado por un rico burgués de Augsburgo a su boda y se empeña el duque en asistir a ella como sirviente, ya que impedíale su rango tal cosa, el ''síntoma'' está bien observado.—''Pero señor duque, vais a comprometeros.''—''No razones. Me emborracharé tan noblemente como el último sirviente de mi séquito.'' Emborrachándose tan escandalosamente, que precisó sacarle de la fiesta, regresando a ella veinticuatro horas después de ininterrumpido sueño! La margrave de Bayreuth, recién casada, hablando del primer festín a que asistió en compañía de treinta y cuatro hombres, ''borrachos hasta no poder hablar'', decía: ''Fatigada en exceso, y harta de verles arrojar los intestinos, me levanté al fin y me retiré, poco edificada ante ese comienzo.'' No el comer y el beber, pero sí el comer y el beber mucho ocupan demasiado papel en nuestras vidas. El padre de Federico II sufría frecuentes indigestiones de coles y de ostras, de las que comía una centena, y discutía con solemnidad, de culinaria, con su cocinero y su bufón Gundling, presidente de la Academia. Federico el Grande hacía colocar pirámides de frutas en las consolas de todas las habitaciones que debía atravesar. En su mesa jamás los platos eran picantes a su gusto. Un día el cocinero los salpicó de *assa faetida*, y a él le pareció buena la ocurrencia. Saliendo de una indigestión para entrar en otra, llegó a la gota; hinchado por la hidropesía, cubierto de pies a la cintura de erisipelosa inflamación, pasaba algunos días sin sentido. En una ocasión, ''para sostenerse'', se hizo servir una sopera de suculento y caliente caldo—en la que vertió una cucharada de flores de nuez moscada y de gengibre—, seguida de una tajada de carne hervida a la rusa, cocida en aguardiente, un gran plato de polenta con jugo de ajo salpicado de especias, y un pastel de anguilas ennegrecido por la pimienta! Horas antes de morir, sin duda ''para sostenerse'' una vez más, y como los médicos, según él, no sabían lo que se traían, se tomó una taza de café con leche, devorando un plato de cangrejos con salsa picante! Menzel nos pinta en sus cuadros al monarca de apetito de ogro como a delicado filósofo cenando exquisitos platos en compañía de escogidos intelectuales, olvidando recordar que su modelo, en cuanto se sentía repleto, se desabotonaba, arrojaba el cuello y la peluca y se tiraba al suelo casi desnudo!

—Espanta la bestia humana en libertad, le digo a Karl. Cuando se rompen los diques en que vive, ¡qué orgía la vida! ¿Soñaste jamás con observar a la luz de los incendios los excesos todos de las relajaciones todas?

—No tengo por costumbre filosofar, no me gusta perder el tiempo.

—¡Las cosas que van a entreverse alguna vez en los diarios de tantos de nosotros!, en los apuntes de hombres viéndose con un país entero en sus

manos—enorme juguete de multimillonarios mil veces de cuento de hadas—y a los que se les dice: juega, haz con él lo que quieras! No se sabe ya si la justicia es algo posible. El derecho no existe más.

—"El derecho le pertenece a quien posee la fuerza de conservar o de conquistar. La fuerza es al mismo tiempo el derecho supremo", según Bernhardi. Y "la justicia y la injusticia son nociones que no son necesarias sino en la vida civil", según Tannenberg. ¿Recuerdas a Rommel en *El país de la revancha?* En el momento de la invasión "la ley y la moral serán puestas provisionalmente de lado".

—Es extraordinario lo que sucede. ¡Los oficiales ordenando el pillaje y los incendios, dirigiéndolos, inspeccionándolos, hasta poniendo sus manos en ellos cuando los *pionnieren* (gastadores) o no se hallan presentes o no trabajan como deben! Petróleo y nafta, pastillas de nitro-celulosa platinada, antorchas, bombas, "¡aquí un hombre!, ¡allí otro!", las cajas, los baúles repletos partiendo para Alemania, ¡los crímenes!, un sacerdote relatándome haber escuchado en boca de tres oficiales de distintos regimientos, y a distintas horas, idénticos discursos acusadores, sin duda bien ensayados...

—Te sales de la cuestión, no comprendo el motivo de ese estallido de incoherencias teatrales. En vez de delirar, bien podías ponerte a aprenderte de memoria el *Kriegsbrauch im Landkriege* (Manual de los usos de guerra en tierra), o lo que es lo mismo, el catecismo de la guerra. Te pondrá en orden las ideas.

—Nos estamos deshonrando. Invadimos a Bélgica por necesidad militar, en interés del Estado; fusilamos a rehenes por necesidad militar, en interés del Estado; deportamos a civiles por necesidad militar, en interés del Estado; damos muerte a hombres, mujeres y niños por necesidad militar, en interés del Estado; saqueamos y quemamos, cometemos todos los crímenes por necesidad militar, en interés del Estado; desangramos a una nación que no nos era hostil, la asesinamos, no contentándonos con vencerla donde cien veces hubiéramos podido aniquilarla, en el campo del honor, por necesidad militar, en interés del Estado. Esto es monstruoso, te digo.

—¡Cuánto lirismo!

—¿Hay lirismo en la verdad?

—Ya que te gustan tanto las citas y no realizas que nos hallamos en guerra: el germano, para Velleius Paterculus, es una terrible mezcla de ferocidad y bribonería. Según Cristóbal Adelung "una bestia de presa que duerme cuando no caza o no come". El doctor Gefroerer dice que nuestra historia muestra, con mil ejemplos, que en cuanto somos dueños, soldados o capitanes, revelamos "notable dureza de corazón" lo mismo frente a compatriotas que a extranjeros. Napoleón, escribiéndole a Davoust, nos hallaba "tan viles en la adversidad como arrogantes y altaneros al menor fulgor de prosperidad". Verdi, en el 70, declaró desmesurado nuestro orgullo, llamándonos "duros, intolerantes, dados al desprecio de todo lo que no es germánico, y sobre todo inclinados hacia la rapacidad en

todos sentidos''. Goethe, juzgándonos a los prusianos ''verdaderamente crueles'', nos ve feroces una vez civilizados. ¿Más citas?... ¿No?... ¿O quieres oir opiniones diametralmente opuestas?... En estos tiempos de civilización y guerra—y ''la guerra santifica los medios más terribles''—, esos germanos somos tú, yo, esos otros, aunque ni tú ni yo somos bestias de presa, ni crueles amos de nadie, ni somos feroces que yo sepa...

—Tú, yo, otros números aislados, nada probamos; lo cierto es que el ejército se está mostrando feroz... Es admirable tener la fuerza de un gigante, pero es atroz usar de ella como un gigante...

—Shakespiriano estás. La guerra no es un desfile por Unter den Linden. Su gran filósofo, Clausewitz, ha dicho, y es cierto, que mientras mayor es su dureza, menor la piedad, más corta y humana es.

—Es un duelo enorme y cruel, pero un duelo en el que los testigos no son solamente los testigos...

—Lirismo. Tan lirismo como ''la guerra es santa'', de ''institución divina'', de Moltke; como ''la guerra es santa'', de Treitschke; bien es que el profesor la llama ''el remedio supremo a los males que sufren los estados'', acercándose así a la realidad. Hay que decirse, con Von Hartmann, que no deben de existir alemanes generosos capaces de repetir ''la frase vacía de una guerra civilizada''. Sobre todo ahora. No hay guerra civilizada: la guerra es la antítesis de la civilización; cada nueva guerra es un paso atrás que da ésta, aunque signifique un paso hacia adelante para el vencedor. Se combate y se combatirá siempre por algo práctico, por la rapiña, por lo que va a obtenerse. Sólo cuando se combate por la independencia hay ideal respetable. Ante estos belgas precisa descubrirse; ante los serbios también, aunque para nada les servirá tal cosa. El derecho, la moralidad internacional no existen; ninguna nación se atreve a decirle a otra, como la sociedad al individuo delincuente: ''Serás castigado por tu crimen.'' Inglaterra invoca un ideal de justicia al salir a la defensa de Bélgica. El gesto es hermoso. Pero, combatiéndose por algo práctico, noventa y nueve de cien veces, Inglaterra en realidad se defiende contra nosotros. Si existiere una moral, una justicia internacional universal, ya a estas horas los grotescos yanquis nos hubiesen gritado: ''¡Alto ahí!, ¡patas fuera de Luxemburgo y de Bélgica!'' Pero callan. ¡Y son, de los cuarenta y pico de firmantes de las farsas del Haya, los neutros más fuertes! ¡Y, simpatizando en su mayoría con nuestros enemigos, dirigen la vista al cielo, consternados por lo del ''pedazo de papel'' del canciller, sin pensar que ignorando las tales farsas, ignorándolas conscientemente, las convierten también ellos en otros tantos ''pedazos de papel''! Su *business* está en no intervenir, y no intervendrán. Razón tenía el profesor Hasse cuando nos decía en Leipzig: ''el amor del prójimo no puede ser tolerado entre naciones''. La fuerza prevalece sobre los tratados. Ya en el 68 expresaba Lasson el punto de vista alemán al estampar que un Estado no podría lógicamente admitir sobre él, sin desaparecer por el hecho, ningún tribunal cuyas decisiones debiera aceptar, puesto que entre

los Estados no puede reinar sino la guerra, y que el conflicto es la esencia misma y la regla de las relaciones entre Estados, siendo la amistad suerte y excepción. Por eso en 1899 nos opusimos a la formación del Tribunal permanente de arbitraje; si cedimos fué gracias a la presión de tantas naciones, y de los Estados Unidos en particular, e insistiendo en que no se tratase, como Rusia lo quería, de obligación. En 1907 el nuevo proyecto de tratado de arbitraje obligatorio, apoyado por treinta y cinco gobiernos, lo echamos abajo con la ayuda de Austria-Hungría. El año pasado, von Liszt, en su *Völkerrecht,* sólo pudo citar dos tratados nuestros, a pesar de existir unos cien entre las demás naciones. Cuando el gobierno norteamericano propuso el sometimiento a la investigación de una comisión internacional, de todos los agravios imposibles de arreglar de otro modo, nos adherimos en principio a la idea, sin firmar tratado alguno. Del 71 a la fecha, mientras los ingleses han sometido treinta y seis asuntos al arbitraje, sólo cinco veces lo hemos hecho nosotros.

—Nadie sabe dónde se ha metido el derecho internacional.

—No hay tal derecho, sino intereses e intereses. El derecho internacional no es siquiera anárquico, como dice Jellinek: no existe. Existirá... una vez firmada la paz: en el papel. Convenios del Haya y de Ginebra, ''¡pedazos de papel!'' ''Solidaridad que une a los miembros de la sociedad de las naciones civilizadas'', firme ''voluntad de concurrir al mantenimiento de la paz general'', resolución de favorecer ''el arreglo amistoso de los conflictos internacionales'', ''¡pedazos de papel!''. ¡Intereses, intereses, y por lo tanto, egoísmo! El mundo entero es cómplice del ''pedazo de papel''. ¡Intereses! Ni se protesta, ni se protestará contra nada.

—Austria-Hungría protestó, sin embargo, en el 70 contra la amenaza de la violación del Luxemburgo, invocando la garantía europea de la neutralidad del ducado.

—Ninguna nación saldrá a protestar de nuestra irrupción en este país. Cada neutro es una ostra tres veces pegada a su concha. ¡Protestar!, ¡ni por forma! Y si se protestare más adelante, no por ello variará el curso de la guerra, pues protestar, ¿de qué serviría?, y actuar, ¿quién actuaría? ¿Cómo? Entretanto, las ostras se contentan con planear tribunales internacionales de paz, jurados de naciones, arbitrajes obligatorios para todas las cuestiones... después de la guerra: cuando vuelva a asomar su semblante el títere del derecho internacional. En realidad da asco tanta hipocresía. En la comedia universal osamos ser los únicos, equivocados o no, sinceros, brutalmente sinceros.

—Tu cinismo es...

—El tuyo desnudo. Ni más ni menos. Con esta diferencia: te contentas en la aventura con menos que yo y pareces desear realizar su fin, o parte de él, no por medio de la guerra, sino en correctas maniobras.

Continuó:

—Los tratados, ''murallas de papel'', ha dicho Bernhardi. El canciller del imperio dijo lo mismo, usando otro símil, al embajador inglés, refirién-

dose a la violación de la neutralidad de este país y los aspavientos británicos. Bernhardi no es original, se ha contentado con condensar y vulgarizar las ideas alemanas. Cuando dice que "la cuestión de saber donde está el derecho no puede ser decidida sino por la guerra", y que "las naciones pequeñas y débiles no tienen derecho a la existencia y deben ser absorbidas por las poderosas", repite lo que Treitschke y muchos alemanes que han y no han manejado la pluma, dijeron o pensaron. Para nosotros el derecho es la voluntad del fuerte. No querrán muchos pueblos hacerse solidarios de ese modo de ver, pero lo aceptan sin embargo, tienen que aceptarlo. Por la centésima vez: no combatimos ni hemos combatido nunca por el honor, sino por el beneficio. Los neutros sentimentales harán muecas de disgusto. ¡Como si el oro, el acero, las vidas, pudiesen tirarse a los vientos por quimeras! Ayer alguien nos pintaba al duque de Gronau apropiándose en el castillo de Villers-Nôtre-Dame qué se yo cuántas obras de arte; ciento cuarenta y seis cubiertos, doscientas treinta y seis cucharas, tres relojes de oro, libretas de la Caja de ahorros, mil quinientas botellas de vino, setenta y dos gallinas, treinta y dos patos, ropa de mujer y hasta de niños!; al príncipe Eitel Federico, en compañía del duque de Brunswick y del barón von Mirbach, embalando en un castillo cercano a Lieja hasta los trajes de la dueña de la propiedad y los de sus hijas—eso es la guerra. ¿No contaba mi padre que en enero del 71, en Dieppe, el general von Goeben confiscó para sus tropas todos los cigarrillos y la picadura en existencia, vendiendo después la hoja no preparada, a la ciudad, en los cien mil francos en oro o doscientos mil en billetes fijados? ¿Que el conde de Ollech, gobernador de Alsacia, tres meses después del bombardeo de Estrasburgo, impuso una multa de ochocientos francos a cada uno de los propietarios cuya casa no había sido completamente destruída por nuestros obuses; que Sus Altezas los príncipes de Reuss y de Wurtemberg, el gran duque de Mecklenburgo, el de Saxe-Coburgo y el mismo príncipe real se apropiaron en Sêvres figurillas históricas, vasos, moldes, por valor de 350,000 francos? Él tenía apuntados algunos datos interesantes sobre lo que personajes y comparsas se llevaron de Versalles y Saint-Cloud. Y decía siempre que un tal Hermann Backer, ex empleado de una fábrica de botones de Bourg-la-Reine, llegando allí como capitán de *landwern*, apropiándose las máquinas de su ex patrón abandonado dos años antes, y destruyendo la fábrica con esta exclamación: "¡he aquí cuatro años de avance de mi fábrica sobre la suya!", simbolizaba el espíritu alemán. Debió quizá decir: de la guerra. Aquí, en Francia, en Rusia, se repetirá todo. Las escenas que ya deben haberse desarrollado entre viejos conocidos ligados por los negocios! Recuerda que hasta los cuarenta y dos mil espías que de 1860 a la guerra de cuatro años después prestaron sus servicios, reclamaron, al ver perder su ocupación, una indemnización de 25,000 francos por cabeza, que el viejo Guillermo les acordó imponiendo un millón de francos de contribución a cada departamento ocupado. Esa es la guerra. A mí, a ti, a todos, nos tocará algo en el gran festín. Por el momento lo importante es que el

saqueo, la destrucción, las muertes, lleven el terror a la nación que hubiera querido aniquilarnos, y el respeto a las demás. A la hora de la paz, los diplomáticos enemigos, entre saludo y saludo ceremonioso, sonreirán y se dirán mutuamente: ''Mi querido colega, no hablemos más de eso... Lo pasado, pasado... Tanto a unos como a otros, nos hace falta dedicar todas nuestras fuerzas a la gran obra de reconstrucción, ¿verdad?'' Y no faltará el que exclame, paseando un dedo sobre el mapa de Europa: ''No ha pasado nada, señores, o casi nada...''

Karl calla.

Arde una casa frente a nosotros, alumbrando mi pluma. Fritz lee *Frankriech's Ende,* de Adolfo Sommerfeld, una de las tantas novelas de piramidal mediocridad a que nos tiene acostumbrados la vanidad profética de la casta militar. ¡El fin de Francia! No bastará derrotarla; precisa acabar con ella. ¡Como si del orbe se pudiesen raspar tan fácilmente las naciones!

—Esto es majestuoso, dice Karl de la casa en llamas dándole luz a mi pluma.

Un soldado repite, triste, perseguido por idea fija: ''Dios muele lentamente, pero muele terriblemente menudo.''

Día 24.—''¡Kuno! ¡Cuánto placer! ¿De dónde vienes?—De Bruselas. —Cuéntame la entrada.—Un ensayo de la de París. Llegamos el 20, a eso de las dos de la tarde. Una salva de artillería les anunció nuestra presencia. Vestigios de barricadas en las afueras. En la ciudad, naturalmente, ni una bandera, ni una escarapela belga, ni un solo uniforme; las tropas evaporadas, enviadas sin duda a Termonde; la guardia cívica licenciada, las locomotoras corriendo hacia Lille y Amberes; el puesto de telegrafía cerca del palacio del rey, en Laeken, destruído. Las masas no sé si nos admiraban o nos contemplaban con curiosidad y miedo. Un destacamento de ulanos al frente; dos oficiales belgas, esposados, amarrados a los estribos de dos jinetes; luego la caballería y la infantería, cada regimiento precedido de su banda, marchando a paso de parada; un osito de juguete, vestido de general belga, montado sobre una pieza de artillería. Andando desde Aix-la-Chapelle, emblanquecidos por el polvo y fatigados, hubiéramos querido hacer alto, descalzarnos y beber, pero los oficiales se empeñaban en hacernos cantar el *Wacht am Rheim* cuando callaban las bandas o cesaba el dúo de los pífanos y tamboriles, para demostrar nuestra alegría. Les hubiéramos arrojado las botas a la cabeza y metido los calcetines en las bocas. A ese paso va a entrar en París un ejército de sombras uniformadas. Cierto es que lo importante es llegar. ¿Qué me dices de esta gente? Se está dejando pisotear bajo pretexto de la pamplina de la neutralidad. No hay que olvidar que era duro esto de abrirnos las rutas porque así nos convenía. Toda resistencia, hasta la de los *franctireurs,* si existen, se explica. Nosotros hubiésemos hecho lo mismo.—El coronel Koettschau no ha sido el único en demostrarnos que el derecho de gentes no impone restricciones al objetivo.—Bluntschli afirma que cuando el estado neutro no

sabe o no quiere defender sus derechos, los pierde ipso facto.—¿Entonces Bélgica hace bien en defenderse? Karl interviene: "Con razón Treitschke y otras plumas nos han enseñado que los estados pequeños no tienen derecho a la vida porque no pueden defenderse contra los grandes, ni mantener su soberanía, existiendo por su tolerancia; y que sólo en los grandes estados puede desarrollarse un verdadero orgullo nacional, signo del valor moral de un pueblo. "Nada sobrepasa en nada" al estado alemán, cuyo fin es engrandecerse con detrimento de sus rivales y cuya esencia "es realización de lo que desea". Quejumbrosa y teatral protesta hubiera bastado a estas gentes. Con la resistencia nos han decidido a enseñarles las uñas. Hoy debemos de estar saliendo de Bélgica para entrar en Francia. "La guerra da a los pueblos fuertes el lugar que necesitan para crecer. Si queremos desarrollarnos hay que reconocer la necesidad de la guerra, ser los creyentes en la guerra eterna". (1) ¡Viva la guerra!

Karl se exalta por minutos. Su fanatismo guerrero raya en la locura mística. Va a acabar por declararle la guerra hasta a las estrellas.

20 de septiembre.—El entierro del más bello sueño alemán. Fija la mirada en un solo punto obsesionante, alucinante, ¡París!, satisfaciendo en su carrera por el país de sus anhelos, las viejas ansias de enormes comilonas animadas con el vivificante calor de exquisitos vinos; ansias que, apenas satisfechas momentáneamente en pueblos y villorrios por cuyos poros sudaba riqueza, convertíanse de nuevo en realidad en nuevos pueblos y villorrios de más adelante y no menor riqueza, avanzaba, el ejército, arrollador, harto de todos los hartazgos del estómago, los sentidos y la fuerza, embriagado de victorias pagadas fastuosamente con sangre de la que le sobraba, robando, castigando, arrasando, desmoralizando, para lograr todas las abdicaciones.

Ante su empuje, presintiendo Francia, aturdida, una vaga catástrofe, esperando también un milagro, había ido cediendo, elástica, escapándola día tras noche, reculando dos pasos después de avanzar uno, cediendo, zigzagueante, la gran cinta azul francesa con su cuarto de rojo y su pequeño y fuerte nudo kaki inglés.

Desbordadas ya las siempre avanzantes líneas grises en once departamentos, cediendo la zigzagueante cinta azul francesa, con su cuarto de rojo y su pequeño y fuerte nudo kaki inglés, dispuesta a recular, si necesario fuere, hasta el Sena, el Aube y la región de Bar-le-Duc, para, en momento dado, apoyados sus extremos en París y Verdun, sin poder torcerse más, ni ser agujereada, abalanzarse, preludiaron en malhadado día, el 6, en un frente de ochenta leguas, los hechos de armas que desde las crestas que se miran en el Mosa hasta las graciosas ondulaciones de l'Ile-de-France, pasando por las dolientes planicies de la pobrucha Champaña piojosa, forman la batalla de las batallas, las batallas de la batalla del Marne. Lucha feroz y sabia, monstruosa y desesperada, choque de millones de

(1) Palabras de Julio Oppenstein en su folleto de 1910.—(*N. del T.*)

hombres, de dos razas, dos civilizaciones, que al fin de una semana y un día iba a convertirse en la persecución, la retirada, la derrota de maciza y precisa fuerza brutal, por brillante e inteligente fuerza más débil, pero más enérgica—la victoria espiritual de la confianza, de la voluntad tenaz y del sentimiento sobre inmensa máquina fría, sin razón y sin alma.

25 de septiembre.—Renacen los artistas y los genios, mas sus obras, una vez muertas, no hay quien las resucite. La catedral de Reims ha entrado a formar parte de la melancólica falange de las glorias mutiladas, el Partenón, la Esfinge, el torso del Belvedere, la Victoria de Samotracio, la Venus de Milo.

Intento hacerle comprender esto a Fritz.

—¡Qué importa una iglesia de más o de menos! Se harán otras.

Su optimismo es un sítoma de la nueva raza surgida de las nuevas generaciones que todo lo ven nuevo, por venir. ''¡Se harán otras!'' Tan necesitadas de belleza las masas todas, ¡en qué alejamiento de ella viven!

30.—''La gente huía'', me decía Fritz, medio borracho, mencionando un villorrio cerca de Blamont, cuyo nombre no recuerdo. Anoto sus palabras. ¡Qué cuadro! ''La gente huía, y tirábamos. En las paredes de todas las casas había manchones de sangre, las caras de los muertos asustaban. Todos fueron enterrados juntos: sesenta. Entre ellos muchos viejos y mujeres, una encinta. Tres niños fueron muertos abrazados. El altar y el techo de la iglesia, derrumbados. ¡Já, já! Habían telefoneado al enemigo. Por la mañana los sobrevivientes fueron echados a la calle. Cuatro niños conducían en dos palos una cuna con un bebé de cinco o seis meses. Todo fué pillado. Una madre llevaba dos pequeñuelos: uno mostraba una herida en la cabeza y había perdido un ojo. Bebimos más vino que agua. En mi mochila tengo una botella de chartreuse. A todo se habitúa uno. Anoche comimos arroz en medio de cadáveres. En una casa, dos hombres, con sus mujeres y una chica de 18 años, fueron bayoneteados. La expresión de la muchacha me quitó valor. La volví la espalda; otros se encargaron de despacharla. ¡Estaban todos tan excitados! Nadie les hubiera contenido. A la hora de enterrar tanta gente, eran de ver las caras de las mujeres. Los perdonados sirvieron de enterradores.'' Yo pensaba: ''Un pequeñuelo mostraba una herida en la cabeza y había perdido un ojo.'' Era todo lo que por el instante me quedaba de su relato en la mente. Hay cosas que, en un relámpago, se nos fijan sin que sepamos por qué. ¿Será que la herida en la cabeza y el ojo perdido, la mancha roja en el cráneo, la órbita vacía, se me aparecían traspuestas en el semblante de Olga?—''¡Qué furia la de la gente! Hay que ver lo que de las casas quedaba... Los niños buscando a sus padres, perros encadenados o aprisionados, aullando; muros y techos quemándoseles encima; los heridos, los mutilados... Vengamos demasiado bien las atrocidades de estas gentes''... ''Un pequeñuelo... una herida en la cabeza... había perdido un ojo...'' Felizmente mi sobrinita bate sus manos y sonríe bien lejos de aquí. ¡Las tretas que nos juega la imaginación!—''Todo eso

no es nada. Yo no he visto lo peor. ¿Sabe usted lo que me cuentan? En Weerde se violó a una mujer encinta, se la abrió como a una res, se la extrajo el hijo, arrojado al fuego, y en su lugar se la metió la cabeza del marido decapitado, que, amarrado, había presenciado la escena. Hay muchas historias: verdaderas, hablo en serio, aunque no lo parezcan. Por ejemplo, en... ¡Ah! ¿no se me quiere escuchar? Si el general Stenger decreta que ¡ni prisioneros ni heridos!, no veo por qué no debemos tratar con dureza a estos cochinos perros. ¡Hay cada anécdota, hombre pacífico! Para llenar un libro. Lo malo es que a los oficiales les toca demasiado en todo. Exageran!''

1. de octubre.—Algunos jefes nos van pareciendo de vez en cuando desorientados con lo que sucede. ¿Pierden la cabeza? Se irritan a veces por nada, están tan fatigados como nosotros. ¿Les humanizará el compartir nuestros sufrimientos?

El Herr Lautenant no abandona su monóculo, pero va perdiendo su elegancia. Le ha crecido el talle, debe de haber tirado el corsé, o, al menos el ancho cinturón que sin duda usaba; no se afeita diariamente, su uniforme está ajado y manchado, sus botas no huelen a grasa y, lo que es peor, su reputación guerrera sufre en el reducido, pero importante círculo de sus hombres. En el primer encuentro le metió una bala en el cráneo a un poble diablo tan atemorizado como él ante las descargas del primer momento; y no ha parecido muy original semejante método de inculcar el valor.

Hijo de von Kramer, el millonario impresor de Leipzig, educado, como hubiera dicho Krafft, en *sas glänzende Elend*, no para ser un hombre sino un oficial, atravesó los umbrales de la Escuela de cadetes a los 15 años; a los 18 era admitido ya en el regimiento como *Faehnsich* (portaespada, especie de oficial); a los 19 deseó entrar en un cuerpo de guardia o en un regimiento de caballería, aunque no se atrevió a tentar el paso, a causa de la reciente nobleza de su padre. Se conformó con la infantería. Presentado su nombre al cuerpo de oficiales del regimiento, le admitieron por unanimidad; de lo contrario se hubiera visto obligado a llevar su candidatura a otro o abandonar la carrera.

Le conocí en el colegio. Pasé unos años sin verle. Le reconocí en Berlín, ya ''lanzado''; afectó desconocerme, y desde entonces nos conocemos sin conocernos y no nos saludamos siquiera con la vista. Alto, rubio, afeitado, aprisionado en su elegante uniforme, de abeja la cintura, cristal en el ojo derecho, hablando desdeñosamente con los civiles, apenas saludándoles con la punta de un dedo sobre la gorra; pareciendo ordenar, a causa de la obsesión disciplinal, hasta al dar las gracias, pavoneándose en los restaurantes a la moda, gastándole dinero al padre, bastante generoso —aunque no todo lo que él hubiese deseado, por lo cual recurría frecuentemente a los usureros—llegó a tomar cierto inverosímil aire de excepcional muñeco mecánico que andase, marchase, hablase. Cierta escena en el ''Bristol'' no se me ha borrado: dos voluntarios de un año, sentados

en mesa frente de la suya, dan un salto al verle llegar; inmóviles como estatuas, esperan un signo suyo para tomar de nuevo asiento; el joven dios, halagado, se hace el que no los ve, les condena durante un minuto a la más exagerada rigidez; una vez sentado, ordenadas las entradas, se digna responderles el saludo permitiéndoles sentarse a su vez; al partir, idéntico ceremonial, aunque veloz el sainete! Sin cultura—¡y se vanaglorian Scharnhorst y sus colaboradores de haber impreso para siempre el sello de seria cultura en el ejército prusiano!—, inflada la cabeza de triunfos matemáticamente seguros, disciplinado, servil y autoritario, considerando a sus inferiores como cosas, consistía su labor en unas horas pasadas por las mañanas en el cuartel para la visita de los dormitorios y el ejercicio. Lejano con sus hombres, más de una vez les hizo sentir la mordida de su látigo, empleando, excitado, el más florido lenguaje de cuartel. En el casino donde vivía en compañía de otros solteros, se humanizaba, riendo, bromeando, vaciando numerosas botellas de *sekt*. En frecuentes *liebesmahl* (comidas de amor) ordenaba los más caros platos, bebiendo el más caro champaña francés, seguro de que, si su padre no se ''ablandaba'', de la peor de las complicaciones monetarias saldría él siempre, porque en él, el perfecto bailarín, el perfecto caballero y el perfecto guerrero en perspectiva, estaba el procurarse la esposa rica que se le an-to-ja-se! ¡Qué diferencia entre éste, uno de tantos malcriados soldados de ciudad y parada, y otros de sus compañeros, serios sin ser muy secos, comedidos y valientes, recibiendo las balas, revólver en mano, como gotas de agua!

18 de octubre.—Al ejército belga apenas si le queda un rincón de patria por defender. Sólo cuenta con unas docenas de miles de fusiles para cubrir la línea del mar al fuerte de Knocke, por el Yser—que en esa parte, revestido y ahondado, forma canal—, y de ahí a Zuidschoote y Bolsinghe, por el canal del Yser, a Ypres: 22 millas. La línea del Yser, del mar a Dixmude, será nuestra. Ya está decidido el ataque en el frente Nieuport-Dixmude. Karl habla de echar el enemigo al agua y de perseguirle nadando hasta Inglaterra. El comandante era de su escuela. De su diario me permito copiar estas líneas antes de entregar el cuaderno: ''Bendigo a Dios de haber nacido alemán y de haber nacido bastante tarde para asistir a la expansión formidable, sobre el mundo, de la potencia alemana. No son ya las colonias francesas solamente las que vamos a poseer y civilizar. Puesto que ha convenido a Inglaterra ponérsenos en el camino, ¡peor para ella! Será reducida a vegetar en su isla, mientras haremos nosotros flotar nuestra bandera en sus posesiones africanas y asiáticas. Asistimos hoy día a las últimas convulsiones de la civilización latina, impotente desde hace ya tiempo y exhalando bajo nuestra bota su último soplo. Importa que en todas partes, en los dos mundos, los latinos sean reemplazados por nuestra raza, más joven y más fuerte, que representa la civilización nueva, la gran civilización del porvenir. Usted, que conoce los países sudafricanos, y sobre todo el Brasil, sabe lo que los latinos han hecho. Gobiernos corrompidos, pueblos sin vigor y sin moralidad, en plena

anarquía, incapaces de sacarles el menor partido a las regiones donde se han establecido, viviendo de mendicidad y de rapiñas en medio de riquezas naturales infinitas que no tienen ni la fuerza ni el valor de explotar, he ahí lo que ve uno hoy día en esos países en que los latinos dominan. Hacia esa parte será también necesario encaminar nuestro esfuerzo después de la victoria.'' Lo de siempre, la superioridad, la idea fija de civilizar al mundo, de dominar, de imponer a Alemania; parte del programa pangermanista incoherentemente expuesto por un oficial de inteligencia mediocre al dar su sangre por el super-pueblo.

Cada loco con su tema. Un miembro de la familia de Lambermont, oficial prisionero, encontrado herido en un sótano con tres soldados ya moribundos, me decía ayer agitando un recorte de periódico donde aparecía nuestro ultimátum a Bélgica, quizá para recordarme lo que tildó de nuestro crimen: ''Maltrechos andamos, pero nos defenderemos hasta el último extremo. (1) Ahora bien, después de la guerra, ¡no más neutralidad! Nuestro esfuerzo militar, a pesar de nuestra imperdonable falta de más adecuada preparación, ya que ocupados en los negocios y en la política interior no vimos los ojos codiciosos de Alemania puestos en el Mosa, nuestro esfuerzo militar ha demostrado al mundo el vigor de una nación dispuesta a defender su honor. ¡No más neutralidad! De nada nos ha servido. Nuestro papel en el porvenir será el de nación-barrera contra cualquier incursión de Alemania y, aunque innecesario, por principio, también contra Francia; formidable cintura que ustedes costearán a fin de no ser más, como dijo Leopoldo I, el país más expuesto de la tierra. Luxemburgo, costado abierto a la invasión que nos fué arrancado en 1839, después de siglos de vida común y nueve años de formar parte del reino, se reunirá a la nación. Aunque no existiesen esas consideraciones históricas, debiera formar parte nuestra para evitarnos futuras preocupaciones. Por el Escalda navegaremos con toda libertad; es cuestión de interés vital para Amberes; los acontecimientos lo han probado. El último rompedero de cabeza, el de las relaciones económicas, el menos importante, la victoria lo resolverá sin dificultad. ¡En buen hora la solución, por las armas, del problema! No hay guerra que por bien no venga siempre a alguien. Ustedes, viniendo a mordernos hasta las raíces de la patria futura, han despertado brutalmente el adormecido nacionalismo belga. En unas semanas nos hemos hecho grandes, nos hemos hecho historia que iguala a la que siglos costó a otros países.''

---

(1) "El ejército no alcanza en Bélgica sino una cifra determinada, circunstancia que implica forzosamente, en caso de guerra, la necesidad y la resolución de completar la llamada defensa militar con un llamamiento a todas las fuerzas vivas de la nación. Hablo sin temor de ofender a nadie; no está ni atacada ni amenazada la independencia belga. Si ese caso se presentare, Bélgica se defendería hasta el último extremo." Declaraciones del barón de Lambermont, primer delegado de Bélgica a la Conferencia Internacional de Bruselas, de agosto de 1874.—(*N. del T.*)

Le interrumpí para preguntarle si las victorias alemanas no son las más sorprendentes de los tiempos modernos. "No; la derrota final eclipsa siempre los mayores triunfos." Así se expresa un hombre sin patria en este instante, y que nos sale combatiendo fuera de nuestro territorio, invencibles. Las ilusiones no tienen límite.

30 de octubre.—La aldea de Zandvoorde: alto saliente de importancia para la defensiva inglesa; excelentemente reforzado con fortificaciones, bien defendidos sus alrededores; pequeños bosques, terraplenes y murallas; alambrada de diez a quince metros frente a las principales posiciones. El jefe de nuestra caballería, reforzada con cazadores a pie, comprende desde el primer instante la solidez de la posición. Cuando llega el grueso del cuerpo de ejército, se ataca; retirándose el enemigo de las afueras—a pesar de su hábil empleo de artillería llevada a veces hasta las primeras líneas—avanza la infantería hasta unos 400 metros de la posición principal. Tan tenaz es la resistencia, que se decide recurrir a la artillería. El entusiasmo no decae, pero mucho es lo que pide la patria a sus hombres.

31—A las ocho de la mañana ciento cincuenta piezas de artillería pesada y ligera abren fuego. A las 9 entonan las bandas el "Heil Dir im Siegerkranz", señal del asalto. *Vorvaerts!*

Franceses, ingleses, belgas y hasta los rusos saben a donde van, lo que de ellos se espera. Nosotros sólo sabemos que vamos hacia adelante, a matar o caer, que es eso todo lo exigido de nosotros. Hace disciplinado, con buen humor, al inglés, la concepción del honor y el deber que le caracterizan; une al soldado al oficial el lazo que liga a los miembros de cualquier club o asociación deportiva con sus presidentes o jefes. Solda al soldado francés al superior, la fraternidad; compartiendo el jefe con sus hombres, sus sinsabores, su labor, trabajando más que ellos y exponiéndose más, afectuoso, tuteando frecuentemente, obtiene de ellos más de lo que desea. Une a los rusos cierta cordialidad severa y paternal a un tiempo. Son todos los belgas, oficiales y soldados a un tiempo, hermanos defendiendo el hogar, tenaz e inteligentemente. Simpatía y mutuo respeto es, en suma, la disciplina que funde a los enemigos; espíritu de orden y de obediencia, y sobre todo férrea disciplina, nos une a nosotros. Anima las operaciones enemigas la inteligencia de todos; las nuestras, la de nuestros superiores. *Vorvaerts!* Avanzan los muros grises, sin conciencia exacta de lo que de ellos se espera. Avanzan, rocas de cuerpos humanos, como bueyes y carneros al matadero, a veces con temor, otras viriles; pero avanzan porque así lo quieren los jefes, porque así se les ordena, porque no tienen otro remedio, sin saber lo que hacen, sabiendo solamente que deben avanzar, empujadas o conducidas por sus oficiales. Y su avance está lleno de muda, de sombría, noble y trágica belleza. *Vorvaerts!* El corte de las alambradas cuesta muchas vidas. Los ingleses no quieren rendirse. Disparan sus armas hasta el momento del inevitable combate a la bayoneta. Les inundamos materialmente. Se llenan de cadáveres las trincheras. Avanzamos más, hacia el centro de la aldea; montón de ruinas; la atravesamos,

perseguimos; una batería de campaña pasa a galope, toma posición a ciento cincuenta metros a vanguardia de la línea de tiradores y abre fuego, mientras una de obuseros pesados se instala en el límite mismo del lugar para prestar su apoyo hasta el último instante. Se van perdiendo lejos siluetas inglesas, esbeltas, ágiles.

Disparando con cierto descuido, en la seguridad de tocarle la continuación de la tarea a la artillería, me digo que en esta guerra sólo nuestros uniformes, y después los ingleses, sobre todo los nuestros, muestran elegancia compatible con las necesidades modernas. Las capas grises, los brillantes uniformes apretados gris-perla, con dorados botones, de nuestros oficiales; los soldados mismos, desde la gorra o el casco hasta las botas oscuras del modelo ruso, conservamos algo de la parada durante tanto tiempo privilegio, al parecer, de franceses. Éstos, dentro del desgarbado y antiestético capote, lucen más pequeños, semejan jovenzuelos embutidos en pesados e incómodos casacones, malamente arreglados, de sus abuelos; andando se me antojan ardillas corriendo bajo gruesas mantas que les hubiesen arrojado encima para tratar de apresarlas. Rusos e ingleses marcan bien. Cuanto a los belgas, guerreras verdes, calzón cereza y napoleónica gorra de granaderos, verde botella de carabineros con directoresca alta gorra de cuero acharolado, granaderos de azul con paramentos rojos y gorra de cuartel sin visera, gendarmes de guerrera azul con agujetas plateadas y monumentales bonetes peludos, y cazadores verde y amarillo, antójanse guerreros de ópera.

Disparan todavía los cañones. Ha terminado una gran acción o una escaramuza más. Karl y Fritz han hecho un prisionero. Prisioneros de él, con un tercero, habían caído juntos, enredados los pies en el alambrado, dejando atrás el fin del villorrio, cuando, tratando de escaparse súbitamente el tercero, y mientras de un culatazo le desbarataba el inglés el cráneo, exclamando con desprecio tal que se le cayó la pipa de los labios: *Disqualified!*, Karl y Fritz le desarmaron rápidamente.

El hombre, un tipo alto y seco como una lanza, equipado con lujo, ha sido la curiosidad de todos durante media hora. Al decirle un oficial: ''Somos victoriosos en todos los frentes; pronto le tocará a Inglaterra admirar al ejército alemán en Londres'', respondió muy serio: ''¿Es que no ha comenzado la guerra?'' Agregando: ''Lamento no haber encontrado todavía a los alemanes; hasta ahora no he dado sino con los hunos.''

Ese estado de espíritu antójasenos incomprensible. Un alemán prisionero es un ser francamente alegre o abatido. Los belgas se muestran más bien desesperados, coléricos. Ingleses y franceses ríen siempre, para adentro los primeros, para afuera los segundos. Jamás se muestran abatidos. El otro día un modesto tendero francés de provincia hablaba de la ''unión sagrada''. Hace poco ¡cualquier francés se hubiera atrevido a pronunciar semejante frase! ''¿Unión sagrada?; hubiese dicho, ¡sagrada broma!'' ¿Habremos cimentado las bases de una Francia que no sospechábamos? Decididamente, no somos psicólogos.

En un día de victoria debía sentirme alegre. Pero, ¿quién puede sentirse alegre, sonreir amar, en Flandes? No era yo de los exaltados, pero sí de los entusiastas, confiado en nuestra preparación, en la pronta terminación del conflicto. Las desilusiones mías, ¿serán las de la retaguardia? Sin duda que no. Allá se abarca la escena toda. Los mapas deben de hallarse cubiertos de banderitas marcando el desbordamiento alemán por el continente. Sin embargo, invencible *Kriegsunlust* se apodera de mí. ¡Cuánta dulzura ignorada hasta hoy llena la vida diaria! ¡Cómo debe pesarles el alma a los que no sólo han dejado a sus padres, sino a sus mujeres e hijos, y además les saben pobres y tristes!

Noviembre.—En Flandes. Llanura que en el siglo XI fué imponente golfo, vasto poder conquistado al mar por generaciones en lucha contra las olas, conteniéndolas, desecando pantanos, transformándoles en exuberantes prados cultivables. Cerca de las dunas, las bajas bocas del Yser; presas, esclusas de limpia, cedazos, encachados, compuertas reglamentadoras del flujo y reflujo de las olas y del desagüe de los canales costaneros. Caminos realzados, el Yser, su canal, canales de regadío, hilos y manchas grisosas de agua, *watergangs* y cunetas colectoras que dominan el capricho de las aguas. Siluetas de álamos y de sauces con ramas inclinadas ligeramente hacia el Este por el viento del mar, en verdes y chatas praderas ahogadas en otoño e invierno—las de nivel inferior al Yser—al desbordarse múltiples riachuelos y las cunetas de regadío, convertidas en lagunas de aguas limosas, sobrepasando los ligeros taludes de los caminos de sirga. Carneros asustados, algunas vacas, almiares, molinos. Modestos pueblecitos, pequeñas ciudades, joyas de piedra cargadas de recuerdos, cuatro ciudades más grandes. Nieuport cercano al mar, defendido contra el agua dulce por metódico drenaje, con sus canales colectores, cunetas de desagüe bordando los setos; diques, altos y sólidos, para contener ríos y riachuelos crecidos fácilmente. Furnes, silenciosa en su rincón, medioeval; calles solitarias, casas bajas—¿desiertas?—cerradas las ventanas, patinados los muros por los siglos, aletargada alrededor de la misteriosa, cuadrada torre de su iglesia del siglo XIII, en la gran plaza. Dixmude: vetustos hogares con aquilones en diente de sierra o en ménsulas inclinadas, junto a feas, nuevas viviendas; callejuelas de piedrecitas puntiagudas, animadas por las figurinas de las encajeras trabajando al aire libre; poética plaza del ayuntamiento; San Nicolás, con su gótico e inimitable ambón; *afspanningen* (mesones-cuadras) espaciosos y limpios; florido y apacible beaterio; un viejo molino de viento, canales dormidos, puentes, plátanos, tilos; cuatro mil seres vegetando en espacio que en el siglo XV ocuparon doce mil. Ypres, agonizando afablemente desde el sitio de 1383, apenas alterada su superficie desde la Edad Media, aunque sí su fisonomía; callejuelas de caprichoso curso, calles muy anchas, plazas enormes por donde antaño corrieron canales sembrados de numerosos puentes; casas con fachadas algo inglesas, con ornamentos Renacimiento francés, con arcos Tudores, aquilones escalonados o de líneas contorneadas, animadas con detalles de gran

finura, apenas desfiguradas las víctimas de imperdonables enjabelgaduras; el antiguo beaterio, el hospicio Belle, la Carnicería, la casa de los Templarios, el Mercado del ganado, la grandiosa plaza Van den Peereboom, el Mercado de paños, veneciano y morisco, inmensa, imponente, suprema catedral de la industria, con el exquisito juguete del ayuntamiento en su fachada Este y la catedral de San Martín a un costado, severo tipo del ojival de los Países-Bajos; diez y siete mil almas dispersas por donde, en épocas de grandeza, contáronse por cincuentenas de miles! El mar, los ríos y canales, praderas, beaterios y cafetines, incinso y humo de pipas, plegarias y alcohol, zuecos que suenan en las piedras; seres rústicos en su mayoría, lentos como sus bestias gordas y sanas, devotos, bebedores y fumadores; encarnadas mejillas, sonoras carcajadas, alegres expansiones de panzudos, penitencias de pálidas religiosas, murmullos de oraciones, misticismo, campanas de iglesias, borrachos. Telas de Franz Hals y Teniers, vírgenes de primitivos, contempladas a la clara luz del sol del verano o al través de lluvia tenue o ácidos aguaceros, de granizo o espesa neblina; en ellas, mezcladas, está el alma de Flandes.

Llueve insistentemente. Agua en cuanto se araña la tierra, canales, riachuelos, lagunas; el mar, agua, agua. El suplicio del agua.

Ochenta mil hombres—con cuarenta y ocho mil fusiles—, 350 piezas de 75, nada más que 24 obuseros de 150 y municiones para una batalla: el ejército de campaña belga, escapado de Amberes, aislado, hace alto el 15 al borde del Yser, extenuado tras dos meses y medio de incesante combate. Apoyado por 6,000 fusileros marinos franceses desprovistos de artillería, durante cuarenta y ocho horas, deberá resistir, mientras le envían refuerzos sus aliados, en una línea de 36 kilómetros, del mar a Zuydschoote, el choque de 150,000 alemanes con 500 cañones.

El 16, reconocimientos. El 17 le atacan masas compactas en el frente Dixmude-Nieuport. Caen Mannekensvere, Schoore, Keyem. Beerst y Lombaertzyde se defienden. Bombardeo espantoso y continuo. Avanzamos unos metros, nos batimos; reculamos unos metros, nos batimos; nos batimos sin cesar. Llegan refuerzos, municiones, cañones. Nuestra artillería va echando abajo ciudades, como castillos de naipes soplados por niños. Casi sin cañones el enemigo—la mayoría de sus piezas parecen sólo ladrar, tan moderada es su voz comparada con la de las nuestras—, casi sin aeroplanos, basa sin duda sus informes en ciclistas, que caen como codornices, y en aproximativas evaluaciones sobre nuestras cifras en las trincheras.

Silbido en crescendo de los 77, frotándose, rabiosos, contra la atmósfera; grito chillón de los 75; agudo mugido de muy gruesas piezas, seguido de grave silbido disminuyendo poco a poco, para, de golpe, reventar estruendosamente; voces de bajos, cientos de kilos viajando por el espacio con intermitentes sh, sh, sh, sh, de expresos con docenas de vagones rodando por raíles mohosos, penetrando en túneles y, una vez perdidas sus estelas de ruido, estrellándose contra inesperado obstáculo; tamborineo de ame-

tralladoras; notas de órgano; el anuncio, segundos antes del reventar de los obuses llegando de lejos; azorante chasquido de proyectiles de cercanas piezas que revelan el anuncio de su partida, la ruidosa traza de su viaje, cuando ya han reventado; furibundo estallar de monstruosos obuses de mayor calibre, estridente explosión de los 105, ronroneo sordo y brutal estallido de los 150. El concierto de la muerte.

Muchos hombres sienten que se les rompen los nervios, que el mecanismo no resiste, que va a saltar, y, poseídos de temor, desertan, pasan la frontera cerca de Knocke, con trajes comprados o quitados a los civiles.

El 19 abordamos las avanzadas de Nieuport; nos apoderamos de Beerst. Salida de Dixmude de los fusileros marinos batiéndose como demonios, y de la quinta división belga, luchando, como los ingleses, con fría furia. Heroicas cargas. Les rechazamos. Las flotas aliadas, invisibles, derraman explosiones sobre la llanura; piérdese el shrapnel entre la remolacha y también entre los hombres. Continúan derrumbándose las ciudades. Se desploman nuestras masas por docenas a un tiempo. Los cadáveres comienzan a podrirse sin sepultura. En Ostende y Brujas no hay ya espacio para los heridos; se les envía a Bruselas, a otras ciudades.

El 20 podemos ya bombardear todo el frente enemigo. En la noche del 21-22 logramos atravesar el puente de Tervaete. Trommelfeuer: cuatrocientos cañones, veinte y hasta treinta estallidos por minuto. Los belgas, en vigoroso contraataque, recuperan parte del terreno perdido. Entretanto la 42.ª división francesa ensaya una ofensiva por Nieuport, pero la obligamos a regresar al centro, donde nos apoderamos de importantes posiciones. Alrededor de Dixmude la 5.ª división belga y los fusileros marinos libran sin cesar extraordinaria batalla, rechazando hasta quince asaltos sucesivos.

Los belgas van a abandonar Beverdyck. Flaquean nuestras fuerzas. El 29 y el 30 recuperamos energía, animados por poderosa artillería desencadenada. Ramscappelle es nuestro. El 31 dos batallones franceses y los restos de cinco batallones belgas nos rechazan.

Agua, agua del cielo, agua de la tierra. Y como si no bastase, las aguas del mar y de la tierra, disciplinadas, dóciles al enemigo en delicada e inesperada maniobra que, descuidada, pudiera significar el fin de villorrios y villorrios, el agua metiéndose en Francia, en los Moeres, Buergues y Saint-Omer: durante una marea alta, en Nieuport, se alzan las compuertas, se precipita el mar por los cazes abiertos, regolfando su impulso las aguas dulces, y luego, bajadas las puertas de las esclusas, confinada el agua en el llano, en libertad el río, entra el lquido en el *schoore* y, cautivo y animado por la lluvia, descendiendo de los montes, cauteloso, traicionero, se insinúa, se extiende, inmovilizando a las bestias, tragándose a la artillería, ahogando hombres, insidioso, creciendo, extendiéndose, kilómetros y kilómetros, formando inmensa laguna de tres, cuatro pies de profundidad, extendiéndose, extendiéndose bajo la neblina espesa y lívida, kilómetros

y más kilómetros, hasta formar una franja fúnebre de cinco de ancho, larga de treinta y cinco.

La más sombría de las batallas ha durado 360 horas y costado a Bélgica 11,000 hombres y nueve mil heridos. La fría mortaja de la inundación la ha salvado un jirón de tierra donde reposar su alma jadeante. Y cubierto otro gran sueño alemán.

"Combatimos por la existencia de Alemania, les dice el kaiser a los nuevos reclutas. Nuestros enemigos quieren darle muerte a Alemania; pero si somos los vencedores, y debemos ser los vencedores, un nuevo imperio, más magnífico que cualquiera de los que el mundo haya podido ver, se elevará; un nuevo imperio que gobernará al mundo, y el mundo será feliz."

Agua en la tierra, lluvia, granizo, lívidas neblinas. Miles de cadáveres y bestias hinchados, picoteados por voraces cuervos. Horrible olor de podredumbre. Agua emborrachando de desesperación, con su vaho de siniestra humedad, agua... agua...

24 de diciembre.—Comemos y dormimos mal, llevamos el uniforme pegado al cuerpo por la lluvia; las botas han llegado a formar parte de nuestros pies; mugre y fango nos forran la piel comida por los insectos. La tifoidea—hay hasta quien la desea—hace estragos. Una salchicha, una tajada de pan, agua infecta—bestias sedientas la hubieran rechazado—un sorbo de cualquier líquido caliente, un periódico atrasado, cartas de los familiares; he ahí nuestro ideal, en espera de un obús que venga a relevarnos para siempre de este cansancio sin fin, de la más insoportable suciedad; de la lluvia.

"La guerra, ¡buena porquería!", repite Fritz de vez en cuando; "¿cómo escapar?"—"¿Escapar?, le responde Karl, sí, para el otro mundo; y ni siquiera en un día de sol, en lucha grande, sino como liebre asesinada en su escondrijo; o fusilado a unos pasos por las horripilantes ametralladoras."—"Buen consuelo."—"No hay tal consuelo. Estamos pagando más de lo previsto, eso es todo; y no hay que quejarse; aun a este precio el triunfo será barato."

La guerra de usura. Rozándonos sin cesar con la muerte, avanzamos unos metros, nos batimos; reculamos unos metros, nos batimos. Hoy se gana, mañana se pierde, pasado se gana. Se ha desvanecido el sueño de las dos, cuatro o cinco titánicas y decisivas batallas. Se convierte la lucha en un juego áspero y largo en el cual se tiran las fichas humanas por miles. ¡Unos pueblos frotando sus máquinas infernales y los cuerpos y las inteligencias de sus mejores hombres, de todos sus hombres, contra las máquinas y los cuerpos y las inteligencias de los mejores, de todos los hombres de otras, hasta ver quién lima a quién! En cerca de cinco meses, ¡cuánta sangre, cuánto dinero, cuánto luto, qué hecatombe! ¡El más magnífico de los imperios conquistándose pulgada a pulgada!

Es bien cruel esta guerra y son bien feas, bien pequeñas ¡y tan caras las victorias y las derrotas!

Navidad. Se trata de cantar. La emoción hiela las voces en las gargantas. ¡Navidad en las trincheras!

A las 2 de la mañana avanza la compañía hacia una posición de la que sólo sabemos vagamente que por ahí está, en alguna parte de estas cloróticas llanuras. Esta guerra extiende sus alas en el misterio.

La anciana suspiró.

La joven cerró la revista.

—¿No te dije que sería muy interesante?

—Sí, sí; pero escucha: me parece, sin embargo, que confundes... que ves... no; sería absurdo... Bueno, vamos a dormir...

—No, di lo que ibas a decir.

La anciana se encogió de hombros. La chica sabía, palabra por palabra, lo que la tía callaba. Pero insistió cual si se tratase de un reto imposible de evadir.

—Dilo, dilo.

—No, no lo diré. Pero una vez más, y será la última, yo quisiera, por tu bien, por tu felicidad, que... que no pensases más en Enrique... Es natural que esta lectura te lo haya recordado; pero tú, bien lo sabes, debes olvidarle; lo que te ha hecho no tiene perdón...

—¡Y yo le perdono!

—Nunca te quiso.

—No puedo creerlo.

—Es increíble, pero los hechos son los hechos.

—A veces no prueban nada; hay que saber buscar su significado escondido.

—Jurar amor a una mujer, estar a unos meses del matrimonio, y al instante de irse a la guerra ¡romper sin motivo alguno, cuando más afección tuya le hubiera hecho falta, cuando más necesidad de quererse tenían los dos!... ¿Cuántas veces voy a verme obligada a repetirte que...

—Todas las que quieras, miles de veces, millones... Le quiero y le espero, y le esperaré aunque la guerra dure toda la vida...

—Si Dios no le castiga.

—Yo quiero pensar que no hay balas para los hombres buenos y leales como él.

—¡Leal! ¿Estás loca?

—Yo sé lo que digo; le conozco mejor que tú.

—Escucha, razona un poco; olvida en mí a la tía irritada que te quiere y sufre por ti; háblame como a una persona extraña que te dijese lo que te digo, y además te mostrase, como contraste, la conducta de tu primo con su novia; un caso idéntico al tuyo.

—He razonado, no hago sino eso, pensar en eso...

—En él.

—Y en eso. Y porque le conozco le sigo queriendo, le perdono, le doy la razón porque sé que la tiene; que yo no la vea no importa, su razón será; la buena sin duda.

—¿Te das cuenta de lo que a mi edad significa una segunda guerra, un hijo único en ella y tres sobrinos, y una hija con sus pequeñuelos en la región invadida, y con todas esas penas, la que él me ha causado, él que era mi segundo hijo, haciéndote sufrir a ti, mi único consuelo?

—Sí, y sufro contigo, pero ¿quieres que te mienta?

—A veces lo desearía, para hacerme le ilusión de que eres feliz, como antaño.

—Lo soy en mi infelicidad. Es extraño: soy infeliz por lo que me ha hecho; pero como no comprendo, soy feliz en mi infelicidad porque le perdono y espero.

—Esa lectura...

—No, no lo creas... Callar no es olvidar. Esa lectura no podía resucitar lo que no ha muerto.

Sin agriarse, acababan de definir las dos mujeres, claramente, el asunto que las dividía y hacía infelices. Y por vez primera, sugestionada la anciana por la confianza de la joven, iba, empujada quizá por el deseo de saberla feliz, a dudar de su buen juicio.

—Ojalá tuvieses razón.

Se levantó.

—Vamos a dormir... a dormir en nuestros buenos lechos... mientras los pobrecitos en las trincheras, ¡cómo dormirán!... No pueden estar mejor que los otros... Cuando pienso en mi hijo durmiendo encogido en un hueco bajo tierra, quisiera abrir la ventana, tirarme al suelo y apenas cubrirme para sentir

frío... Sufriendo así, con él, me parece que sufriría él menos...

Un sollozo la cortó la palabra.

Una vez en el lecho, volvió a dominarla persistente idea. Exclamó con cólera:

—No, no es posible, tú eres demasiado joven, yo sé lo que digo; lo que él te ha hecho no tiene perdón: es un crimen, un crimen.

La joven no la respondió.

—Ven acá, dame un beso... No me guardes rencor; tú eres mi único consuelo; comprende que yo no quiero sino tu felicidad.

La joven se inclinó. La anciana la tomó la cabeza entre las manos.

—Buenas noches; duerme bien.

—Buenas noches; lo mismo.

Al besarse, confundieron sus lágrimas las dos mujeres.

WILLY DE BLANCK.

(*Continuará.*)

Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.

(PROPIETARIA DE LA IMPRENTA "EL SIGLO XX")

LA HABANA. CUBA.

GERENTE GENERAL:
CARLOS DE VELASCO.

GERENTE DE LA IMPRENTA:
AURELIO MIRANDA.

PRESIDENTE: LEOPOLDO F. DE SOLA.
VICEPRESIDENTE: JULIO VILLOLDO.
SECRETARIO: RICARDO SARABASA.
TESORERO: MARIO GUIRAL MORENO.
VOCALES: CARLOS DE VELASCO, AURELIO MIRANDA, MAX HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO VILLOLDO.

OFICINAS
O'REILLY. 11. - DEPTS. 209 y 10
APARTADO 1909
TELEFONO A-0544
TELEGRAFO: EDITOCUBA

TALLERES:
TENIENTE REY 27. ESQ. A AGUIAR
APARTADO 1253
TELEFONO A-7105
TELEGRAFO Y CABLE: AURANDA

1º de junio de 1918.

Muy señor nuestro.

Por escritura de 24 de mayo último ante el Notario de esta ciudad Dr. José L. Pessino, la **Sociedad Editorial Cuba Contemporánea**, constituida el 4 del mismo mes y propietaria de la Revista de este nombre, adquirió los talleres tipográficos y de encuadernación, con papelería anexa, denominados EL SIGLO XX (Teniente Rey, 27, esquina a Aguiar), los cuales amplía y mejora considerablemente con nuevas y modernas maquinarias.

El Sr. Aurelio Miranda, quien desde hace años viene dedicándose al arte tipográfico en La Habana, ha entrado a formar parte de esta nueva empresa y queda como Gerente de los talleres citados, en los cuales la **Sociedad Editorial Cuba Contemporánea** seguirá atendiendo con especial cuidado cuantos encargos se le confíen referentes a los giros de imprenta, papelería y encuadernación; dedicándose también, y muy particularmente, a editar e imprimir toda clase de libros, folletos, revistas, catálogos, circulares, anuncios, etc. etc., y a cuantos trabajos comerciales y especiales se le encomienden en relación con el ramo de imprenta en general.

La **Sociedad Editorial Cuba Contemporánea** se complace en ofrecer a Ud. sus servicios, en la seguridad de que los trabajos hechos en sus talleres serán siempre altamente satisfactorios en cuanto a presentación, ejecución, precio y demás condiciones.

Rogándole tome nota de las firmas de nuestros Gerente General y Gerente de la Imprenta, que aparecen al pie, y esperando ser honrados con sus órdenes, quedamos de Ud. muy attos. y s. s.,

Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.

Sociedad Editorial Cuba Contemporánea:

El Sr. Carlos de Velasco, firmará: Carlos de Velasco

GERENTE GENERAL.

Sociedad Editorial Cuba Contemporánea:
Imprenta "El Siglo XX":

El Sr. Aurelio Miranda, firmará: Aurelio Miranda

GERENTE.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVII. Habana, julio de 1918. Núm. 3.

LANUZA

(Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Nacional, el 27 de junio de 1918, por el Dr. Ricardo Dolz y Arango.)

Honorable Sr. Presidente de la República, Señor Rector, Compañeros y Discípulos, Señoras y Señores:

L día 10 de julio del año 1890 levaba anclas en la rada de La Habana el vapor transatlántico *Ciudad de Cádiz* con rumbo a Puerto Rico, llevando a su bordo una Comisión de Catedráticos de la Universidad de La Habana. Puerto Rico, dada la estrechez con que la Metrópoli atendía la instrucción pública, carecía de Universidad; y los que allí se dedicaban a esta clase de estudios tenían que matricularse y examinarse en la Universidad de La Habana. Pero era ya tanto el número de portorriqueños que se dedicaban a estudios universitarios, que se dispuso que una Comisión de Catedráticos de la Universidad de La Habana se trasladara a la isla hermana a recibir examen a quienes lo solicitaran. Acababan de ser nombrados Catedráticos supernumerarios provisionales, sin sueldo y sin que sirviera de precedente, por decreto del señor Gobernador General, de 6 de marzo del propio año de 1890, los Dres. Domingo Méndez Capote, José Antonio González Lanuza y el que habla. A los viejos maestros de la Facultad de Derecho no les agradaba mucho aquella excursión

que a nosotros nos encantaba. No pudo ir el Dr. Domingo Méndez Capote, que ya, desde entonces, tenía ocupaciones profesionales; a duras penas se consiguió que fuera el viejo maestro de la Facultad, Dr. Francisco Campos y Riverol, Catedrático de Derecho Administrativo; y Lanuza y yo, que gozábamos entonces, sin darnos cuenta, de la delicia de no tener ocupaciones apremiantes, nos brindamos a integrar la representación de la Facultad de Derecho. ¡Qué orondos íbamos con nuestros cargos de Catedráticos supernumerarios provisionales, sin sueldo y sin que sirviera de precedente, que era algo así como habernos colocado en la puerta, no dentro del Claustro de la Universidad! Pero así se empieza, y ya íbamos ganando diez pesos plata española de dietas.

Al contemplar aquel día, desde la borda del *Ciudad de Cádiz,* el horizonte del mar, me figuro que la imaginación de Lanuza y la mía contemplaban a la par el horizonte de nuestro futuro personal. Todo nos parecía color de rosa. Si pudiera expresar ante vosotros, de una manera gráfica, por la conversación que aquel día sostuvimos, cuál era el concepto que entonces teníamos de la vida Lanuza y yo, os diría que ella se nos presentaba como un campo lleno de fertilidad, de exuberante vegetación, pródigo en frutos, rico en matices, sembrado aquí y allá de gardenias, azucenas y amapolas, campo en el que, como dice Alfredo de Musset en su *Confesión de un hijo del Siglo,*

no había una espiga más alta que otra en la cosecha humana, sino únicamente lirios de los valles y margaritas en medio de los trigos dorados.

Desde ese viaje quedé unido íntimamente a este amigo del alma, amistad que los acontecimientos se empeñaron en hacer más estrecha cada vez, pues él comenzaba su lección en la Cátedra de Derecho Penal a la hora en que terminaba la mía de Derecho Procesal, y todos los días cambiábamos un cuarto de hora casi obligatorio de conversación sobre los hechos cuotidianos más salientes; y yo formaba parte, en época de exámenes, del Tribunal de su asignatura, y él la formaba de la mía; amistad, pues, que esos y otros acontecimientos fueron haciendo más íntima y tan intensa, que ante su desaparición no he

logrado todavía lo que debe procurar todo espíritu fuerte: sobreponer mi voluntad a mi dolor.

Veintiocho años han pasado desde aquella fecha, y ese tiempo entraña tal cantidad de esfuerzos, de luchas, de fatigas y de desengaños, que, hecho un balance a la fecha, desde aquellos días risueños, no sé quién tendría más derecho a sentirse desventurado, si él, que ya descansa tranquilo en el seno de la muerte, donde, como dijo Charron, ''lo que está debajo de ella oculto es muy hermoso'', o yo, que tras los embates de la vida, tras las luchas interminables de la existencia, tengo todavía que cargar sobre mis hombros con el peso doloroso de hacer su panegírico.

PLAN DEL PANEGÍRICO

Rindámosle homenaje, siguiendo en algo sus métodos. El acostumbraba exordiar sus discursos explicando por qué hablaba y el plan o método que se proponía seguir en los mismos; y ya que no tengo que explicar por qué hablo, porque lo hago en estricto cumplimiento de un mandato del Claustro, quiero decir que he meditado bastante acerca de la extensión y de los límites que debiera tener este elogio fúnebre.

En el primer momento me pareció que, dedicado por el Claustro de la Universidad, debía ceñirme a examinar al doctor José Antonio González Lanuza en su carácter de Profesor; pero bien pronto rechacé esa idea. Hubo un día en que la Universidad fué avara de su gloria y egoísta de su nombre. Constituída esta Universidad por un centro de cubanos intelectuales, que el honor obliga a declarar que España, salvo en los últimos tiempos, lo respetó bastante, carecíamos de nexo con el mundo exterior, ni oficial ni político. Eramos algo así como un ideal de perfeccionamiento cubano, que se refugiaba en el único lugar en que lo dejaba sin su coparticipación el elemento español. Cualquier triunfo obtenido fuera de este Cuerpo docente, parecía un triunfo extraño, ajeno a esta casa; pero hoy, establecida la República y la vida independiente, hay tal nexo entre la Universidad y los Poderes del Estado, entre la Universidad y la política del país, entre la Universidad y el

pueblo entero de Cuba, que sería imposible dejar de considerar los triunfos obtenidos por los miembros de este Claustro, en cualesquiera de esas otras esferas, como triunfos propios de esta casa. Sería demasiado egoísta, habría sido demasiado avaro, ver en Lanuza únicamente lo que tuvo como Profesor, y silenciar y ocultar todas aquellas otras cosas en que él floreció tanto y tan gallardamente fuera de esta casa.

Esta consideración me hizo caer en el extremo opuesto. Entendía entonces que debía tratar toda la obra de Lanuza, y empecé a recopilar datos; y en breve encontré un mundo de papeles sobre mi mesa de trabajo. Me encontré su Programa de 1891, obra que ella sola exigiría para explicarla varias conferencias; obra que, después de un cuarto de siglo de existencia, alguien ha dicho de ella, acertadísimamente, que sólo necesitaría, para estar completa en la actualidad, de algunas lecciones de Bernardino Alimena. Me encontré con su brillante monografía *La Ley de Lynch en los Estados Unidos,* en la que describe los sucesos acaecidos en la ciudad de New Orleans el año de 1891, obra muy superior a las análogas de Arturo Desjardins, Pedro Nocito y Augusto Pierantoni; obra de combate, que movió en el país las plumas autorizadas de José Silverio Jorrín, Manuel Froilán Cuervo y la mía modesta; que movió en el extranjero, en España, la pluma de Pedro Dorado Montero, y en Italia las consagradas de Ferri y de Sighele. Me encontré con el proyecto de Código Penal, en que él tomó principalísima parte, y al cual seguramente no llevó la consagración de sus doctrinas porque sabía que el país no estaba preparado para recibirlas. Me encontré con sus conferencias respecto a ese proyecto de Código Penal; me encontré con una infinidad de trabajos jurídicos sobre la ''cosa juzgada'', sobre la ''presunción de dolo'', sobre ''problemas constitucionales'', etc. Me encontré con las Ordenes Militares de que fué autor durante su paso por la Secretaría de Justicia y de Instrucción Pública. Me encontré con su intervención en los debates sobre el sufragio universal. Me encontré con doscientos treinta y siete discursos pronunciados en la Cámara de Representantes, con quince Proyectos de Leyes, con veintinueve enmiendas sustanciales, con un millón de artículos en periódicos

y revistas, y con su obra literaria—en que después me ocuparé—, y comprendí que no podía tratar todo ese material en este discurso, aunque me decidiera a abusar de vuestra benevolencia en la cantidad que me creo con derecho a ella.

Un libro—ha dicho su amigo inseparable Dr. Pablo Desvernine, en su artículo *In Memoriam*—es lo que se necesitaría para abarcar esos múltiples aspectos de su envidiable personalidad.

Y deseché también esa idea.

Entiendo, en consecuencia, que no estamos aquí reunidos para un acto de análisis ni de crítica; que estamos aquí reunidos para un fervoroso acto de sentimiento; y me propongo tras un bosquejo, menos que un bosquejo, tras algunas pinceladas sobre los variados caracteres de su espíritu, procurar destacar ante vosotros, como yo las juzgo, su personalidad y su vida, para que vosotros rindáis a su alta figura moral todo el doloroso recuerdo de vuestros corazones. Bien entendido que si a pesar de todos los adelantos, de todos los perfeccionamientos y de las exactitudes casi matemáticas del arte pictórico, su físico dista mucho de ser ese que aparece en su retrato, la figura moral que yo, con los recursos menos precisos de la palabra, he de evocar ante vuestro recuerdo, no ha de ser más que un pálido diseño de su inmensa, de su enorme personalidad.

NACIMIENTO DE LANUZA

Nació Lanuza el día 17 de julio del año 1865, en una casa modestísima de la calle de las Virtudes, marcada con el número 39, siendo su padre don Antonio González, natural de Rivadeo, y su madre doña María Josefa Lanuza, natural de Artemisa; y nació enfermo, débil físicamente, con una imperfección en las piernas, que le obligó a usar, hasta muy entrado en edad, un aparato ortopédico. Y aquella criatura débil, endeble, vino a la vida en una época de persecución para los cubanos, porque puede decirse que vino al mundo con la primera de las revoluciones redentoras. ¡Qué distinto a los que nacen hoy en la patria redimida y encuentran al espigar abierto el camino para todos los puestos, vía libre para todas las aptitu-

des, sendero despejado para todos los provechos! Y aquella criatura débil, enfermiza, en un medio ambiente hostil, se fué abriendo paso por su solo esfuerzo, en juicio contradictorio, sin el apoyo, sin la ayuda, sin la influencia, sin la recomendación de nadie. ¡Increíble parece que en un tiempo relativamente corto llegara a disfrutar del alto respeto y de la elevada consideración que le dispensaron sus conciudadanos!

Hay un rasgo en su vida que pone de relieve los sufrimientos que pasó: cuando las oposiciones a la Cátedra de Derecho Penal, se le quiso hacer desistir argumentándole que su único coopositor, el Dr. Novo, era un hombre muy pobre, y Lanuza contestó: ''Ni en ese terreno tampoco tengo miedo a mi adversario. Yo he presentado un expediente documental en el que constan mis merecimientos; me propongo demostrar en los ejercicios mi suficiencia; pero si se me hubiera exigido que justificase mi pobreza, habría presentado un brillante expediente en el que constaría que he sabido soportar con estoicismo y resignación las mayores estrecheces económicas de la vida.''

Porque debéis saber, señoras y señores, que este grande hombre a quien esta solemnidad va dedicada, pasó muchos días de su vida sin tener ni lo más indispensable para su sustento personal.

En ese cuadro abrió las alas y emprendió su vuelo el genio de José Antonio González Lanuza.

LANUZA ESTUDIANTE

Ingresó en esta Universidad en el curso de 1880 a 1881, y trajo como carta de entrada su título de Bachiller en Artes, naturalmente con la nota de Sobresaliente; para él no se escribió nunca en ningún Instituto, ni en ninguna edad, otra calificación. Cursó en esta Universidad diez y siete asignaturas y obtuvo quince premios ordinarios y premio extraordinario del grado de Licenciado, y premio extraordinario del grado de Doctor. Abisma, señoras y señores, este expediente en una época en que no se prodigaban los premios, en una época en que no había declaratoria de alumnos eminentes, ni becas, ni viajes pensionados, en que no había más que la matrícula de

honor, que para él significaba un gran alivio económico; y bueno, modesto, complaciente con sus compañeros, respetuoso con sus maestros, sin un día de alboroto ni de jolgorio, ¡qué digo!, ni de una hora de expansión alegre, concretado a sus estudios, sin vanidad, sin orgullo, sin aire de superioridad, indudablemente llegó a ser el primer estudiante de la época.

Si pudiéramos tener aquí a Leonardo Bistolfi, el escultor contemporáneo del símbolo y del ensueño, el cincelador de la idea, y le pidiésemos que dejase perpetuado en mármol el símbolo impecable del ''Estudiante Modelo'', su buril glorioso no tendría nada que reprocharse si dejara trazada, esculpida y perpetuada la imagen del estudiante José Antonio González Lanuza.

LANUZA ABOGADO

A virtud de su título de Licenciado en Derecho, obtenido el 14 de septiembre de 1885, aparece este nuevo aspecto de su vida, en el que llegó a ser una de las primeras figuras de nuestro Foro. Su portentoso informe en defensa de Florentino Villa no se olvidará jamás. Ahí, en esa causa, a virtud de un recurso establecido por una prueba denegada, logró que el Tribunal Supremo Español echara por tierra todo el proceso. No se olvidará tampoco su sólido y brillante informe en defensa de un querido compañero de este Claustro, al que sacó absuelto de los Tribunales. La defensa política del Sr. Juan Gualberto Gómez tuvo extraordinaria resonancia, porque, basado en los argumentos de Lanuza, el Tribunal Supremo Español declaró lícita la propaganda pacífica del separatismo, prestando este gran servicio a su país; y pronto, en fin, llenó su bufete de pleitos civiles y criminales. Pero yo creo que en este orden de ideas fué algo más que un abogado profesional.

Se considera generalmente como un gran abogado a aquel que logra reunir una enorme cantidad de clientes, aquel que nutre su bufete con muchos importantes pleitos civiles y criminales, aquel que obtiene resonantes éxitos ante los Tribunales, aquel que salva, con su atinada intervención, la hacien-

da, la vida, el honor de sus conciudadanos; pues todo eso, con ser muy grande en sí, no es todo el concepto de la Abogacía. Ya lo dijo en forma lapidaria el Rey Sabio:

E non tan solamente ha logar en los pleitos entre los demandadores e los demandados; más aun entre todas las otras cosas que avienen entre los omes, quier se fagan por obra o se digan por palabra.

Ese es el concepto de la Abogacía, no el ejercicio escueto ante los Tribunales; no, sino más aún: afirmar la justicia entre los hombres en todas las cosas que hagan de obra o digan de palabra. Y esa fué la misión de Lanuza, más que defender pleitos ante los Tribunales: dar la orientación de la justicia en todos los órdenes de la vida; y ya podéis figuraros lo que eso significaría en relación con aquel centro poderoso de clientes en que su inmenso crédito profesional le obligaba a intervenir; y ese fué su primer y más principal servicio prestado al país, porque según el proemio del libro primero de la Partida tercera, la Justicia "es una de las cosas por que mejor y más enderezadamente se mantiene el mundo."

Pero hay más aún. Cuando comenzamos la carrera de abogado—por lo menos en aquella época—, el primer libro que abrimos es un libro que se titula *Prolegómenos,* del sabio maestro Pedro Gómez de la Serna. Pedro Gómez de la Serna, en ese su libro inicial, da consejos a los jóvenes que se dedican a la carrera del Derecho y les dice:

No basta la ciencia, tanto más que ella son necesarios la probidad y el valor. A la Justicia la presentaban en tiempos antiguos como una deidad, y sacerdotes de la justicia son todavía llamados los abogados. Como sacerdotes, pues, dediquémosle un culto intenso y arraiguemos en nuestras almas la santa virtud de la abnegación que se necesita para su ministerio. Hagámosnos superiores a las sugestiones de la ambición y a los estímulos de la avaricia.

Y parece que José Antonio González Lanuza, al entrar en el templo de Astrea, recoge aquel consejo del maestro y dedica toda su vida a su más estricto y religioso cumplimiento.

LANUZA PROFESOR

A virtud de las oposiciones de 1891, se presenta bajo esta importante fase: Lanuza Maestro, Lanuza Catedrático. Para poder fijar la importancia de este aspecto de su personalidad, necesito decir, aunque sea a grandes rasgos, cuál era entre nosotros el estado del Derecho Penal cuando apareció aquel joven pálido, débil, de voz suave, en la tribuna del Paraninfo Universitario.

Claro es que no estábamos tan atrasados que careciésemos de un Código Penal positivo, ni que, cual esclavos dependientes del poder dictatorial e ilimitado del Estado, hubiésemos podido entonces ser juzgados por procedimientos inquisitivos o provisionales y condenados por hechos no declarados delitos, o declarados delitos después de su comisión, porque ya en aquella época se había realizado la revolución francesa para destruir ese pasado en que el Estado lo era todo y levantar frente al Estado al individuo, mediante la gloriosa declaración de los derechos del hombre. La revolución francesa, que no fué francesa en sus consecuencias, sino universal, y que regó como un semillero sus principios por todo el orbe más o menos civilizado, llegaba hasta nosotros, en orden al Derecho Penal, en el Código de 1870 que todavía, con algunas modificaciones, rige; Código que estaba, como los Códigos todavía vigentes en casi todos los países civilizados, inspirado por aquella gloriosa revolución.

Pero ese era el estado jurídico penal de nosotros en 1891: el individuo frente al Estado, y como consecuencia la igualdad más absoluta y estricta del delincuente frente a la ley penal. No había delincuentes, sino delitos. Todos los hombres iguales moralmente, como afirma Juan Domingo Romagnosi. El delito, naturalmente, descrito en todos sus detalles, en todas sus minucias por la ley; la pena señalada taxativamente, casi con precisión matemática, porque las circunstancias modificativas de la responsabilidad dejan un margen muy escaso. Todo lo que significara arbitrio judicial, diferenciación por las condiciones subjetivas del delincuente, todo eso rechazado como atentatorio a la libertad del individuo frente al abuso del Poder,

como lesivo de la dignidad del hombre frente a la igualdad de la Ley. Naturalmente, esos principios y esas doctrinas constituyeron un sistema de Derecho Penal que Van Hamel ha calificado apropiadamente como sistema de ''la responsabilidad por el resultado'', con completa abstracción, con entera independencia de las condiciones personales del delincuente. Ese era en 1891 el Derecho Penal en Cuba, el Derecho Penal ideal, el Derecho Penal perfecto.

Verdad es que antes de las oposiciones de Lanuza, en 1882, ya en Italia Lombroso, Ferri y Garófalo, esas tres gloriosas columnas de la Nova Scola, Sighele y otros se habían levantado a preconizar todo lo contrario: ''No hay delitos sino delincuentes'', y que a la luz de la antropología, de la Sociología, de la Psicología, de las Estadísticas criminales y de la Psiquiatría, apartaron el ''delito'' y con aquel faro potente de luz trataban de ver al ''delincuente'' a fin de descubrir en él las condiciones de temibilidad, como antes se decía, de peligrosidad, como hoy se dice. Verdad es que aun antes de las oposiciones de Lanuza, y aun fuera de Italia, en 1889, ya la Unión Internacional de Derecho Penal laboraba afanosa en ese horizonte, en ese arsenal nuevo e inmenso que habían abierto la ciencia y el genio de los penalistas italianos; pero, digámoslo con sinceridad, que el reconocimiento de la ignorancia no es motivo de deshonor: esas noticias no habían llegado todavía a esta apartada Isla que se baña en el seno del Golfo Mexicano.

Ni podían llegar tampoco, porque nosotros nos nutríamos de los manantiales metropólitos de España, y España, que ha dado hombres ilustres en distintas manifestaciones de la intelectualidad humana, sólo ha producido un penalista, Covarrubias; y Lanuza dijo, en su artículo *La presunción del dolo,* que Covarrubias no había dejado sucesión.

De manera, señoras y señores, que cuando aquel joven débil, de voz suave, de semblante pálido, apareció en la tribuna de las oposiciones y divulgó las teorías de la Escuela Positiva, fué algo más que una demostración de suficiencia; fué, digámoslo honradamente, fué una verdadera revelación, y comenzó enseñando a sus compañeros antes que el Tribunal lo autorizara para enseñar a sus discípulos.

Pero no basta, sin embargo, ser un sabio ni un erudito, para llegar a ser un gran profesor como lo fué él, digno de que su nombre quede perpetuado en la Universidad. No basta saber, ni leer, ni explicar, para llegar a ser un gran profesor; para ello se necesita además dejar discípulos; como no le basta a la mujer llevar en su corazón un depósito profundo de dulzuras maternales, si no suelta de sus entrañas hijos en que ese amor se consagre. Y Lanuza dejó discípulos. Convocadas oposiciones para cubrir su Cátedra en 1918, en este mismo año, se presentó un número de aspirantes extraordinariamente crecido en relación con esa clase de aspiraciones; algunos no pudieron presentarse, pero concurrieron en número bastante grande, y aparte de las condiciones, aptitud e inclinaciones de cada uno, todos demostraron, antes que todo y por encima de todo, que eran discípulos de José Antonio González Lanuza. Yo he asistido, pues, dos veces a las oposiciones de la Cátedra de Derecho Penal. En la primera oí, como oyente, directa y personalmente, en 1891, al propio Dr. Lanuza; y en el año 1918 he oído como juez al mismo Dr. Lanuza por la voz directa de sus legítimos descendientes, de sus verdaderos y directos discípulos. Por eso entiendo que entre todos los homenajes que se le han dispensado a su memoria, no hay ninguno más reluciente que esas oposiciones que, en mi concepto, tejieron una corona de flores inmarcesibles que ha debido caer en el seno de la gloria, donde descansa, sobre la egregia cabeza del Maestro.

Mas, me falta una nota en este aspecto de Profesor, que tengo que dar para presentar ese su carácter de Maestro con todo el vigor que él se merece. Para ser un gran Profesor de esta Universidad, no basta tampoco ser un sabio ni un erudito, ni estricto cumplidor de los deberes reglamentarios; para ser un gran Profesor de esta Universidad, se necesita amar entrañablemente a esta Universidad, se necesita amarla con amores preferentes a todos los otros amores políticos y profesionales, porque sin amor a la Universidad no hay vocación por la enseñanza universitaria, y sin amor a la Universidad no hay cariño para estos estudiantes; y sin vocación por la enseñanza y sin cariño para los estudiantes, es frío, es árido, es malo, es

podrido el fruto del Profesor. Y Lanuza quería entrañablemente a la Universidad. Oigámosle en su discurso de apertura de la Academia de la Facultad de Derecho, pronunciado el año de 1907; allí declara paladinamente que siente por esta casa un amor que tiene ''raíces profundas''; después describe sus trabajos de Catedrático, y dice que ellos son como un ''oasis'' en sus otros trabajos profesionales y políticos; y por último, en ese discurso, para unir su nombre al nombre de la Universidad, cita los versos pasionales de Leopardi:

Meco sarei por morte a un tempo spento.

Sí, que se extinguiera en su recuerdo, por su muerte, el nombre de la Universidad; peró que el nombre del Profesor Lanuza no se extinga, por su muerte, en el recuerdo de la Universidad!

LANUZA LITERATO

También sobresalió nuestro llorado amigo en el campo de las letras. No es que crea que llegara a tener en ese aspecto propia y bien definida personalidad; no es que estime que sea posible indicar si se encaminaba por el sendero de la producción o de la crítica literaria; no es que estime que tomara puesto fijo y decidido entre las distintas manifestaciones de las letras, porque su constante actividad en otros órdenes de la vida le impedía desenvolverse en este importante ramo del saber humano; pero tengo para mí que poseía aptitudes e inclinaciones más que notables para florecer y sobresalir en el campo de la literatura, y en conversaciones privadas que con él tuve, más de una vez hubo de manifestarme que ese era el terreno más abonado para sus aficiones.

Por lo pronto tenía dos condiciones que estimo principalísimas en relación con su personalidad literaria: tenía una memoria verdaderamente original y extraordinaria, que yo llamaría una memoria especial, y que quisiera conocer íntimamente a los hombres ilustres de otros países para observar si la tenían como él; no es que leyera mucho y recordara lo que leía, no; es que la memoria casi siempre necesita de al-

gún recordatorio para sobresalir, y Lanuza, en medio de aquellos vastos y extraordinarios conocimientos que tenía, poseía una memoria tan intensa y tan privilegiada, que todos sus conocimientos estabán siempre en la superficie, a flote; y así brotaba espontánea la cita, la idea, el nombre, el pasaje, el cuento, la fecha, en el momento preciso y veloz en que era requerido. Y la otra condición que quería yo señalar era aquel donaire, aquella gracia exquisita, aquella fina ironía, aquella sutileza de ingenio con que bordaba primorosamente sus discursos y sus escritos. Mezclad ahora estas dos condiciones, y vuestro buen sentido, y vuestro buen gusto, os harán reconocer que le hubiera sido muy fácil sobresalir en el campo de las letras como novelista o como autor teatral, comediógrafo o dramaturgo, o como crítico literario.

A pesar de que sus ocupaciones le desviaban completamente de esas sus más caras aficiones, dejó algunos trabajos de mérito. Su obra literaria se desenvuelve entre su primer acto de este género, que fué un discurso pronunciado en la Sociedad Gallega *Aires da Miña Terra,* sobre el tema *El Cid Campeador,* y su último discurso sobre *Psicología de Rocinante,* pronunciado en la fiesta cervantina del Ateneo de La Habana, del que fué Presidente efectivo y Presidente de honor. Entre esos dos trabajos literarios, publicó en revistas o pronunció en conferencias en asociaciones, distintas producciones literarias, ora tratando sobre Ada Negri, Tolstoy, Heredia el gran sonetista, Juan Clemente Zenea, Pedro González Llorente, etc., ora escribiendo artículos tan sutiles e ingeniosos como *Las estatuas, El abanico de Castellanos, Un tipo eterno, algo olvidado* y *Desde el helado hasta el ardiente Polo,* crítica sublime de Rodríguez Rubí; y pronunció discursos de presentación de grandes oradores, como Altamira y como Mr. Bryan; y escribió sobre la guerra contestando a Guillermo Ferrero, y escribió sobre Manuel Gondra, un ex presidente de república hispanoamericana. De manera que, a pesar de su poco tiempo, no deja de presentar cierta cantidad de material en su obra literaria; y eso que, por no estar coleccionados, seguramente hay otros trabajos de él que no he podido recordar.

No he querido dejar de señalarlo, brevemente, como hom-

bre de letras, porque me hubiera parecido injusto que la Universidad dejara de verter al menos una lágrima sobre ese aspecto de su memoria.

LANUZA ORADOR

Nadie me negará que Lanuza fué un gran orador. Yo entiendo que en este lado de su personalidad es donde más podemos conocer su persona, su carácter; no porque la oratoria fuera en él la cualidad descollante, sino porque la oratoria es, entre todas las manifestaciones de la intelectualidad humana, la más apropiada para descubrir el carácter del autor; porque la oratoria es un arte muy personal. Su palabra era flúida, mansa, suave como la corriente de un río; sin los ímpetus del oleaje ni de la tempestad, sin el vivo resplandor de una luz refulgente; pero clara, serena, tranquila y dulce como una noche de luna. Su oratoria era la oratoria de los principios, de la lógica; no seducía por la figura retórica, no usaba la metáfora; aspiraba a convencer únicamente por la razón. Servidor, el más fiel y noble, de la lógica, se descuidaba del efecto inmediato, del provecho del momento, del fin transitorio y actual del medio y del ambiente y parecía que hablaba para la eternidad; inflexible ante su lógica, desligado del momento, aislado del presente, un ideal de perfeccionamiento humano agitaba su palabra, que, como la lógica, era también inflexible en sus tonos y en sus modulaciones.

Hay un rasgo en su vida que pone de relieve el carácter de su persona en relación con el de su oratoria, que quiero señalar: Lanuza no era músico, ni tenía preparación para ello; y sin embargo tenía predilección por la música de Wagner, a quien prefería sobre todos los otros compositories. ¿Acaso porque la entendiera mejor? ¡No! Porque él sabía que la música de Wagner significaba el último eslabón, el eslabón más progresivo en la armonía de los sonidos y, entonces, no ante la música de Wagner, no ante el concepto musical de Wagner, sino ante el concepto intelectual de la música de Wagner, se sometía a la lógica de la superioridad, se sometía al principio del progreso y le rendía homenaje y pleitesía.

Era tan amante de la lógica, que si hubiera vivido en cierta época en Francia estoy seguro que hubiera sido de aquellos que aplaudieron al famoso sastre que, rendido por las corrientes imperantes, anunciaba que cortaba sus chalecos conforme a los principios de Juan Jacobo Rousseau.

Pero para producir de esa suerte, para sobresalir en esas condiciones en el campo de la oratoria, para sobresalir en este campo sin el auxilio de la imaginación, se necesita, ¡ah!, señores, se necesita de algo más que de una vasta cultura, se necesita de una palanca poderosa: una inteligencia potencial, de fuerza incomparable. Porque en la tribuna se puede disimular la falta de inteligencia con la imaginación; pero para producir como él producía, sin el auxilio de la imaginación, ¡ah!, entonces hay que producir al peso solo y escueto de la inteligencia.

El amor a los principios, pues, el rendido y constante homenaje a la lógica y el resultado de una inteligencia poderosa, esos fueron los caracteres de su persona puestos de relieve en su oratoria. Tenía lo que Spencer llama "cerebración", es decir, nada imaginativo, nada falso, nada ficticio, nada de oropel, sino todo producto neto, bueno, cierto, sólido, puro, de un cerebro prepotente.

LANUZA POLÍTICO

No es posible dejar de examinar a Lanuza como político. No floreció en aquella gloriosa jornada que se extiende desde la Paz del Zanjón hasta la concesión, ya tardía y deprimente, de las Cámaras Insulares. Su primer movimiento político fué sumarse con decisión y energía a la Revolución de 1895; fué, pues, el patriotismo más puro y más intenso el que lo impulsó en ese terreno.

¿Pero fué Lanuza un político? Difícil es contestar entre nosotros a esta pregunta. Para ello tendríamos primero que ponernos de acurdo en lo que son los políticos. Por regla general, se entiende que son políticos únicamente los que pertenecen a los partidos políticos, los que forman parte de sus asambleas, los que hablan en esos mítines públicos, los que piden puestos electivos al sufragio universal. ¡Ah!, no; son tam-

bién políticos los que ejercen conscientemente la majestad del voto, los gobernantes que administran honestamente los intereses públicos, los grandes mentores de sus contemporáneos, y todos los ciudadanos, cualquiera que sea el puesto que el destino les depare, públicos o privados, que contribuyan desde ellos a la prosperidad y al engrandecimiento de la Patria. Después de todo, los políticos llamados militantes no son más que los representantes tácitos de esos otros políticos, los que llevan a la arena del combate, con las impurezas de la realidad, la defensa de los ideales que los políticos no militantes sostienen puros naturalmente, porque los sostienen en la serena tranquilidad de su hogar, de su comercio, de su hacienda o de su gabinete. ¡Tengamos alguna piedad para los políticos militantes!

Pero, ya planteado de esta suerte el problema, Lanuza no fué un político militante. No llevemos la insinceridad, que mancharía de parcialidad este elogio, hasta atribuirle las escasas condiciones de que careciera. Sin admitir, como en el artículo *In Memoriam* afirma nuestro querido compañero el Dr. Desvernine, que

la política exige asociación a todas las pequeñeces y a todas las ambiciones vulgares;

sin creer, como el insigne argentino Manuel Ugarte, en su obra *Enfermedades Sociales,* que

en tiempo de conmociones políticas todos se levantan las calzas y entran, porque es tan grande la cosecha de intrigas que faltan brazos para la recolección;

sin pensar como el ilustre Presidente de los Estados Unidos, Mr. Woodrow Wilson, en su obra *El Gobierno Congresional,* que

los mares de la política no son de fondo y que para navegar en ellos se necesitan barcos de poco calado;

sin participar de ninguna de esas opinones, creyendo exageradas esas ideas, no obstante la respetabilidad de sus autores, no dejo de reconocer que a veces la necesidad de evitar un mal inminente o de obtener un bien transitorio obliga en la política militante a desviarse de la lógica, y hasta impone la necesidad

de bordear la justicia absoluta, en pos de una justicia circunstancial y pasajera; y a esos acomodamientos no se habría plegado jamás, yo lo juro, el alma de Lanuza.

Para hablar de Lanuza como político, hay que recordar las frases que se pronunciaron en la inauguración de la estatua de François Aragó en Francia, y parodiándolas decir:

la Revolución lo hizo Delegado a la Asamblea de Santa Cruz del Sur, la Intervención lo hizo Secretario del Despacho, la República lo hizo Representante y Presidente de la Cámara, la Asamblea política lo hizo segundo jefe de un partido; y en todas partes, en el Gobierno y en la Cámara, desenvolvió siempre los principios y fué fiel a los ideales republicanos y democráticos; pero no esperéis de él que descendiera a las luchas diarias de los partidos. *Il plane au-dessus des misères quotidiennes.*

LANUZA COMO HOMBRE

No quedaría completo su elogio si al lado de su brillante personalidad no dijéramos algo de su persona; porque de él puede decirse como dijo de Pasteur su ilustre panegirista:

aquel inquebrantable mantenimiento de esa existencia de sabio recibía de Pasteur, de su carácter, de su virtud, de su modestia y de su bondad, *un surcroît de noblesse et de beauté.*

Lanuza parecía impasible. ¿Sería que le faltara sentimiento? A los que tal pensaran yo los llevaría, siquiera con la imaginación, a aquella tarde desventurada y tormentosa en que, desde la cubierta del vapor que lo llevaba a la deportación, se despedía de mí y vertía abundantes lágrimas, que yo supuse que debían ser muy amargas porque eran de despedida de su familia y de su tierra. A los que tal pensaran les enseñaría una carta que me escribió desde Ceuta, en la cual decíame que, habiendo dejado a su mujer encinta, había tenido un niño; y les enseñaría las frases de acendrado sentimiento con que describía la desesperación y el dolor de un padre que no había conocido y que no podía conocer a su hijo. ¡No!, tenía sentimientos; pero, sin embargo, parecía imperturbable porque le dominaban la lógica y el cumplimiento del deber. Vedle escribiendo. Por muchas que fuesen las cuartillas que escribiese de su puño y letra, la última salía con la misma medida, con

la misma letra, con los mismos caracteres. Oigámosle examinar: por muchos que fuesen los alumnos que examinara, el último que le tocaba en turno era examinado en el mismo tiempo, saliendo de sus labios las palabras en el propio tono y en igual medida. ¿Quién era ese hombre, que no sintió de niño el halago de la diversión, que no sintió de joven los llamamientos del placer, que no sintió en la edad madura las excitaciones de la fatiga, ni del cansancio, ni del tiempo, ni de la premura? Si todos los hombres fueran como José Antonio González Lanuza, habría que cambiar los cánones fundamentales bajo los cuales se desenvuelve la madeja de la vida. Fué de niño la personificación del deber; fué de hombre un cronómetro en su funcionamiento intelectual.

Tenía una conversación encantadora. De él puede decirse lo que se dijo en los funerales de Charles Gounod:

Causeur maravilloso, pasaba con extraordinaria facilidad de la sutileza a la elocuencia, de lo cómico a lo grave, de la bohemia al misticismo; y en ese campo del arte sutil y difícil de la conversación, tan descuidada hoy en día, acaso sea donde mejor se complete su personalidad tan francesa.

Y era, por último, en este aspecto como hombre, extraordinariamente virtuoso. Yo lo sé bien, porque jóvenes viajamos juntos y vivimos juntos y nos alojábamos juntos y paseábamos juntos, y en aquella edad y en aquella época nos vaciábamos recíprocamente nuestro pasado; y, lo puedo asegurar: el pasado de Lanuza carece de eso que puede llamarse ''poesía amorosa de la juventud''. Ernest Tissot publicó en el año de 1907 un artículo de revista titulado *Como piensan los estudiantes,* que bien pudiera entenderse como piensan todos los jóvenes; y pone en labios de los estudiantes estas palabras:

He creído que me era permitido muchas veces robar aquí o allá un beso lleno de sabor, y en tanto que mis labios gozaban con los besos que me daban ellas, mi corazón, todo mi corazón, pensaba que había otra a quien yo hubiera besado con mucha mayor voluntad; os diré, sin embargo, si lo queréis, los nombres de las complacientes que me besaron; pero no me pidáis que os diga el nombre de la que es dueña absoluta de mi corazón.

Y Lanuza no podía decir sino todo lo contrario de eso, por-

que él no tenía nombres que revelar de complacientes que lo besaran, porque él sólo besó a la que fué su digna compañera, única y absoluta dueña de su corazón, doña María del Carmen Alamilla, con quien casó el 24 de enero de 1894, y después de sufrir el dolor inmenso de perder tres hijos, dejó cuatro a su muerte: un varón, de su nombre, y tres niñas, Dulce María, María Elena y Alicia.

Por eso ese retrato que ahora estamos contemplando pudiéramos presentarlo como una obra clásica de Juan Bautista Greuze, el pintor de la Virtud y del Recato.

LANUZA SUPERHOMBRE

Habrá podido pensarse que, desenvueltas las variadas personalidades del Dr. José Antonio González Lanuza, he llegado a destacar bien lo que significaron su personalidad y su vida; y no es así realmente: hay que fijar más su personalidad. En cualquiera de las esferas en que él sobresalía, se puede llegar, como él llegó, a ser un grande hombre, ya como abogado, ya como profesor, ya como orador, ya como político, ya como ciudadano virtuoso; pero si la lógica tiene, como yo pienso, las exactitudes de las matemáticas, quien presente conjuntamente, en el mismo tiempo, todas esas relucientes facultades, sumándose los distintos factores que producen un grande hombre, tiene que obtenerse un producto mayor a un grande hombre: tiene que obtenerse un superhombre. Eso fué Lanuza: un superhombre.

Por eso hay estudiantes hoy tan buenos como él; son contemporáneos nuestros abogados tan ilustres como él; podrá ser sustituído en su Cátedra de Derecho Penal, ¡qué digo! está ya sustituído brillantemente por el joven profesor Dr. Enrique Lavedán; no se ha llevado a la tumba el cetro de la oratoria cubana; no nos ha dejado huérfanos de políticos de su elevación y de sus dotes; y por seguro que no será el único cubano virtuoso; pero a quien presente conjuntamente y a la par todas esas cualidades, ¡ah! a ese no le veréis aparecer acaso en muchos años, que es condición de los superhombres marcar solución de continuidad en el cultivo de la especie humana.

¿Y qué misión traen al mundo estos hombres extraordinarios, despegados del conjunto, que marcan un desnivel intelectual con sus contemporáneos y que nacen de tarde en tarde en uno u otro pedazo de la tierra? No la conocemos. Se dice, generalmente, hablándose de la astronomía, que el hombre no puede penetrar los inescrutables misterios del mundo sideral; y yo digo que el hombre puede mucho menos, porque tampoco puede penetrar los inescrutables misterios de esta humanidad eterna, de este conjunto de hombres perenne que parece marchar incansable a una finalidad que desconocemos. La Biología, la Sociología, la Psicología, la Antropología, son ciencias que no arrojan luz en este problema, porque son estudios individuales o de grupos; pero no se refieren a esta masa compacta de la humanidad, que parece dispuesta a marchar, frente a todos los obstáculos, a una finalidad desconocida.

Y en medio de este desconocimiento que tenemos de la humanidad que nos rodea y de la humanidad a que pertenecemos, nos es dable descubrir, a veces, la misión que algunos hombres traen sobre la tierra, pero nos quedamos ignorando otras. Nos es dable, por ejemplo, descubrir algunos hombres, grandes ejecutivos, que parecen traer una noble y elevada misión a la tierra, como Jorge Washington, Simón Bolívar, José Martí, fundadores de pueblos, apóstoles de la Libertad. Descubrimos la misión de otros hombres que parece que traen a esta tierra el encargo de realizar un ideal intelectual determinado y concreto, como Rafael María de Labra, recientemente fallecido, que luchó por la unión, en la justicia y en el derecho, de España con sus colonias, y cuando las colonias se van emancipando, sigue, como obstinado por aquel ideal intelectual, luchando por la unión espiritual ibero-americana. Pero Lanuza no fué ni un gran ejecutivo, ni un tenaz perseguidor de un ideal espiritual o romántico. ¿Qué fué Lanuza?

Necesitamos, para explicárnoslo, volver a la Astronomía, esa ciencia que eleva los espíritus. M. Raymond Poincaré, el ilustre Presidente de la República Francesa, pronunció en 1895 un discurso ante la Sociedad Astronómica de Francia, en el que decía:

Cuando contemplamos desde esta partícula de la Tierra, con los modernos aparatos, el infinito, y observamos detrás de unos astros otros astros, y un espacio que sucede a otros espacios, pedazos de otros universos que se desenvuelven en una extensión sin límites, formamos de nuestro pobre planeta una idea bien humilde; nos parece como un islote en medio de un mar sin límites, y traemos de ese viaje por lo desconocido la vaga inquietud de que somos un náufrago o un abandonado; pero si observamos que toda esa vasta inamovilidad aparente, es en el fondo un movimiento universal, y que nosotros mismos obedecemos a las leyes que todos obedecen, comprendemos que, en esa armonía general, nosotros somos también una nota necesaria, que somos un punto de los que forman el conjunto, que estamos unidos a los millones de soles lejanos por el parentesco de la composición, y entonces sentimos latir en ellos la misma vida que la nuestra y, de la soledad en que nos creíamos sumergidos, nos elevamos al bien puro sentimiento de una larga y misteriosa solidaridad.

¡Ah!, los hombres como Lanuza no pueden estudiarse aisladamente, porque entonces resultan despegados del conjunto, entonces resultan seres raros sin una misión determinada, entonces acaso se les presenta como náufragos o como abandonados; pero si nosotros observamos que la humanidad se mueve por una regla total, por un impulso universal hacia un fin desconocido, entonces comprendemos que esos hombres extraordinarios que, a intervalos nacen aquí o allá, vienen a cumplir una alta y noble misión en el mundo, solidariamente considerados. El nivel intelectual humano, como todo principio de fuerza, tiende a decrecer. Yo me forjo a la humanidad como una línea de hombres de regular nivel intelectual, que tendería a bajar si, de cuando en cuando, no surgieran esos seres superiores que con su ejemplo y con su paso por la tierra mantienen el aliento a la superioridad de la vida y la aspiración al perfeccionamiento en sus contemporáneos; si de cuando en cuando no surgieran estos superhombres que, a manera de elevados y fuertes soportes, sostienen la línea humana para que no descienda, para que no baje, favoreciendo de esta suerte a la humanidad en el logro de su destino incognoscible y misterioso...

Hombres como Lanuza, por lo menos traen al espíritu un concepto del sér humano muy superior al del gran filósifo alemán Strauss, para quien el hombre no es más que un completo animal, una perfecta bestia que con el tiempo ha logrado ar-

ticular palabras y gozar de alguna reflexión; concepción filosófica por cierto muy a compás con la manera sangrienta y brutal con que su nación se conduce en la presente guerra. Hombres como Lanuza traen al espíritu un concepto más elevado de la criatura humana y arraigan esa ansia misteriosa del alma hacia la inmortalidad, sobre todo después de ese alarde de violencia y de fuerza que está dando la presente generación, tras el cual ha de aparecer, necesaria y poderosamente, una reacción hacia la espiritualidad.

A LOS ESTUDIANTES

Y ahora permitidme, señor Rector, ya que estoy finalizando, dirigir unas palabras a los estudiantes de la Universidad, que bien pudieran entenderse dirigidas a todos los jóvenes cubanos. Lanuza no es para nosotros más que un recuerdo, ya no nos puede servir de gran cosa a los que fuimos sus compañeros; Lanuza es para nosotros un dolor, y el dolor es siempre enervante; sois vosotros, jóvenes cubanos, los que debéis recoger su ejemplo. José Enrique Rodó, el insigne uruguayo, que a mí se me parece a Lanuza, no sé si porque alguien ha dicho que la prosa de Rodó ''es suave y rumorosa como un canto que se acerca, como un desplegarse de colores discretos''—que lo mismo que de Rodó podría decirse de la prosa de Lanuza—, José Enrique Rodó atribuye las desgracias de una gran parte de la América a la falta de respeto a la tradición. ''Asistimos, dice, a un naufragio de la tradición'', y añade;

si queremos mantenernos en el presente con una personalidad colectiva, es necesario que podamos reconocernos en el pasado.

Pues yo digo que esta Universidad tiene también su tradición, y es necesario que los jóvenes estudiantes de ella no rompan el nexo con el nombre del profesor Lanuza. Si queréis que esos que vosotros llamáis ''pinos nuevos'' se desarrollen con lozanía y vigor, es absolutamente necesario que reciban el riego saludable del pasado.

FUNERALES DE LANUZA

Y así vivió aquel hombre que murió en día como hoy del año próximo pasado. Sus funerales fueron, naturalmente, al día siguiente. Yo he visto funerales más pomposos, he visto funerales de grandes patriotas, de insignes militares, de excelsos gobernantes, con todo el brillo de la pompa oficial, con todo el relucir de las armas, con todo el pisotear de los caballos, con todo el rodar de los armones, y he sentido en mi alma de ciudadano la profunda impresión que se experimenta por la pérdida de un gran servidor de la Patria. Yo he visto entierros más populares, porque he visto mezclarse al cortejo fúnebre el pueblo abigarrado y lloroso, queriendo tener la gloria de llevar en hombros al que había sido el esforzado defensor de sus ideales, y he sentido en mi alma de demócrata la profunda impresión de los duelos populares. Pero no he visto entierro más triste, iba a decir más fúnebre, que el de González Lanuza: aquella comitiva circunspecta y grave que, como una línea negra, se extendía, en una mañana cálida, por la calle 2 del Vedado en dirección al Cementerio, parecía, más que una concurrencia, un sudario. Yo me adelanté: iba él en hombros de parientes, y logré poner sobre la parte posterior del sarcófago mi brazo derecho en forma de muelle, como para hacer menos sensible a su cabeza los naturales vaivenes del terreno. Y entonces caí en una profunda abstracción. Vino a mi memoria aquel horizonte de la vida que habíamos contemplado juntos desde la borda del *Ciudad de Cádiz*. Ya el campo no era tan fértil; quedaban, sin embargo, algunas flores; pero durante el trayecto vi deshojarse las pocas margaritas, vi deshacerse los últimos lirios de los valles y vi hasta ennegrecerse las espigas doradas de los trigos; y cuando ya no quedaba como nuevo y pavoroso horizonte de mi vida sino un campo estéril, seco, frío y agostado, me di cuenta de que habíamos llegado al Cementerio y de que estábamos en el preciso momento de bajar el cadáver a la fosa. Quise presenciar aquel último detalle de la ceremonia; sacudí mi cabeza para alejar de mi imaginación ese ensueño; abrí desmesuradamente los ojos; y por algo, que no he podido expli-

carme, me encontré como en medio de una noche profunda, y por algo, más inexplicable todavía, únicamente brillaba el negro sarcófago, que semejaba un haz de luz descendiendo en las tinieblas.

¡Ah, señoras y señores, parecía, y así era en realidad, que íbamos a enterrar un sol en las profundas obscuridades de la tierra!

Senador de la República y Presidente del Senado y del Partido Conservador, catedrático de Derecho Procesal en la Universidad de La Habana, orador y abogado de gran renombre, es el Dr. Ricardo Dolz una de las más sobresalientes figuras cubanas no sólo por sus títulos, sino por su carácter y su significación en la vida pública nuestra. Ultimamente ha obtenido en el Senado un gran triunfo con la aprobación de su brillante ponencia favorable a la Ley del Divorcio, que es una victoria de la República sobre la Colonia, sobre el espíritu colonial, desafiador aún... CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece vivamente el honor que le hace al concederle el privilegio de dar a conocer íntegro este sentido y bello discurso a la memoria del inolvidable Dr. José Antonio González Lanuza.

EL INSTITUTO INTERNACIONAL DE AGRICULTURA Y LA GUERRA MUNDIAL


N la conferencia internacional celebrada en Roma en mayo y junio de 1905, por iniciativa del rey de Italia, se establecieron las bases para la creación y organización del Instituto Internacional de Agricultura, el cual empezó a funcionar tres años después con el concurso de los delegados de 40 Estados.

Su programa inicial se componía de los objetos siguientes:

1. Reunir, estudiar y publicar, en el plazo más breve posible, los informes estadísticos, técnicos o económicos, concernientes al cultivo, la producción, tanto animal como vegetal, el comercio de productos agrícolas y los precios en planta en los diferentes mercados;
2. Comunicar a los interesados, con la misma rapidez, todos los informes citados;
3. Indicar los salarios de la mano de obra rural;
4. Dar a conocer las nuevas enfermedades de las plantas, que aparezcan en cualquier parte del globo, indicando los territorios atacados, el curso de la enfermedad, y, si es posible, los medios más eficaces para combatirla;
5. Estudiar, bajo todas sus formas, las cuestiones relativas a la cooperación, los seguros y crédito agrícola, y publicar los informes que puedan ser útiles a la organización de estas obras en los diferentes países;
6. Someter a la aprobación de los Gobiernos, si ha lugar, las medidas necesarias para proteger los intereses comunes de los agricultores, y para mejorar sus condiciones, después de procurar todos los medios de información, tales como los votos emitidos por los Congresos internacionales u otros Congresos agrícolas, y de ciencias aplicadas a la agricultura, Sociedades agrícolas, Academias, Sociedades científicas, etc.

Todas las cuestiones relativas a los especiales intereses económicos, así como a la legislación y administración par-

ticulares de un Estado, quedaban excluidas de la competencia del Instituto.

Cuando el apóstol americano de la organización agrícola mundial, David Lubin, expuso al rey de Italia su proyecto de darle una base internacional al estudio de todas las cuestiones de agricultura que interesan al mundo entero, su idea les pareció a muchos una utopía irrealizable; pero el rey Víctor Manuel entendió inmediatamente su gran alcance práctico en bien de la economía mundial, y se propuso en seguida llevarla a la realización mediante la iniciativa de su Gobierno.

Hizo construir expresamente un lujoso edificio en el parque más pintoresco de Roma, para darle una decorosa y artística sede a la naciente institución, contribuyendo luego con trescientas mil liras anuales, del propio peculio particular, a su mantenimiento, y concurriendo, además, con todo género de alientos a su perfecta organización y éxito, el cual en poco tiempo hubo de superar a las esperanzas más halagadoras.

En efecto: los resultados obtenidos durante los diez años transcurridos desde que los delegados de los varios gobiernos se reunieron para empezar la labor práctica de la realización de los fines propuestos en la mencionada convención de 1905, y la importancia extraordinaria que esos resultados adquirieron frente a los trágicos acontecimientos actuales, acaban de demostrar que esta institución representaba, más que una utilidad, una verdadera y urgente necesidad para el progreso agrícola. Y así se entendió en todas las regiones del globo; tanto, que al llamamiento que el gobierno italiano dirigió a varios Estados, respondieron *ciencuenta y seis* gobiernos, tomando parte, con sus respectivos delegados, en la formación del Comité permanente del Instituto.

Faltan todavía las adhesiones de algunos países no europeos. De las Américas faltan las de Haití, Santo Domingo, Honduras, Panamá, Venezuela y Bolivia. Y se lamenta mucho esta ausencia, por ser países directamente interesados en las cuestiones de agricultura tropical, que forman objeto de cuidadoso estudio para el Instituto. Pero la gran mayoría de los Estados de las cinco partes del mundo están representados activamente en esta organización internacional. De la población

total del globo, que es, según se calcula, de 1,730 millones de habitantes, tan sólo unos 29 millones pertenecen a Estados independientes que aún no se han adherido al Instituto Internacional de Agricultura.

La actividad del Instituto, hasta hoy, se ha demostrado por una serie de trabajos, de los cuales anotaremos los principales a continuación:

Organización de los servicios de estadística agrícola en los diferentes países.

Coeficientes para la reducción de pesas, medidas y monedas, al sistema métrico decimal.

Bases teóricas de la estadística agraria internacional.

Organización de la estadística del comercio con el exterior en los diferentes países.

Repartición agrícola de los territorios de los varios países, según el censo agrario de 1914.

Servicio de protección contra las enfermedades de las plantas y los insectos dañinos en los diferentes países.

Producción y consumo de abonos químicos en el mundo (1914).

Cooperación, seguro y crédito agrario.

Seguro contra el granizo.

Informaciones mensuales acerca del ganado (zootecnia), industrias agrícolas de productos vegetales y animales, ingeniería rural, instituciones económicas y sociales, etc., etc.

Además de acabadas monografías sobre las distintas materias, se publica periódicamente un Boletín que da a conocer todos los progresos que se van realizando en la solución de los varios problemas agrícolas que interesan a cada país y al mundo en general, y al fin de cada año un anuario de estadística y legislación agrícola.

En el inmenso naufragio producido por esa lucha espantosa de pueblos, donde han perecido tantas instituciones internacionales beneficiosas para el adelanto de la humanidad, esta de Roma es la única que ha quedado en pie, como indicio elocuente de la vida inmortal de los principios más esenciales del progreso. En medio de este tremendo torbellino que está inexorablemente revolviendo y tumbando las más genero-

sas iniciativas de progreso que la civilización produjo con un trabajo de siglos, el Instituto Internacional de Agricultura sigue oponiendo, contra viento y marea, su vigorosa resistencia y prestando preciosos servicios a los Gobiernos, para atenuar las consecuencias desastrosas del cataclismo histórico que estamos presenciando.

De la suma de datos que diariamente se recogen en aquella oficina, que es un gran observatorio y un gran laboratorio al mismo tiempo, resulta que esta poderosa organización oficial ha continuado, y hasta perfeccionado, sus trabajos, poniéndose en grado de producir beneficios inmediatos durante la guerra, elaborando y amalgamando, como un crisol mundial, los factores y elementos del progreso agrícola. Los acontecimientos actuales han evidenciado, mejor que nunca, que este progreso agrícola es y será la base esencial de la vida y la resistencia de los pueblos.

Con fe invariable en su programa, que se inspiró en un concepto de solidaridad y pacificación del mundo entero, el Instituto se ha revelado durante la guerra como el instrumento de mayor eficacia y más práctico para resolver el problema agrícola que se sintetiza en la arduísima cuestión de la alimentación. De suerte que este órgano oficial, que había de servir de lazo de unión entre las instituciones económicas de paz de todos los pueblos, acabó por ser, en virtud de los principios de su constitución, uno de los factores más importantes de la vida de las naciones y de su resistencia al través de todas las graves dificultades de la presente hora histórica, y un elemento precioso para las victorias que los Gobiernos han de lograr todos los días para asegurar a cada hombre su sustento.

Aunque sea verdad que la obra de ésta, como de cualquiera institución humana, no podría nunca llegar a sustituir a las fuerzas misteriosas de la naturaleza—pues los elementos naturales serán siempre factores esenciales de la creación y producción de todo lo necesario para la vida humana—, sin embargo el Instituto, lejos de pretender sustituirse a las fuerzas activas y productoras de la naturaleza, puede ejercer su influjo y su autoridad sobre la acción consciente del hombre y

dirigirla según métodos y principios que hagan resultar más provechoso, regular y remunerador el poder inconsciente de los elementos naturales.

Actuar en este sentido; disciplinar las fuerzas ciegas de la naturaleza; subordinarlas a los descubrimientos y las invenciones del genio de los pueblos; adaptarlas a las circunstancias, a la diversidad de los tiempos, los lugares, los climas, a la diferencia de las razas, las costumbres, los hábitos y las tradiciones de las varias naciones; utilizarlas para el mayor bien de todos, a pesar de la diferencia de las leyes, las constituciones políticas, las divergencias económicas, las aspiraciones materiales y morales de los Gobiernos,—éste es el ideal de la gran obra a la cual han de mirar los esfuerzos de los Estados que, como Cuba, están representados en el Instituto Internacional de Agricultura.

A los pueblos que van buscando sus rumbos, él debe enseñar el camino por donde los otros pueblos han pasado y las experiencias por ellos adquiridas; y a la iniciativa que la ignorancia deja sin fuerza, darle, con las energías de la ciencia, nuevos impulsos de actividad.

Esta tarea tan noble y elevada, parecerá quizá mezquina a los que van buscando soluciones absolutas y definitivas. Pero, en el terreno de la realidad, ella tiene una inmensa importancia de carácter práctico inmediato, porque constituye un caso, sin antecedentes, de síntesis y generalización de intereses económicos internacionales.

Es una institución de carácter eminentemente progresista; por lo que si todos los Estados del mundo tienen interés en contribuir al desarrollo de su acción benéfica, interés y deber mucho mayores tienen de cooperar eficazmente a sus fines aquéllos que se han puesto en primera línea como avanzadas de la civilización, luchando en estos días por hacer prevalecer los principios de derecho, justicia y libertad en las relaciones entre los pueblos. Es muy necesario que Cuba, que valerosamente se ha puesto a la cabeza de todas las naciones de la América latina, al par que tantos otros gobiernos de naciones grandes y pequeñas, entienda el valor del poderoso influjo que puede ejercer en el incremento de

la prosperidad de la República, y del mundo en general, la obra del Instituto; y que, en unión más activamente harmónica de esfuerzos con los demás, le preste su concurso no sólo de pura apariencia formal y decorativa—como fué hasta ahora—, sino vigorosamente intenso, a este órgano central de coordinación y dirección, para aumentar la eficacia de sus iniciativas en pro de la solución de los problemas agrícolas, que ya importantísimos hoy en la Isla y en el mundo entero, más graves e importantes se vislumbran para después de la guerra.

En cualquier materia de estadística agrícola y comercial, de enfermedades de las plantas, de indicaciones técnicas, económicas o sociales, nada podría hacer este órgano central sin los elementos que le proporcione esa colaboración activísima de los órganos periféricos. Está demasiado lejos de los lugares donde se verifican los fenómenos que interesan su acción, para poderlos conocer directamente. Necesariamente su vida ha de ser *refleja,* en su función primordial, por los elementos de información que han de suministrarle los Estados en él representados, como materia tosca que hay que elaborar para llenar luego la función más elevada de encauzar y dirigir la actividad general en su ramo.

Así como el cerebro elabora la ciencia partiendo de las impresiones recogidas y trasmitidas por los sentidos, del mismo modo el Instituto recibe y elabora los datos remitidos por los Gobiernos; dependiendo la mayor eficacia de su funcionamiento, de la prontitud y del cuidado con que los Estados interesados le remitan las noticias y los materiales para sus trabajos.

Aun dentro de los límites indicados, no deja de ser muy importante el influjo moral, y la fuerza de empuje para el progreso de los pueblos, que la actividad del Instituto ha de producir.

Con dar a conocer la organización más perfecta que en agricultura y sus ramos afines distingue a los Estados más adelantados, y hacer constar las ventajas que de ella se derivan para esos países más progresistas, el Instituto despertará seguramente la emulación de los otros Gobiernos con el per-

sistente estímulo de tomar iniciativas que les hagan llevar su organización respectiva a un más elevado nivel de perfección.

No se trata ya de que sea una propaganda teórica la que está haciendo el Instituto, para sugestionar las mentes ávidas de innovaciones beneficiosas y sumar adhesiones a una causa ideal, sino de un programa eminentemente práctico que va realizando, cuyos resultados alcanzados a los pocos años de su existencia, y los que sigue alcanzando continuamente—a pesar de la guerra mundial, mediante oportunos acuerdos internacionales—, representan una muy sólida garantía de una obra aun más fecunda en resultados útiles para cuando vuelva la normalidad en las condiciones económicas de los pueblos.

En prueba de ello señalaremos algunas de las cuestiones más importantes que son actualmente objeto de estudio en las oficinas del Instituto de Roma, y de las cuales se espera presentar muy en breve soluciones convenientes a los Gobiernos interesados:

1. Lucha contra las langostas;

3. Creación y conservación de las pequeñas propiedades rurales;

4. Problema de los fletes marítimos y transporte de los productos agrícolas;

5. Unificación de los métodos estadísticos de las aduanas internacionales;

6. Falsificación de las semillas;

7. Forrajes concentrados;

8. Contabilidad agraria;

9. Instituciones sociales en favor de los agricultores;

10. Inmigración, etc., etc.

Además de estos problemas especiales, sigue siendo materia de estudio permanente del Instituto cualquiera investigación acerca del desarrollo de la vida económica de cada pueblo en su núcleo vital, que es la agricultura, tratando de descubrir y ensayar las nuevas fórmulas que se impondrán a la atención de los Gobiernos cuidadosos del progreso y bienestar de sus poblaciones.

En medio de la inmensa oleada homicida que amenaza sumergir al Universo, el Instituto Internacional de Agricultura

no ha interrumpido ni un solo momento, como hemos dicho, el curso normal de sus funciones y sus trabajos; y, alentado por la confianza de los Gobiernos, sin desmayar por cuantas dificultades le oponga la tremenda crisis actual, cumple serenamente con su noble misión y presta servicios de incomparable utilidad en relación con la necesidad de dejar cimentada, en las conciencias de los pueblos envueltos en la guerra, la seguridad de los recursos de la alimentación mediante una intensificación racional de las fuerzas productoras de la tierra.

Los gravísimos acontecimientos que están desarrollándose acaban de patentizar, mejor que nunca, que si las armas y las municiones sirven para vencer en la guerra, las dificultades del problema alimenticio podrían anular completamente el valor de los combatientes y la resistencia interior del país que los sostiene; por lo que en una lucha que va prolongándose por años, y que, según la expresión gráfica del Secretario norteamericano del Tesoro, Mc. Adoo, no debe proponerse límites de tiempo, sino conseguir el triunfo definitivo del derecho y la democracia sobre la fuerza brutal de los Imperios centrales; en esta enorme lucha, que aleja todas las mayores y mejores energías humanas de los campos de la producción, no hay ningún cuidado que baste para mantener asegurada la continuidad de los abastecimientos, que son las armas fisiológicas más esenciales de la resistencia.

Y por esto, con sano espíritu previsor y con la firme persuasión del provecho que de los servicios de esta institución podría sacarse en estos momentos, los Gobiernos no quisieron que el estado de querra influyera en su funcionamiento normal.

Si en Cuba nuestros gobernantes se dieran cuenta de la dificultad y complejidad de esta misión y supieran apreciar los hechos y resultados que evidencian su satisfactorio cumplimiento, correspondiendo honradamente a la confianza y al crédito que el nuestro, junto a los otros 56 Estados, le acordó al Instituto, no hay que dudar de que nuestra República se apresurará a contribuir más intensamente a la actividad de él, hoy que el concurso más presuroso de todos se reclama urgentemente para que el Instituto salga engrandecido tras esta prueba de

guerra, afianzado, vigorizado y templado en la lucha contra las adversidades.

Cuando la vida de las naciones haya vuelto, después de esta espantosa tempestad, al cauce tranquilo en que debe desenvolverse con ritmo regular, los Gobiernos tendrán motivo para alegrarse de haber contribuido, con su fe activa y sus auxilios, a mantener sana, firme e intacta esta obra internacional que ellos edificaron con su voluntad y sostuvieron y alentaron con su confianza.

Concluiremos con las palabras augurales del Vicepresidente del Instituto, M. Louis Dop, a quien le debemos los datos principales de este trabajo:

El Instituto Internacional de Agricultura, guardián celoso de los principios del Derecho, la Justicia y la Libertad, continuará su marcha ascensional hacia la Civilización y el Progreso, como nueva arca de Noé salvada del naufragio por la voluntad de los Estados, para emprender, en la paz, la obra de reconstitución económica confiada a los bienhechores de la humanidad.

Dr. F. F. Falco.

Penne, Abruzos (Italia), mayo 1918.

He aquí a un ciudadano cubano, nacido en la bella tierra de Italia, que ha hecho más en pro de Cuba que muchos nacionales. Al Dr. Francisco Federico Falco se debe, principalmente, la agitación italiana en favor de la independencia nuestra: propagó sin descanso en su patria nativa nuestros ideales libertadores, obtuvo la cooperación de eminentes compatriotas suyos, y vino luego a Cuba a empuñar las armas en nuestra última guerra por la independencia, en la que alcanzó el grado de comandante. Ha sido Cónsul General de Cuba en Génova y la ha representado en distintos Congresos; fundó en La Habana la revista *La Cultura Latina*, y ha publicado, entre otros trabajos importantes, las siguientes obras en las cuales evidencia el más alto, el más noble interés por nuestra patria, que es la suya de adopción: *La lotta di Cuba* (Roma, 1896), *Ideal Cubano* (Nápoles, 1910; 237 págs.), *La inmigración italiana y la colonización en Cuba* (Turín, 1912; 96 págs.) y *Veinte años después del Grito de Baire* (Génova, 1915; 230 págs.) Este último libro lo dedicó en especial, espontánea y generosamente, a estudiar, analizar y aplaudir el programa, las tendencias y el desarrollo de Cuba Contemporánea, que ahora le da públicamente las más sentidas gracias por él y por esta valiosa colaboración que hoy le brinda.

GRANOS DE ORO

PENSAMIENTOS SELECCIONADOS EN LAS OBRAS DE JOSÉ MARTÍ

(*Continuación.*)

III

Del vol. "En los Estados Unidos". (Primera parte.)

No ha de temerse la sinceridad; sólo es tremendo lo oculto.

La vida tiene horas de oro en que parece que el sol sale en el alma, y como ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas.

En la justicia no cabe demora; y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí.

Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten a ser pícaros.

La política virtuosa es la única útil y durable.

Aplazar no es resolver. Si existe un mal, con permitir que se acumule no se remedia. El crimen, el crimen de permitirlo, trae siempre sangre.

Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen.

El que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza.

Una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad.

Debe ser obligatorio el servicio de maestros, como el de soldados.

Preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo.

De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra.

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta.

Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios.

Las religiones, que en su primer estado son una necesidad de los pueblos débiles, perduran luego como anticipo, en que el hombre se goza, del bienestar final poético que confusa y tenazmente desea.

Las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente fuera de la vida, son la poesía del mundo venidero: ¡por sueños y por alas los mundos se enlazan!: giran los mundos en el espacio unidos, como un coro de doncellas, por estos lazos de alas. Por eso la religión no muere, sino se ensancha y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la naturaleza y tiende a su estado definitivo de colosal poesía.

Las religiones todas, fuera de aquellas ya aventadas que en anuncio de la final religión poética han establecido la razón, tienen sus milagros, sus arúspices, sus oráculos, sus ídolos, sus

juggernaut que tunden y fulminan, hasta que, negados los fieles a creer que la palabra de Dios sea enemiga del albedrío, condiciones y virilidad que nacen con el hombre, se acercan al *juggernaut* con maza en mano, le desciñen el manto, le quitan las faldas de formas de flores, le quiebran el vientre esférico, le levantan el capuz funeral, orlado de luminosa pedrería, y en vez de la palabra de Dios, a que en seguida corren a alzar templo, encuentran un tablón viejo y roído, con los pies y las manos de carbón pintado, como los gigantes de los ferias.

¡Oh! la ciencia que se aprende en el libro de todos los días, con la pluma, con las bridas, con el componedor, con el cepillo, con la lezna!

Donde luce un espíritu sincero, los hombres se congregan y siguen el camino, como detrás del manso la majada.

Color y olor tienen las almas.

La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen.

La flor del pensamiento es la poesía.

Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar; lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y las manos adoradas que nos la dieron.

La religión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía.

Se conocen repúblicas falsas que cernidas en un tamiz, sólo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre, ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos.

Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá.

A las poesías del alma nadie podrá cortar los alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego y esa mirada ansiosa hacia las nubes.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio.

Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana.

Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando.

Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.

Las grandes opresiones engendran los grandes rebeldes.

Siempre lo impuesto es vano y lo libre es vivífico.

No es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura.
Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.
Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto una lealtad tan dulce, que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a los de los rayos del sol.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteado y manso como se vieron ellos.

La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: "para el revolucionario, dijo St. Just, no hay más descanso que la tumba!"

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

Así como la vida del hombre se concentra en la medula espinal y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos.

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad, la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Los hombres que quedan son los que encarnan en sí una idea que combate, o una aspiración destinada al triunfo,—los que pasan por el mundo voceando y luciendo con velocidad extraordinaria— como los astros. Mientras viven, se les señala con el dedo; en cuanto mueren se ve que donde ellos caen se levanta una estatua. No importa que hayan defendido sus doctrinas con exceso: así han de defenderse las ideas justas, para que al retraerse, como todo se retrae, en la marea del universo, no quede la idea demasiado atrás.

Un grano de poesía sazona un siglo.

La alegría viene de la gente llana.

No se vive sin sacar luz en la familiaridad con lo enorme.

El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía.

Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que expresa el anhelo de las almas.

¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde?

Los que no creen en la inmortalidad creen en la historia.

Es necesario elevarse como los montes para ser vistos de lejos.

La falta de proporción parece indispensable a la grandeza.

Como la montaña, la vida del hombre que perdura ha de ser selvática, enmarañada: acá una cripta, allá un roble, por allá una enredadera; incorrecta, abrupta, rugosa.

La pasión es una nobleza.

Los apasionados son los primogénitos del mundo.

Los fuertes doman la pasión; pero en cuanto logran extinguirla, cesan de ser fuertes.

Hasta para ser justo se necesita ser un poco injusto.

La fama es premio justo de quien tiene el valor de sacrificar el grato sigilo de su persona a la idea que defiende.

Donde el virtuoso se recata, el ambicioso vence.

La justicia manda reconocer que el mundo adelanta por la obra unida, hostil en la apariencia e idéntica en el fondo, de la ambición y la virtud.

Triunfa de lado la virtud en la política, pero nunca de un modo directo y absoluto.

El alma, es verdad, va por la vida como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, o aspirar el aire vivífico, o aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz de-

rretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienes, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: ¿"cuándo acabaremos, alma?"

Todo vivo, que debiera ser un aroma, es un cómplice; y la existencia es más feliz mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Todo es símbolo y síntesis, y hay que ir a buscar la raíz de todo.

Morir, ¿no es volver a lo que se era en principio?

IV

Del vol. "En los Estados Unidos". (Segunda parte.)

La justicia de una causa es deslucida muchas veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla.

Al que se cría para toro no puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales, ni dispuesto, por lo que sufre y ve, a dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir o hacer lo dice o hace a manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lezna; si es herrero, con martillo.

Sólo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

En política se puede una vez que otra ser sincero y honrado.

Las gentes de dinero, iglesia y milicia se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo, que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio a sus legítimas angustias.

Nada excita tanto a la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia.

Es digno del cielo el que intenta escalarle.

Sólo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella.

Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar.

Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes quieren un artesano de tierra y de sol.

Es, por esencia, trascendental el espíritu humano.

Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia.

El egoísmo levanta a los pueblos y los pierde.

Hombres haga quien quiera hacer pueblos.

Todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas destructivas.

Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir.

¡Tiene tánto el periodista de soldado!

El arte de escribir ¿no es reducir?

El mejor modo de mantener al vencido en el estado de espíritu necesario para vencer, es mantenerse en pie, ante él, como vencedor.

La guerra se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud.

El odio político no duerme y se complace en afear toda hermosura.

La libertad debiera ya tener su arquitectura.

Toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños.

El hombre se siente consagrado en los ancianos.

En un mero soldado la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento.

Sólo las madres, siempre benévolas, saben la tarea que el niño puede soportar sin fatiga.

El carácter impera.

La elocuencia brilla.

El que sabe dominar las pasiones ajenas o tiene grandes las propias, es guía natural de los hombres, aunque efímero, a menos que la virtud no lo posea; pero el que al fin triunfa, no es el que enciende y desata las pasiones, sino el que sabe reprimirlas.

Nada hace padecer tanto a un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira, que ver interpretadas por la malignidad o el interés sus intenciones.

Sólo merece gobernar a los pueblos quien tiene menos flaquezas que ellos.

Las piedras del odio, a poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango.

Los presidentes son para unir, no para dividir.

El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento.

Trabaja inútilmente, porque será vencida, esa generación pueril de filoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo.

La inteligencia tiene sus petimetres, que son los que toman a pecho cualquier novedad que sale de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, que son los que llevan sus vestidos de modo que siempre están bien, porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo.

Mal va un hombre cuando no le da un vuelco el corazón al leer o presenciar un acto heroico.

Se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve a echarles los brazos.

La riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia.

El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defenderán mañana la tierra patria o el derecho, de velar al pie de algo más que un mostrador o una ventana.

El dolor es la sal de la gloria.

Todo se afina, se purifica y crece.

¿Para qué, sino para poner paz en los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia?

Por un lado es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala.

Cada época se pone en una fiesta que la representa y refleja sus ideales.

Jamás llegaron a fiesta pública, fuera de aquéllos que la pasión exagera y deshace, sino aquellos sentimientos potentes que de vez en cuando, como energías volcánicas, levantan los pueblos, y quedan para siempre visibles en ellos, como los montes en la tierra.

Es moda nueva, de esmalte, moda de puro barniz, suponer que los accidentes de educación y clima puedan alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone, o lo que no les ha puesto, la vida acumulada de las generaciones.

Para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos su aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos.

Los pueblos son como los obreros a la vuelta del trabajo: por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetables.

Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que los confunde y unifica.

El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años.

Reproducir no es crear, y crear es el deber del hombre.

La palabra sincera huye, como niña decorosa, de los comedores venales.

El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas.

Como la derrota consume, el éxito robustece.

En la arquitectura, como en todas las artes, el modo más seguro de matar el efecto es rebuscarlo.

V

Del vol. "La Edad de Oro".

El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso, aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado, es siempre hermoso.

Nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre.

Los niños son los que saben querer; los niños son la esperanza del mundo.

Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían.

Para escribir bien de una cosa hay que saber de ellas mucho.

Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo.

Es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que de diversiones y de modas.

Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.

Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado.

Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país donde nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado.

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado.

El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón.

Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para ser dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor.

En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz.

Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro.

Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto.

Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad.

Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres.

La palabra de un hombre es ley.

La fortuna es ciega y favorece a los necios.

La fuerza no sirve para todo.

De los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las penas de la vida, y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes.

Tener talento es tener buen corazón.

Todos los pícaros son tontos.

Los buenos son los que ganan a la larga.

Los hombres son soberbios y no quieren confesar que otro hombre sea más fuerte o más inteligente que ellos.

Son los hombres los que inventan los dioses a su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado y las adora en los templos.

El hombre se ve pequeño ante la naturaleza que lo crea y lo mata, y siente la necesidad de creer en algo poderoso, y de rogarle, para que lo trate bien en el mundo, y para que no le quite la vida.

Los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano, sino por el acuerdo y respeto de los hombres principales que el pueblo escoge para explicar el modo con que quiere que lo gobiernen.

Los pueblos, lo mismo que los niños, necesitan de tiempo en tiempo algo así como correr mucho, reirse mucho y dar gritos y saltos.

En la vida no se puede hacer todo lo que se quiere, y lo que se va quedando sin hacer sale así de tiempo en tiempo, como una locura.

Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo.

Con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos.

La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos.

El mundo tiene más jóvenes que viejos.

Cuando no se ha cuidado del corazón y la mente en los años jóvenes, bien se puede temer que la ancianidad sea desolada y triste.

Cada ser humano lleva un ser ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua, tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo.

La educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte.

La mente cambia sin cesar, y se enriquece y perfecciona con los años.

Las cualidades esenciales del carácter, lo original y enérgico de cada hombre, se dejan ver desde la infancia en un acto, en una idea, en una mirada.

Todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por respeto a sí propio y al mundo.

Lo general es que el hombre no logre en la vida un bienestar permanente sino después de muchos años de esperar con paciencia y de ser bueno, sin cansarse nunca.

El ser bueno da gusto y lo hace a uno fuerte y feliz.

La fuerza del genio no se acaba con la juventud.

Nadie debe morirse mientras pueda servir para algo.

La vida es como todas las cosas, que no debe deshacerlas sino el que puede volverlas a hacer.

Así es la vida, no cabe en ella todo el bien que pudiera uno hacer.

Ls niños debían juntarse una vez por lo menos a la semana, para ver a quién podían hacerle algún bien, todos juntos.

Mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados.

Los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias.

El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo.

Las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo para que lo vea a uno pasar.

Se es bueno porque sí; y porque allá dentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien, o se ha dicho algo útil a los demás.

Los hombres deben aprenderlo todo por sí mismos, y no creer sin preguntar, ni hablar sin entender, ni pensar como esclavos lo que les mandan pensar otros.

Los hombres cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad.

Todos los hombres tienen la misma pena, y la historia igual, y el mismo amor.

El mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.

Es un presumido el que se crea más sabio que la naturaleza.

Los pueblos que se cansan de defenderse llegan a halar, como las bestias, del carro de sus amos.

A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir.

Con lanzas no se puede pelear contra balas.

La vida no es propiedad del hombre, sino préstamo que le hizo la naturaleza.

Morir no es más que volver a la naturaleza de donde se vino y en la que todo es como hermano del hombre.

No hay gusto mayor, no hay delicia más grande que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno alrededor de espinas.

La vida es toda de dolor; y el dolor viene de desear, y para vivir sin dolor es necesario vivir sin deseo.

El hombre no ha de descansar hasta que no entienda todo lo que ve.

Los hombres somos como el león del mundo, y como el caballo de pelear, que no está contento ni se pone hermoso sino cuando huele batalla, y oye ruido de sables y cañones.

La mujer es como una flor, y hay que tratarla así, con mucho cuidado y cariño, porque si la tratan mal, se muere pronto, lo mismo que las flores.

Con el elefante sucede como con las gentes del mundo, que porque tienen hermosura de cara y de cuerpo las cree uno de alma hermosa, sin ver que eso es como los jarrones finos, que no tienen nada dentro, y una vez pueden tener olores preciosos, y otras peste, y otras polvo.

A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa.

Hay gente loca, y es la que dice que no es verdad sino lo que se ve con los ojos.

Se ha de conocer las fuerzas del mundo para ponerlas a trabajar, y hacer que la electricidad, que mata en un rayo, alumbre en la luz.

La vida de tocador no es de hombres.

VI

Del vol. "Hombres".

¿Qué es ver la luz y celebrarla de lejos, si se la huye de cerca?

¿Qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer?

¿Qué es ver caer la torre deshecha sobre el pueblo amado, y tener al pueblo por la espalda, como la celestina a la novicia dolorosa, para que le caiga mejor la torre encima?

¿Qué es aborrecer al tirano, y vivir a su sombra y a su mesa?

¿Qué es predicar en voz alta o baja, la revolución, y no componer el país desgobernado para la revolución que se predica?

¿Qué es la gloria verdadera y útil, sino abnegarse, y con la obra silente y continua tener la hoguera henchida de leños, para la hora de la combustión, y el cauce abierto para cuando la llama se desborde, y el cielo vasto y alto, para que quepa bien la claridad?

Lo más del hombre, y lo mejor, suele ser lo que en él sólo ven a derechas quienes como él padezcan y anhelen.

Los pueblos, injustos en la cólera o el apetito, y crédulos en sus horas de deseo, son infalibles a la larga.

De luz se han de hacer los hombres, y deben dar luz.

De la Naturaleza se tiene el talento, vil o glorioso, según se le use en el servicio frenético de sí, o para el bien humano; y de sí elabora el hombre, aquilatándose o reduciéndose, el mérito supremo del carácter.

Unos están en el mundo para minar; y para edificar están otros.

La pelea es continua entre el genio albañil y el genio roedor.

Unos trabajan con la uña y el diente, otros con la cuchara y el nivel.

Cuando, con el corazón clavado de espinas, un hombre ama en el mundo a los mismos que lo niegan, ese hombre es épico.

Con independencia, en hombres como en pueblos, la mayor humildad es corona; y sin ella el genio mismo va de saltimbanqui, y la virtud, de verse incapaz, se vuelve ponzoña.

Honrar a la patria es una manera de pelear por ella.

El lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón a la libertad egoísta y conquistadora y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside en la abundancia de generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva a respetar el ajeno tanto como el propio.

Los compromisos de los gobiernos, ligados a veces por la prudencia con respetos que lastiman su corazón, son acaso menos eficaces que la simpatía irresponsable y ambiente del pueblo decidido a favorecer en sus alrededores el triunfo de la libertad.

Lo que la cancillería, ahita de tratados de paz y respeto, no puede a veces intentar, lógralo, sin que se le pueda poner la mano encima, la ayuda secreta del alma del país, que alienta el brazo alzado contra los tiranos.

Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos y se firman por los más puros de sus hijos ante el altar en que las mujeres y las niñas ofrendan flores a un hombre que sólo fué poderoso por el entendimiento y la bondad, son más duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses.

De hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha.

Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen.

Como con el agua fuerte se ha de ir tentando el oro de los hombres.

Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta.

Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio, donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su cruzada y brutalidad, que rendir el alma nativa, a la vez delicada y fuerte, a un espíritu nacional ajeno que contiene sólo uno de los factores del alma de la isla que vaciaría en la isla pobre y vende los torrentes

de su riqueza egoísta y corruptora, que convertiría un pueblo fino y de glorioso porvenir en lo que Inglaterra ha convertido el Indostán.

¿Adónde, sino en las tumbas y en la miseria, están los hombres útiles?

Abrazo sea el mar, y uno los cubanos de la isla y los de afuera.

Así se alzan los pueblos: no apedreándose las casas de acera a acera, ni recortándose los méritos como cortesanos envidiosos, sino reconociendo el mérito a pleno corazón, convidando a la virtud por el estímulo del respeto con que se la premia, juntándose los hombres en una casa sola, para venerar y amar.

Juntarse: esta es la palabra del mundo.

Como se apartan los ojos de las villanías, para que la piedad del silencio ayude a hacerlas menos feas y aborrecibles, así se ha de volver los ojos a los espectáculos de la virtud, para que se mantenga o reviva la esperanza en el alma de los hombres.

Suele la imprevisión humana tener a mal que el hombre bueno propague la justicia y salude el talento y la virtud, sin subir o bajar más el sombrero porque el padre del hombre virtuoso haya nacido en África o Europa; ¡pues si nació en África esclavo y de su esclavitud sacó al hijo que se hombrea con el hijo de los libres, mayor es la dificultad vencida, y más bajo debe ir el sombrero!

El peligro de educar a los niños fuera de su patria es casi tan grande como la necesidad, en los pueblos incompletos e infelices, de educarlos donde adquieran los conocimientos necesarios para ensanchar su país naciente, o donde no se les envenene el carácter con la rutina de la enseñanza y la moral turbia en que caen, por la desgana y ocio de la servidumbre, los pueblos que padecen en la esclavitud.

Es grande el peligro de educar a los niños afuera, porque sólo es de padres la continua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil, y aquella constante mezcla de la autoridad y el cariño, que no son eficaces, por la misma justicia y arrogancia de nuestra naturaleza, sino cuando ambas vienen de la misma persona.

No se ha de criar naranjas para plantarlas en Noruega, ni manzanas para que den fruto en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces.

La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del del Mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales de los hombres del Norte.

Los hábitos prolongados crían en los hombres, y en los pueblos, tal modificación en la expresión y funciones de la naturaleza, que, sin mudarla en lo esencial, llegan a ser imposibles al hombre de una región con cierto concepto de la vida y ciertas prácticas, la dicha del contento y el éxito del trabajo en otra región de prácticas y concepto de vida diferentes.

Un país muy poblado y frío, donde la agria necesidad aguza y encona la competencia entre los hombres, cría en éstos costumbres de egoísmo necesario que no se avienen con la franqueza y el desinterés propios e indispensables en las tierras abundantes, donde la población escasa permita aún el acercamiento y grata obligación de la vida de familia.

El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén o el acomodo imposible al país en que ha de vivir, sino prepararlo para vivir bueno y útil en él.

Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia y de sus hábitos religiosos y políticos.

La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén.

La superioridad del número y del tamaño, en consecuencia de los antecedentes y de las oportunidades, cría en los pueblos prósperos el desprecio de las naciones que batallan en pelea desigual con elementos menores o diversos.

La educación del hijo de pueblos menores en un pueblo de carácter opuesto y de riqueza superior, pudiera llevar al educando a una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación—o a la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo—, si al nutrirlo con las prácticas y conocimientos ignorados o mal desenvueltos en el país de su cuna, no se le enseñaran, con atención continua, en lo que se relacionan con él y mantienen al educando en el amor y respeto del país adonde ha de vivir.

¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón?

El carácter pujante y respetado, triunfa del desierto y la noche de la vida extranjera.

Es hermoso ver luchar a un hombre honrado; verlo padecer, puesto que del espectáculo de su dolor se sacan fuerzas para oponerse a la maldad.

A los hombres los reúne el vicio o la virtud.

Hay blancos y negros tan juntos por la virtud, que no será posible separarlos sin separarlos antes de sus propias entrañas.

Lo dominante es el amor.

La patria está hecha del mérito de sus hijos, y es riqueza de ella cuanto bueno haga un hijo suyo, sobre todo si trabaja en lo que ya han brillado otros y lo de él resulta más útil y completo que lo de sus predecesores.

Lo que importa en poesía es sentir, parézcase o no a lo que haya sentido otro; y lo que se siente nuevamente, es nuevo.

A la vida se le van cayendo los velos poco a poco, y cuando se conoce y rehuye lo de verboso e inútil que hay en ella, vuelve como una ingenuidad al corazón, que en los hombres sensibles y adoloridos se refleja, a la tarde de los años, en la sencillez de la poesía.

Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria.

En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay una poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia.

Agradecer es un gusto.

Los hombres siempre se están cayendo, es verdad, pero ven a uno que anda firme, y de la vergüenza todos le siguen andando.

El genio no puede salvarse en la tierra si no asciende a la dicha suprema de la humanidad.

La personalidad individual sólo es gloriosa y útil a su poseedor cuando se acomoda a la persona pública.

El hombre, como hombre patrio, sólo lo es en la suma de esperanza o de justicia que representa.

Cuando la patria aspira, sólo es posible aspirar para ella.

Los hombres secundarios, que son aquellos en quienes el apetito del bienestar ahoga los gritos del corazón del mundo y las demandas mismas de la conciencia, pueden vivir alegres, como vasos de fango repintado, en medio de la deshonra y la vergüenza humanas. Los hombres que vienen a la vida con la semilla de lo porvenir y luz para el camino, sólo vivirán dichosos en cuanto obedezcan a la actividad y abnegación que de fuerza fatal en incontrastable traen en sí.

Debe el hombre reducirse a lo que su pueblo, o el mayor pueblo de la humanidad, requiera de él, aunque para este servicio sumo, por la crudez de los menesterosos, sacrifique al arte difícil de componer para la dicha social los elementos burdos de su época, el arte, en verdad ínfimo, de sacar a pujo la brillantez de la persona, ya esmerilando la idea exquisita, que viene mareada del universo viejo, ya levantando, a fuerza de convulsiones inmorales, una vulgar fortuna.

El odio canijo ladra y no obra.

Sólo el amor construye.

Se aborrece a los viles, y se ama, con las entrañas todas, a los hombres pudorosos y bravos.

Cuando se vive en villanía, no hay más que un pensamiento honrado, que ha de morder el corazón hasta que estalle y triunfe, y de quemarlo como una llaga, y de despertarlo en el reposo inmerecido: y es el de echar la villanía abajo.

En la deshonra, en la usurpación insolente del suelo en que se nació y del espacio en que pudieran abrir las alas nuestras facultades; en el comercio, hediondo como el pus, con la ralea que roba a nuestra tierra los frutos de su suelo y el decoro de sus hijos, y los corrompe y empobrece, sólo una especie de hombres puede vivir sin la perenne idea de mudarle el aire al cielo impuro: los hombres deshonrados.

Hombres hay para el pesebre, que viven de estrujar y de engullir; hombres de corral, a la verdad, que en el cieno están bien, que es blando y engorda.

Por el desinterés son bellos los hombres; y feos, y aun abominables, por el interés excesivo, que de la legítima prudencia sacan excusa para la inactividad y la avaricia.

Como con bubas en el rostro y jorobas en la espalda, andan por el mundo los que en las penas de él, y a la hora en que trabajan por remediarlas los corazones poderosos, pasan de prisa y como escondidos por donde el deber labra y padece, para que el deber no les sienta el paso egoísta y no les pida una migaja de su pan.

La lisonja inútil del mundo acaba tal vez en la tumba.

No hay cuenta que no se pague en la naturaleza armoniosa y lógica; y para no llevar como una cadena al pie el deber desatendido, cúmplase el deber, por la ventaja mundana y moral que hay en cumplirlo, y llévese como título y como ala.

El mundo es patético, y el artista mejor no es quien lo cuelga y recama, de modo que sólo se le vea el raso y el oro, y pinta amable el pecado oneroso, y mueve a fe inmortal en el lujo y la dicha, sino quien usa el don de componer, con la palabra o los colores, de modo que se vea la pena del mundo y quede el hombre movido a su remedio.

Negarse y recogerse en sí, y huir de la necesidad del mundo, y adularle al poder, es el pálido oficio de las almas inferiores.

Ámese al hombre entusiasta y desinteresado.

(Continuará.)

EDUCACIÓN

I

Hablan dos esposos felices, y tercia un pensador moralista.

—¡Oh, qué dicha!, dice ella. Nuestro hijo es un niño-prodigio. Todas las notas son de sobresaliente... Es preciso darle gusto en todo.

—Lo merece, dice el padre. En aritmética va a ser un Leibniz... y así en todo lo demás...

—No hagáis tal, dice el amigo pensador. Suponed que vuestro hijo llegare a ser un sabio, un artista, un descubridor... ¿de qué le valdría todo eso, si no cuidáis del carácter, del corazón?

Contesta la madre: —Nosotros no descuidamos nada. Constantemente le decimos que sea bueno...

El amigo replica:—Oh!, no basta. Ese es un consejo demasiado abstracto y vago. Es preciso labrar en el corazón como en piedra preciosa, pero dura; es preciso cincelar el carácter.

La esposa aparte, al esposo:—¡Qué vejeces! ¡Como si nosotros fuéramos a descuidar y a martirizar al pobre niño, sin qué ni para qué...

El esposo gruñe:—No necesitamos que nadie nos dé consejos. Somos ya bien talludos.

II

La esposa dice al esposo:—El niño quiso hoy una pistolita *de verdad.* El esposo:—¿Se la compraste? La esposa:—¡Claro! ¡Si vieras qué planas ha hecho hoy!... parecen litografiadas... Allí está en el salón, jugando con la primita Amelia, que es su encanto...

Se oye un tiro, y en seguida un grito casi infantil. Los padres corren al salón. Amelita ha perdido un ojo. El niño llora desolado:—¡Fué sin querer!, exclama.

—No llores, alma mía, dice la madre; yo sé que no tienes culpa. Amelita se va a curar.

III

Es una hermosa noche cuajada de estrellas. La madre y el niño están en el jardín, contemplándolas. De pronto dice el niño:—Mamá, yo quiero aquella estrella, la más grande, aquella que brilla más.

—Sí, hijo mío; voy a dártela; y le lleva a un lago artificial que reflejaba el hermoso pabellón. Mírala, ahí está. Cógela.

El niño introduce la mano y aprieta donde está la estrella codiciada. Naturalmente, no aprieta más que agua. Llora desesperado.

—Mira, dice, no he cogido más que agua. Ahí se ha quedado la estrella.

—No, no, dice la tierna madre. Tú la cogiste; pero se te escapó.

—¡Mentira!, grita el rapaz, amenazando con los puños cerrados a la madre. ¡Tú me dices mentiras!

—Oye, oye, alma mía. Tú vas a tener la estrella. Yo voy a trabajar y a luchar toda mi vida por que la tengas...

IV

El niño es ya un adolescente, y dice a su madre:—Me gusta mucho esa muchacha. Los padres se oponen. Voy a raptarla...

—No, no, hijo mío. La justicia se te echará encima...

—¡Bah, la justicia! Ustedes arreglarán eso. Esta noche me la robo.

V

Era preciso casarse para ostentar boato y linda mujer en sociedad, y se casó. Metió largas uñas en el erario público, y tuvo automóviles, *chauffeurs,* pajes; hizo un palacio y cubrió de joyas a la mujer, que, infeliz, le decía:—Ya tenemos bastante; no quieras más...

VI

Llegó día en que el Erario se cerró para él. Contrajo deudas. No pudo ni quiso pagarlas. Encontró en un camino a un hombre cargado de riquezas. Quiso quitárselas. El hombre resistió; le mató y huyó con el botín.

VII

El crimen, oculto, quedó impune. Pasaron años, y el matador vivió feliz disfrutando de sus riquezas. Los padres decían:—Lo merece. ¡Cómo ha trabajado, el pobrecito!...

Pero un día en que atravesaba por un campo solitario, llevando joyas y dinero, fué asaltado, despojado de cuanto llevaba y, por crueldad inaudita, untado de miel y abandonado entre nubes de insectos picadores, atado a un poste; y allí se le halló cadáver.

VIII

El vulgo, sentenciosamente, decía:—Es un castigo de la Providencia, por aquel hombre que dicen fué muerto por él. El que a hierro mata, a hierro muere. Los padres desolados, clamaban:—¡Pobrecito! ¡Tan bueno que era, en el fondo! No merecía este fin tan desastrado...

El pensador moralista, presente en esos momentos también, tuvo la prudencia de no hablar por no lastimar aun más aquellas pobres almas, que no sabían lo que les pasaba; pero así, calladamente, pensó:—Esa miel con que le untaron es un chorrito apenas de la que a torrentes vertieron estos incautos padres sobre el infante, relajando su carácter, pervirtiendo su corazón.

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

La Habana, julio 1918.

ERRATA.—En el trabajo titulado *Mujeres antes que hombres*, de la misma autora de éste, publicado en nuestro número de junio anterior, hay una errata que importa salvar. Donde dice, línea 31 de la pág. 92: los consejos, debe leerse: *las consejas*.

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

III

Segunda parte.

Sumario.

Exposición de los casos en que el Gobierno de Washington ha aplicado o invocado la doctrina de Monroe.

(Continuación.)

(E).—La Doctrina de Monroe, no reza con las colonias europeas existentes al ser promulgada, ni se aplica a la lucha de una colonia con su metrópoli.

(1811-1822). Se recordará que en el famoso Mensaje de 2 de diciembre de 1823, se había dicho: no hemos intervenido ni intervendremos en las colonias o dependencias existentes de ninguna potencia europea. Sin embargo, desde el año anterior, el Gobierno de los Estados Unidos había reconocido la independencia de las colonias españolas del Continente, a pesar de que aun España no había renunciado a su soberanía sobre ellas.

¿Quiere decir esto que no fueron sinceras las palabras del Mensaje de Monroe? ¿Quiere decir esto que la conducta del Gobierno de los Estados Unidos para con España contradecía

aquella afirmación? De ninguna manera. Los Estados Unidos, frente al conflicto armado entre España y sus colonias, se mantuvieron imparciales; pero cuando los acontecimientos llegaron a evidenciar que el éxito estaba de parte de los insurrectos; que con respecto a España, ni el estado de sus asuntos interiores, ni su debilidad, permitían que su situación mejorase y que sólo por una obstinada terquedad pretendía mantener una soberanía que era puramente nominal, se decidieron a reconocer la independencia de los nuevos Estados.

Tan es así, que si se ocurre al testimonio de los documentos oficiales del Gobierno de los Estados Unidos, relacionados con el citado conflicto, se verá que desde los comienzos de éste se hicieron ostensibles las simpatías del pueblo norteamericano por la causa de la insurrección, y que si los hombres del Gobierno mantuvieron la neutralidad de la nación, fué por no apartarse del cumplimiento de los deberes internacionales, para con una nación amiga, que les trazaba esa línea de conducta.

Vamos a examinar los más importantes de esos documentos; aquellos que revelan cuál fué la actitud del Gobierno de los Estados Unidos frente al conflicto de España con sus colonias, y cuáles las circunstancias que llevaron a dicho Gobierno a reconocer los nuevos Estados.

En 5 de noviembre de 1811, el Presidente James Madison expuso en un Mensaje al Congreso que la situación revolucionaria de las colonias españolas del continente meridional y su futuro destino eran motivos que requerían la atención del Gobierno, que debía estar preparado para lo que en el futuro pudiera ocurrir. La Cámara de Representantes remitió este asunto a informe de una Comisión Especial designada al efecto, y ésta propuso la adopción de una resolución conjunta, que no se llegó a aprobar, en la que se debía expresar que los Estados Unidos habían de ver con simpatía que las provincias españolas de la América del Sur se establecieran como naciones independientes y soberanas; que, como vecinos del mismo hemisferio, hacían votos por su prosperidad, y que tan pronto como asumieran la condición de naciones, por el legítimo ejercicio de sus derechos, el Senado y la Cámara de Represen-

tantes concurrirían con el Ejecutivo a establecer las más estrechas relaciones.

Por esta misma época, el Sr. Palacio Fajardo, a título de Agente del Gobierno de Cartagena de Indias, quiso establecer relaciones diplomáticas con el Gobierno de los Estados Unidos, y a ese efecto inició las oportunas gestiones. La Cancillería norteamericana hubo de rechazarlas, según reza un documento de fecha 29 de octubre de 1812, que vamos a reproducir porque revela, no obstante su concisión, que los Estados Unidos observaban la suerte de sus vecinos del Sur con marcada simpatía, la que no podían hacer ostensible, de manera oficial, sin romper sus buenas relaciones con España. Dice así ese documento:

M. Palacio, Esquire:

Los Estados Unidos se encuentran en paz con España y no pueden, con ocasión de la lucha que ésta mantiene con sus diferentes posesiones, dar ningún paso que comprometa su neutralidad. Pero al propio tiempo, bueno es reconocer que como habitantes del mismo hemisferio, el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos se interesan vivamente por la prosperidad de sus vecinos de la América del Sur y celebrarían la realización de cuanto contribuyera a fomentar su bienestar. Tengo el honor de quedar muy respetuosamente, su obediente servidor. Js. Monroe.

El propio Monroe, que como Secretario de Estado suscribió la comunicación que antecede, posteriormente, ocupando la presidencia de la República, en su Mensaje anual de dos de diciembre de 1817 hizo las siguientes observaciones con referencia al problema de la insurrección de las colonias de Hispano-América:

Como ya se había previsto, el conflicto entre España y sus colonias ha llegado a afectar a los Estados Unidos; por lo pronto, es natural que nuestros conciudadanos sigan con gran interés los acontecimientos en que se ven envueltos nuestros vecinos. Se previó también que el conflicto, dentro de su desarrollo, llegara a entorpecer nuestro comercio y hasta molestar a las personas e intereses de algunos ciudadanos. Todos esos temores se ha visto que eran fundados; se han recibido serias ofensas de los bandos que luchan; pero mientras tanto los Estados Unidos se mantienen neutrales e imparciales. A los dos bandos se les ha negado auxilios en hombres, dinero, barcos y municiones. El conflicto no presenta el aspecto de una rebelión o insurrección, sino más bien el de una guerra civil entre partidos o bandos cuyas fuer-

zas están equilibradas y que son mirados sin preferencia por los poderes neutrales. Nuestros puertos están abiertos para los dos, y en ellos les está permitido a los unos y a los otros proveerse de productos de nuestro suelo o de nuestras industrias. Y bueno es declarar desde ahora que si las mencionadas colonias llegan a obtener su independencia, no se aceptará de ellas, en el orden comercial, ni en ningún otro, ninguna ventaja que no se otorgue a las otras naciones. Si las colonias llegan a ser independientes, no se aceptará de ellas obligación alguna, para con nosotros, que no sea producto de la más franca reciprocidad.

Se ve, por los términos de este Mensaje, que la actitud del Gobierno de los Estados Unidos no correspondía a las exigencias de la verdadera neutralidad, según las reglas del derecho internacional. A los dos beligerantes se les consideraba bajo el mismo pie de igualdad, cual si la lucha estuviese entablada entre dos naciones, y no, como era realmente, entre una nación, de una parte, y de la otra unas provincias insurreccionadas. Lo que a España le estaba permitido hacer en las costas de los Estados Unidos, no les estaba prohibido a los revolucionarios, y lo que a éstos se les negaba también se le negaba a la metrópoli. Contra semejante orden de cosas protestaron los Gobiernos de España y Portugal, y el propio Presidente de la República, James Madison, en su Mensaje de 26 de diciembre del año 1816, había recomendado al Congreso que legislara en el sentido de prohibir aquellos actos que pudieran afectar y perjudicar las buenas relaciones con los países amigos.

El Congreso escuchó la voz del Presidente de la República; y por el ''acta'' de 20 de abril de 1818, que desde luego vino a perjudicar la situación de los sudamericanos, les fué prohibido a éstos realizar en el territorio de los Estados Unidos todos aquellos actos tendientes a prestarle auxilios materiales a la revolución.

Sin embargo, si por una parte nos encontramos con que el Gobierno de los Estados Unidos no quería alterar sus buenas relaciones con el de España, por otro lado vemos lo que antes dijimos: que los hombres del Gobierno de aquella República se sentían atraídos por e identificados con la causa de los revolucionarios. Si se hubieran dejado guiar por sus sentimientos, en vez de promulgar el ''acta'' de neutralidad

de 20 de abril de 1818, hubieran reconocido la independencia de los nuevos Estados; pero había, por el momento, varias razones que se oponían a dicho reconocimiento, de las cuales eran las más especiosas la de que no se sabía con certeza si los nuevos gobiernos ofrecerían condiciones de estabilidad, pues aún no habían regresado tres Comisionados enviados al Continente desde meses antes, precisamente con ese encargo, y la de que semejante medida equivalía a romper las buenas relaciones existentes con España, lo que por lo pronto hubiera producido el funesto resultado de interrumpir las gestiomes que entonces se realizaban para obtener la cesión de la Florida.

Vamos a referir algunos detalles que comprueban que, efectivamente, este mismo año en que se promulgó el ''acta'' sobre neutralidad, las primeras figuras del Gobierno veían en la obra de los revolucionarios una obra justa.

Por el mes de agosto se encontraba en los Estados Unidos Manuel Hermenegildo de Aguirre, a nombre del Gobierno de Buenos Aires, gestionando su reconocimiento oficial; y al darle cuenta por escrito el Secretario de Estado, John Quincy Adams, al Presidente de la República con esa petición, después de examinar el estado de la insurrección de las distintas provincias y de afirmar que aún el poder de España no se podía estimar como definitivamente vencido, hacía el análisis de la oportunidad en que se debía hacer el reconocimiento de una nueva nacionalidad, en los siguientes términos:

Cuando el país que lucha por obtener su independencia, abate el poder de sus dominadores hasta el punto de que se puede considerar como perdida toda esperanza de recobrarlo, se puede decir que de hecho ha conseguido dicha independencia. A las naciones neutrales les toca considerar y decidir el momento en que llega esa oportunidad... Yo estoy convencido, añadió, de que la causa de los sudamericanos, su deseo de independizarse de España, es justo. Pero la justicia de esa causa, por sí sola, no puede determinarnos a hacer el reconocimiento. Una nación neutral viene obligada a hacer el reconocimiento de la discutida soberanía de un país, cuando este estado de derecho descansa en una realidad. Antes de crearse, en este caso, un orden de derecho, debe observarse si existe el de hecho; pero nunca proclamar el hecho porque asista el derecho.

Pero hay más. En esos mismos días se gestionaba por el Gobierno de la Gran Bretaña la adopción de un plan de pacificación entre España y sus colonias; y como el Ministro de la corona Británica, Lord Castlereagh, fuera a buscar por medio de Rusch, Ministro de los Estados Unidos en Londres, la cooperación de esta República, dicho diplomático contestó, a tenor de instrucciones que había recibido previamente de la Secretaría de Estado, que su nación no tomaría parte en ninguna mediación que no tuviera por base la independencia de las provincias insurrecionadas.

Mientras que en esa disposición se encontraba el Poder Ejecutivo, en el Congreso existía cierta tendencia a que se realizase cuanto antes el reconocimiento. Así lo propuso, por esta misma época, quien fué en su seno un verdadero paladín de las libertades de los pueblos de América, y a quien somos deudores, los hispano-americanos, de eterna gratitud: el Representante por el Estado de Kentucky, Henry Clay. Presentó este congresista una moción por la que pedía el nombramiento de una misión diplomática que representara a la República ante el Gobierno del Río de la Plata; y aunque dicha proposición fué desechada por 115 votos contra 45, la lectura de las actas de la sesión y de otros documentos de aquella época denota que si el Congreso no apoyó al ilustre Henry Clay, fué debido a que entendió que no había llegado aún la oportunidad de dar aquel paso.

En el segundo Mensaje anual dirigido por el Presidente Monroe al Congreso el 16 de noviembre del tan citado año de 1818, trató el problema de la insurrección de las colonias españolas de la manera que se verá en los siguientes párrafos:

La guerra civil entre España y sus colonias de Sud América, no lleva trazas de terminar en un futuro próximo. El informe rendido por la Comisión enviada a dichas colonias, no tardará en ser elevado.

De ese informe resulta que el Gobierno de Buenos Aires se declaró independiente en julio de 1816, pues por más que dicho Gobierno es independiente desde el año 1810, hasta aquella fecha se atribuía la representación del rey de España; que la Banda Oriental, Entre Ríos y Paraguay, así como la Ciudad de Santa Fe, también son independientes, pero sin vínculo alguno que las ate a Buenos Aires; que Venezuela también declaró su independencia, pero aún lucha por ella; y que las

restantes regiones de la América Meridional, excepto Montevideo y alguna que otra localidad del Este de la Plata, pertenecen a Portugal, o están aún, en cierto modo, bajo la influencia de España.

Una circular dirigida por el Gobierno de España a los Ministros de las naciones aliadas, acreditadas en dicha nación, revela que se está tratando de que ellas intervengan en el conflicto colonial; y en un Congreso que está reunido en Aix-la- Chapelle, desde septiembre, se estudia la manera de llevar a cabo esa mediación; por lo que se deduce, de lo que hasta ahora se ha observado, que probablemente el Congreso se limitará a expresar sus sentimientos, pero no a recomendar el empleo de la fuerza. Esto debe satisfacernos, pues sostenida la lucha sólo por España, la guerra, que tantas calamidades ocasiona, ha de durar poco tiempo.

Por lo demás, hasta el presente, nada hay que aconseje que los Estados Unidos se aparten de la línea de conducta que se han trazado.

El informe a que se refiere el Mensaje que en parte acabamos de transcribir, fué emitido por una Comisión, a que antes hemos aludido, enviada a la América del Sur desde el año 1817, compuesta de César A. Rodney, John Graham, Theodoric Bland y Henry M. Brackenham, éste último como Secretario, y la que llevaba el encargo de estudiar cuál era la verdadera situación de las colonias; y de acuerdo con lo ofrecido en dicho Mensaje, fué elevado aquel informe al Senado, por el Presidente de la República, en dos de diciembre del propio año.

En el Mensaje anual de 7 de diciembre de 1819 se expone el problema colonial de España con toda claridad, hasta el punto de que llama la atención que se hagan tan graves manifestaciones, como las que contiene, en un documento oficial de tan alta significación. Se decía en dicho Mensaje que en la lucha entre España y sus colonias, éstas llevaban toda la ventaja, y que no era aventurado predecir su triunfo; y se insistía en que todos los ciudadanos guardaran las reglas de la neutralidad. He aquí uno de los párrafos de dicho Mensaje:

Todas las naciones siguen atentamente el desenvolvimiento de la contienda, y a ninguna le interesa tanto este asunto como a los Estados Unidos; un pueblo celoso de sus deberes, debe observar la más estricta neutralidad; pero no hay medios de impedirle que experimente simpatías por uno de los combatientes. A impedir que a impulsos de ese sentimiento se llegue a cometer excesos, he puesto mi empeño.

Por todas partes se notaba que en día no lejano el Gobierno de los Estados Unidos iba a hacer el reconocimiento. Siempre ha sido la opinión pública la base fundamental en que ha descansado dicho Gobierno, y siendo aquélla francamente favorable al reconocimiento, presentíase que su realización era cuestión de más o menos tiempo. Veamos cómo se fueron precipitando los acontecimientos.

En sesión celebrada por la Cámara de Representantes en 20 de abril de 1820, presentó Henry Clay una moción solicitando un crédito con cargo al cual poder enviar agentes diplomáticos a las colonias de la América del Sur que se habían declarado independientes, y, al hablar en el debate que se originó, manifestó su extrañeza ante el hecho de que aún no se hubiera hecho el reconocimiento de las colonias; y atribuyéndolo a que no se quería dar ese paso sin contar con que Inglaterra había de aprobarlo, censuraba esa actitud en estos términos:

Estamos en espera, por lo visto, de que Lord Castlereagh nos diga que debemos o no hacer el reconocimiento. Vergüenza me da decirlo, pero nuestra política en los asuntos de la América del Sur depende de las indicaciones que nos haga el Ministro de Inglaterra.

La moción fué aprobada por 80 votos contra 75, pero no llegó a ser ejecutiva, pues el Gobierno aun se mantenía en la creencia de que no había llegado le oportunidad de hacer el reconocimiento.

En febrero del año siguiente, el batallador Henry Clay insistió en el envío de Ministros diplomáticos a Sur América, siendo derrotada su proposición. No se desanimó por eso. A los pocos días presentó una nueva moción, y, más afortunado esta vez, logró que fuera aprobada por ochenta y siete votos contra sesenta y ocho. Decía así dicha moción:

La Cámara de Representantes, fiel intérprete de los sentimientos del pueblo de los Estados Unidos, sigue con el mayor interés los acontecimientos que se desarrollan en las provincias españolas de la América del Sur en su lucha por alcanzar sus libertades e independencia, y le prestará al Presidente de la República el apoyo que constitucionalmente necesite para reconocer la independencia y soberanía de dichas colonias.

En el Mensaje anual que dirigió el Presidente al Congreso, en 14 de noviembre de 1820, expresó que la revolución de Hispano-América continuaba haciendo progresos; que España resultaba impotente para contenerla, pero que estimaba que el cambio de gobierno ocurrido en ella, a virtud del restablecimiento de la Constitución del año 1812, favorecería el arreglo entre dicha nación y sus colonias; y que hacia esa solución se había encaminado siempre el Gobierno de los Estados Unidos.

En 5 de marzo del año 1821, al pronunciar Monroe el discurso inaugural de su segundo período presidencial, hizo referencia al conflicto entre España y sus colonias. A juicio del Presidente de la República, se debía mantener la neutralidad como hasta aquel momento, y confiaba dicho alto funcionario en que España al fin accedería a las demandas de sus colonias; pero terminaba con esta frase que se podía tomar como presagio de que las cosas podían cambiar: Si la guerra continúa, quizás los Estados Unidos se vean en el caso de adoptar otras medidas: aquellas que aconsejen su honor y sus intereses.

En el Mensaje de tres de diciembre de 1821, insistió el Presidente Monroe en que a España debía serle difícil reducir a sus colonias por la fuerza; expresando, al propio tiempo, que dicha nación debía darse cuenta de que había llegado el momento de examinar el problema con un criterio liberal y levantado, y que los Estados Unidos, gustosamente, cooperarían a una solución de armonía entre las dos partes.

Al fin llegó el momento en que los Estados Unidos hicieron el reconocimiento. Veamos cómo ocurrió ese hecho.

El día 30 de enero de 1822 los Representantes Nelson y Trimble pidieron en la Cámara que se hiciera el reconocimiento de las colonias, e interesaron al propio tiempo, del Presidente de la República, el envío de cuantos datos e informes se relacionaran con la situación de los nuevos Estados. Esa petición fué contestada por el Presidente de la República, que a la sazón lo era James Monroe, en su famoso Mensaje de 8 de marzo de aquel año, en el que consignaba, después de extenderse en diversas consideraciones sobre el estado que había

alcanzado la revolución, su opinión de que había llegado el momento de hacer el reconocimiento. He aquí los términos del Mensaje:

Al transmitir a la Cámara de Representantes los documentos interesados por su resolución de 30 de enero último, considero de mi deber llamar la atención del Congreso sobre la importancia de la materia de que se trata y exponerle los puntos de vista del Ejecutivo en ese asunto, que con seguridad han de ser los mismos de esa otra rama del Gobierno.

El movimiento revolucionario de las colonias españolas de este hemisferio, desde sus comienzos, despertó las simpatías de nuestros compatriotas. Ese espontáneo sentimiento nuestro, desde luego que nos hace honor por motivos que no necesitamos explicar. Nos es grato significar que a todos ha merecido aprobación la línea de conducta que hubimos de trazarnos frente a la contienda. Cuando nos dimos cuenta de la importancia del movimiento revolucionario, no tuvimos inconveniente en considerar a los dos combatientes bajo las mismas condiciones, según lo que establece la Ley de las naciones en caso de guerra civil. A los buques de las dos partes, tanto los del Gobierno como los de particulares, se les permitió entrar en nuestros puertos y proveerse en ellos de los artículos que han sido objeto de comercio con las otras naciones. El Gobierno no ha tenido inconveniente en proteger el comercio con las dos partes contendientes, siempre que del mismo no fueran objeto contrabandos de guerra. Los Estados Unidos, en fin, no han dejado de observar un solo momento la más estricta imparcialidad.

Los sucesos ocurridos en las provincias han tomado tal magnitud, que creemos llegado el momento de considerar, con todo detenimiento, si se está en el caso de declarar que el orden de cosas establecido en las mismas permite deducir que han alcanzado la condición de naciones independientes. Buenos Aires hizo formal declaración de su independencia desde 1816, pero de hecho se encuentra libre del dominio de la nación progenitora desde 1810. Las provincias que forman la actual República de Colombia, antes de unirse por la Ley fundamental de 17 de diciembre de 1819, habían hecho, separadamente, su declaración de independencia. Por aquella época todavía dominaban algunas regiones las fuerzas españolas, pero esas fuerzas han sido completamente destrozadas, hasta el punto de que los soldados que no han sido hechos prisioneros han perecido, o se han ausentado como han podido, encontrándose el resto bloqueado en dos fortalezas. No son menos importantes los progresos realizados por las Provincias del Pacífico. Chile se declaró independiente en 1818, y el nuevo régimen ofrece las mejores garantías de estabilidad, y merced a su cooperación y a la de Buenos Aires, la revolución se ha extendido al Perú. Con respecto a Méjico, no son tan auténticos nuestros informes como con respecto a los otros países, pero tenemos entendido que el nuevo Gobierno ha declarado la independencia

y que no hay fuerzas que lo combatan. Hace ya tres años que el Gobierno de España no manda un solo soldado a combatir a las provincias, ni hay esperanzas de que en lo futuro pueda mandarlos. En resumen: que es evidente que las provincias se encuentran hoy en el pleno disfrute de su independencia, y que ni por el estado actual de la guerra, ni por otras circunstancias, existe el más remoto temor de que la pierdan.

Dado, pues, el aspecto que han tomado los acontecimientos, es indudable que los nuevos Gobiernos tienen derecho a ser reconocidos. Las guerras civiles, por lo regular, exaltan a tal punto las pasiones de las partes contendientes, que no se les puede pedir serenidad; pero en cambio las otras naciones están en la obligación de hacer por que lleguen a una avenencia. La misma calma que los Estados Unidos han mantenido frente al problema, constituye una prueba para España, y para otras naciones, de que sabe respetar sus derechos. Las provincias de este hemisferio, a medida que se han declarado independientes, han demandado nuestro reconocimiento, pensando sin duda en que para formular esa petición tenían título suficiente; pero el Gobierno no ha accedido a esas solicitudes, en su deseo de no tomar parte en la contienda y no merecer la desaprobación del mundo civilizado. Otras gestiones en el mismo sentido se nos han hecho, pero no hemos creído prudente actuar. No obstante eso, hemos estado muy atentos a la marcha de los sucesos para conocerlos en su fondo. Hoy observamos el largo período de tiempo que lleva de duración la guerra, las enormes ventajas que han alcanzado las provincias, el estado de los combatientes y la actual incapacidad de España para hacer variar ese orden de cosas; y no podemos por menos que convenir en que ha llegado el momento de que se reconozca la independencia de las colonias.

No tenemos noticias con respecto a la opinión que tenga hoy el Gobierno de España sobre estas cosas; pero es de presumir que la importancia de la revolución, que ha puesto en manos del pueblo la soberanía de todo el Continente Meridional, llevará a la nación progenitora al convencimiento de que no puede por menos que llegar a una reconciliación, aunque sea bajo la base de la independencia. Nada sabemos acerca de la opinión de las otras potencias. Nuestro deseo sería realizar el reconocimiento de acuerdo con ellas, pero creemos que no están en condiciones de declararlo. Separadas de las provincias, al través del Atlántico, por enorme distancia, la suerte de dichas provincias ha de inspirarles menos interés que a nosotros. Es por eso lo más probable que no hayan observado con atención el curso de los acontecimientos; pero la importancia de los que últimamente han ocurrido no puede pasarles inadvertida.

Al aconsejar que se haga el reconocimiento, no queremos que se entienda que alteramos nuestras relaciones de amistad con ninguno de los combatientes, pues antes al contrario, aunque la guerra continúe, no hemos de abandonar nuestra neutralidad. Entendemos que al Gobierno de España han de satisfacerle estas declaraciones. El reconocimiento, en este caso, está de perfecto acuerdo con la ley de las naciones; y los Es-

tados Unidos, al hacerlo, se muestran consecuentes con sus antecedentes y de acuerdo con sus intereses. Si el Congreso está de acuerdo con nuestra propuesta, esperamos que votará los créditos necesarios para hacerla efectiva.

El citado Mensaje es de fecha 8 de marzo de 1822; y al día siguiente, Anduaga, Ministro de España en los Estados Unidos, entregó una nota en la Secretaría de Estado, llamándole la atención al Gobierno acerca de que el acto del reconocimiento era improcedente y extemporáneo. No había méritos para hacerlo, a juicio de dicho Ministro, por dos motivos: porque no se podían desconocer los derechos de España sobre sus colonias, y porque los nuevos gobiernos, dada la situación caótica por que atravesaban y las pocas condiciones de estabilidad que ofrecían, no se habían hecho acreedores a dicho reconocimiento. La prueba de que no ha llegado la oportunidad de hacer dicho reconocimiento, se puede encontrar, decía el Ministro, en que las naciones de Europa no se han decidido a hacerlo; pues si fuera justo y procedente, hubieran dado ese paso siquiera no fuese más que por ganarse la amistad de países que tan vasto campo ofrecen al comercio.

El Secretario de Estado no contestó de momento esta comunicación; esperó que el Congreso hiciera el reconocimiento, como lo hizo, efectivamente, en 28 de marzo.

Transcribimos ahora algunos párrafos de la contestación del Secretario de Estado, que en aquel entonces lo era John Quincy Adams. En ella se exponen las razones que determinaron el reconocimiento, algunas de las cuales no fueron expuestas en el Mensaje del Presidente de la República:

En los años que ha durado el conflicto entre España y sus colonias, los Estados Unidos han guardado la más estricta neutralidad. Pero las circunstancias han variado. Los Virreyes en unos casos, en otros los Capitanes Generales, han concluido tratados con las Repúblicas de Colombia, Méjico y Perú, que equivalen a un formal ''reconocimiento''; eso, en lo que respecta a esas provincias, pues las de la Plata y Chile disfrutan de su independencia, tranquilamente, desde hace años. Los Estados Unidos, al hacer el reconocimiento, proceden impulsados por móviles de justicia y de moralidad.

Por el hecho del ''reconocimiento'', no se ha de entender que hemos de impedirle a España que haga cuanto esté de su parte por restable-

cer en las colonias el imperio de su autoridad; hemos de limitarnos a establecer con los nuevos gobiernos las relaciones políticas y comerciales que deben mediar entre los pueblos de civilización cristiana.

A fin de hacer efectivas esas relaciones, en cuatro de mayo del propio año votó la Cámara de Representantes un crédiito para establecer Legaciones en los nuevos Estados.

Se ve, pues, que los Estados Unidos no intervinieron en el conflicto entre España y sus colonias, y que reconocieron la soberanía de los nuevos Estados cuando era evidente, a ojos vistas, que España había perdido su dominación. Estuvo, pues, en lo cierto el Presidente Monroe cuando dijo en su Mensaje de diciembre de 1823 que los Estados Unidos no intervenían con las colonias existentes de las potencias europeas.

(1825.) En 28 de enero y 6 de abril de 1825, Rebello, Encargado de Negocios del Brasil en los Estados Unidos, propuso al Gobierno de esta República la formación de una alianza con su nación, para mantener la independencia de ésta en el caso de que Portugal pretendiera restablecer su perdida soberanía contando con la cooperación de otra potencia europea. Henry Clay, que desempeñaba la Secretaría de Estado, hubo de contestarle en 13 de abril de ese año que el Gobierno de los Estados Unidos, de acuerdo con el criterio sustentado en el mensaje presidencial de 2 de diciembre de 1823, no podía mezclarse en la lucha entre la Metrópoli y su antigua colonia.

(1849-1851.) A mediados del siglo pasado existía en los Estados Unidos y en Cuba un movimiento de opinión francamente favorable a la anexión de esta Isla a aquella República; movimiento que estaba fomentado, en la nación vecina, por los elementos del Sur principalmente, que pensaban en la posibilidad del ingreso en la Unión de un nuevo Estado esclavista, y en nuestro país por elementos descontentos de la dominación española. Unos y otros elementos, dispuestos ya a poner en ejecución sus planes, prepararon en los Estados Unidos una expedición dirigida por el general venezolano Narciso López y que debía desembarcar en Cuba.

Enterado el Gobierno de España de semejante proyecto, hizo ante el de los Estados Unidos la correspondiente protes-

ta, que fué escuchada, pues en 11 de agosto de 1849 expedía el Presidente Zacarías Taylor, la siguiente proclama:

Hay razón para creer que en los Estados Unidos se está preparando una expedición para invadir en armas la Isla de Cuba o algunas de las provincias de México. Las noticias más fidedignas que el Ejecutivo ha podido hasta ahora obtener sobre ese particular, inclinan el ánimo a la creencia de que la Isla de Cuba es el verdadero punto objetivo de la dicha empresa. El Gobierno tiene el deber de que se observe la fe de los Tratados, y de impedir toda agresión, por parte de los ciudadanos de nuestro país, contra los territorios de las naciones amigas. He creído, por lo tanto, que es propio y necesario expedir la presente proclama, a fin de advertir a todos los ciudadanos de los Estados Unidos que estén asociados en una empresa de esta naturaleza, tan abiertamente en infracción de nuestras leyes y de las obligaciones que por tratado nos hemos impuesto, que quedarán por ello sujetos a las severas penas que para estos casos determinan nuestras propias leyes, dictadas por nuestro propio Congreso; y perderán, además, todo derecho a la protección de su país. Las referidas personas no podrán esperar que este Gobierno intervenga en ninguna forma ni de ningún modo en favor suyo, sean cuales fueran los extremos a que se vean reducidos en consecuencia de su conducta. Una empresa que tiene por objeto invadir los territorios de una nación amiga, iniciada y preparada dentro de los límites de los Estados Unidos, es una cosa en alto grado criminal, supuesto que pone en peligro la paz del país y compromete el honor nacional. Por lo tanto, exhorto a todos los buenos ciudadanos a que teniendo en cuenta lo que vale nuestra reputación nacional, el respeto que se debe a nuestras propias leyes, el derecho de gentes, y lo que exige el deseo de que se conserven las bendiciones de la paz y la felicidad del país, se separen del antes dicho proyecto y lo reprueben e impidan por todos los medios que sean lícitos. Y prevengo a todos los empleados de este Gobierno, ya sean del orden civil, ya del militar, que usen todos los medios que estén a su alcance para asegurar la prisión, el procesamiento y castigo de todos y cada uno de los que, como se ha dicho, estén delinquiendo contra las leyes que nos mandan observar las sagradas obligaciones que tenemos contraídas con las naciones amigas.

Esta proclama produjo el resultado apetecido: por lo pronto hubo que desistir de la expedición que entonces se proyectaba. Pero no se arredraron por esto el general Narciso López y sus amigos; ni siquiera se detuvieron ante el fracaso de otra expedición que se logró desembarcar en Cuba en 19 de mayo de 1850. En las esferas oficiales se sabía que en territorio americano se seguía conspirando contra la dominación españo-

la en Cuba, y en 25 de abril del año 1851, el Presidente, Millard Fillmore lanzó la siguiente proclama:

...He resuelto, por tanto, expedir esta proclama apercibiendo a todos aquellos que con infracción de nuestras leyes y desprecio de nuestras obligaciones internacionales se unan en algún modo con la expresada empresa o expedición, que incurrirán por ello en las severas penas dictadas contra esos delitos, y quedarán sin derecho a reclamar la protección de este Gobierno, que no intervendrá absolutamente en favor de ellos, cualesquiera que sean los extremos a que los lleve su ilegal conducta. Y, en ese concepto, exhorto a todos los buenos ciudadanos a que considerando nuestra reputación nacional, el respeto que se debe a nuestras leyes y a los preceptos del derecho de gentes, lo que valen los beneficios de la paz y el bien y la felicidad de nuestro país, desoigan y condenen la empresa de que aquí se trata y la impidan por todos los medios legales. Ordeno, además, a todos los empleados del Gobierno, así civiles como militares, que se esfuercen por todos los medios que estén a su alcance para conseguir la prisión, el encausamiento y castigo de todos y cada uno de estos delincuentes, conforme al derecho del país.

(1868-1878.) Apenas iniciada la revolución cubana del año de 1868, era bien visible que el pueblo norteamericano estaba de parte de los insurrectos. En diez de abril del año 1869, la Cámara de Representantes acordó, por noventa y ocho votos contra veinticuatro, ofrecerle su apoyo constitucional al Presidente de la República

para cuando juzgase oportuno reconocer la independencia y soberanía del Gobierno Republicano de Cuba.

El propio Poder Ejecutivo estaba, francamente, de parte de los revolucionarios. Comenzó, primero, por indicarle y ofrecerle a España un plan de mediación sobre la base del reconocimiento de la independencia, y amenazó después, ante las demoras y dilaciones del Gobierno de Madrid—que en un principio pareció dispuesto a iniciar las negociaciones—, con reconocer la beligerancia. Tanto, pues, por el estado de la opinión pública como por la actitud en que se colocó el Gobierno, parecía que los Estados Unidos se iban a apartar de la regla de la doctrina de Monroe, en que ahora nos ocupamos, enunciada en esta forma:

No hemos intervenido ni intervendremos en las colonias o dependencias existentes de ninguna potencia europea.

Sin embargo, cuando España se dió cuenta de esa actitud, se indignó y amenazó con romper las hostilidades; y, ante semejante situación, el Gobierno de Washington desistió de su propósito.

A partir de ese momento, el Poder Ejecutivo no quiso dar ningún paso que pudiera traerle dificultades con el Gobierno Español. Desempeñaba en aquel entonces la Presidencia de la República el General Ulysses S. Grant, y sus mensajes revelan su impasibilidad ante la suerte de los cubanos. No quería dar motivos que interrumpieran las buenas relaciones con España. He aquí los términos en que se refirió a este asunto en su Mensaje anual de 6 de diciembre de 1869:

En ninguna nación la libertad ha alcanzado el desarrollo que tiene en los Estados Unidos. No es de extrañar, por eso, que nuestro pueblo sienta simpatías por todo aquel que luche por alcanzar dicha libertad y el gobierno propio; pero ese sentimiento de simpatía no nos puede llevar a separarnos de una línea de conducta que nos traza nuestro honor como nación, y que consiste en no mezclarnos, si no se nos invita a ello, en el conflicto entre dos naciones o entre un Gobierno y los pueblos que le estén sometidos. Nuestra línea de conducta nos la trazan la justicia y la ley. Tanto el derecho internacional como nuestro derecho interior. Esa ha sido siempre la actitud de la Administración frente a esos conflictos. Desde hace más de un año, una valiosa posesión de España, vecina nuestra muy inmediata, está luchando por obtener su libertad e independencia. Nuestro pueblo observa esa lucha con el mayor interés. El pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos experimentan por el pueblo de Cuba los mismos sentimientos y simpatías que antes tuvieron por las colonias que se insurreccionaron contra España. Sin embargo, la lucha no tiene el carácter de una guerra, en el sentido que le da a esta palabra el derecho internacional; ni los insurrectos han podido formar tampoco, ni siquiera *de facto,* una organización política que justifique el reconocimiento de la beligerancia.

Nosotros mantenemos el principio de que nuestra nación es su mismo juez para decidir en qué oportunidad llega el momento de reconocerle a un pueblo su derecho como beligerante, ya se trate de aquel que luche por libertarse de la opresión de otro, ya de naciones independientes, en guerra unas con otras.

Los Estados Unidos no tienen por qué mezclarse en las relaciones que mantenga España con sus colonias de este continente. Llegará el día en que España y otras naciones de Europa se darán cuenta de la convenien-

cia que les reportará convertir sus dependencias en naciones independientes. Esas dependencias, en ningún caso podrán ser transferidas de una nación europea a otra. Si dejan de ser colonias, ha de ser para convertirse en naciones independientes que dirijan sus propios destinos y sus relaciones.

Los Estados Unidos, animados más que nada por el deseo de poner término al derramamiento de sangre en Cuba, ofrecieron sus buenos oficios para poner fin a la contienda. La oferta no fué aceptada por España, y hoy nos vemos en el caso de tener que guardar, estrictamente, las reglas de la neutralidad.

De esa actitud no se apartó el Gobierno de Washington en los diez años que duró la insurrección cubana; y para convencerse de ello basta leer los mensajes presidenciales de 13 de junio de 1870, 1° de diciembre de 1873, 7 de diciembre de 1874, 7 de diciembre de 1875, 3 de diciembre de 1877 y 2 de diciembre de 1878.

Se habrá observado, en el Mensaje antes transcrito, que el Presidente Grant, para no mezclarse en el conflicto entre España y el pueblo de Cuba, no invocó la doctrina de Monroe, sino que apeló solamente al derecho internacional. Quizás fuera debido a que por equella época no tenía el Gobierno, por lo visto, una conciencia muy exacta del significado de dicha doctrina. Prueba de ello es que el propio general Grant fué quien, al recomendarle al Congreso que decretase la anexión de Santo Domingo, alegó que era la doctrina de Monroe la que imponía su adquisición.

(1886.) A principios del año 1886 el Gobierno de la República Argentina protestó de la ocupación, por la Gran Bretaña, de las islas Falkland o Malvinas, con infracción de la doctrina de Monroe. El Secretario Bayard, en 18 de marzo, libró un despacho al Gobierno Argentino, alegando que aquella nación venía poseyendo dichas islas desde el año 1833, invocando para ello títulos muy antiguos, y que la doctrina de Monroe no podía tener efectos retroactivos.

(1895-1898.) Al estallar la revolución cubana del año 1895, se observa en los Estados Unidos el mismo caso ocurrido a principios del siglo con motivo de la insurrección de las colonias españolas del Continente y con ocasión de la revolución cubana del año 1868: el pueblo norteamericano se puso fran-

camente de parte de los revolucionarios, mientras que el Gobierno se esforzó en mantener la neutralidad de la nación.

El Presidente, Grover Cleveland, en su Mensaje anual de 2 de diciembre de 1895, se había expresado así:

Cualquiera que sea la simpatía tradicional de nuestros conciudadanos, como individuos privados, en favor de un pueblo que parece estar luchando por conseguir la posesión de una mayor suma de autonomía y libertad, sentida todavía con mayor viveza por el hecho de que se trata de un pueblo que es vecino nuestro tan inmediato, hay que considerar, sin embargo, que es deber nuestro, claro e ineludible, cumplir de buena fe las obligaciones, reconocidas por todos, del derecho internacional.

No obstante estos consejos, por el mes de abril del mismo año el Senado y la Cámara de Representantes, haciéndose eco de la opinión popular, favorable en grado sumo a la causa de los revolucionarios cubanos, aprobaron una proposición por la que se invitaba al Presidente de la República a reconocer a dichos revolucionarios la condición de beligerantes, y a que le ofreciera a España su mediación para poner término a la guerra, sobre la base de la independencia.

El Presidente de la República no se consideró en el caso de seguir el consejo que le daba el Congreso; pero como, a todas éstas, la opinión pública, por medio de sus órganos, especialmente parte de la prensa de la ciudad de Nueva York, mantenía palpitante el problema cubano, y consideraba la situación creada en Cuba como una afrenta a la civilización, no pudiendo dicho Presidente aparecer en contradicción con el sentimiento de la nación toda, en su Mensaje de 7 de diciembre de 1896 dijo que consideraba que España podía ofrecerles la autonomía a los cubanos, y que creía que esta solución traería la paz; pero que si aquella nación se mostraba irreducible en su actitud de intransigencia, quizás el Gobierno se vería en el caso de tomar otras medidas, de acuerdo con altas e ineludibles obligaciones.

Este momento hubo de llegar. Los horrores de la guerra, por una parte, y de la otra los perjuicios que por consecuencia de la misma venían sufriendo intereses norteamericanos muy importantes, fueron causa de que en 23 de septiembre de

1897 el Gobierno de Washington le exigiera al de España, terminantemente, que dejara pacificada la Isla. Dos meses después España le ofrecía la autonomía a Cuba; pero ya era tarde. La solución no satisfizo a los cubanos; y a pesar de que el Presidente Mc. Kinley, en su Mensaje de 6 de diciembre de dicho año, expuso que no se debía reconocer la beligerancia y que nada se debía hacer mientras no se evidenciara el fracaso del nuevo régimen autonómico, la opinión pública no cejaba en su empeño de que se tomara alguna acción decisiva en favor de los cubanos. El Poder Ejecutivo resistió cuanto pudo; pero la explosión del ''Maine'', en la bahía de la Habana, suceso bien reciente que todos recordamos, vino a ser el colmo de la ansiedad. El 20 de abril de 1898, el Presidente de la República suscribió la *joint resolution* por la cual se declaraba

que el pueblo de Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente;

y al ser apoyada esta declaración por medio de las armas, y quedar triunfantes las de Norteamérica, terminó la dominación de España en el Continente Americano.

El escritor norteamericano Hiram Bingham, en un folleto que dió a la luz el año 1915, en que trata de la doctrina de Monroe y que titula *La doctrina de Monroe como una consigna anticuada,* se refiere a los sucesos que acabamos de mencionar, en los siguientes términos:

Nuestros vecinos pensarán (se refiere a los hispanoamericanos) que se ha producido un cambio muy grande en la doctrina de Monroe. Declaramos en 1823 que no habíamos intervenido ni intervendríamos en las colonias o dependencias existentes de ninguna potencia europea, y en 1898 hicimos algo más que intervenir: terminamos con el poderío colonial de España, quedándonos con Puerto Rico, Guam y las Filipinas y libertando a Cuba, no sin antes asegurarnos una valiosa estación naval en Guantánamo. No entro a discutir la bondad de nuestro proceder; me limito a señalar la enorme diferencia que existe entre la vieja doctrina de Monroe y la nueva.

Quizás tenga razón el distinguido escritor norteamericano; pero aparte de que, como se ha visto, en aquellos sucesos el Presidente de la República se mantuvo, hasta donde pudo, adicto a la política tradicional en esta materia, y que si se des-

vió del camino que se había trazado fué porque no podía olvidar su condición de Jefe de un Estado en que dirige y gobierna la opinión pública, y ésta así se lo exigía, no se puede negar que la adhesión a una de las reglas enunciadas por el Presidente Monroe no podía impedirle al Gobierno que adoptara la actitud que le trazaban los principios de libertad y de justicia tan hondamente vinculados en el pueblo norteamericano.

Raúl de Cardenas.

(Continuará.)

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

IV

MIL quinientos metros de altura, en un globo de observación—grueso cigarro de una de cuyas puntas se hubiere despegado un pedacito de su capa—, buscaba un sargento, con los gemelos, cierta batería cuyo emplazamiento precisaba descubrir.

Daba el globo cabezadas, azotándole los alones con fuerza el largo vientre. Parecíale al observador, por instantes, que iba la barquilla, en uno de sus resbalones, a abandonarle en el aire. Marcaba el anemómetro la velocidad del viento a diez y siete metros por segundo.

De pronto, el pestañeo en la tierra de paliducho fulgor, seguido a poco de otros dos fulgores y nubecillas, reveló al observador el escondrijo de la batería buscada. Hizo una anotación en su mapa, reflejo minucioso del campo a sus pies.

Tomó el teléfono.

—¡Al fin!... 457-504...

No perdían sus ojos el punto descubierto.

Pasó un obús de regulación allá abajo.

Telefoneó nuevamente:

—Largo... ¡A la derecha!... Excelente alcance... Más corto, a la derecha.

Corrieron unos segundos.

—¡Bravo!

Movíase el globo en lo alto, azotado fuertemente su largo vientre por los alones.

Tadeo, Laboulle, Marsouille, el marqués y Perrón, hallábanse sentados sobre arrugados periódicos mezclados a sucios trapos y paja, en bajo, reducido y húmedo abrigo a donde se llegaba gateando por la abertura que malamente lo alumbraba. Olía allí a moho, humo y jaula de fieras. Entre mochilas y otros objetos del equipo veíanse latas de conservas; sobre un cajón, una llena de aceite alcanforado para las chinches, con una mecha, junto a dos lámparas eléctricas de bolsillo, varios cabos de vela, un espejito roto, y una insignificante palangana de metal. De unos clavos hundidos en el rugoso muro pendían dos botellas y diversos bultos.

Perrón, fija la vista en una lombriz saliéndose de una mota de tierra, que buscaba al parecer un punto de apoyo en el vacío, esperaba, pacienzudo, que le cayese en una mano abierta e inmóvil.

—A que no cae.

—Que cae.

—Que no cae.

—Que cae, afirmó él con la cabeza.

La lombriz se contrajo y estiró varias veces. Y de pronto, fuera ya casi toda, se crispó con violencia, se estiró, y le cayó en la mano.

Sonrió satisfecho.

Laboulle, Marsouille y el marqués cambiaron algunas palabras sobre cosas indiferentes, mientras Perrón contemplaba la lombriz que en la palma de su mano se agitaba.

—Estamos vivos violando leyes inmutables de la guerra; vivimos contra toda lógica, dijo Laboulle. Nuestra vida es una contradicción de lo justo, una injusticia o un olvido de la suerte. Sin duda otros han tenido que morir por nosotros. Y eso no está bien.

—Deliras, le respondió el marqués. Estamos vivos justamente porque no hay teoría sin su punto débil. Pero no desesperemos, ya nos tocará nuestro turno.

—¡Cállate!, le interrumpió el diputado, no nos traigas mala suerte con tu manía de hacer frasecitas, como si estuvieses

siempre en el club... Yo me bato al fin con la sangre fría que me faltaba en los primeros tiempos, pero le sigo temiendo a la muerte. Maboul delira, tienes razón.

—Jamás he podido reflexionar, ni jamás he reído tan infantil y sanamente, por boberías, como desde que empezó la guerra. También es verdad que jamás he sufrido tanto; pero, ¿deliro porque tengo el valor de abordar los días por venir con los ojos bien abiertos? No deseo la muerte,

Malgré la misère ou les ans;
Malgré les chagrins accablans
D'une ennuyeuse maladie;
Malgré cette glace ennemie
Qui se répand sur tous les sens;
Quoique perclus, quoique mourans,
Il reste aux humains, pour la vie,
De chers et de tendres penchans.
On a beau le voir d'un œil ferme,
On n'aime point le dernier terme;
Et de vos Grecs et vos Romains,
Qui se tuaient à belles mains,
On a beau vanter le courage,
Et l'on aurait beau discourir
Sur une vertu si sauvage,
Je tiens, pour moi, que l'homme sage
N'est jamais pressé de mourir. (1)

—No lo parece.

—La vida en Francia es demasiado bella y fácil para tanta locura. No, en verdad, odio la muerte; creo que hasta la temo; pero ahí está, cerca, inexorable. ¿Cómo defendernos contra lo inevitable?

—¡Cállate! Piensa lo que se te antoje, pero no digas todo lo que piensas.

Tadeo intervino.

---

(1) No obstante la miseria o los años;—No obstante los pesares agobiantes—De molesta dolencia;—No obstante la hostil frialdad—Que de todos los sentidos se enseñorea;—Aunque tullidos, aunque agonizantes,—A los humanos quedan, mientras viven,—Tiernas y caras inclinaciones.—Bueno es ver impasibles,—A vuestros Griegos y Romanos,—Darse muerte encarnizada,—Bueno es alabar el valor,—Y hasta bueno es discurrir sobre virtud tan salvaje,—Pero tengo para mí que el hombre sensato—Jamás tiene prisa en morir.—(CONDE DE HAMILTON.)

—Cumplamos con nuestro deber y no pensemos en lo que puede o no sucedernos. La vida en la guerra es una lotería, como la felicidad en el matrimonio. No hay para qué andar pensando en si nos tocará o no la suerte de vivir. El caso es morir heroicamente.

—¿Por qué heroicamente? Morir como un héroe nada significa, si no se muere acercando la patria un poco más hacia la victoria, dijo Laboulle. Un hombre dando muerte a tres adversarios, un artillero colocando un obús en un depósito de municiones enemigo, valen más que muchos de los héroes que, como frecuentemente sucede, realizan brillante hazaña porque las circunstancias en momento dado no les hubiesen permitido lo contrario. Sólo el heroísmo reflexivo—raro—es más grande que el deber cumplido reflexivamente. Cumplir nuestro deber reflexivamente: esa debe ser nuestra divisa. Tú, menos brillante que el marqués, a pesar de ser su heroismo no de circunstancia, sino espontáneo y loco, vales más que él.

Marsouille hizo un gesto de disgusto. Laboulle no era justo, olvidaba sus méritos.

Tadeo:

—Yo no soy, como el diputado, sino un número que cumple su deber; en cambio el marqués es...

—Un Montmorency por lo menos. Gracias, Tadeo, pero deja fantasear a Maboul. Sin él nos pudriríamos de aburrimiento en estas zanjas de neurastenia.

Marsouille levantó los brazos.

—¡Pensar que he dado con quien habla más que yo y que a mí me cerraban y me cierran la boca apenas la abro! ¡A mí, el único orador aquí! ¡Inconcebible!

—Es que Maboul es orador de trinchera, mientras tú no eres sino... un mudo de parlamento. Por lo tanto, aquí no tienes derecho a la palabra. A no ser que cuando me despache un confite boche para el otro mundo, te permitan los amigos pronunciar mi oración fúnebre. Maboul, tienes la palabra.

Tadeo, macizo, habiendo quemado la grasa, sin abdomen, la piel curtida, con manos de minero, crecida la barba, era, al decir del marqués, "la cuarta parte de un viejo tronco de

árbol, sobre el cual hubiese olvidado alguien la peluca y la barba de un bandido de opereta''.

Marsouille, más grueso y ventrudo aún, la cabeza rapada, afeitada la barba, saludable, no sufría más del principio de reumatismo que antaño tanto le incomodó.

El marqués, flaco siempre, aunque vigoroso, poblada su amenazante calvicie por corta y dura cabellera, con el bigote crecido y caído como el de un galo, fumando pipa tras pipa, afirmaba, descuidando su compostura, hallarse convencido de que la porquería engorda.

A Laboulle, el hombre fuerte del grupo, al primer aguacero otoñal que se le secó en el cuerpo, doble pulmonía le llevó a un hospital, regresando al servicio activo mes y medio después, debilitado, tosiendo un poco. Cuidadoso de su persona, lograba afeitarse con bastante frecuencia y, con gran esfuerzo, darle cierta apariencia de limpieza a su ajado, desteñido y remendado uniforme. El fango y la suciedad sin remedio de sus botas parecían ser las únicas cosas que alteraban su equilibrada serenidad.

El primero, ni triste ni alegre, una paletada de gravedad en su humor y semblante, tímido siempre ante sus amigos, deseoso de acción y movimiento, sólo perdía su característico contentamiento cuando, recordando al hijo nacido en su ausencia, refunfuñaba por momentos contra la guerra que le impedía regresar al hogar y a su negocio.

El diputado, olvidando su papel de ''voz de la democracia'' y de grande hombre cuya ''hora'' alejábase más y más cada día, ya que tantos compañeros le eran superiores—pues, como repetidas veces le había recordado Laboulle, estaban dispuestos a arrojar la vida como una flor—, más reservado, pero con algo de cómico siempre, asombrado ante la falta de religión de Laboulle y del marqués, era perezoso, gruñón, dormilón y demasiado prudente soldado. Sin embargo, pudiendo volver a la Cámara, el amor propio le impidió decidirse a abandonar, aunque por algún tiempo, a sus compañeros. Hubiera deseado ser herido y pasar muchos meses en el hospital; pero que la bala a él destinada sólo le atravesase las piernas o los brazos, sin tocarle los huesos y sin que surgiese la infección. La idea

de la infección le aterrorizaba. «Dios mío—oraba—compláceme, ten piedad de mí». Llegó a pensar que no le desagradaría mucho caer prisionero, aunque, meditando sobre el particular, se dijo, disgustado, que le alimentarían mal, le maltratarían, viviría como un asesino en su calabozo; y se decidió «por la herida en un pie o en un brazo». A veces se avergonzaba de sus frecuentes accesos de cobardía; reíase por momentos de sí mismo, y se decía: «En verdad, pido demasiado. ¡No me falta sino aspirar también a un desmayo al ser herido, y que la herida no me moleste siquiera un poco!»

El marqués, temerariamente arrojado, realizando caballerescas proezas, a veces inútiles, al grito de «¡Reims!, ¡Reims!», continuaba siendo siempre alegre bulevardero chistoso, burlón, escéptico, algo indisciplinado. Al segundo día de la batalla del Marne le agujereó la mano izquierda la metralla de un 77, llevándole casi el dedo meñique. En ese instante, al ir un soldado enemigo a disparar su arma sobre él, a boca de jarro, logró de un tiro desbaratarle el hombro derecho, haciéndole caer. Aterrorizado el prusiano, temeroso de ser rematado, aulló, martillando la t, mientras se le arrodillaba a los pies: ''¡Mort!, ¡mort!''—''Cierra el buzón y no exageres'', le respondió. Y arrancándose el dedo que, pendiendo de un hilo de piel, se le balanceaba en la extremidad roja de sangre, se lo arrojó, diciéndole mientras le volvía la espalda: ''Te lo regalo.'' Había olvidado por completo a Arlette, la gastadora y alegre compañera de placeres de los últimos dos años; y, enamorado en el hospital de la hija de un modesto abogado de provincia, su enfermera Leocadia Mesnil, jovenzuela dotada de escasa belleza, pero amable, dulce y alegre, juraba que, terminada la guerra, viviría en el campo, él que siempre lo detestó, entre sus futuros hijos y las gallinas que pensaba criar, mientras sus viejos, aburridos de la vida de castillo, se irían a París.

Laboulle, por su parte, arrojado en el combate, aunque reflexivo a un tiempo, afirmaba que, comerciante que era, vendería su vida a alto precio. Poco antes, en día de severo bombardeo, destrozadas las comunicaciones telefónicas, condenada a la inacción, aislada y amenazada su compañía, garrapateó su capitán unas líneas sobre una hoja de papel, y llamándole le

dijo: "Precisa entregar esto al jefe del batallón, el cual se entenderá, si es necesario, con el coronel, con la brigada o la división. Necesito un hombre intrépido y sereno como usted, y otro que le acompañe para llevar el mensaje si usted cae. El marqués se ofreció. El jefe les aconsejó prudencia, recomendándoles que se arrastrasen, se arrojasen en los huecos formados por los obuses, aprovechasen en lo posible las condiciones del terreno, serpenteando cuatro kilómetros para recorrer mil quinientos metros. "Lo importante es llegar, aunque tarden. Aquí aguantaremos hasta la llegada, si no de refuerzos, al menos de municiones. Lo que no quiero es perder mis hombres sin permitirles defenderse hasta el último instante." Laboulle tomó el papel, saludó sin decir palabra, y partió seguido por su compañero. Obuses de grueso calibre llovían a lo largo del sector en una profundidad de tres kilómetros, haciendo temblar el suelo, levantando ramilletes de piedras, tierra y humo, ensordeciendo y ahogando. Laboulle por vez primera perdió su sangre fría característica. Temeroso de no llegar a tiempo a sus superiores, tomó la línea más recta y, no levantando la vista sino para orientarse de vez en cuando, avanzó a campo descubierto, por entre el humo, la tierra y los cascos de proyectiles que oscurecían el día y sembraban la muerte. Llegando a su destino, tropezó con su general, sin reconocerle, tendiéndole el papel. Éste, fijándose en la hora marcada en la hoja y pasándola al jefe de batallón:—"¿Media hora nada más ha tardado usted en venir?"—"No sé", le respondió Laboulle, apenas sin respiración, vencido por la fatiga y la emoción, a punto de desplomarse donde estaba.—"Bien, merece usted esto y mucho más." Y le prendió en el pecho una cruz de bronce con cinta verde que se quitó. "General, mi compañero..." El general comprendió. Hizo signo al marqués de que se le acercase. Le tomó las manos, y apretándoselas: "Tan valiente es usted como su compañero; pero no tengo aquí la otra cruz que también se merece; será para otra vez." Agregando: "A estos conejos, o les tiene miedo la muerte, o tienen más suerte que el diablo."

Collin y Perrón no habían cambiado ni física ni moralmente. El primero, agrio siempre, quejábase hasta de su salud,

aunque jamás se sintió tan sano. Apenas si, de tarde en tarde, dirigía la palabra a Laboulle y al marqués. Cuanto a Cementerio, los perpetuos peligros y sinsabores nada influyeron en su aideísmo de nacimiento. Lento, silencioso, mostraba gran interés por el bienestar de sus compañeros, lavábales la ropa, no aceptando más remuneración que tabaco para su pipa; se las arreglaba para dar con los mejores abrigos o para mejorar lo más rápidamente posible los que ellos ocupasen; por ellos inventaba triquiñuelas para secar la trinchera e ingeniábase por vencer o burlar la avidez de los mercachifles. Satisfechos ellos, vivía tranquilo él, a sus pies, esforzándose porque se ignorase su personalidad, escuchando, siempre atento e impasible, sus conversaciones, generalmente enigmas para él, preocupado interiormente y sin cesar por el viento, la lluvia, el frío, el fango, la limpieza del fusil, el confort de la *guitoune* o haraganera (1), la calidad de la sopa, del mono o la trabilla, del pan de munición, del jugo (2), del *pinard* (3), del *perlot* (4) y del pulguero (5), cosas todas de enorme interés inmediato.

—Otra vez, otra, no te impacientes, dijo Laboulle al marqués. Ya aprenderá.

Por sexta vez se aprestaron los cuatro amigos a entonar el viejo canto de la infancia que Laboulle les recordaba:

Frère Jacques, frère Jacques,
Dormez-vous?, dormez-vous?
Sonnez les matines, sonnez les matines,
Dig, din, don, dig, din don. (6)

Y una vez más Tadeo, desafinando, entró antes de tiempo.

—Imposible, no tiene oído.

Tadeo se encogió de hombros.

---

(1) La palabra *cagna*, aplicada a los abrigos subterráneos (del verbo *cagnarder*, reposarse al sol, haraganear), es de corriente uso a lo largo del Ródano y en Provenza. *Guitoune*, aunque más rara, es igualmente expresión nacida en la guerra para designar los abrigos, lo mismo que *gourbi*, choza en Argelia. (2) Café, (3) Vino, (4) Tabaco, (5) El lecho.

(6) Hermano Jacobo, hermano Jacobo,
¿Dormís, ¿dormís?
Tocad a maitines, tocad a maitines,
Dig, din, don, dig, din, don.

—No me entra, dijo.

—Cantemos otra cosa, propuso Marsouille.

—¡Buenos días!, gritó desde el hueco de entrada el capellán Andres Leloir, agazapándose para penetrar en el abrigo.

Muerto Pedro Martin, ocupaba él su lugar en el regimiento, siendo el hombre más apreciado por los cuatro amigos, después de sus jefes. Musculoso hombrón de cuarenta y cinco años, alegre, servicial y sencillo, hallábase empeñado en vencer la completa indiferencia religiosa del marqués y de Laboulle y la hostilidad de Collin.

—Poco a poco volveréis a la fe de Francia, ya lo veréis, les decía. No se pierde tan fácilmente la labor de centenares de generaciones.

Herido dos veces, aunque ligeramente, había sido uno de los primeros en partir, gracias a la influencia del conde Alberto de Mun. Al estallar el conflicto fueron designados cien sacerdotes para ocupar los puestos que el, hasta entonces letra muerta, decreto de 6 de mayo de 1913 les asignaba. En la noche del 11 de agosto, indicándole De Mun al presidente del Consejo la necesidad de prestar atención a los intereses religiosos de los combatientes y de evitar preocupaciones a familias deseosas de que gestionase la partida para los ejércitos, con un salvoconducto del estado mayor general, de capellanes voluntarios, designados por sus obispos, la cuestión monetaria le fué opuesta a su sugestión. ''Partirán sin sueldo'', propuso. Era la media noche. Llamado el ministro de la guerra al teléfono, se le pidió que fijase la cifra de las designaciones complementarias por hacer: ''doscientas cincuenta'', respondió. Al día siguiente, acosado el escritor por seculares y religiosos, por las órdenes todas, procedieron sus colaboradores a hacer una selección, imponiéndose escoger a los hombres más fuertes, interrogarles sobre su salud y edad, sus diócesis y funciones, descartando a los que, sin saberlo, hallábanse sujetos al servicio militar, mientras en el ministerio de la guerra se preparaba la documentación necesaria. El 27 partieron los primeros treinta, entre ellos Leloir. Unos meses después eran cuatro los titulares por cuerpo de ejército, uno por división de caballería independiente. Haciendo falta en realidad un capellán por re-

gimiento, poco a poco el celo de los jefes hizo cristalizar la necesidad, designándose a los soldados-sacerdotes para las funciones que les correspondían. En noviembre lograron los capellanes una asignación de diez francos diarios, y en marzo encontráronse asimilados a los oficiales, con derecho a la cruz de guerra.

—Somos más de una docena de miles en la guerra, nos exponemos a las balas como los demás, alentamos de noche a los heridos abandonados en la línea de fuego, les curamos y recogemos, en plena batalla les confesamos y absolvemos; usted, Marsouille, usted que se comía fritas un par de sotanas en cada comida, ¿qué dice ahora de nosotros?

—Que la vida es una serie de rectificaciones y que... tampoco comprendo que... no comprendo en esto ni al marqués ni a Laboulle.

—Porque ni Maboul ni el marqués tienen las mismas ideas que San Citrouille, ¿verdad?, le replicó el marqués.

—Rectificar, le respondió Marsouille, es querer buscar la perfección, es siempre un buen síntoma.

—En ese caso tengo todavía esperanza de convertirte a mi religión política, le dijo Laboulle.

Éste se puso a recordar el razonable y convincente nacionalismo del más eminente de los escritores políticos contemporáneos, Carlos Maurras, cuya pluma, decía, mojada no en tinta, sino en el alma francesa, cincelaba en imperecedero bloque de oro el verdadero y olvidado semblante de Francia. Él relampagueante combativismo de su amigo León Daudet, el cual—acosado de procesos, combatido, tildado de ''novelista'' y de ''energúmeno'', en período en el que se defendían las instalaciones mineras alemanas en Normandia; protestando los periódicos, como *La Humanidad,* contra ''la imbécil hipótesis de una agresión alemana''—, solo, de 1911 al instante de la guerra—en artículos donde cada frase era una granada estallando, una prueba de enérgico patriotismo previsor—, sin contar con recursos que según él, el Estado, indiferente, no ponía en juego; apoyado por algunos patriotas alarmados, había denunciado la creciente amenaza alemana, la osadía de su espionaje, los planes de su preparación comercial e industrial,

facilitadores de la invasión militar. *La Acción Francesa,* sacudiendo las conciencias morosas de los desinteresados de la cosa pública, las de los que chapoteaban aburridos dentro del fracaso de sus ilusiones, bostezando cual dispépticos tras opíparo yantar, y gruñendo porque las cosas no iban bien y no sabían cómo podrían arreglarse; con su pequeño estado mayor de esperanzados, desencantados de casi todos los matices políticos, y sus falanges de pinos nuevos; agitada, vibrante, proclamando un fin, explicándolo, luchando por él. ¡Qué días los primeros! ¡Cómo se divirtieron algunas gentes, las que se dignaron prestar atención a la exposición de una idea vieja como el mundo y, sin embargo, tan borrada en Francia, antojándoseles algo fósil, antediluviano, imposible de revivir! ¡Locos, los jovenzuelos pregoneros de periódicos, los domingos, a las puertas de las iglesias! ¡Farsantes o teóricos sus redactores! Después, la curiosidad y también la hostilidad con que se acoge todo lo que, desinteresado y valiente, roza duramente los intereses creados. Trompicones con la policía, prisión, duelos, propaganda en todas las formas imaginables, una revista, libros, mítines en los cuales se invitaba a franca discusión a toda clase de adversarios; no sin olvidar la broma, una entre ciento: el discurso helándosele en los labios a un representante del gobierno, que en el instante de asistir al descubrimiento de una estatua de político sin importancia, dió al pie del monumento con un ¡viva el rey!, pintado en grandes caracteres. Y tanto esfuerzo, a brazo partido, sin bastante dinero, pues que a los realistas ricos de salón alarmaba semejante celo; en medio de significativo, despreciativo cómplice silencio de la prensa toda, azorada de tanta audacia. ¡Un diario iniciando, solitario, uno de esos movimientos que en cualquier época los intelectuales, ayudados por los acontecimientos, hubieran necesitado de gran tiempo para preparar! ¡Y qué programa tan amplio y completo, tan minuciosamente estudiado y detallado, tan en armonía con el espíritu de la raza y con la tradición y la necesidad!

Leloir, interrumpiéndole, le confesó con franqueza haber apenas oido hablar de *La Acción Francesa* y sus ideas.

Laboulle extrajo de su mochila un sucio y arrugado ejemplar de las "Cartas a mi amigo", de Julio Lemaître.

—Antes de leer este librito sencillo y claro, le dijo tendiéndoselo, dele vueltas durante un par de minutos a este principio: el rey es el jefe de una enorme familia, la nación; su interés y el de los suyos está tan para siempre íntimamente ligado al de toda la familia, que si ella sufre él es el primero en padecer. A la felicidad, pues, de la gran familia, para lograr la suya, tienden continuamente todos sus esfuerzos.

Marsouille le interrumpió, como de costumbre, defendiendo a la república. A su afirmación de que ella podría realizar todas las aspiraciones monárquicas después de "una buena limpieza", Laboulle le respondió que el mal no era cuestión de hombres, sino de régimen.

—En la república, régimen colectivo, y por lo tanto irresponsable, la libertad está arriba, haciendo peligrar los asuntos de interés vital para la nación; la autoridad abajo. La república, obra de la envidia de la democracia que la crea, es "la división y el odio", la ausencia de voluntad directora, eterno cambio, efímeras luchas, a veces cínicas y desleales, por utopias infantiles, perniciosas o peligrosas. La república no es el gobierno de todos, sino el de los partidos; el régimen del partido que la hace vivir momentáneamente, del partido que si dejase de hacer su política, empeñado en gobernar para todos, fracasaría, anulado por rivales, descontentando a todos... Disperso, enorme y débil, el Estado republicano, corrompido y corruptor, interviene en todo, deshabitúa al ciudadano, "tratado como menor", de la reflexión, le quita toda idea de acción personal, le atrofia la función física. Esclavo del parlamento, éste le roba la autoridad, la independencia que le son indispensables. Los ministros se ven obligados a servir a los senadores y diputados, a quienes deben la cartera. Y, como dice Vogüe: los electores mendigan favores de los diputados, que los mendigan de los ministros, los cuales mendigan los votos de los diputados, quienes mendigan los sufragios de los electores.

—No hay quien borre ya del pensamiento los derechos del hombre.

—¿Quién piensa en borrarlos? Si ese es tu catecismo, sigue con él en el bolsillo. Nadie te lo robará. Sus patrañas son moneda corriente en todas partes. Se aceptan sin discusión, para contentamiento general. Ahora bien, siendo las garantías absolutamente teóricas en el Estado republicano y ofreciendo la monarquía libertades no de derecho, sino ciertas, positivas, las nuevas generaciones reflexionamos, pensamos, discutimos, sin salirnos de la realidad, sin emborracharnos con palabras huecas, y, sedientas de hechos, nos vamos hacia la monarquía. Cuando estalló la guerra ya comenzábamos a ser los revolucionarios...

—Bueno, yo no entiendo de politiquerías, dijo Leloir. Os dejo desembrollando la madeja como se os antoje. Ya os daré mi opinión otra vez. Hasta la vista.

Perrón le ayudó a salir.

—¿Ha habido o no repúblicas prósperas?, preguntó Marsouille a Laboulle. Venecia, Roma...

—Repúblicas aristocráticas. Se conformaron a la ley de los Estados prósperos: la herencia. Una aristocracia hereditaria y posesora de parte del capital de la república, formó dinastías en ellas; lo que significó previsión, cálculo, prudencia, moderación. Unida la aristocracia, por su propio interés, al Estado, buscando su interés particular, dió con el general. Para prosperar y durar fué preciso que esas poliarquías dinásticas gozasen de bastante importancia y poder en el Estado, para conducir y poner dique a los caprichos del pueblo. Cuando el pueblo se sobrepuso, disminuyó el patriciado, decreciendo las repúblicas.

—Todas las repúblicas tienden a democratizarse.

—Y entonces, ¿no lo has aprendido en la historia?, el período de producción regular y coordenada se transforma en régimen de consumo, en el pillaje y la repartición de los recursos morales y físicos del Estado; los intereses particulares y partidarios destruyen los generales, surgen los parásitos, fuerzas de destrucción o muertas, las divergencias, las tiranías de las facciones, representadas muy a menudo por el nombre de un hombre, y para la república, sacudida por la tiranía de-

magógica o por la cesariana, a manos del extranjero; período, el último, precedido o seguido de agotamiento general.

—Suiza, los Estados Unidos...

—Hasta 1848 Suiza fué una Liga de patriciados. El radicalismo la lleva a la centralización. Garantizada su existencia por Europa, está dispensada de ciertas obligaciones de política general... Los Estados Unidos llegaron al mundo, como quien dice, hace unos días. No puede juzgarse todavía su obra. Son jóvenes, prósperos, felices. Enclavados entre vecinos que no ofrecen peligro, sin rivales en todo un continente, no han pasado por los momentos críticos de grandes amenazas, de invasiones, de enormes, ruinosas y a veces desgraciadas campañas; no saben de angustiosos problemas; en una palabra: no han sufrido. Su mayor conflicto, una guerra civil, se resolvió lógicamente, con el triunfo de la justicia y del poder central. Entre tanta suerte—sus ciudadanos, sin cesar, han podido dedicar todas sus energías a enriquecerse—sólo veo un punto negro: los intereses nacionales, no tan fundidos todavía a los particulares como debían. Sin embargo, esta enorme guerra, a la que vendrán irremediablemente...

—Sin duda recordarán que les mandamos a Lafayette.

—Bien lo recuerdan, pero no creas que por razones puramente sentimentales y sin peso llegarán también a ponerse frente a Alemania. Ocuparán el lugar de cualquiera de las naciones aliadas que flaquee o sea derrotada; o nos apoyarán al fin, decididamente, para dar fin a la guerra más rápidamente. Se está jugando la suerte del mundo; ellos no pueden perder el papel que en él representan y que el triunfo alemán les haría perder.

—Son un gran ensayo social.

—Por eso justamente no pueden ser juzgados todavía. No olvides, sin embargo, que la gran república comenzó, fué al principio, sana, austera, como todas las repúblicas, y que al corromperse precisó buscar hombres sanos para que con su sombra cubriesen en parte la llaga del régimen... Las masas no son allí más felices que las de otras naciones; ganan más dinero, pero también gastan forzosamente más, porque la vida es cara... Sin embargo, triunfar en el sentido material, no

es todavía difícil para los norteamericanos. Ahora bien, el día en que los números, la aplicación, la audacia, la firme voluntad de hacer dinero, de muy poco les sirvan; el día en que hechos en verdad los Estados Unidos, formados, terminados, sea preciso allá, como en Europa, estudiar mucho, meditar mucho, trabajar mucho, aplicarse sin cesar, nada más que para ganarse la vida, entonces queda por averiguar si ciento y pico de millones de impacientes hombres, de alma nueva y emprendedora todavía, se contentarán con la realidad; si, imperialistas, se arrojarán sobre territorios no desarrollados todavía, o si, llenos de descontento, lucharán entre sí hasta convencerse de la relatividad de todo en la tierra y en particular de la alucinación de la Democracia, tan prometedora de imposibles cosas. Por de pronto se puede decir que centralizan, tendiendo a perder ventajas del federalismo, y se arman, persiguiendo política exterior, como las demás grandes naciones, desde que, prestando ayuda a Cuba en su lucha por la independencia, declararon la guerra a España. Además, van camino bien definido de la plutocracia. Ya han sentido la mordida del monstruo. Un presidente, Roosevelt, se fué, lanza en mano, contra los *trusts;* pero ahí están ellos, dragones disfrazados de gatos, cada día más temibles.

—Por de pronto el ensayo social no es desgraciado.

—En Italia, Austria-Hungría y Alemania, ¿acaso no se han realizado verdaderos ensayos sociales de gran interés? El socialismo municipal y las grandes cooperativas federales de Bélgica e Inglaterra, ¿no son igualmente interesantes ensayos, que, dicho sea de pasada, no han significado disminución de la autoridad?

—Inglaterra es un país democrático, como los Estados Unidos.

—No sé qué quieres decir con eso. Para mí la palabra democracia no significa nada. Cada día que pasa anoto nuevas interpretaciones sobre ella. ¿No decía el otro día un compañero que el rey de España es un gran demócrata porque en la calle saluda a todo el mundo y porque una vez, en San Sebastián, le vió comprar un habano en un estanco? Ser amable o cortés, ser sencillamente un hombre como los demás—¿acaso

los reyes son dioses?—, ¿es privilegio de demócratas? Democracia significa ir a las urnas, llevar al parlamento a unos cuantos señores y dos a la cabeza de la nación, a fin de que pongan en práctica, si posible es, los deseos de los que en la lotería o batalla por los votos salen vencedores. Democracia significa la supresión de la nobleza, la cual, con o sin ese nombre, ni títulos sonoros, es parte inevitable de toda sociedad organizada. Democracia significa creer firmemente en la igualdad de todos los ciudadanos, confundiéndose lastimosamente la igualdad de derechos con la mental y física. Democracia se llama al gobierno del pueblo por el pueblo, es decir, al gobierno no de todos los ciudadanos, sino al que a una parte de ellos—la que se arroga el privilegio de ser el pueblo—, antójasele bueno para todos. Democracia es el poder repartido sin discernimiento entre buenos y malos; confusión, temeridad. Democracia es careta agradable en uso por algunos bien intencionados ilusionistas y por muchos farsantes y ambiciosos. ¡Democracia es tantas cosas y significa tan pocas! La democracia, o, mejor dicho, la idioticracia, sería en realidad la utópica pesadilla socialista—el mundo una sola nación, una sola lengua, un gran campo de labranza, los hombres dedicados a cultivar la tierra y laborar en el taller unas horas al día, todos con el mismo apagado e inútil cerebro, las mismas cortas ideas, los mismos músculos, los mismos trajes, necesidades y deseos. ¡Qué farsa!... Háblame de justicia, pero no de democracia...

—La democracia es al fin y al cabo la república.

—¿No decías que Inglaterra es una democracia?

—La democracia es el régimen de todos, de la mayoría.

—*Todos,* serían la mayoría y la minoría juntas.. La monarquía es el verdadero régimen de todos y para todos. En él cabemos todos, cada uno en nuestro lugar, el que nos conviene, el que merecemos, el en que hemos nacido, si no nos hemos tallado a nuestra guisa, con nuestros méritos, otro mejor. En realidad el régimen democrático—ya que tanto te gusta la palabra—es... el monárquico. ¿Para qué darle otro nombre?

—El régimen democrático es para Citrouille el de las minorías que votan, interrumpió el marqués.

—El de los de arriba, vamos, le respondió irónicamente el diputado.

—En la monarquía no hay ni arriba, ni abajo, prosiguió Laboulle; no hay sino un bloque, la nación, y un ideal, la justicia.

—Las libertades han salido siempre de abajo; pensándolo bien, sólo en las repúblicas se es libre.

—¿En qué somos más libres que los ingleses, los belgas, los holandeses, los italianos, los españoles, los noruegos, los suecos, los dinamarqueses? La libertades no se otorgan, se toman, como dice Maurras. "La autoridad superior las garantiza, las reconoce, las consagra; está inhabilitada para darlas. Existen, se gozan." Por otra parte, no lo olvides: las libertades romanas partieron de arriba, de asamblea de patricios emanada de una aristocracia; la creación de sus leyes civiles, el reconocimiento de los derechos del pueblo y los esclavos, ¿de dónde partieron? De arriba. Las libertades españolas, declaradas y mantenidas por las Cortes, los Fueros, la Justicia de Aragón y la Iglesia, ¿de dónde proceden? De arriba, de los Infantes, los ricos homes y los prelados. ¿Y las libertades inglesas? De arriba, de la Carta Magna impuesta por los barones al rey Juan; el *Bill of Rights* y la *Petition of Rights,* que codificaron esas libertades, fueron obra de la aristocracia y del elemento industrial opulento.

Marsouille, falto de argumentos, calló, pero sólo unos instantes.

—No veo la diferencia entre el buen rey y el buen presidente.

—El presidente es un personaje que en momentos electorales, y aun después de elegido, se ve obligado frecuentemente a sacrificar el bienestar patrio a las conveniencias de su partido. Responsable por poco tiempo, aunque evite las faltas e imprudencias de orden directo e inmediato, nada le impide comprometer, gravar, sacrificar a la nación en peligrosos ensayos que su sucesor, si es honrado, podrá sólo lamentar. El rey es educado para el poder. Además, la herencia, garantía de prudencia y reflexión, supone en él el natural sentimiento

de previsión doméstica que puede faltarle, a lo sumo, a un monarca de cada diez.

''Con la continuación de un principado perpetuo—habla el padre Mariana—se evitan las ambiciones, las grandes contiendas que suele haber o suscitarse en medio de las tempestades y turbulentos movimientos de un reino cuando se trata de la sucesión... Las cosas comunes son custodiadas con tanta más diligencia y mayor cuidado por aquel que sabe ha de dejar a los suyos la potestad que recibió, cuanto son descuidadas por aquel que recibe dicha potestad o el principado por un corto y definido espacio de tiempo''... El rey es algo más que el primer funcionario; es ''el cerebro, el sistema nervioso central de la nación'' en contacto continuo con el interés nacional. No depende de la elección, no se halla obligado a adular a la opinión, está alejado de toda lucha partidaria. Cabeza responsable de la paz y de la guerra, procura el florecimiento de la vida económica, funde su interés con el de las clases productoras, vela a un tiempo por la máquina de guerra que en momento dado deberá defendernos a todos. Más claro: su interés, el de la dinastía, va tan ligado con el del más elevado como con el del más oscuro ciudadano; es el de la nación toda.

—El azar del nacimiento me irrita.

—¿Y el azar del escrutinio no te indigna? ¿No es más peligroso y nocivo?

—No veo claramente ni el valor de la aristocracia ni el de la herencia.

—La aristocracia no es beneficiosa por componerse de gentes beneficiosas, bien intencionadas o ricas, sino por transmitirse por la sangre—''la aristocracia es la herencia''—, por hallarse ligada al porvenir patrio por el interés hereditario. ''El régimen hereditario tiende a la nacionalización''... La monarquía favorece la herencia profesional, no para darles los mejores puestos a los hijos de los grandes, sino para que los hijos sean alentados por los suyos y las leyes a continuar la profesión de los padres, cualesquiera que fueren sus rangos o profesiones. Gracias a la herencia profesional produjimos, durante tantos años, tantos buenos oficiales, jueces, diplomáticos, artesanos.

—El cultivo de la herencia fisiológica y de los honores...

—No hay tal cosa. La monarquía no cultiva generaciones de individuos más o menos cargados de honores, pero sí quiere y debe, y lo logra, utilizar las aptitudes particulares, especiales o técnicas, fijadas en cierto modo por la sangre y, sobre todo, por la tradición oral y la educación. "No se trata del *grado* de esas aptitudes, sino de su *calidad,* o, mejor dicho, de su orientación habitual"... Como el exceso, la injusticia en el reparto de honores es perjudicial, la experiencia la evitará. Los ministros de Luis XV, al ennoblecer a mucha gente a un tiempo, crearon verdaderos abismos entre las diferentes categorías de nobles, la aristocracia se desacreditó y el descrédito significó deplorable reacción hasta la funesta ordenanza de San Germán, una de las causas inmediatas de la Revolución.

—Muchos aristócratas no valen su peso en plomo.

—Hay también muchos hombres en idénticas condiciones en todas las clases sociales.

—Será injusto, pero lo cierto es que a causa de esas excepciones se detesta a una clase...

WILLY DE BLANCK.

(Continuará.)

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVII. Habana, agosto de 1918. Núm. 4.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santiago de Cuba, Teatro Martí, Santiago de Cuba, el 9 de junio de 1918, por el Dr. Max Henríquez Ureña.)

I

Una visita a Rodó.



N viajero—de paso por Montevideo en los primeros días de mayo de 1916—fué a llamar una mañana al número 102 de la calle del Cerrito. Las puertas del recinto solariego de la familia Rodó se abrieron para recibir al desconocido. (1) El autor de *Motivos de Proteo* no estaba allí: acaso recorría, según su costumbre diaria, las calles de la ciudad, haciendo un alto en alguna librería amiga. Un hermano del escritor recibió al viajero, con amabilidad sencilla y franca, y sostuvo con él media hora de conversación. Llamaron la atención del visitante la alta estatura y la complexión vigorosa de su interlocutor. También despertó su interés aquel interior grave y tranquilo. El moblaje, resistente y antiguo, dis-

(1) El viajero a quien se alude es el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal.

tribuído con gusto severo, comunicaba al salón un aire retrospectivo. Enclavada en el *Montevideo viejo,* la casa solariega, propicia a la meditación y al recuerdo, parecía un rincón del pasado.

Al caer la tarde del siguiente día volvió el viajero a llamar a la puerta de aquella casa donde parecía perpetuarse toda una tradición patriarcal de austeridad y de paz. Fué más afortunado esta vez. José Enrique Rodó lo recibió y le estrechó fuertemente la mano. Era, como su hermano, de elevada estatura. Medía seguramente más de seis pies. Fuerte y erguido, su mirada clara, amortiguada por la miopía, algunas veces centelleaba detrás de los lentes, que desde temprana edad le fueron indispensables, según lo atestiguan algunas fotografías que publicaron, hace ya bastantes años, las revistas hispanoamericanas. Sólo que el rostro delgado y fino que revelaban esas fotografías juveniles no era el mismo de ahora: los años habían llenado sus carnes, el bigote se veía ahora más poblado y con menos aliño, y la nariz afilada parecía haberse acentuado más en el altivo perfil. Había en él algo del cóndor de los Andes, según símil afortunado de un escritor uruguayo (2).

La conversación—desde un principio animada y cordial—fué cobrando a cada momento creciente interés. Rodó—elocuente y comunicativo—pasó revista a múltiples tópicos. Las sombras iban cayendo, los rumores de la calle apenas llegaban como un eco distante, y la voz del Maestro vibraba, cada vez más apasionada, en aquel recinto lleno de evocaciones solemnes. El viajero oía y, de vez en vez, asentía o comentaba.

—¿Qué será del idioma castellano?—interrogó al oir a Rodó hablar del estilo literario—; ¿qué suerte correrá nuestro idioma en manos de algunos escritores que saben pensar, que exponen ideas, a veces luminosas, pero que no conocen—¡quizás si los desdeñan!—los secretos de la forma?

Y por vía de ejemplo citó a dos sociólogos hispanoamericonos de merecida nombradía.

—¡Pero esos no son escritores!, exclamó Rodó. Son hom-

---

(2) Hugo D. Barbagelata; prólogo de *Cinco Ensayos,* de Rodó. (Biblioteca Andrés Bello, Madrid). *La Nouvelle Revue* (París) publicó dicho trabajo, modificado y vertido al francés (1.º de mayo de 1917).

bres de pensamiento, y nada más. Ante todo, el escritor debe *decir las cosas bien*...

Instante tras instante, parecía hablar con mayor entusiasmo. La palabra del Maestro adquiría matices ardorosos cuando hablaba de su América, que él llamó "magna patria" continental. Vino la noche sin que, al parecer, advirtiera Rodó que la oscuridad lo envolvía. Su voz, siempre cálida, brotaba del seno de la sombra. Su silueta apenas si se desdibujaba en una vaga penumbra...

¿Cuánto tiempo pasó así?... ¿Una hora, dos, tres?... ¿Quién, de los dos interlocutores, habría podido precisarlo?... Al despedirse, el visitante recordó a Rodó la maravillosa descripción con que comienza su *ensayo* sobre Montalvo: la del escenario, circundado de volcanes, donde se encuentra enclavada la ciudad de Ambato.

—Algunos viajeros—dijo entonces Rodó—me han asegurado que mi descripción es exacta. Esto me ha complacido, porque nunca he visitado ese lugar. Casi no he salido de Montevideo. Hace tiempo, sin embargo, que deseo viajar, y ahora me propongo visitar a Europa.

Rodó, en efecto, apenas había traspasado las fronteras nativas en los cuarenta y cuatro años de vida que entonces contaba. Por excepción puede citarse la visita que hizo a Chile en septiembre de 1910, como representante del Uruguay en las fiestas del primer centenario de la independencia. Dijérase que un misterioso instinto le había hecho aferrarse al suelo natal, como si presintiera que más allá de sus horizontes sólo habría de encontrar la muerte.

Suyas son, sin embargo, estas palabras: "Reformarse es vivir. Viajar es reformarse"... "La reclusión en el pedazo de tierra donde se ha nacido es soledad amplificada, o penumbra de soledad." Acaso si sus propias máximas vibraban en la memoria de Rodó como un reproche, y el ansia de viajar se intensificaba en su espíritu con los años. Tal como lo había anunciado al viajero que fué a estrechar su mano en mayo de 1916, Rodó emprendió poco después el camino de Europa, ostentando la representación del popular semanario bonaerense *Caras y Caretas*. Pasó, casi sin detenerse, por España. Cristóbal de Cas-

tro, en un artículo periodístico que intituló *Un Apóstol del Silencio* (3), hizo saber al público español que Rodó había permanecido algunas horas en Madrid sin hacer ruido ni llamar la atención. Esquivó el halago fácil y el homenaje inevitable de la recepción o del banquete. Prometió volver pasado algún tiempo, y siguió viaje hacia Italia. ¡El viaje a Italia! ¡Cuán honda transformación realizó en el espíritu de Göethe! ¿No era dable esperar también en Rodó nuevas revelaciones de ideal y de pensamiento después de pisar el suelo de la Europa secular? ¿No era dable sospechar que sobre su mente ejercieran sugestión renovadora y magnética las ruinas majestuosas, los monumentos sagrados y los veneros artísticos que guarda en su seno florecido, como en una urna inmaculada y gloriosa, la tierra fragante, poblada de melodías e inundada de colores, por la cual se deshacía en suspiros la nostalgia recóndita de Mignon?

No hemos podido, empero, conocer, más que fragmentaria y superficialmente, el reflejo espiritual de aquella región predilecta de los dioses sobre José Enrique Rodó. En páginas breves y armoniosas dió él a conocer—a su paso por Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, Módena, Parma, Turín, Milán, Tívoli y otras ciudades—sus emociones de viajero y de artista. Esas impresiones eran, sin duda, las primicias de futuros trabajos de mayor aliento.

¿Cuántas revelaciones inesperadas no contendrían los libros que Rodó se proponía publicar en un inmediato porvenir? Sus *Nuevos Motivos de Proteo,* de los cuales dió a conocer fragmentos bellísimos, como la parábola *El León y la Lágrima,* una vez definitivamente retocados, ¿no señalarían puntos de vista diferentes y acaso contradictorios con algunos aspectos de su producción anterior? La catástrofe guerrera, azote del mundo, apreciada de cerca por él, como huésped que era de uno de los países beligerantes, ¿haría vacilar acaso su optimismo fundamental, hasta la víspera inquebrantable aún, frente a ese mismo espectáculo, apreciado desde Montevideo?... Y por otra parte, la condición a que, como consecuencia indirecta de semejante

(3) *Nuevo Mundo,* Madrid, 16 de agosto de 1916.

conflicto, puedan verse sometidas en el mañana las pequeñas nacionalidades—entre ellas la mayoría de las repúblicas del continente americano, sobre las cuales pesan tan graves amenazas—, ¿no hubiera movido una vez más su pensamiento y su pluma para insistir, con la fe del evangelista, en la prédica de ideales de cohesión y de solidaridad efectiva entre las naciones de un mismo origen, que forman espiritualmente, y deben formar también políticamente, en lo posible, la "magna patria" hispanoamericana?

Vastísimo horizonte se abría ante los ojos claros de aquel peregrino, que bien podía considerarse en Europa el embajador legítimo del más alto nivel de cultura que han podido alcanzar las civilizaciones nacientes del Nuevo Mundo. Honda, inacabable sed de emociones atenaceaba, haciéndolo ir de ciudad en ciudad, cual si quisiera verlo todo a un tiempo, al hijo glorioso de las tierras vírgenes, que había abandonado las riberas nativas para ir a admirar de cerca los veneros de cultura acumulados durante siglos en la cuna de la civilización moderna, y para prosternarse amorosamente a escuchar, cual si brotara de las piedras milenarias, el eco misterioso y lejano del corazón de la humanidad antigua.

Bruscamente, la muerte puso fin a sus peregrinaciones el 3 de mayo de 1917. El espectáculo final que se ofreció a sus ojos de artista fué el cielo azul de Palermo en una mañana de primavera. Sus últimas palabras, que al través de la incoherencia con que acaso fueron proferidas en el momento supremo, parecen encerrar la síntesis de una filosofía resignada y dulce, fueron éstas: "Grazie... ¡dolore!"

*

Los que le conocieron de cerca afirman que José Enrique Rodó era un talento amable. Era un *animador*. Sabía comunicar su optimismo a cuantos venían hacia él en demanda de aliento o de esperanza. Si no supo escatimar limosnas materiales—es fama que su sueldo de diputado se evaporaba en dádivas—, tampoco fué parco en limosnas intelectuales que, cuando oportunas, pueden dar vida y orientación muchas veces a vocaciones que sólo necesitan, para encontrar su camino, el impulso bondadoso y noble. La voz amiga de Rodó fué siempre acicate

y estímulo de juveniles aptitudes literarias: no contribuyó a formar reputaciones falsas, porque jamás pasó del límite del elogio prudente y justo; pero tampoco tronchó con severas censuras las aspiraciones de los escritores incipientes. Atento al párrafo o al renglón donde fulgurase la chispa de la personalidad, se complacía en ser el augur de futuras cristalizaciones de arte y de poesía.

Veo en su manuscrito de versos—decía en 1914 a un joven poeta del Plata—sinceridad lírica, expresión simpática y feliz de una juventud que busca en la frescura intacta de su vida interior la transparente vena de armonía. Lo que no se adquiere cuando falta, lo *no aprendido* del canto en que se desata el don natural, está presente en esos versos.

Aun allí donde el ritmo claudica o la ingenuidad pasa del justo límite, se siente la promesa de más altas cosas. Es la obra buena de los veinte años. El tiempo dará lo demás; el tiempo, que para los sinceros y los fuertes es el triunfo sobre el propio pasado, es el sueño de perfección nunca satisfecho ni rendido... (4).

Ese talento amable se manifestaba, desde la cátedra universitaria, por medio de la palabra persuasiva del Maestro, que siempre encontraba para sus ideas la frase exacta y severa, de corte apolíneo. Se expresaba con cierta gravedad, que en otro parecería afectada. Empero, en él la gravedad era una cualidad temperamental. A pesar del optimismo de su espíritu, Rodó no amaba la risa. Sonreía a menudo, afirman los que le tra ron íntimamente: no reía nunca a carcajadas.

Acaso no amaba la risa porque tuvo poco trato con el amor, que es fuente de salud y de alegría. Rodó presentaba con Newton una curiosa semejanza: ni al uno ni al otro se le conocieron amores. Por lo que respecta a Rodó, así lo afirma su compatriota Hugo D. Barbagelata. ¿Es concebible que de tal suerte absorban las funciones intelectuales todas las potencias del sér humano?... Si no constara el hecho, gracias a testimonios no recusables, cabría dudar de ello.

Las costumbres de Rodó eran sencillas y metódicas. En busca de reposo para el espíritu y de ejercicio para el orga nismo, emprendía sus cotidianos paseos por la urbe que le vió

(4) *El Sayal de mi Espíritu*, poesías, por ERNESTO MORALES. Buenos Aires, 1914.

nacer, y en la calle, en el café, en la librería, encontraba momentos de expansión y de solaz. Volvía después a su tranquilo retiro. No tenía vicios, a no ser el que Montalvo llamó ''santo vicio'' de escribir. Su única pasión fué la lectura. Era temperante. Fumaba poco. No conocía el juego.

Amante de la buena mesa—dice Barbagelata—, charla en ella con amenidad de mil tópicos distintos, políticos, científicos, literarios o sociales, y no se preocupa de que los que lo escuchan o los que rebaten sus opiniones sean o no hombres de letras. En el restaurant o en el café no hace distingos entre camaradas, y posiblemente es en esos lugares donde su imaginación menos trabaja.

Sólo fuma un cigarrillo en cada comida, bebe agua mineral después de la cena, y por la noche frecuenta poco teatros y conciertos. Tampoco es muy afecto a las visitas, no por falta de educación, sino de tiempo. (5)

II

El mar.

Situada en la anchurosa boca del Plata, la ciudad de Montevideo, merced a los accidentes de la costa—que se abre ante las rudas caricias del Atlántico, y a veces retrocede como temerosa de la embestida del coloso, formando sinuosidades y contornos caprichosos—, ofrece por doquiera que la vista gira una indefinida perspectiva azul... Singularmente, en el Montevideo viejo, edificado sobre un brazo de tierra que se adelanta para formar uno de los dos extremos de la amplia entrada de la bahía, la vista parece inundarse de azul y de infinito.

Muy pocos pasos hay que caminar desde la casa en que Rodó vivía, para ver el mar, a un tiempo mismo, por tres lugares diferentes: al Norte, las aguas azules y reposadas de la bahía, cortadas en el opuesto límite por Pueblo Victoria y por la Villa del Cerro; al Oeste, el mar azul, es decir, el río que desemboca, inmenso, sin contraria orilla visible, cuando ya no se sabe si el mar es río o el río es mar; al Sur, el agua azul, el monstruoso río otra vez, pero señalando más francamente la dirección del Océano, la ruta de los buques que constantemente entran y salen

---

(5) Barbagelata, trabajo citado.

del puerto de Montevideo, cargados de riquezas industriales... Y el cielo, deslumbrante y diáfano, parece ebrio del azul que refleja por doquiera... Al Este, está la ciudad nueva, la ciudad del presente, tras de la cual se encuentra el Montevideo novísimo, la ciudad del porvenir... Ciudad de promesas, ciudad de perspectivas abiertas al mañana, ciudad de transformaciones incesantes...

"Reformarse es vivir"... "Un *devenir* perpetuo"... "Una perspectiva indefinida"... ¡Fórmulas predilectas del espíritu de Rodó! ¡Noble y alentadora filosofía, la más espontánea acaso en quien nació y vivió mirando a cada paso horizontes azules y recreándose en la contemplación del mar, espejo fidelísimo de las transmutaciones humanas!

¡Cuándo muda de color el mar inmenso!...—exclamaba Rodó.— ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir,* sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión? A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Después de conocer esta página ¿sería temerario afirmar que la visión perpetua del mar sirvió de inspiración y guía del pensamiento filosófico de Rodó, con sólo transmutar la observación material por la concepción espiritual? Influencia semejante resulta confesada por él mismo cuando agrega:

Tengo la imaginación hecha de tal modo, que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu.

Así, *Motivos de Proteo,* su libro capital, está inspirado en la

imagen mitológica y tornadiza de Proteo, "forma del mar, numen del mar", que

ya se trocaba en fiero león, ya en ondulante y escamosa serpiente; ya convertido en fuego, se alzaba como trémula llama; ahora en árbol que levanta hasta la vecindad del cielo su cerviz, ahora en arroyo que suelta en rápida corriente sus ondas. Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna. Y por esta plasticidad infinita, siendo divinidad del mar, personificaba uno de los aspectos del mar: era la ola multiforme, huraña, incapaz de concreción ni reposo; la ola, que ya se rebela, ya acaricia; que unas veces arrulla, otras atruena; que tiene todas las volubilidades del impulso, todas la vaguedades del color, todas las modulaciones del sonido; que nunca sube ni cae de un modo igual, y que tomando y devolviendo al piélago el líquido que acopia, impone a la igualdad inerte la figura, el movimiento y el cambio.

El mar, poblado de buques que se dirigen en opuestas direcciones, reaparece como visión simpática al espíritu, ya en *El barco que parte,* la encantadora parábola que sintetiza la vida de muchos pensamientos y sensaciones que parecen alejarse para penetrar en las regiones inexploradas de lo subconsciente, y que algún día regresan a plena luz, más claros y brillantes; ya en los capítulos consagrados, insistentemente, a la necesidad de viajar:

Viajar es reformarse... Hay en la personalidad de cada uno de nosotros una parte difusa, que radica en las cosas que ordinariamente nos rodean: en las cosas que forman como el molde a que, desde el nacer, nos adaptamos. Trocar por otro este complemento, mudando el lugar en que se vive, es propender a modificar, en mayor o menor grado, por una relación necesaria, lo esencial y característico de la personalidad. Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria: el cielo, el aire, la luz; los tintes y formas de la tierra; las líneas de los edificios; los ruidos del campo o de la calle; la fisonomía de las personas; el son de las voces conocidas: todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras: es, cuando más objetivamente se lo considere, una aureola o penumbra de tu *yo.*

Sorprende que quien de tan persuasiva manera preconizaba la necesidad de los viajes, hubiera permanecido tanto tiempo firmemente arraigado al suelo nativo. Es que en Rodó esa necesidad se veía contrabalanceada por la soledad y la lectura.

Para burlar la sugestión del ambiente en que se vive—decía—y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento: los viajes y la soledad. En rigor, los dos son necesarios; y una vida bien ordenada a los fines de su renovación perseverante y eficaz, sabrá conceder lugar dentro de sí a períodos de incomunicación respecto de la sociedad que sea habitualmente la suya, distribuyéndolos con sabiduría entre el recurso de la soledad y el de los viajes.

Rodó no fué un solitario, pero tampoco desdeñó, cuando a su espíritu convenía, el enclaustramiento saludable. En la soledad de su estudio, viajaba mentalmente. Los libros que devoraba con avidez le abrían de par en par las puertas de mundos desconocidos. No debió ser para él difícil, en un puerto lleno de actividad como el de Montevideo, presa de la agitación incesante de los barcos que llegan y de los "barcos que parten", forjarse a cada instante la ilusión del viaje y la dicha del retorno. ¡Cuántas veces recorrería, con el espíritu, "el camino de Paros", en mitad del cual le acechaba la muerte! ¡Cómo emprendería su imaginación romerías de ensueño, llenas de perspectivas maravillosas! Muchas veces la reproducción mental de países desconocidos correspondería con pasmosa exactitud a la realidad, como su descripción de la asamblea de volcanes ecuatorianos que circundan la ciudad de Ambato. En otras ocasiones, sin embargo, el poderío de la imaginación sobrepujó a las bellezas del mundo físico, como él mismo confiesa que le ocurrió en la "Gruta Azul" de Capri.

La "Gruta Azul"—declara—fué para mí una decepción. Pero ya hace tiempo que aprendí a resignarme al desengaño de las grutas azules, y la belleza abierta y franca de la circunstante realidad me ofrece, de regreso de aquella fracasada aventura, el desquite de la ilusión desvanecida.

III

El medio.

Maravilla el espíritu el sorprendente desarrollo, intelectual, económico y político que alcanza en nuestros días el Uruguay. Y, sin embargo, hasta los albores del siglo XX no pudo considerarse el Uruguay una tierra de paz. Largas y cruentas han

sido allí las luchas políticas. La independencia tuvo una gestación difícil y dolorosa. La concepción atrevida y genial de Artigas, el *blandengue* extraordinario, de constituir una nación en la Banda Oriental del río Uruguay, encontró, como primer obstáculo, la porfiada obstinación del Directorio de Buenos Aires, que deseaba asegurar la existencia de una sola nación en las vastas regiones del Plata. Sabido es que muchos años más tarde, en 1857, un distinguido intelectual uruguayo, Juan Carlos Gómez, arriesgó su prestigio en la defensa de la misma idea de vincular los destinos del Uruguay a los de la República Argentina, y condenado al destierro, en el cual continuó más tarde voluntariamente, no volvió al suelo uruguayo sino muerto, algún tiempo después. La concepción de Artigas no era una idea caprichosa y sin base: razones topográficas e históricas la abonaban, y la rápida formación de una conciencia nacional uruguaya, depurada en el crisol del sufrimiento y del esfuerzo, comprobó desde temprano que aquel pueblo tenía derecho a poseer una patria propia.

La primera independencia del Uruguay, al desvincularse de Buenos Aires la Banda Oriental, sólo puede decirse que duró algunos meses. La dominación portuguesa, convertida más tarde en brasileña, por haberse constituido el Brasil como nación aparte, pareció haber sepultado para siempre el ideal de Artigas. El viejo guerrero, retirado al Paraguay, murió allí muchos años después. El desembarco de los "treinta y tres" en la playa de la Agraciada, en 1825, señala el comienzo de la libertad definitiva del pueblo uruguayo. El ideal de Artigas no había muerto: renacía, con nuevo vigor, en cada pecho uruguayo; y en la última etapa de esta lucha suprema, la República Argentina, presidida entonces por Rivadavia, prestó su concurso armado a los patriotas orientales. Algún tiempo después el Uruguay supo corresponder a ese auxilio, bajo la segunda presidencia de Rivera, declarándole la guerra al tirano Rosas—no al pueblo argentino—y cooperando, después de ingente lucha que duró casi una década, a derrocar al despótico mandatario, cuyo ejemplo no encuentra parangón con ningún otro en la vida contemporánea.

Constituída la nación uruguaya, y reconocida por el pacto

de paz de 1828, las rivalidades surgidas entre los dos jefes más conspicuos de la guerra separatista—Rivera y Lavalleja—ensombrecen el horizonte. De esa rivalidad tradicional parte la existencia de los dos partidos antagónicos del Uruguay: los que el pueblo llama ''colorado'' y ''blanco'', y que a pesar de las grandes transformaciones y subdivisiones circunstanciales que en el seno de los mismos han señalado los tiempos, continúan siendo los dos polos políticos de la vida nacional uruguaya. Esa rivalidad culmina en frecuentes revoluciones, algunas de ellas salpicadas de episodios nefandos, como la llamada ''hecatombe de Quinteros'', en la cual fueron fusilados el caudillo rebelde, general César Díaz, y cincuenta y un compañeros suyos (1858), o como la toma de Paysandú, en la cual el defensor de la ciudad y del gobierno constituido, general Leandro Gómez, fué igualmente pasado por las armas en unión de sus tres oficiales más distinguidos (1864). Muchas batallas han sido sangrientas, como la de no remota recordación en que murió Aparicio Saravia (1904), caudillo ''blanco'' o ''nacionalista'' de la última revolución que ha tenido el Uruguay. Los atentados personales contra los dictadores o mandatarios no han escaseado tampoco: en un mismo día, durante un motín, fueron muertos de manera violenta en la capital los dos jefes más significados de opuestas tendencias políticas: el ex presidente Berro, jefe del motín, y el general Flores, que acababa de abandonar el título de dictador y esperaba ser elegido presidente constitucional (1868); el presidente Máximo Santos fué agredido, al entrar al teatro, por un oficial que se suicidó acto continuo, creyendo haberle dado muerte (1886); el presidente Idiarte Borda fué muerto de un tiro al salir de un tedeum (1897). Acaso temiendo análogas represalias había renunciado antes la Presidencia el ex dictador Latorre (1879).

La República Oriental del Uruguay ha tenido hasta la fecha diez y ocho presidentes constitucionales y ocho interinos, y ha sufrido seis dictaduras. Ha tenido más revoluciones que gobiernos; pero hay que hacer la salvedad de que la mayor parte de los presidentes han cumplido íntegro su período y han entregado el poder a su sucesor; y de que, por mandato constitu-

cional que nunca se ha modificado, ninguno ha podido reelegirse para un período inmediato. Algunas revoluciones uruguayas podrán tildarse de innecesarias o de injustas, pero en ciertos casos el pueblo uruguayo no ha hecho más que demostrar de ese modo su derecho a ser mejor gobernado. El papel de tirano, según los ejemplos de la historia, ha sido siempre allí un puesto de peligro.

El pueblo uruguayo es laborioso y ha sabido explotar los veneros inmensos que la naturaleza le brinda. En menos de un siglo he realizado una evolución tan asombrosa como rápida. La producción y la riqueza de aquel país, así como su adelanto material y su bienestar económico, son prodigiosos. Las cifras comparativas de la población de Montevideo, a lo largo de ese lapso, bastan, por sí solas, para demostrar el progreso gradual del país: en 1830 tenía la ciudad 15,000 habitantes; en 1852, 34,000; en 1895, 175,000; en 1915, 309,000. Al mismo tiempo ha habido una evolución positiva, intelectual y social, que ha contribuído poderosamente, junto con la riqueza económica, a la actual estabilidad y al buen orden de la vida política.

Pudiera creerse que en un país que ha sido víctima de continuas agitaciones revolucionarias, no eran posibles el bienestar económico ni el desarrollo de las fuerzas vivas de la nación. Los hechos ofrecen, sin embargo, la prueba en contrario. La endemia de las luchas civiles no es causa, sino efecto de las condiciones especiales en que cada país se desenvuelve. Si algunas repúblicas hispano-americanas marchan con lentitud en el camino de la civilización, a muchas causas, de muy diversa índole, hay que atribuirlo; y el *virus revolucionario,* en vez de ser la fuente de ese mal, es tan sólo una de sus resultantes.

El derecho a la revolución es un recurso supremo que tienen los pueblos para librarse de los sistemas y organizaciónes políticos que sean contrarios al bienestar público y a la dignidad humana. El fenómeno que se ha producido en algunas repúblicas hispano-americanas, debido a las condiciones precarias de la vida nacional, es el de que ese derecho, reservado para casos extraordinarios, se falsea, y a él se apela a cada instante, intentando justificarlo con alegaciones bizantinas que no se afianzan en una lesión profunda del derecho y de la libertad de los

hombres: por ese camino se cae por fuerza en un sistema continuo e insoportable de tiranías, que se sustituyen unas a otras, y que las revoluciones, en vez de suprimir, contribuyen a perpetuar. Pero no basta con la simple supresión del fenómeno de las revoluciones para que se destruyan las condiciones negativas en que se desenvuelven esos pueblos y que dependen de su misma estructura, tanto social como económica. El morbo revolucionario podrá ser contenido en la apariencia; pero, mientras subsistan las causas que lo producen, estará llamado a reaparecer. Muchos tiranos han logrado sofocarlo temporalmente, pero las revoluciones han vuelto a enseñorearse del país cuando el obstáculo—el hombre y su sistema—ha desaparecido. Otros mandatarios han querido extirparlas buscando el apoyo de las bayonetas extranjeras, como hizo el presidente Flores en el Uruguay, en 1854, al obtener que el Brasil interviniera en su apoyo con un nutrido cuerpo de ejército: la intervención del Brasil fué infructuosa, pues en ese interregno, que duró aproximadamente dos años, estalló más de una asonada y hubo una administración revolucionaria, la que presidió Luis Lamas, que duró dos semanas y sentó sus reales en la capital de la República. Hoy, sin ajenas intromisiones, el período de las revoluciones ha pasado, y el Uruguay, grande por el esfuerzo de su hijos, entra en una era de inalterable prosperidad y de creciente bienestar.

IV

Conciliación y eclecticismo.

José Enrique Rodó vino al mundo el 15 de julio de 1872, en el momento crítico de la evolución nacional del Uruguay. Su infancia y su adolescencia alcanzan todavía períodos de agitación y desconcierto; pero ya, cuando le toca actuar, el cuadro empieza a ser diferente, y la oportunidad le depara el derecho de ser, desde su torre de marfil, uno de los sembradores de ideas que señalan nuevos horizontes. Las luchas políticas, todavía enconadas al llegar Rodó a la temprana madurez de su intelecto, buscaban ya lentamente el cauce normal y sereno por el cual corren

desde hace algunos años. El país, rico y próspero, anhelaba la paz; pero no la paz impuesta por dictadores audaces, sino la paz jurídica y justa, única compatible con la dignidad del hombre.

Si agitada era la vida política, no lo era menos la vida de las ideas en la época en que florecía la mentalidad de Rodó. Los problemas literarios se discutían con tanto ardor como los filosóficos. Desde 1872—el mismo año en que nació Rodó—existía el Club Universitario, que más tarde se llamó Ateneo del Uruguay y que tuvo su época más brillante de 1880 a 1885. Allí se desenvolvió el espíritu del libre examen frente a la ortodoxia. No se ha apagado aún el eco de aquellas contiendas de la idea: la polémica de Rodó, en 1906, sobre la expulsión de los crucifijos de las salas de hospital, demuestra que el choque de esas tendencias opuestas, aunque atenuado, subsiste aún. Los artículos escritos por Rodó durante el curso de esa polémica han sido recogidos en el folleto *Liberalismo y Jacobinismo,* y nos dan a conocer los puntos de vista del autor sobre problemas que se relacionan íntimamente con los debates del Ateneo del Uruguay. Rodó asume una posición conciliadora entre las más opuestas tendencias. Es posible que esa actitud de conciliación fuera una modalidad de su carácter, porque en otros aspectos del pensamiento Rodó se manifiesta de igual suerte. No es extraño, de todas suertes, que tan alto espíritu se consagre a buscar fórmulas de conciliación. Le tocó florecer en un momento en que para el Uruguay constituía una necesidad nacional y un público anhelo encontrar soluciones armónicas que garantizaran la paz y consolidaran el bienestar general. Esta necesidad, hondamente sentida por quienes, como Rodó, sabían escudriñar el futuro, ¿no influiría quizás en hacerle temer toda clase de radicalismos y exaltaciones, trasplantando a la vida de las ideas y de las abstracciones esa posición adquirida en la esfera práctica de los problemas nacionales?

Así, Rodó, liberal, huye del jacobinismo intolerante y protesta de "la expulsión reiterada e implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad", declarando que esa resolución no puede ser calificada como un "acto de extremo y radical liberalismo".

No—exclama Rodó—digamos mejor: "jacobinismo". Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluída en toda legítima acepción del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra.

Un profesor de filosofía—dice más adelante—que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí; una academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín o de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Guttenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad*—del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina—, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas o de sentimientos, por qué vías de convicción o de pasión, ha podido llegarse a tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jacobinismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria; y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

Rodó se revela, según se ve, en este folleto, no sólo un gran polemista, sino también un amplio y comprensivo espíritu, enemigo de la intolerancia de partido o de creencia. En la infancia, había recibido de sus mayores una educación honda y sinceramente católica. Más tarde, sus gustos y lecturas fueron diferentes, y sus ideas variaron, siguiendo el cauce de su vasta cultura filosófica. Pero aun en el terreno filosófico Rodó rehuyó

las fórmulas radicales; y de tal suerte, en *Motivos de Proteo* buscó una íntima armonía entre el principio cosmológico de la *evolución creadora* y el ideal de someter nuestra personalidad a una norma fecunda en el desenvolvimiento de las actividades humanas, según ha hecho observar uno de sus críticos (6).

Rodó no esclaviza su pensamiento a ningún dogma, y busca, en lo posible, fórmulas armonicistas o eclécticas. Su actitud frente al problema religioso se asemeja en muchos aspectos a la de Renán, a quien consagró una gran devoción intelectual. La fe de sus mayores le acaricia a veces como el eco de una tradición poética y dulce. Siempre encuentra su espíritu, en esa fe ya apagada, un poco de emoción y de belleza, sin que ello venga a perturbar su independencia de criterio.

> Por lo que respecta a la personalidad y doctrina de Cristo—declara— mi posición es en absoluto independiente, no estando unido a ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

V

El culto de la forma.

Rodó pertenece a la generación literaria más brillante del Uruguay, la que se inicia con hombres como Samuel Blixen (nacido en 1868), Daniel Martínez Vigil (1868), y Carlos Martínez Vigil (1870), y se completa con Carlos Reyles (1870), Víctor Pérez Petit (1871), Javier de Viana (1872), Benjamín Fernández y Medina (1871), Julio Herrera y Reissig (1875) y muchos más.

La tribuna desde la cual manifestó Rodó sus altas aptitudes fué le *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales,* fundada en marzo de 1895 por los hermanos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y el propio Rodó, que entonces no contaba veintitrés años. Esta admirable publicación influyó de manera notable en el movimiento intelectual del Uruguay durante los úl-

---

(6) *Conferencias del Ateneo de la Juventud;* México, 1910. *La obra de José Enrique Rodó,* por Pedro Henríquez Ureña, págs. 61-83.

timos años del siglo XIX. Su aparición señala una época. Escasas son las publicaciones hispanoamericanas de igual índole que pueden parangonársele. En sus páginas se sentía el estremecimiento intelectual de Europa y de América, comentado y difundido con un espíritu amplio, conciliador y ecléctico. Allí publicó Rodó sus primeros artículos de resonancia, entre ellos múltiples estudios de crítica literaria, no todos recogidos después por su autor para formar volúmenes, y la bella página, modelo de "ensayo" imaginativo, *El que vendrá*. Más tarde, esa página admirable, unida al estudio sobre *La Novela Nueva,* constituyó el primero de una serie de folletos que, al amparo del título común de *La Vida Nueva,* publicó Rodó. Los dos folletos siguientes—únicos que completaron la serie—fueron *Ariel* y el estudio sobre *Rubén Darío.*

La merecida nombradía que le dieron sus primeros trabajos lo elevó a la cátedra de literatura de la Universidad de Montevideo, en 1898, cuando apenas contaba veintiséis años, sin poseer títulos académicos, que más tarde tampoco adquirió. Fué también, en 1900, interinamente Director de la Biblioteca Nacional, y abandonó la cátedra en 1902 para ocupar un puesto en el Congreso. Fué redactor de algunos periódicos diarios como *El Orden, Diario del Plata* y *El Telégrafo Marítimo.* Dondequiera que su palabra o su pluma encontraron campo para manifestarse, dejó la huella de su apostolado de belleza. Años más tarde, cuando su fama, proclamada desde temprano por *Clarín* al formular un juicio sobre *Ariel,* se vió consolidada en todos los países de lengua castellana, la Academia Española lo eligió como miembro correspondiente.

La posición de Rodó frente a los problemas literarios es ecléctica, de igual modo que frente a otros problemas del espíritu. Conocía a fondo, y gustaba de citarlos frecuentemente, los grandes modelos de la literatura clásica de todos los tiempos; sabía comprender el romanticismo en toda su alta significación histórica; sabía admirar el naturalismo sin inútiles exageraciones; sabía solazarse ante la más genuina expresión del realismo, si se veía avalorada por sagaz don de observación; sabía defender, con sereno espíritu de justicia, el modernismo, en su sentido más comprensivo y extenso, si el esmero y aun el rebusca-

miento de la forma no degeneraban en vana e incongruente palabrería, porque esto último no es modernismo, sino pseudomodernismo.

Yo soy un modernista también—decía en su estudio sobre Rubén Darío—, yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea—porque no tiene intensidad para ser nada serio—la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Rodó se consagró al cultivo de una forma literaria llena de serenidad y de gracia, sin efectismos, sin crudezas y sin enervamientos. Su credo artístico se inspira en la aristocracia suprema de la forma. El aspecto más efectivo de su influencia en la literatura de la América española—influencia que trasciende a España, como la de Rubén Darío y otras figuras representativas de las letras hispanoamericanas— estriba en su silencioso apostolado por la forma y en su deliberada animadversión a todo efectismo. Rodó entretejió la malla de su prosa impecable, pucra y severa, sin que una sola frase delatara el artificio de su estructura.

Empero, a ese culto a la aristocracia de la forma va unido el de la aristocracia del pensamiento. Rodó no aspiraba a escribir sin decir nada, sino a ''decir las cosas bien''. Es verdad que ante un libro de versos de Leopoldo Díaz, reclamaba, en 1895—con su criterio ecléctico de siempre—, que se dejara ''a la poesía la fuerza de su libertad'' y exigía que fuésemos

siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre el lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la caricia helada de la forma.

Pero también es cierto que, un momento antes, había hecho

la salvedad de que él tenía fe "en el sublime magisterio de la palabra de los poetas."

Y luego (1896), en un primoroso camafeo tallado para el álbum de un poeta, exclama:

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.

Y agrega:

Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

Nueva expresión alcanza, años después (1899), su amor a la forma, poniendo en paralelo la aptitud de producir la obra bella con la aptitud de realizar la obra de bien:

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?...

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

Y más tarde (1900), en *La gesta de la forma*—otra página breve y honda, donde pinta Rodó su cotidiana lucha con la palabra rebelde—declara:

La lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh Ilíada formidable y hermosa; Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la

sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

La plasticidad armoniosa que Rodó supo imprimir a la prosa castellana no ha sido superada en nuestro tiempo. Es la más brillante manifestación de la forma literaria de nuestra lengua en la edad contemporánea. Nadie, excepto acaso Montalvo, ha logrado sumar tanta fuerza expresiva junto a tanta fuerza original.

A juicio de Ventura García Calderón, se observa un cambio de *manera* en Rodó durante la última etapa de su producción:

Como los simbolistas arrepentidos, Moréas o Régnier, volvían al clasicismo nacional. Rodó ensayó visiblemente, en sus *Motivos de Proteo,* la estructura literaria de los clásicos. Desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana (7).

El fenómeno sin embargo, es ocasional y no permanente; pero, ante todo, hay que declarar que en algunos capítulos de *Motivos de Proteo,* como aquellos consagrados a la "disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra" (CXI y CXII), alcanzó el estilo de Rodó una de sus manifestaciones más diáfanas y perfectas, y, sin embargo, en esos capítulos es donde más resalta la imitación, voluntaria o no, de la estructura literaria de los clásicos españoles, a los cuales conocía, aunque no tan a fondo como a los escritores franceses. Pero si bien es verdad que Rodó adoptó a veces ciertos giros sonoros del más puro clasicismo de nuestro idioma—cosa que en modo alguno podrá censurársele—, este fenómeno no se revela de manera constante en su estilo, sembrado de neologismos y pródigo en modalidades nuevas, que sólo son compatibles con el posterior desenvolvimiento que ha sufrido la prosa castellana al paso de los siglos.

---

(7) *La Literatura Uruguaya* (Extrait de la *Revue Hispanique,* tome XL), por VENTURA GARCÍA CALDERÓN y HUGO D. BARBAGELATA (París, 1917). En una nota que aparece en el capítulo consagrado a Rodó (pág. 81), se hace constar que en ciertos casos ha prevalecido la opinión del Sr. García Calderón y que el Sr. Barbagelata conserva la libertad de su criterio personal.

No es otra la diferencia que separa a Rodó de Montalvo: el escritor ecuatoriano amaba el castizo amaneramiento clásico, y sabía reproducirlo con pasmosa naturalidad en su prosa deslumbradora y magnífica. Rodó, artífice original y supremo de una forma nueva, no podía encontrar fácilmente en la imitación de los clásicos españoles su forma propia y adecuada de expresión, y algunas veces, después de aventurarse en la empresa, él mismo se traiciona y vuelve, sin sentirlo acaso, a su estilo habitual.

En determinados pasajes de *Motivos de Proteo* encontramos a veces cierta ampulosidad, pero hay que atribuirlo a otras causas, y no siempre al deseo de imitar la pompa castellana. Acaso para suavizar la enumeración fatigosa de los múltiples ejemplos prácticos que cita en *Motivos de Proteo,* como comprobación humana de sus ideas y observaciones (y conste que esta enumeración ejemplificadora es lo único que resta, por momentos, su alto interés al libro, que mejor hubiera podido mantenerse, abreviando los ejemplos, en el terreno de las ideas puras), acaso para alejar de sus lectores el cansancio momentáneo que podían producir tan repetidas citas y anécdotas, quisó Rodó decorarlas con pompas retóricas que los hacían más extensos sin darles mayor brillo; pero, en cambio, ni aun en las más bellas páginas de *Ariel* pudo Rodó superar la armonía majestuosa de los capítulos fundamentales de *Motivos de Proteo,* ni el arte maravilloso de *La pampa de Granito* y de sus otras encantadoras parábolas.

No hay que extrañar, por ello, que Rodó hubiera tenido en su juventud trato con las musas. El cultivo de la poesía, en su forma rimada, suele ser la debilidad de los grandes artífices de la prosa. Ejemplo ilustre tenemos en Cervantes. Por lo que a Rodó respecta, en sus versos hay a veces más erudición que sentimiento. Bastará a comprobarlo este soneto, escrito en la época de su primera juventud:

De la dichosa edad en los albores
amó a Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
fué Lamartine mi cariñoso guía.
Jocelyn propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.
Luego el bronce hugoniano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,
amé a Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
vuelvo a Perrault, ¡me reconcentro y río!

No perdió con los años su afición a la poesía. Poco antes de emprender Rodó su viaje a Europa, Carlos Reyles, el hondo novelista uruguayo, le pidió que escribiera el prólogo de la novela *El Terruño*; y Rodó, al acceder a la petición del amigo, le contestó con el siguiente soneto, que acusa estructura clásica, de igual suerte que aquellos fragmentos en prosa en los cuales observó idéntico fenómeno el brillante escritor Ventura García Calderón:

Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquellas que le dió Naturaleza.
Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón de su belleza.
Pero, obediente, compondré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso
a hacerle digno de tan alto empleo,
y si sobrado ruin saliera acaso,
arrójelo de sí, de un escarceo,
y humíllelo a sus cascos de Pegaso!

VI

Labor crítica.

La cultura literaria y filosófica de Rodó, con ser muy vasta, es principalmente francesa. En sus obras menudean las citas, siempre oportunas y sabias. Rodó poseía especial habilidad para encajar la cita, con naturalidad y sencillez, sin alarde

pueril de erudición, dentro de la estructura de sus párrafos. Confrontando estas citas es como puede apreciarse, principalmente, la marcada preferencia que tuvo por los autores franceses. Si se hace un recuento de los nombres que él mnciona en sus obras, con conocimiento de causa, a veces reiteradamente, se advertirá que en su obra aparecen más de doscientos de autores franceses diferentes, a trueque de encontrar menos de setenta de autores españoles. Desde luego su cultura en ambas literaturas era mucho más vasta, porque a ningún lector asiduo le es dable hallar ocasión de citar todos los autores que conoce, aunque, en cambio, no falten eruditos *a la violeta* que citen a muchos más que no han leído nunca. Pero el dato matemático de que se hace mención, comprueba que Rodó estaba en más constante contacto con la literatura francesa. De las restantes citas que hace, no pocas corresponden a las literaturas clásicas y a las literaturas contemporáneas de otros países; pero todas éstas, en conjunto (salvo las que se refieren a la América española), apenas se igualan a las de autores franceses.

Seguramente si la historia de la literatura española hubiera constituído para Rodó un objeto de preferencia constante, no hubiera incurrido en dos errores que se advierten en *Motivos de Proteo,* y que son inaceptables en una obra publicada en 1909. Uno de ellos es el atribuir a D. Diego Hurtado de Mendoza "la joya exquisita de *El Lazarillo de Tormes*", a pesar de que modernas investigaciones establecen, sin lugar a dudas, que no puede atribuirse a tan ilustre autor esa admirable y anónima narración picaresca. Otro es el de aseverar que Alfonso el Sabio "hizo" la *Grande e General Estoria,* no obstante ser cosa comprobada que esa obra, que no llegó a terminarse, fué inspirada, sin duda, por el sabio monarca, y compuesta por orden suya, pero que la "hicieron" otros, algunos de cuyos nombres han podido rescatarse al olvido.

No indica esto, en modo alguno, desamor a España ni a sus tradiciones literarias, sino poca consagración al estudio de estas últimas como una especialidad. Es indudable que Rodó conocía a fondo las obras originales de los clásicos españoles. Su insuperable página *El Cristo a la jineta,* en la cual establece un ingenioso paralelo entre Cristo y Don Quijote, no es

tan sólo una exquisita concepción imaginativa, sino que revela también una perfecta y superior comprensión de la obra de Cervantes.

Además, Rodó aprendió a amar desde la infancia los aspectos más gloriosos y amables de la nación descubridora. Este sentimiento, difundido en no pocas de las páginas que escribió, estalla, de manera vibrante, en un expresivo artículo intitulado *La España Niña*. Rodó declara que nunca ha dudado "del por venir de esta América nacida de España", pero quiere ver un reflorecimiento de grandeza, allá, en la vieja casa de la leyenda y del idioma; porque si bien es verdad que la gloria que alcance América se reflejará sobre España, él quiere también a España

aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua.

Y exclama:

Soñemos, alma, soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

Estos párrafos, en que Rodó profetiza el advenimiento de "la plenitud de la grandeza de América", bastan para poner de relieve uno de los aspectos más importantes de la labor de Rodó: el americanismo. La confraternidad y el engrandecimiento de los pueblos de nuestra América son para él un credo, una religión, una profesión de fe.

Así, Rodó desea que la literatura magnifique y difunda ese ideal. Dirigiéndose a Federico García Godoy, dice:

Epocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera,

el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Pero, aparte de esa función de transcendencia social que puede hermanarse a la obra literaria sin menoscabo de su esencial sentido artístico, la literatura hispanoamericana debe tender a adquirir gradualmente un carácter propio que corresponda al desenvolvimiento progresivo de estos pueblos en el orden de la civilización, aunque sin oponerse a la influencia europea, que es necesario aceptar y encauzar sabiamente para no caer en imitaciones incongruentes. Al emitir su juicio sobre la antología de *La Joven Literatura Hispanoamericana,* publicada por Manuel Ugarte en 1906, Rodó concretó su apreciación sobre este problema del siguiente modo:

Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituída y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo, es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo para salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina pneumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar a esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse.

Y años después, en el prólogo de *El Terruño,* de Carlos Reyles, expuso Rodó estos conceptos, relativos a un aspecto de positiva importancia, del americanismo literario:

En literatura americana, el olvido o el menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circunstante ha caracterizado, o mejor, ha privado de carácter a la mayor parte de la producción que, por los méritos de la realización artística y por la virtualidad de la aptitud que se revela, compone dentro de aquella literatura la porción más valiosa. Junto a esta porción selecta, pero, por lo general, inadaptada, una ten-

dencia de nacionalismo literario que, salvo ilustres excepciones, no ha arrastrado en su corriente a la parte más noble y capaz del grupo intelectual de cada generación, se ha mantenido, por esta misma circunstancia, dentro de un concepto sobrado estrecho, vulgar y candoroso del ideal de nacionalidad en literatura. Debemos, sin embargo, a esa tendencia artísticamente feble y provisional, lo poco que ha trascendido a la expresión literaria de la originalidad de vida y color de nuestros campos; del carácter de esa embrionaria civilización agreste, donde aún se percibe el dejo y el aroma del desierto, como en la fruta que se vuelve montés la aspereza de la tierra inculta. La vida de los campos, si no es la única que ofrezca inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia. Suele tildarse de limitado, de *ingenuo,* de pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener profundas cosas, al tema campesino; pero esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto a las condiciones de la realidad que ha de servir como substancia de arte.

No hay que extrañar, después de conocer el fervor con que Rodó estudiaba las cuestiones americanas, que la mayor parte de su labor crítica—contenida principalmente en *El Mirador de Próspero*—esté consagrada a la producción hispanoamericana. Es cierto que escribió estudios de conjunto, como el de *La Novela Nueva,* que abarca aspectos generales de la literatura contemporánea, y que lo mismo analizó una novela de Pérez Galdós, que la labor crítica de *Clarín* o el espíritu recóndito de los versos de Juan Ramón Jiménez; pero la parte más extensa e importante de sus trabajos de crítica literaria es la que gira en torno de la poesía de Guido Spano, de los estudios sociales de Carlos Arturo Torres, de las novelas de Carlos Reyles, y culmina en tres estudios magistrales, como son los que consagró a Rubén Darío, a Juan María Gutiérrez y a Montalvo. Ocioso sería señalar, por otra parte, que sus citas y comentarios a la obra de autores hispanoamericanos, son los únicos que se aproximan en número a las citas que hace de autores franceses.

No ha faltado quien critique, empero, la circunstancia de que en el estudio consagrado a Rubén Darío se encuentren alusiones frecuentes a la literatura francesa de nuestros días, hasta el grado de que muchos autores que Rodó menciona no son los más conocidos de una gran parte del público en la misma Fran-

cia; por lo cual, para comprender bien el estudio de Rodó, se requiere una cultura especial que no está al alcance de la mayoría de los lectores. (8) La objeción carece de valor, si se tiene en cuenta que Rodó analiza en ese estudio un solo aspecto de la producción de Darío: el que se halla contenido en *Prosas Profanas,* o sea el aspecto *más francés* del gran poeta hispanoamericano. Sería imposible hacer verdadera labor crítica sin ir a buscar a Francia las raigambres, cercanas o remotas, de la poesía de Darío; el conocimiento de los autores parnasianos, simbolistas y decadentes, se hace necesario para analizar una poesía en la cual se encuentran, a cada paso, reminiscencias felices del movimiento modernista francés. Es crítica, si se quiere, para elegidos, porque se trata de analizar una producción poética que, en ese aspecto al menos, sólo halla su plena comprensión en el cenáculo o en la academia. El mismo Rubén Darío dijo:

Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.

Igual puede decirse del estudio de Rodó. Este trabajo demuestra tan íntima compenetración con la obra del poeta, que Darío lo eligió para figurar al frente de la segunda edición de *Prosas Profanas,* aunque, por una inadvertencia inexcusable de la casa editora, se omitió la firma de Rodó al final del trabajo, y durante algún tiempo, mientras no se hizo una nueva reimpresión, hubo quien—tal hizo un joven y conocido escritor—lo designara como "el anónimo y eminente prologuista de *Prosas Profanas*".

El estudio de Rodó sobre *Juan María Gutiérrez y su época,* es una apreciación de conjunto sobre la literatura del Río de la Plata hasta mediados del siglo XIX. En torno a la personalidad del insigne escritor argentino, Rodó traza un cuadro, animado e intenso, del movimiento literario que tuvo su principal asiento en la ciudad de Montevideo en la época en que los emigrados argentinos, contrarios a la tiranía de Rosas, cultivaban en los jardines de Academos la flor de la literatura romántica, en amable consorcio con la filosofía de la historia,

(8) Miguel de Toro y Gisbert: *Los Nuevos Derroteros del Idioma,* París, 1918.

y preparaban la redención de la patria sojuzgada al más abominable caudillaje político. En ese mismo estudio hay consideraciones de carácter general sobre la literatura hispanoamericana, como son las que se refieren a las primeras manifestaciones de la poesía de la naturaleza en América. El comentario que con tal motivo consagra a las dos famosas composiciones de Bello y de Heredia, es admirable por la sagacidad crítica que revela.

El estudio sobre Montalvo es una de las producciones más hondas e importantes de Rodó. Es, a la vez que una biografía crítica, un análisis político-social del medio y de la época. No en balde tuvo Rodó marcada predilección por Taine. A la concepción crítica de Taine podrán oponerse los reparos que caben a toda tesis exclusivista, pero es indudable que Taine no escribió para un día ni para una generación. Rodó ha seguido sus huellas, aunque no servilmente, y ha logrado dar extraordinaria claridad y precisión al cuadro y a la figura que se destaca en su centro. La visión del Ecuador a mediados del pasado siglo, surge de esas páginas cálida y palpitante; la descripción de la naturaleza resulta, por el arte supremo de la palabra, una maravilla igual a la que puede ofrecer la realidad; el análisis de Montalvo, esto es, de su carácter y de su obra, revela tal penetración crítica que nadie podrá superarlo.

VII

La "Magna Patria"

El estudio sobre Montalvo tiene, además, una significación importante en la exposición de las doctrinas americanistas de Rodó. Esas doctrinas se afianzan en el ideal de una confraternidad estrecha y positiva entre todas las naciones que en el Continente tienen cultura y tradición latinas, de modo que, a merced de esos vínculos de solidaridad, pueda la América, en los días de grandeza que el porvenir le reserva, realizar mejor la misión que le está encomendada dentro de la marcha de la civilización humana. No se trata, pues, de vana palabrería diplomática para sostener relaciones de gobiernos, sino que se trata

de ideales que revelan una exacta y racional apreciación del porvenir político del mundo. Comete un error imperdonable el hispanoamericano que crea que los problemas de las demás naciones del Continente no afectan directamente a la patria propia: la suerte de cada patria americana está firmemente vinculada a la suerte de las demás patrias, y la desaparición de cualquiera de ellas señala el momento de peligro en que las otras también pueden desaparecer.

Patria es para los hispanoamericanos la América española,—dice Rodó. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral—el sueño de Bolívar—, es aun un sueño, cuya realidad no verán quizás las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la ''expresión geográfica'' de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

Igual concepto desarrolla, aún con más energía, en un discurso pronunciado ante los restos de Juan Carlos Gómez:

Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Así, todo buen americano debe consagrar las fuerzas de su espíritu a afianzar esa unidad y a contribuir, con el mejoramiento de las condiciones en que se desenvuelve la patria propia, al engrandecimiento de América.

Sólo han sido grandes en América—dice Rodó—aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más, con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra.

Y todavía desde Roma, poco antes de morir, en un artículo consagrado a *La unión espiritual de América,* escrito al concluir el año 1916, predicaba Rodó su evangelio de solidaridad americana:

Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla, o en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males: todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.

Estas mismas ideas, que desde temprano se manifestaron en la obra de Rodó, inspiraron a éste su *Ariel,* que ha sido considerado, con justicia, el evangelio de la juventud hispanoamericana. Las páginas de *Ariel* se animan con la visión profética de una América regenerada,

hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave...

Ariel tiende, pues, a despertar la conciencia americana con el

sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos,

según frase del propio Rodó en su estudio sobre Montalvo. *Ariel* es un libro de esperanza y de ideal: por eso es fuerte y

saludable. Si en América la masa ignorante necesita instrucción, la clase dirigente necesita ideales.

Volviendo los ojos a la Magna Grecia, Rodó se extasía en la evocación de aquella civilización prodigiosa que parece más bella al través de los siglos, porque vivió bajo la caricia del entusiasmo y la esperanza. Rodó aboga por el culto de la belleza como una gran cualidad para el bien y se lamenta del desbordamiento del utilitarismo en el siglo XIX. En nuestra época, los Estados Unidos de Norte América encarnan el verbo utilitario: Rodó señala el peligro de que la admiración por la grandeza y por la fuerza de esa nación poderosa guíe a los pueblos de nuestra América a someterse a una conquista moral, que ya hoy trasciende al orden político. Se ha dicho que, a la distancia, Rodó no podía juzgar con absoluta exactitud todas las cualidades de la civilización norteamericana. Podrá ser que, a pesar de la serena imparcialidad de su espíritu, no apreciara en toda su magnitud los factores de inteligencia, de sentimiento y de idealidad, que también concurren en algunos aspectos de la vida norteamericana; pero, en lo sustancial, no se equivocó al señalar el espíritu que anima aquella civilización que, por asombrosa que sea, es hoy solamente *voluntad* y *utilidad*; es hasta ahora "un boceto tosco y enorme que ha de pasar por sucesivas rectificaciones." Mas no dejó de advertir tampoco las principales virtudes norteamericanas, como son la de poseer el sentido absoluto de la libertad, la de haber demostrado el poder del trabajo, la de haber hecho del espíritu de asociación el instrumento de su grandeza, la de haber construído en la escuela un taller prodigioso de hombres útiles y activos, y la de mantener el culto de la destreza, de la fuerza, de la voluntad.

Diez años después, al saludar la aparición de *Idola Fori* (1910), del malogrado Carlos Arturo Torres, Rodó volvió a ocuparse en este problema, si bien apreciando el principio de una reacción saludable en favor de sus ideas:

No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para

cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección,—como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

La América española debe esforzarse por ser "ella misma" en la vida de la civilización humana. No debe trastrocar su "yo" por una personalidad distinta a su genio propio. No debe ser como *Peer Gynt*, el héroe ibseniano, que no pudo realizar su destino porque, ayuno de voluntad, falseó y desconoció la esencia íntima de sí propio. Para realizar mejor y más libremente su destino conquistan los pueblos su independencia: mantener los ideales que recibe cada pueblo como legado de su tradición, de su historia, de su raza, de su idioma—ya que el idioma significa por sí solo muchas facetas espirituales—, es mantener, en suma, el ideal de su independencia. Los pueblos de América representan un conglomerado de naciones que tienen un mismo ideal y un mismo destino. Según Renán, el concepto de patria nace de la conciencia común de muchos hechos y sufrimientos pasados y de muchos hechos y sufrimientos por venir. Esa conciencia común existe entre todos los pueblos de nuestra América, que, sumados, son la "magna patria" preconizada por

Rodó. Estuvieron unidos ayer bajo el azote del coloniaje; estuvieron unidos y coligados siempre, para ampararse unos a otros, en la hora de la independencia; estuvieron unidos, prestando con ello un gran servicio a la civilización, al consolidar, con sus constituciones políticas, de manera firme y estable, el principio democrático en el mundo; y a la hora en que Europa los llamó a la grandiosa asamblea de naciones celebrada por segunda vez en La Haya, como realización mundial del pensamiento de Bolívar, estuvieron también unidos para decidir allí las votaciones en el sentido más liberal y más avanzado, prestando nuevamente un gran servicio a la causa de la civilización.

La concepción de Rodó no es un mito. No es más que la repetición armoniosa del voto de nuestros grandes fundadores de patrias. La América libre, nuestra magna patria, tiene derecho a ser. ¡Oh, sí! Tenemos derecho a subsistir, para gloria de la humanidad, y para bien de la humanidad, que nos debe el afianzamiento de los principios políticos más respetuosos para la dignidad del hombre. Hemos llenado de resplandores el camino de la historia. Hemos puesto una aureola de púrpura y de fuego sobre la frente del pasado siglo, que gracias a nosotros fué un siglo de libertad. Nuestros héroes no han sido sólo guerreros, sino también sembradores de ideas. Uno de ellos se llama Bolívar: de su cerebro surge la concepción ciclópea de una asamblea de naciones, que abre nuevos y amplios derroteros al desenvolvimiento futuro de la comunidad jurídica internacional; es un creador y un redentor; es un apóstol que forja constituciones y tiene al mismo tiempo fuerte brazo para la acción; posee el genio militar y posee también el genio político; y ese hombre extraordinario, semejante a un semidiós de los tiempos homéricos, camina por entre cráteres ignívomos; en delirio supremo, trepa sobre la cresta fulgurante del Chimborazo; atraviesa bosques colosales; siembra patrias a cada centella que arrancan de las piedras calcinadas por el sol ecuatorial los cascos impacientes de su caballo, y, cual si se irguiera, a merced de un gesto impetuoso del bruto encabritado, sobre la cumbre más alta de la cordillera, arranca el cortinaje de nubes que cubre el cielo de la historia americana y pone el sol de la libertad en el horizonte de un mundo.

Otro—el último en llegar—se llama José Martí: también ha soñado una fuerte hermandad de naciones y quisiera fundir en un haz, a modo de confederación de amor y de fuerza, las islas de oro, las islas desventuradas que el Caribe baña con sus aguas fosforescentes y que la ígnea caricia de los rayos del sol del trópico abrasa en reverberación deslumbradora; también ha soñado una patria propia, y al concebirla revela su genio de estadista y su clara percepción del porvenir; su palabra es flor de luz y estrépito de epopeyas; ha sentido, al través de las vértebras del siglo, llegar hasta él el estremecimiento fecundo de Bolívar, y quiere esculpir en la frente de la historia la última estrofa del poema inacabado de 1810; recorre, con febril actividad, las tierras hermanas donde ya había echado simientes la libertad; implora y exige, suma abnegaciones, unifica sentimientos, coordina voluntades, pone vigor y fortaleza en los ánimos desfallecidos, y se entrega por entero al amor de la patria por venir, de esa patria que es para él una novia y una madre, pero que es al mismo tiempo la creación portentosa de su numen y de su esfuerzo. ¡Y todo esto lo hace sin ambicionar nada para sí, a no ser el que manos piadosas coloquen un día sobre su tumba un ramo de flores y una bandera! Y cuando, al fin, celoso en acudir al llamamiento de su amada, viene a desplomarse sin vida en la manigua llena de sacudimientos de titanes, la luz solitaria de una estrella nimba su cuerpo en apoteosis de gloria y convierte en resplandores de esperanza y de fe los albores del nuevo siglo, que se inicia con la fundación de una patria nueva, gracias a la cual se completa el equilibrio político del mundo y se termina el ciclo de la independencia de todo un continente.

VIII

Ideas políticas

A la personalidad genial de Bolívar consagró Rodó uno de sus más bellos e inspirados trabajos. Si no existiera el Bolívar de Montalvo, no sería posible encontrar ningún otro estudio análogo comparable al de Rodó, por la elevación del pensamiento y por la majestuosa elegancia de la forma. A esta serie de

estudios americanos debió pertenecer el que prometió a la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, sobre Martí—cuya figura atraía y encantaba a Rodó—, y que por desgracia no llegó nunca a escribir.

En esa clase de trabajos palpita la misma elevada concepción americanista que Rodó estampó en toda su obra y que trascendió también en su vida política. Rodó perteneció al partido comúnmente llamado "colorado" en el Uruguay, y fué diputado al Congreso uruguayo durante ocho años. Aparte de algunos trabajos de gran trascendencia, como el extenso y notable informe que presentó sobre *El trabajo obrero en el Uruguay*, comentando un proyecto de ley presentado en la Cámara de su país, dos aspectos concomitantes se pueden señalar en su actuación: en lo nacional, en lo interno, un gran amor a las fórmulas armónicas y a la paz fecunda y provechosa; en lo internacional, un gran amor a la cohesión política hispanoamericana. De ambas tendencias hay huellas aun en algunos trabajos que no son de índole política.

Respecto a la primera, es interesante recoger su concepción del caudillo histórico, al hablar de Rivera, glorificando su memoria y negándoles esa misma gloria a los caudillos de ocasión, surgidos de la discordia civil:

> Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas. Estos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías de la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden.

Y en el brindis pronunciado en un banquete ofrecido a Anatole France, con motivo de la visita de éste al Uruguay, esculpió Rodó estas frases:

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Este ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia.

Y generalizando después el concepto a la América latina, añade más adelante:

Lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado.

Y luego, afirma:

Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual.

En el orden internacional tuvo Rodó una oportunidad feliz para exponer sus ideas americanistas, dándoles el carácter que la comisión oficial que se le había conferido les prestaba; y fué la sesión solemne celebrada en el Congreso chileno con ocasión de las fiestas del centenario de la independencia de Chile, a las cuales concurrió Rodó en representación del Uruguay. Allí formuló esta concisa y concluyente declaración:

Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario de la América Española. En es-

píritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

La opinión de Rodó sobre los destinos de América frente al conflicto mundial que hoy estremece al mundo, está inspirada también, con una noción exacta de las responsabilidades y amagos del porvenir, en el deber que tiene América de ser consecuente con todo lo que representa su tradición espiritual y su historia política. Apenas había estallado el conflicto, su voz se hizo oir de todo el Continente, y fué un incansable defensor de la ''entente'' de naciones que lucha frente a los imperios centrales de Europa. Desde un principio declaró que América no podía ser imparcial en esta contienda, al menos de un modo absoluto:

La conciencia latino-americana—dijo—tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida—agrega después—no sabría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto por sí solo, debería decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros

del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo ''la presa colonial'', el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límites que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.

*

En el orden de las doctrinas políticas puras, tiene alta signicación dentro de la labor de Rodó su concepto de la democracia, expuesto claramente en *Ariel* y ratificado después en cuantas oportunidades encontró para reproducirlo. La democracia mal entendida se convierte en fuente de utilitarismo desmedido y sin freno, porque estimula el desenvolvimiento de todas las ambiciones individuales, con perjuicio de la alta cultura. Por eso Rodó sostiene que dentro de la universalidad e igualdad de derechos hay que mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas. La mediocridad encumbrada ''odiará al mérito como una rebeldía'', consagrará al pontífice ''Cualquiera'' o coronará al monarca ''Uno-de-tantos''. La democracia mal entendida conduce fatalmente a lo que llama Rodó ''la irresponsable tiranía del número.''

El concepto democrático de Rodó se afianza sobre la necesidad de la selección. El mérito y las ventajas del sistema democrático consisten en el derecho que de ese modo tienen los pueblos a escoger a los más aptos y a los mejores.

Racionalmente concebida—dice Rodó—, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores—las de la virtud, el carácter, el espíritu—, y sin pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor.

Para llegar a tal objeto es preciso *educar* la democracia, de modo que

progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

De esta suerte la educación popular, según Rodó, encarna un interés supremo, considerada en relación con tal obra.

Rodó aceptó para sí la responsabilidad y el deber de cooperar, con su esfuerzo en la vida política de su país, a que fueran posibles, algún día, tan altas finalidades. Un hombre dotado de capacidad superior y amante de la soledad y del estudio, no se decide a tomar parte en la actividad política de nuestras democracias sin antes vencer, merced a la conciencia de los deberes que la misma superioridad intelectual impone al ciudadano, la natural resistencia del espíritu. Y Rodó da a conocer, en los siguientes párrafos consagrados a la obra de Carlos Arturo Torres, las palpitaciones de esa lucha interna, que abona la nobleza de su esfuerzo:

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación; la resistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?... Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas.

IX

"Reformarse es vivir"

Las ideas filosóficas de Rodó se encuentran reunidas en *Motivos de Proteo*, que, por su unidad y su carácter, puede considerarse como la más importante de sus obras. *Motivos de Proteo* es un empeño de largo aliento, que puede parangonarse a las más brillantes manifestaciones del intelecto humano en la hora presente.

"Reformarse es vivir...", he ahí el leimotivo de esa filosofía. "Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno,* sino *muchos.*" Estamos sujetos a la ley del cambio; nuestra vida es constante evolución. Hay en nosotros un fondo desconocido donde se opera, lentamente, la transformación, el *devenir.* A veces, el cambio nos sorprende, pero su incubación ha sido larga y misteriosa en esa región desconocida.

Hija de la necesidad es esta transformación continua; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad.

Tales son los postulados fundamentales del libro, que se desenvuelve, como dice su autor, "sobre una perspectiva indefinida." Estamos, pues, sometidos al cambio, y es posible orientarlo para actuar en un sentido concorde con nuestro destino. Pero para actuar en tal sentido es necesario un antecedente: el conocimiento propio. Hay que huir del "yo" ficticio. De ahí la importancia esencial que Rodó concede a la vocación, cuyo estudio casi abarca la mitad del volumen.

La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento.

Casos hay, extraordinarios, puesto que sólo se refieren a espíritus superiores y universales, en que falta la vocación concreta y determinada, por causa de una aptitud diversa y múltiple. Hay, en cambio, ocasiones en que la vocación está en desproporción con la aptitud; otras en que se anticipa a la aptitud, o en que espera, por el contrario, un "hecho provocador" que haga estallar el "Anch'io", lleno de ingenua altenaría, de Correggio. Otras veces se acierta con el género de la vocación, pero no con la especie; o bien la vocación sólo llega a manifestarse por eliminaciones sucesivas; o es la casualidad la que la obliga a brotar a flor de luz en la conciencia; o bien sobreviene el paso de una vocación a otra, como rectificación de las primeras inclinaciones. Pero frente a todas estas vocaciones que tarde o temprano encuentran su vía, están las que, o bien se truncan

porque no encuentran el auxilio de una voluntad vigorosa, o bien no aciertan a revelarse jamás. A veces es el medio ingrato el que "deja sin nacer superiores aptitudes", o

en ciertos casos empequeñece y deforma, por la adaptación a límites mezquinos, la función de aquellas mismas a que consiente vivir.

Señala Rodó, especialmente, cómo en América el "hado social" se impone y agota las energías, de donde resulta que

el cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto,

y que, en consecuencia,

el bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y en arte, las originalidades autóctonas de América.

La firmeza de la vocación no excluye, empero, el principio constante de la renovación. La renovación no es el *dilettantismo,* no es el *snobismo.* La fácil volubilidad del cambio indica ausencia de individualidad propia. La renovación gradual requiere orden y armonía. La soledad, y, sobre todo, los viajes, contribuyen a renovaciones fecundas, porque libertan al individuo de las influencias circunstantes y lo hacen penetrar dentro de sí mismo para encontrar tesoros ignorados que el tiempo ha acumulado lentamente, y que esperan el momento de manifestarse, o lo ponen en contacto con el "hecho provocador", sumiéndolo en éxtasis ante la perspectiva de nuevos horizontes.

Pero en la edificación constante de nuestra personalidad actúan otros elementos que a veces surgen de nosotros mismos, y sin los cuales toda obra educadora se desvanece o se desvía: el amor es uno, la voluntad es otro.

Quien no tiene amor o aspiración donde se afirme, como sobre basa de diamante, su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, sustituído luego por otro y otros más, con el sol de cada día.

Y en párrafos llenos de profana exaltación mística, Rodó inquiere después:

¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?... Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía, que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda; no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración; sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio... Este es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal...

Aun en la creencia y en la convicción más arraigadas, aun en el amor, nos acecha a veces el cambio. Así como el que, falaz y versátil, aparenta someterse a una creencia que en el fondo no siente, puede llegar gradualmente a sentirla en el fondo de su espíritu, también "el que cree que cree" se entrega por entero al fantasma de una fe que ha desaparecido ya y ha sido sustituída por otra en los repliegues de la conciencia, sin atreverse él mismo a confesárselo, acaso por temor a la propia inculpación de apostasía. ¿Cuál, sin embargo, es el apóstata? ¿El que, sintiendo una nueva fe, se aferra a la antigua para engañar al mundo con sentimientos que no encuentran en su alma un eco sincero; o el que, consecuente con la renovación de su espíritu, la deja manifestarse libremente, en vez de renegar con actos externos de aquella creencia que hoy domina su pensamiento?

Rodó se pronuncia en favor de la omnipotencia de la voluntad. La voluntad debe ser nuestra fuerza; la esperanza debe ser nuestra luz. Sobre el hombre pesan influencias remotas, que

arrancan del pasado; la vocación tiene arraigo inconsciente en su espíritu, pero está sometida, como todo lo que vive, a la ley del cambio y del desvío. Para llenar su misión en la vida, el hombre debe propender a desarrollar, por medio de la voluntad, sus verdaderas facultades, y regular, armónica y ordenadamente, su propia evolución. No es otra la doctrina que se desprende de los dramas filosóficos de Ibsen: la necesidad de no hacer traición de nuestro propio ''yo'', y de encauzar, en el sentido que nos depare nuestro destino, las energías reveladoras de nuestra personalidad.

De las numerosas parábolas que, de manera encantadora, exornan las páginas de *Motivos de Proteo* y prestan vida y animación a sus enseñanzas, ninguna tan bella ni de significación tan profunda como la consagrada al poderío de la voluntad:

La pampa de granito

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: ''Abre un hueco para esta simiente''; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

—''Padre, sollozó él, ¿cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro?''—''Muérdelo'', contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo: tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aun más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello.—''Junta tierra para la simiente'', le dijo.—''Padre, preguntóle el cuitado, ¿en dónde hay tierra?''—''La hay en el viento; recógela'', repuso: y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: ''Has de regar esta simiente''; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: ''Padre, ¿en dónde hay agua?''—''Llora; la hay en tus ojos'', contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol aun más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias de cuya debilidad y desamparo

la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido, por un soplo efímero, sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: "Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo!

Uno de los críticos que han estudiado la obra de Rodó, busca los fundamentos de su filosofía en la doctrina de Bergson sobre la evolución creadora:

La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazar a la necesidad: la aparición constante de los hechos imprevistos, de las contingencias, nace del *devenir;* la evolución crea. Sobre una perspectiva indefinida se desarrolla el universo... La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La *persistencia indefinida de la educación:* he ahí la verdad que no debe olvidarse (9).

X

"El que vendrá"

En la obra literaria de Rodó existe una página juvenil intitulada *El que vendrá,* en la cual, después de estudiar la grandeza y decadencia de las escuelas literarias francesas de la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra formulada una interrogación hacia el futuro, en la esperanza de que aparezca el nuevo profeta que resuma y simbolice en sí los anhelos no satisfechos de la generación presente.

---

(9) Pedro Henríquez Ureña, obra citada.

Esa página, donosamente escrita, tuvo extensa resonancia en América, porque planteaba un problema espiritual que ofrecía universal interés. Toda generación que surge anhela su profeta; desea que de su seno salga la voz del siglo, la que ha de vibrar siempre como síntesis ideal de un momento histórico del pensamiento humano. Y nuestra América, más que ningún otro conjunto de naciones, deseaba ver brotar de su seno al revelador de la palabra nueva.

¿Cómo representaba Rodó, en su imaginación, al profeta de la nueva hora? He aquí el apóstrofe que le dirige:

Cuando la impresión de las ideas o de las cosas actuales inclina mi alma a la abominación o a la tristeza, tú te presentas a mis ojos como un airado o sublime vengador. En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que a un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino a veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris. Asistiremos, guiados por la estrella de Betlem de tu palabra, a la aurora nueva, al renacer del Ideal,—del perdido Ideal que en vano buscamos, viajadores sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por ti, para llamar las almas, hoy ateridas y dispersas, a la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán, bajo tus pies, las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. Pero sé que vendrás: y de tal modo como el sublime maldecidor de *Las Blasfemias* anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

A medida que se leen esos párrafos, ¿no surge a la mente la imagen de José Enrique Rodó, el apóstol dulce y afectuoso que vino hacia nosotros con la nota de amor y de esperanza, que señaló el renacimiento del Ideal, que simbolizó las más bellas y más hermosas aspiraciones de nuestra América y fué el profeta

del nuevo siglo para estos pueblos que esperaban ansiosos la palabra de fe en sus propios destinos? Mientras su espíritu generoso buscaba al revelador en otra parte y soñaba con verlo aparecer en su camino, nosotros habíamos comprendido ya que José Enrique Rodó era "el que vendrá". Pasarán los años, y en el corazón de América se acrecentará día tras día la magnitud de su recuerdo. Su obra se extenderá y difundirá por el mundo; y su gloria, que ya tiende las alas, ingentes y majestuosas, del uno al otro continente, se elevará de tal modo ante la conciencia de los hombres, que nadie osará discutirle un puesto junto a los grandes iluminadores de nuestro tiempo, y no habrá espíritu enamorado de la belleza y del bien que no palpite de admiración, de amor, de fe, al evocar la memoria de ese apóstol del optimismo, que vino hacia nosotros para decirnos con unción evangélica: "Reformarse es vivir".

MATERNIDAD.—INFANCIA.

MATERNIDAD



UEDE hablar de maternidad quien no ha tenido la dicha, la suprema dicha de ser madre? Yo creo que sí, cuando la observación y la reflexión son sostenidas y la voluntad es buena. Negar esa aptitud a la mujer estéril, sólo por serlo, sería negarla con más rigor al hombre; y tengo por cierto (aunque no puedo citar autores) que ellos han hablado divinamente de la madre, llenos de unción por la propia y llenos de saber. En obras de imaginación, quintaesencia del verbo, ellos han dado los más adorables tipos maternos. Verdad es que esos hombres son eminencias, abonados para tratarlo todo; pero el hecho es que no les está vedada la maternidad para comprenderla, tratarla, enaltecerla. Por lo pronto puedo citar un autor que, si no ha tratado la maternidad en su aspecto educacional, ha formulado principios y reglas conyugales y maternas para favorecer la especie con tipos sanos, robustos, perfectos en cuanto cabe, físicamente; aptos, por tanto, para alcanzar la perfección, relativa siempre, intelectual y la moral. *Higiene del Matrimonio*, del Dr. Monlau, es la obra a que me refiero.

Permitid, pues, que una extraña al materno gremio se introduzca entre vosotras, madres cubanas, y trate de razonar un poco.

La madre cubana es materia prima insuperable; pero falta la elaboración científica, sin la cual los más preciosos materiales esconden y pierden su valor: el diamante en su corteza, es una piedra común; la perla en su concha, se confunde con el nácar de ésta.

¿Y dónde están en nuestro país los talleres de elaboración, es decir, de educación materna? Yo no los veo. Veo, sí, muchos establecimientos docentes de donde pueden salir y salen las mujeres, ya hábiles artesanas (de esto no mucho), ya doctoras en diversas facultades. Pero no veo aquellos a que hice referencia.

Queda sobreentendido, queda generalmente aceptado que la mujer aprende a ser madre con el ejemplo y los consejos de su madre, quien lo aprendió de la suya... y así hasta la madre Eva, que no tuvo más escuela que la proporcionada por Adán...

Y ved aquí una de las grandes enseñanzas de la madre cubana, en general; una de las cosas que el vulgo reverencia en ella, es oirla exclamar ufana, arrogante, cuasi divina: «Mi hijo sobre todas las cosas»; y esto quizás al darle la injustificada razón al hijo contra un superior, contra un igual, contra un inferior; caso este último el más doloroso y censurable, pues no advierte la inconsciente que está infiltrando en su hijo, en un ciudadano de su patria, los tósigos de la injusticia, del egoísmo, del irreflexivo orgullo, de la necia vanidad: la máxima: «Yo antes que todo», en vez de enseñarle que respete del mismo modo al superior, al igual y al inferior, y que a éste procure levantarle un poco para dulcificarle su triste destino.

¿Existe algún inconveniente para que se establezcan instituciones al objeto de preparar a la mujer para lo más arduo, para lo más trascendental que a criatura humana puede encomendarse: formar hombres y mujeres dignos de que no se les confunda con tipos menos avanzados en la escala zoológica? Yo no veo el inconveniente; y aunque en otro escrito mío, análogo a éste, dije, poco más o menos: «No soy quién para indicar la manera de reformar la escuela en sentido favorable para la mujer» (1); como en ello he seguido reflexionando, y la edad me va dando alas para atreverme a todo... La edad, la proximidad a la definitiva partida, como quien desea legar, a manera de disposición testamentaria, su poquito de experiencia, y ¿por qué no aprovechar esta coyuntura para decirlo?, me da alas tam-

---

(1) *Mujeres antes que hombres*, en CUBA CONTEMPORÁNEA, págs. 89-94, número 2, tomo XVII.

bién el inmenso agradecimiento a mis compatriotas, que me rodean de afecto, de estimación, que magnifican por bondad mis escasos méritos, y logran de este modo suavizar, dulcificar indeciblemente las acerbidades que en edad tan avanzada me han visitado...

Yo pienso que podrían establecerse instituciones oficiales para la preparación de esposas y madres, y en las cuales se admitirían, y aun de manera obligatoria la asistencia, las jóvenes de quince a veinte años. Al frente de esos establecimientos podría ponerse mujeres que por su saber (sólido; nada de *bachilleras*) y sus virtudes, por su envidiable concepto social, llegaran a esos puestos como a la meta de una gloriosa carrera, con medalla que lo acredite, con munífica retribución y con retiro amparador de la vejez.

Pudiera desde ahora formarse una comisión, muy escogida, que estudiase el asunto profundamente y lo llevase a vías de hecho. Una comisión en cuyos miembros estuviesen reconocidos virtud, saber y *recogido* patriotismo; recogido, es decir, que, siendo activo, no fuese vocinglero.

Y yo pondría a esas casas, por nombre genérico, «Casas Cornelia», como ejemplo y en tributo de honor a la madre romana que supo formar a los Gracos y que rehusó una corona real por no abandonar la consagración a sus hijos, quienes, si no pudieron terminar felizmente su existencia, la cubrieron de gloria imperecedera.

Ya en Cuba hemos tenido algo análogo, para varones, en la escuela-hogar, en la escuela de civismo «El Salvador», de José de la Luz y Caballero, de donde salieron a resplandecer en la vida pública por saber, por virtudes y por acrisolado patriotismo, Ignacio Agramonte, Manuel Sanguily, Enrique Piñeyro... ¿Por qué no ha de hacerse algo en este sentido para favorecer a la mujer en Cuba republicana, en Cuba, vecina de los Estados Unidos, donde hay mujeres alcaldes y tienen ya voto en muchos Estados?

¿No podría, en los cinco años que he señalado, tomar cursos de higiene doméstica, leer con asiduidad libros fortificantes, a la cabeza de los cuales pondría yo *Le livre de mes fils*, de Paul Doumer?

He indicado un libro extranjero. Pues bien: la enseñanza de idiomas, a las que no los supieren, podría ser otro beneficio de las que he llamado «Casas Cornelia». Pensemos en el axioma de Franklin: «El hombre que sabe cuatro idiomas vale tanto como cuatro hombres».

Y en el último año ¿no sería conveniente hacerla manejar niños—no como una niñera, sino como una madre instruida—llevados para el caso a la Institución durante las horas o días que se juzgase necesario?

Yo, débil mujer, lanzo la idea por amor a mis compatriotas, por amor a Cuba. Recójanla, si parece buena y practicable, quienes para ello tengan aliento y voluntad; y ojalá fructifique ópimamente, tal cual es mi deseo.

31 julio 1918.

INFANCIA

En días pasados, leyendo una de las interesantísimas crónicas que desde Nueva York envía a *La Nación* el excelente escritor Sr. José María Torres Perona, hubo de sorprenderme una noticia, y siento no tener el periódico a mano para copiarla textualmente.

Se decía en ella el medio que habían encontrado los abastecedores de agua para que los abonados no hiciesen allá desperdicios del líquido. Y este medio era que los niños delatasen a sus maestros, a sus vecinos, etc., que incurriesen en tales descuidos; no a sus padres.

No hay en el mundo intereses de empresa superiores a los intereses de humanidad; aunque muchas veces eso no se tenga en cuenta y sea, ante el capital, atropellado el niño.

Esa excepción que se hace de los padres, indica bien a las claras que no se conceptúa muy buena la acción. Lo que se recomienda como excelente respecto al resto del género humano, queda detenido ante los padres.

¿Cómo así? La delación no es aceptable sino cuando en ella va imbíbita la salvación de algo muy importante: la patria. la honra o la vida de un ciudadano. Y en este caso, la delación,

que debe ser a cara descubierta, toma el carácter de acción cívica. El espía, el delator es despreciado aun por aquellos que le utilizan; quizás por éstos más que por nadie, y avergonzándose interiormente de hallarse en tan bajo nivel.

Y en el país de Washington, de Franklin, de Emerson. ¿se ha llegado hoy a esa reprobable acción? ¿Y dónde se infiltra el veneno? Pues en el alma tierna, candorosa del niño, estimulado sin duda por premios pecuniarios o de otra clase. Y esto en el país donde no solamente dejaron aquellos grandes hombres su ejemplo y sus máximas moralizadoras, sino donde la niñez por todos es respetada, donde la jovenzuela va sola por ciudades populosas, por interminables calles que a veces salen al campo, sin temor alguno, porque sabe que en cada ciudadano tiene no sólo un reverenciador, sino además un defensor.

Pues aun allí, por lo visto, hay que lamentar ya que no se trate el alma del niño como lo más delicado que imaginarse pueda: un fragilísimo cristal; una flor de esas que no pueden ser tocadas sin convertirse en triste despojo; una mariposa brillantísima que, en los dedos que la aprisionan sin mil precauciones, deja el dorado polvillo, presto convertido en negro polvo, que es su entero ser ya desaparecido.

No; no hay nada más delicado, ni que más respetos y cuidados merezca, que el alma del niño, el alma en capullo pudiéramos decir. Según el trato que se le otorgue, el capullo se abrirá en luciente y fragante flor, o en flor de muerte, o, por lo menos, en flor sin fragancia.

Y ¡cuán erróneamente se procede en general! Al hombre, desde la cuna—sin exageración—desde la cuna se le da un curso completo de mendacidad, que es decir un curso de abyección. El primer fantasma que se introduce en su tierno cerebro es el *Coco,* el Coco, ser horrendo y perverso que está allí, próximo a venir para hacerle daño. Con la primera mentira se le introduce en el alma el temor, la pusilanimidad quizás para más tarde.

Apenas crecidito, se le pone en las manos un librillo doctrinario, el que ha de enseñarle con obligatoria creencia las más estupendas cosas; y cuando, ya mayor, estudie ciencias el adolescente de uno u otro sexo, del femenino especialmente,

en colegios no laicos, se llenarán de lagunas las que le enseñen, pues siempre han de quedar éstas supeditadas al dogma, cuando con el dogma choquen, que es a cada paso.

Figuraos la enseñanza de la biología, por ejemplo. Aprende el estudiante el proceso cómo llega el hombre a la vida. Y ved que después se encuentra con que hay seres que han nacido sin pasar por ninguno, o casi ninguno, de los trámites de ese proceso, y que hay seres triples, conservando, no obstante, cada cual su individualidad aparte, entre las que existe hasta una que no exhibe la forma humana, sino la propia de los plumíferos... Y no hay para qué seguir en esta selva, porque ella ha sido explorada ampliamente, no obstante su inextricable enmarañamiento, por investigadores de primer orden; investigadores que han sido, a la vez, leñadores y le han asestado tremendos golpes de hacha; pero es una selva prodigiosa; y aunque sus troncos son esencialmente débiles, aunque derribada está ante muchas expertas miradas, otras muchas la ven en pie; y no solamente en pie, como en los tiempos más remotos, sino fructificando, añadiendo milagro a milagros, flamantes retoños a carcomidos troncos...

Con estos preparativos entran hombres y mujeres en sociedad, y la mentira es entonces manto que todo lo cubre, red que todo lo abarca, boa que todo lo constriñe. Se miente la amistad, se miente el amor, se miente la belleza, se miente la posición, se miente el negocio, se miente la victoria bélica, se miente la virtud, se miente el dolor, se miente el sufragio, se miente el poder. Se entroniza el fraude en todas partes... Oh, qué lepra! qué lepra!

¡Desdichados niños que habéis de ser hombres! ¡Desdichados hombres que habéis de tener niños, a quienes no sabréis respetar poniendo en sus almas la verdad como un sol que ha de iluminar perennemente cada una de sus palabras, cada una de sus acciones!

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

La Habana, 5 agosto 1918.

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

III

SEGUNDA PARTE.

Exposición de los casos en que el Gobierno de Washington ha aplicado o invocado la doctrina de Monroe.

(Finaliza.)

(F).—Los Estados Unidos no intervienen en las demostraciones puramente punitivas que hagan los gobiernos europeos contra naciones americanas, con tal de que de esos actos no se derive una ocupación de territorio.

Este aspecto de la doctrina de Monroe lo encontramos enunciado, por primera vez, por el Presidente Teodoro Roosevelt, en su Mensaje anual de 3 de diciembre de 1901, a que anteriormente nos hemos referido examinando otro aspecto de dicha doctrina. En efecto, según se recordará, hubo de declarar Roosevelt en dicha ocasión lo que sigue:

No impedimos que un Estado, que no sea americano, tome las represalias que estime oportunas contra una nación de la América, con tal de que el castigo no traiga, como consecuencia, la adquisición de territorio.

Sin embargo, aunque esta declaración se hizo en 1901, de hecho la línea de conducta que la misma señala se venía observando con anterioridad, según podemos comprobar. En va-

rios casos, frente a determinados actos de fuerza de algunas potencias europeas contra débiles estados de la América, el Gobierno de Washington permaneció sin tomar ninguna acción, sin duda porque esos actos no se encaminaban a la ocupación de territorio. He aquí cuáles fueron esos acontecimientos, según refiere el tratadista John Basset Moore en su *Digesto de Derecho Internacional*:

> En 1842 y 1844 la Gran Bretaña bloqueó el puerto de San Juan de Nicaragua. En 1851 la misma potencia interrumpió todo tráfico con el puerto de la Unión, en San Salvador, y bloqueó las costas de este país, y en 1862 y 1863 apresó varios buques brasileños en aguas del Brasil, en represalia por el saqueo del *Prince of Wales* en dichas aguas. En 1838 Francia bloqueó varios puertos mejicanos, por no habérsele dado satisfacción a determinadas reclamaciones. Con motivo de la guerra que estalló en 1865 entre España y las Repúblicas sudamericanas del Pacífico, durante la cual una escuadra española bombardeó el puerto de Valparaíso, declaró Seward, Secretario de Estado, en un despacho enviado al Ministro en Santiago en 2 de junio de 1866, que los Estados Unidos no se mezclaban en las guerras entre naciones europeas y americanas, a menos que se vieran compelidos a mezclarse en el asunto por el carácter político de la contienda, como en el caso de Francia y Méjico...

(1897.) El año 1897, la Secretaría de Estado, ocupada por Sherman, hace una declaración análoga a la que formulara Seward en 1866. He aquí en qué ocasión. El súbdito alemán Emilio Lueders, residente en Haití, fué condenado a prisión y a pagar una multa de quinientos pesos. Entendiendo el Ministro alemán que esa condena era un atropello, reclamó la libertad de Lueders y el pago de una fuerte indemnización, de acuerdo con su Gobierno; y como el de Haití se negara a dar oídos a dicha reclamación, a las seis de la mañana del día 6 de diciembre del año de 1897 se presentaron en Port-au-Prince dos buques de guerra alemanes, haciendo saber su comandante, a las autoridades, que a la una de la tarde bombardearían las fortalezas y los edificios públicos si el Gobierno no accedía a su demanda, que consistía en pagar una indemnización de treinta mil pesos, en garantizar la vida y la libertad de Lueders, y en darle una satisfacción cumplida al representante diplomático del Emperador de Alemania.

El Gobierno haitiano se allanó a dicha demanda; pero co-

mo el Ministro de los Estados Unidos ante dicho Gobierno le llamara la atención al de Washington acerca de que la actitud de Alemania infringía la doctrina de Monroe, recibió de la Secretaría de Estado esta contestación:

Este Gobierno no tiene por qué mezclarse en las cuestiones que continuamente se suscitan entre las Repúblicas de este hemisferio y otros Estados. La doctrina de Monroe, a que Ud. se ha referido, es inaplicable a la cuestión planteada; pues no está bien que nuestros vecinos interpreten erróneamente dicha doctrina, haciendo derivar, para ellos, erróneas interpretaciones que vengan a favorecerlos.

(1901-1903.) No fué el Mensaje anual de 3 de diciembre de 1901 la única ocasión en que se enunció, en este año, la regla o forma de interpretación de la doctrina de Monroe, a que nos referimos. Hemos de ver ahora otro caso ocurrido en dicho año.

En los últimos meses de 1901 se fueron entibiando las relaciones entre el Imperio Alemán y la República Venezolana, debido a que estando gran parte de la deuda exterior de la segunda en manos de súbditos alemanes, éstos se quejaron a su Gobierno de que no se les pagaba. Al mismo tiempo un crecido número de alemanes, residentes en Venezuela, se quejó también de que la revolución, que había asolado al país en los años anteriores, les había causado grandes perjuicios que el Gobierno se negaba a indemnizar.

Al fin el Gobierno de Venezuela accedió a las reclamaciones europeas, pero en una forma que hacía sospechar que los acreedores iban a ser objeto de una burla. Al menos así lo entendió el Gobierno de Alemania. El Presidente Cipriano Castro dispuso, por medio de un Decreto, que los reclamantes presentaran sus solicitudes, pero sólo los que hubieran sufrido daños con posterioridad al día 23 de mayo de 1899, fecha en que él había tomado posesión de su cargo; que las reclamaciones habrían de sustanciarse ante los tribunales venezolanos, y que las indemnizaciones que se acordaran se pagarían no en dinero, sino por medio de bonos de una emisión que se llevaría a cabo.

El Gobierno de Alemania estimó que la resolución del de

Venezuela no era más que un medio habilidoso de demorar o evitar el pago de obligaciones que eran ciertas y legítimas, y decidió adoptar una acción más eficaz: realizar una demostración naval contra la República Venezolana. Antes de dar el Gobierno alemán ningún paso en este sentido, se dirigió al Gobierno de Washington explicándole los móviles de su actitud y su verdadera finalidad. No llevaba el propósito de ocupar definitivamente el territorio venezolano; simplemente apelaba a la fuerza como único medio de que el Gobierno de Venezuela atendiera con seriedad las peticiones formuladas.

En 11 de diciembre de 1901 el Embajador de Alemania en Washington entregó en la Secretaría de Estado un extenso documento, en el que, después de hacer relación de cuanto había ocurrido en el asunto de las reclamaciones, daba seguridades acerca de cuáles eran los propósitos de su Gobierno, en los si guientes términos:

Tenemos verdadero interés en que el Gobierno de los Estados Unidos adquiera el convencimiento de que sólo nos mueve el interés de que aquellos ciudadanos, a quienes ha causado perjuicios la guerra civil, sean indemnizados. No nos guía el propósito de adquirir u ocupar permanentemente el territorio de Venezuela. De colocarnos el Gobierno de Venezuela en la necesidad de tomar medidas de fuerza, aprovecharíamos las circunstancias para exigir que se garantizara el pago de las reclamaciones de la ''Compañía de Descuento de Berlín''. Como primera medida se tomará la de bloquear los puertos más importantes de Venezuela, como la Guayra y Puerto Cabello, lo que es de suponerse coloque al Gobierno en situación difícil, dado que sus principales ingresos lo constituyen los impuestos de importación y exportación; y sólo en el caso de que esta medida no dé resultado, nos decidiremos a ocupar los puertos a fin de recaudar nosotros mismos esos derechos.

A esas manifestaciones contestó el Secretario de Estado, John Hay, en 16 del propio mes, con un memorándum del cual transcribimos estos párrafos:

Su excelencia, el Embajador de Alemania, a su regreso de su viaje a Berlín, le ha dado seguridades al propio Presidente de la República, en nombre del Emperador de Alemania, de que su Gobierno no tiene el propósito ni la intención de realizar la menor adquisición de territorio en el continente meridional, ni en sus islas adyacentes. Esta voluntaria declaración fué reiterada después a la Secretaría de Estado y ha sido acogi-

da por el Presidente y el pueblo de los Estados Unidos con la misma sinceridad con que se la ofreció... El Presidente de los Estados Unidos aprecia la atención del Gobierno alemán, al darle cuenta de este asunto; y, sin juzgar ni discutir las reclamaciones de que se trata, está seguro de que ninguna medida se adoptará por dicho Gobierno en desacuerdo con sus anunciados propósitos.

Todavía transcurrió un año antes de que el Gobierno de Alemania emprendiera su acción anunciada contra Venezuela. Durante ese tiempo la Gran Bretaña, por reclamaciones parecidas a las de los alemanes, adoptó la misma actitud del Gobierno de Berlín; y, cansadas ya las Cancillerías de las dos naciones europeas de las demoras y dilaciones del Presidente Castro, en los primeros días del mes de diciembre del año 1902 se presentaron sus ministros acreditados en Caracas en la residencia privada del Ministro de Relaciones Exteriores y le hicieron saber que sus respectivos Gobiernos exigían que dentro de cuarenta y ocho horas se reconocieran y pagaran las reclamaciones formuladas. Acto seguido los dos diplomáticos se trasladaron a los buques de guerra de sus países, surtos en la Guayra, para esperar la respuesta; y como ésta no llegó en los términos pedidos, los buques de las dos potencias—a los que después se unieron los de Italia, que también tenía reclamaciones—bloquearon los puertos venezolanos, apresaron varios buques de guerra y mercantes y bombardearon las fortalezas de Puerto Cabello.

Así las cosas, la Secretaría de Estado del Gobierno de Washington, después de declarar que las medidas adoptadas no constituían un bloqueo pacífico, sino un verdadero estado de guerra, propuso en 12 de diciembre a las Concillerías de Londres y Berlín, de acuerdo con el Gobierno de Venezuela, que se sometiera la cuestión a un arbitraje. El Gobierno de Venezuela, para negociar y tratar ese asunto, le confirió plenos poderes al Ministro de los Estados Unidos en dicha República.

Los dos gobiernos europeos aceptaron en principio las propuestas e indicaron como árbitro al Presidente de los Estados Unidos; pero éste declinó esa oferta, recomendando para el caso al Tribunal de La Haya. Así se hizo; se suspendió el bloqueo y se sometieron las cuestiones pendientes a dicho Tribu-

nal, que dictó su laudo, aceptado por todos, en 22 de febrero de 1904.

El profesor Coolidge, de la Universidad de Harvard, en su conocida obra *Los Estados Unidos como potencia mundial,* al referirse a este asunto, expone que la acción de Alemania, la Gran Bretaña e Italia, en Venezuela, causó profundo disgusto en los Estados Unidos y que el pueblo se dió cuenta de que el verdadero propósito que animó a los alemanes consistió en el deseo de ''probar'', ''tentar'', hasta dónde podía llegar la doctrina de Monroe.

Fué con motivo de este importante asunto que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Luis M. Drago, en una nota enviada a Martín García Merou, Ministro de dicha República en Washington, en 29 de diciembre, comentando la actitud de los gobiernos europeos, desenvolvió los principios en que se encierra la importante y hermosa doctrina que lleva su nombre.

Después de exponer la extrañeza que le había causado la actitud de las naciones aliadas contra Venezuela, significaba que, a su juicio, la deuda pública en ningún caso debía provocar la intervención armada de las potencias europeas, y mucho menos la ocupación material del suelo; tanto por la consideración de que el que contrata con un Estado conoce de antemano su civilización, su cultura y su manera de proceder en los negocios, de cuyas circunstancias depende que dichas obligaciones sean más o menos onerosas, como por la de que contra ninguna entidad soberana se puede intentar proceso ejecutorio de cobro; pues a ese paso, y si—con mengua del principio de la igualdad de los Estados—las naciones débiles pudieran ser sometidas a cobros compulsorios por medio de la fuerza, por las que son más fuertes y poderosas, pronto aquéllas se verían absorbidas por éstas.

(1904.) Ocurridos los acontecimientos a que nos acabamos de referir, se dió cuenta el Presidente Roosevelt de que la opinión pública no estaba conforme con que los Estados Unidos permanecieran en actitud pasiva ante la agresión de una nación europea contra una República de este Continente. Era realmente peligroso que se le permitiera ocupar los puertos de una

débil nación de la América a una potencia europea de tan enormes recursos como Alemania. Los Estados Unidos debían evitar ese peligro. Nada más expuesto que tolerar semejante acción, pues, por muchas que fueran las protestas de la nación ocupante, una vez tomada posesión del territorio no habían de faltarle pretextos a la diplomacia para convertir en definitivo lo que primero se dijera que era provisional.

Al mismo tiempo se daba cuenta el Gobierno de que los Estados Unidos no podían impedirles a las naciones de Europa ejercitar los medios que fueran conducentes a obtener la satisfacción de aquellas reclamaciones de sus súbditos, que fueran procedentes y justas. Al conjuro de esa necesidad surgió la llamada política de prevención, a que antes nos hemos referido, según la cual los Estados Unidos deben actuar en el sentido de evitar posibles conflictos entre las naciones de Europa y las de América, llegando, si fuere necesario, hasta a intervenir en los asuntos de éstas.

He aquí cómo la justifica Roosevelt en su Mensaje de 6 de diciembre de 1904:

> Los Estados Unidos no están animados, con respecto a las otras naciones de este Continente, por otro deseo que no sea el de verlas desenvolverse con orden y prosperidad. Todo pueblo que se conduzca bien, puede contar con la seguridad de nuestra amistad. Los Estados Unidos no tienen porqué mezclarse ni intervenir en los asuntos de aquellas naciones que se conduzcan con decencia y corrección; pero cuando el desorden se entroniza en un país, hasta el punto de que éste se hace incompatible con los altos intereses de la civilización, parece cosa indicada la intervención de una nación civilizada. En el continente occidental, la doctrina de Monroe le impone al Gobierno de los Estados Unidos el deber de desempeñar esa misión, desarrollando una política de policía internacional. Si cada una de las naciones que baña el mar Caribe se dieran cuenta e imitaran los progresos realizados en Cuba, merced a la Enmienda Platt, desde que la abandonaron nuestras tropas, terminaría todo motivo, por parte nuestra, para intervenir en sus asuntos. En realidad son idénticos nuestros intereses y los de nuestros vecinos del Sur. Esos países poseen grandes riquezas, y si lograron mantener el imperio de la justicia y de la ley, su prosperidad sería enorme. Aquellos que sepan guardar las reglas que observan los países civilizados, encontrarán en todas partes un ambiente de cordialidad y simpatía. Nosotros nos mezclamos en los asuntos de esos países sólo en último caso, cuando se comprueba que en sus asuntos interiores no pueden proceder con justicia y que en

los exteriores han violado los derechos de los Estados Unidos o han provocado una agresión extranjera en perjuicio de las naciones de la América. Es una verdad, fuera de dudas, que toda nación, sea o no americana, que quiera mantener su libertad e independencia, se debe dar cuenta de que no disfruta de esa libertad e independencia para hacer mal uso de las mismas.

(1905.) El propio Presidente Roosevelt, en su Mensaje anual de 5 de diciembre de 1905, refirióse de nuevo a la necesidad de que los Estados adoptaran la política de prevención, en estos términos:

Debemos demostrar, además, que nos proponemos impedir que una nación, en este Continente, utilice la doctrina de Monroe como escudo para protegerse contra las consecuencias de sus propias malas acciones. Si alguna de las Repúblicas al Sur de la nuestra, hace algún daño a alguna nación extranjera, atropellando, por ejemplo, a algún ciudadano de esta nación, en semejante caso la Doctrina no nos obliga a intervenir para pedir que se castigue al autor del daño, excepto para cuidar de que el castigo no asuma, en modo alguno, la forma de una ocupación territorial. Más difícil es el caso cuando se relaciona con una obligación contractual, pues nuestro propio Gobierno siempre se ha resistido a imponer el cumplimiento de las obligaciones contractuales, en obsequio de sus ciudadanos, mediante el recurso de las armas. Muy de desear es que todos los Gobiernos extranjeros asuman la misma actitud; pero, desgraciadamente, no es así. Nos vemos, por consecuencia, expuestos en cualquier modo a arrostrar desagradables alternativas. Por una parte, este país se resistiría, seguramente, a ir a la guerra para impedir que un gobierno extranjero cobre una deuda justa. Por otra parte, no es nada prudente permitir que una potencia extranjera cualquiera tome posesión, siquiera sea temporalmente, de las aduanas de una república americana, a fin de compelerla al pago de sus obligaciones; puesto que dicha ocupación temporal podría convertirse en ocupación permanente. La única manera de sortear estas alternativas, en cualquiera ocasión determinada, puede consistir en que nosotros mismos acometamos la empresa de buscar un arreglo mediante el cual pueda satisfacerse, hasta donde sea posible, la deuda contraída. Mucho mejor es que este país lleve a la práctica un arreglo semejante, antes que permitir a ningún otro país que se adelante a acometer esa empresa. Este procedimiento, por parte nuestra, garantizará a la República deudora que no tendrá que satisfacer deudas de carácter indebido, bajo presión; y a la vez será también, para los acreedores honrados, una garantía de que no se prescindirá de sus derechos para favorecer las reclamaciones fraudulentas o codiciosas. Además, esta actitud de los Estados Unidos nos brinda la única manera posible de evitar un choque con alguna potencia europea. Esa actitud,

pues, es la que más conduce a promover los intereses de la paz, lo mismo que los intereses de la justicia. Es un beneficio para nuestro pueblo; es un beneficio para los pueblos extranjeros; y, sobre todo, es un beneficio para el pueblo del país interesado.

En un capítulo posterior hemos de referirnos con más detenimiento a esta interesante materia: cuando estudiemos la ingerencia del Gobierno de Washington en los asuntos interiores de algunas de las Repúblicas de la América Central. Por el momento hemos querido señalar cómo los Estados Unidos tuvieron que apartarse de la línea de conducta que se trazaron, en casos que, después de todo, no fueron numerosos, de no intervenir en las demostraciones meramente punitivas que hicieran los Gobiernos europeos contra naciones americanas.

(G) Los Estados Unidos no intervienen en el caso de guerra entre naciones americanas.

(1828.) Con ocasión de la guerra ocurrida entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, declaró Henry Clay, Secretario de Estado, en nota enviada a Forbes, Encargado de Negocios en Buenos Aires, que la guerra de que se trataba era una guerra genuinamente americana, en la que para nada intervenían las naciones de Europa; y que en este sentido la doctrina contenida en el Mensaje de Monroe no rezaba con ese caso.

(H) Los Estados Unidos no se oponen a que una nación europea sea árbitro en una cuestión entre naciones americanas.

(1898.) Por el año 1898 la Argentina y Chile sostenían una apasionada disputa por cuestión de linderos.

La Gran Bretaña y Alemania le habían propuesto a la República Argentina que sometiera la cuestión al arbitraje de la Reina Victoria, e interesaron del Gobierno de Washington que actuara con ellas en ese sentido. La Secretaría de Estado contestó, en 1º de septiembre de 1898, que los Estados Unidos no se oponían al arbitraje, toda vez que éste había sido propuesto amistosamente y no en tono imperativo, lo que sería incompatible con la independencia de la nación argentina.

RAÚL DE CÁRDENAS.

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

IV

(Continuación.)

—Se odia la vida regalada, el automóvil, los caballos de algunos aristócratas, es decir, la persona y lo que la rodea; pero, ¿también no se mira con malos ojos al millonario, aristócrata a la larga, de las repúblicas? Apasionamiento estomacal, en el que hay mucho de envidia. El odio es un arma; combatir con ella es repulsivo. Cada cual vive, dentro de la ley, como le agrada. Si unos ciudadanos, nobles o no, extinguen sus energías en la molicie y el ocio, ¡tanto mejor para los capaces de ocupar el vacío que dejan! Los hombres malos de una clase son suplantados por los buenos de la misma, o de otra. Sin embargo, por unos individuos no puede juzgarse ni acusarse a una clase. Ahora bien, cuando toda una clase pierde la noción de sus deberes—y eso sucede muy raras veces—, entonces ¡abajo con ella! En los descontentos de mérito, entendámonos, está el ascender, hacerse útiles. Lo malo es esto: los ciudadanos de una categoría que odian o envidian a los más aptos, mejores, o más ricos, de otra categoría, lo que quisieran es ascender en la escala social como los malos militares: por bajas de sangre, no por méritos de guerra.

—La selección es conquista de la Revolución. La supresión de las castas asegura la selección.

—La Revolución no abolió castas, es decir, clases cerradas, porque la nobleza estuvo siempre abierta a todos—¿los nobles acaso no salieron siempre del pueblo?—, pudiéndose por lo tanto producir la selección. La monarquía, hasta Luis XVI,

siempre, ¿ha permitido o no a todos los ciudadanos el acceso a todos los empleos? La monarquía sólo pide competencias. Colbert, por ejemplo, no fué aristócrata, ni fueron ni son aristócratas la mayoría de los ministros de los reyes. Todo lo que es nacional, es nuestro, ha dicho el duque de Orleans. Esa es la divisa de *La Acción Francesa*, y puede decirse que siempre la de la monarquía... La abolición de la nobleza no ha asegurado la selección individual, y además impidió la selección de las familias. No sabes lo que es la monarquía. Se te escapan sus cualidades como se te escapaban antes las bondades de la religión.

—Quizá mi alma republicana es demasiado independiente para meterse por los matorrales metafísicos.

—Tienes razón, tu alma republicana "es un compendio de la anarquía intensa a la cual la república somete a los elementos del país".

—Hablas como Maurras y sus discípulos. No es Maboul quien discurre, sino el sistema...

—¿Qué sistema? Se le honra, dice Maurras, con algo que no inventó; su "objeto, la monarquía francesa, preexistía puesto que hizo a Francia, la cual nos ha hecho a nosotros".

—Buen argumento.

—Más que un argumento, una verdad. La diferencia es grande.

—Lo que no quita que la *Encuesta sobre la monarquía* sea para ti algo así como la enciclopedia inatacable de la verdad política.

—¿La has leído?

—No.

—Me lo sospechaba. ¿Has leído *El porvenir de la inteligencia? ¿Kiel y Tánger?*

—¡Para qué! He estado siempre demasiado ocupado para perder mi tiempo en polémicas inútiles.

—Discutir algo de tan supremo interés como el porvenir patrio no me parece inútil. Mauricio Barrès no es realista. ¿Sabes lo que opina de la *Encuesta?* Que "es imposible concebir un libro de literatura política en el cual pueda hallarse mayor satisfacción para el razonaminto y la más elevada cul-

tura''. Pocos hombres han meditado tanto sobre su país como Maurras, pocos han derrochado ideas como él, pocos nos han obligado a pensar tanto en cosas justas y elevadas como él.

—Nos salimos de la discusión. El rey se me antoja un tirano o un leño.

—Ni una ni otra cosa. La historia está para demostrarlo. El rey, investido de la impartible soberanía, ejerce una especie de supervisión del interés general; por eso lleva las riendas de la fuerza, para en caso necesario hacer respetar la autoridad. ''El rey en sus consejos, el pueblo en sus estados.'' Las libertades locales, definidas, limitan su autoridad; le son al mismo tiempo apoyo y límite.

—¿Una república mala no es idéntica a una mala monarquía? No sé cómo defenderías al faldófilo Luis XV o al mediocre Luis XVI.

—¿Qué es mejor, el buen rey o la buena república?... Más limitado en sus caprichos se halla un rey malo que un poder colectivo e inconsciente, en el cual las responsabilidades no existen. ''Treinta tiranos son más temibles que uno, y ochocientos tiranos (organizados para poder obrar) más temibles que treinta''... A los reyes imbéciles, malos o locos, se les destrona. Siempre se ha previsto la deposición y también la regencia.

—Destronar a un rey supone para mí revolución y república.

—¿Va a ser siempre la revolución un movimiento insano de la opinión, sugestionada por teorías falsas, insidiosas, de arribistas o soñadores? ¿Nunca una protesta legítima? El rey, primer empleado de la nación, debe ser siempre el primer ciudadano en cumplir con su deber. Si el mío lo olvidare, yo sería su más violento adversario. Pero depuesto, sustituido por el hijo, el hermano, el primo, por el miembro de la familia a quien le correspondiese la sucesión—a éste el ejemplo de lo sucedido al antecesor le serviría de acicate y estímulo—, me sentiría satisfecho. Yo deseo en el trono a Felipe VIII, porque es él, en justicia, el francés a quien toca ocuparlo. Sin embargo, yo no abogo por tal o cual rey, sino por el rey.

—Un rey ideal.

—El rey y nada más. Si ideal, tanto mejor. Cuando pedimos la mano de nuestra novia, ni el desentendimiento ni el adulterio nos pasan por la mente.

—Todos los reyes no fueron Luis XIV.

—"Ciudadanos—voy a citarte unas líneas de una carta de Federico Amouretti a Maurras—, os han contado que nuestros reyes fueron monstruos: hubo entre ellos, cierto es, hombres débiles, poco inteligentes, varios mediocres, libertinos y quizá dos o tres malos. Pocos hubo que fueron hombres notables, la mayoría fueron hombres de inteligencia mediana, y concienzudos. Contemplad su obra: Francia. Rey, mi señor—agrega—, en la serie de vuestros antepasados no miréis a San Luis, ni a Enrique IV, ni a Luis XIV. Mirad al buen rey Luis VI. Él derribó a los barones bandidos, transformó a los buenos barones en prebostes que protegieron seriamente al pueblo bajo de Francia, campesinos y artesanos, y dió a los burgueses libertades serias y extendidas, aunque precisas y justas. Labor indispensable que hizo posible las glorias seculares."

—Literatura.

—No, justas observaciones, vestidas graciosamente. Si vas a interrumpirme con vaciedades, prefiero no seguir hablando.

—Luis XV perdió la India y el Canadá.

—A todas las naciones, como a todos los hombres, se les ha perdido algo alguna vez.

—A la tercera república le debemos diez millones de kilómetros cuadrados de nuevas tierras. ¿No te enorgullecen nuestras colonias?

—Mucho. Pero soy de opinión que antes de tomar camino de esas tierras debimos poder jactarnos de dormir tranquilos a lo largo del Rín. Primero la casa, después el jardín... La monarquía ganó mucho más de lo que perdió. No habían transcurrido dos años del asesinato de Luis XVI, cuando, ¿no lo recuerdas?, ¿acaso no declaró el Comité de Salvación Pública que los reyes, los tiranos, como era la moda decir entonces, no terminaban las guerras sin agregarles nuevas provincias a sus dominios? Luis XV nos valió Córcega y la Lorena. De 1715 a 1774 no sufrimos desastres comparables a las invasiones de 1814, 1815 y 1870. "En política se considera no la moralidad

de los reyes, ni aun su gloria, sino el resultado de sus reinados.'' Cuanto al bonachón de Luis XVI, hay que tenerle en cuenta la reorganización del ejército y la marina. Él, y no Carnot, fué el verdadero organizador de las victorias. No tengas la mala fe de juzgar la obra toda de la monarquía por los diez años anteriores a la Revolución.

—Te repito que todos los reyes no fueron Luis XIV.

—Su gloria nos deslumbra. Pero él sentó las bases de la disolución monárquica, centralizando, anulando todas las influencias, absorbiendo, desarraigando, atrayendo a los nobles a una corte lejos de la cual sólo vivieron aquellos que no le eran gratos; cuando lo importante era que cada propietario echase raíces en su finca, y en ella viviese, gastase y muriese. La monarquía fué fuerte mientras el poder real no impidió la libre gerencia de sus intereses a los diferentes cuerpos, compañías y comunidades. Al disminuir la autonomía, decayó la monarquía. Semejante lección, después de ocho siglos de experiencia, la tendrán en cuenta el país y el rey. Luis XIV fué, por desgracia, la monarquía absoluta. Su forma de gobierno, huérfana de personalidades como la suya, no podía durar, no pudo sino debilitarse, en los ciento treinta años que iba a subsistir. Y decayó. A pesar de la prosperidad material, el régimen fiscal llegó a hacerse insoportable, la nación quiso volver a su tradicional monarquía moderada; pero los errores políticos ''habían exaltado hasta la anarquía el sentimiento de la libertad en los ciudadanos y, por otra parte, enervado, hasta anularlo, el sentimiento de la autoridad en los gobernantes, cuya afectada sensibilidad o real bondad (la de Luis XVI, por ejemplo) no podía dejar de producir crueles resultados''. Debutó entonces la democracia, con la felicidad del período absoluto. Pero después...

—Después, o, mejor dicho, desde entonces anda mal el derecho divino.

—No hay tal derecho divino, sino derechos históricos, como dice Maurras. Ahora bien, ''para el que cree en Dios todos los derechos son divinos''.

—¡Tratar de llevar al Eliseo a Luis XIII con sus plumas, terciopelos y espadas!

—Si los futuros reyes poseen su admirable energía y desinterés, podremos felicitarnos más aún de vivir en Francia y ser franceses. ¿Luis XIII, marca, con Richelieu, nuestro apogeo... Dime, ¿nos vestimos nosotros a la usanza de los ciudadanos de 1610?... El rey, tú lo sabes bien, no es la resurrección en el Eliseo de vestimentas en desuso, ni de instituciones falseadas en la nación.

—¿Ni del clericalismo?

—¡Si fuese Collin quien hablase! De Felipe Augusto a Carlos X la monarquía fué religiosa, pero anticlerical, lo cual dista de ser la misma cosa. El poder real, fuerte, celoso de su autoridad, no puede soportar, no soportará, usurpaciones temporales de vasta asociación religiosa "ya tan poderosa sobre lo espiritual". Si así fuere, jugaría su propia existencia.

—El programa monárquico se reduce a organizar. ¿Por qué, con alguna energía, no puede organizarse una democracia?

—La democracia es amorfa, no se organiza, no puede organizarse. La organización excluye la igualdad. "Organizar es diferenciar, y es, en consecuencia, establecer grados y jerarquías." Por lo tanto la forma de gobierno conforme a las más recientes enseñanzas de la ciencia, es la monárquica. Tiene razón Paul Bourget.

—¿Por qué no el imperio?

—El imperio de Napoleón: desmembración del territorio, invasiones. El de Napoleón III: invasión, desmembración. El imperio es una reacción contra la anarquía y no es una reacción contra las causas de la anarquía. Esa definición, tan exacta, es de Octavio Tauxier. Si debemos confiar el destino de Francia a una familia, sea pues la tarea para la que mayores garantías nos ofrece—la que, en mil años, aumentó, formó el más bello de los reinos.

—¿Y la elección republicana por vida?

—Imperiosa invitación a malsana agitación, al crimen, a fin de lograrse la sucesión para un hombre de otro partido. La misma monarquía electiva jamás significó, por su parte, el equilibrio entre la autoridad y la libertad, tan decantado por los defensores de la idea. Para adueñarse del pasajero poder, los candidatos sacrificaron derechos de sus antecesores, recurrien-

do a vilezas con objeto de asegurar la elección a sus hijos; el poder fué el medio de realizar beneficios particulares; los electores, por su parte, conscientes de su fuerza, abusaron de ella. De las promesas de Carlos V y Federico I, cuando la famosa elección del primero, casi puede decirse que no se diferenciaron mucho de las de cualquier insignificante molusco elegible de hoy día.

—¿Cómo llegar a la monarquía?

—Por la fuerza. La fuerza al servicio de la razón, teoría repetida por *La Acción Francesa.* El hervor de las quimeras que desde la Revolución nos bullen en el cráneo, se apaga, le abre paso a nuestro tradicional sentido común. La mayoría de los ciudadanos, decepcionados, aceptaban el decadente estado de cosas por apatía, temerosos de algo todavía peor dentro del mismo régimen. La *guerra* le está sacudiendo las ideas a mucha gente... Tú, por ejemplo, si agosto del 14 no hubiese variado la marcha del mundo, estarías ahora encerrado en la nuez de tu partido en vez de cambiar ideas conmigo sobre el porvenir... Una vez dado el golpe, al asombro y a la natural curiosidad seguirá la satisfacción. La nación, río desbordado volviendo a su madre, verá suceder a la satisfacción, el bienestar, la prosperidad, la paz interior, la seguridad.

—¡Qué sueño! ¡Toda la obra de la Revolución por tierra!

—La Revolución, en realidad, sólo pretendió corregir al antiguo régimen. Declarando el Comité de Salvación Pública que desde Enrique IV hasta 1756 los Borbones no cometieron una sola falta mayor, ¿puede hacerse mejor elogio de la monarquía? 1756 significa la alianza con Austria. Y ¿qué han probado los acontecimientos? Que esa alianza, tan detestada, nos era necesaria para continuar la política de la monarquía: las Alemanias débiles junto a la Francia fuerte, Prusia aislada y vigilada. Napoleón, diciéndole a Haugwitz que esa alianza "no era del gusto de la nación", adulando ese gusto contra los intereses nacionales, vejando por otra parte a las Alemanias, acabó de ponernos en el camino de la desintegración. Las cortas monarquías sucesivas se esforzaron por apartarnos de él. Sólo lograron retardar la hora fatal. En marcha ya, no íbamos a poder abandonar la vía trágica. De la Revolución a la fecha,

Francia puede decirse que ha sido algo así como piedra echada a rodar hacia hondo abismo por la vertiente de áspera montaña... Desinteresados hasta la estupidez, atacados de creciente prusianismo—¡hay que oir al novelesco Michelet exaltando a los Hohenzollern, extasiándose, emocionado, ante "la gran bandera de Alemania, tan noble (negro, rojo y oro), la santa bandera de Lutero, Kant y Fichte, Schiller" y Beethoven, haciendo votos por la unidad de la poderosa Alemania!—; predicando la justiciera doctrina de las nacionalidades, atarugados de quimeras, la vista sin cesar fuera de Francia, en vez de no quitarla de Francia, a Napoleón III, simpático y patético, símbolo de nuestra puerilidad, le tocó llevarnos a Sedán, cargando con la culpa de la tradición interrumpida. ¡Y todavía sólo despertamos a medias! No nos bastó nueva invasión, rápida derrota, dos provincias perdidas, un millón de franceses arrancados al suelo: a la victoria física alemana siguió la espiritual. En vez de rectificar nos fuimos a la república, aprendió la juventud intelectual el alemán, se indigestó de filosofía y métodos alemanes, continuamos desorganizándonos, deshilachando el alma francesa...

—Todavía vas a acabar por decirme que sin Luis Felipe contribuyendo a la independencia de Bélgica, haciendo reconocer su neutralidad, cabría preguntarse qué hubiese sido de nosotros en 1914...

El marqués le cortó la palabra.

—Maboul es demasiado bueno, le dijo. No se da cuenta de que tú, so pretexto de discutir, estás aprendiendo con él algo sobre lo que sabías tanto como yo; y de que de tanto discursear no va a sacar sino una atrofia de la lengua.

—Bien, supongamos el golpe dado, el golpe dado, repitió el diputado, fingiendo no prestar atención a la interrupción del marqués.

—Ante todo, dijo Laboulle, se pedirán cuentas y se hará justicia expedita.

—Eso es un detalle. Vamos a la futura armazón.

—Hay que descentralizar, concederles la autonomía a los grupos componentes de la sociedad, reconocer los hechos de organización corporativa, dar a los cuerpos profesionales los me-

dios de cuidar de sus intereses y de la producción, alentar las instituciones privadas, hospitales, escuelas, universidades, congregaciones, iglesia. Cada grupo deberá administrarse a sí mismo—esa es la verdadera libertad, autonomía de la comuna, del país, de la provincia, grupos locales definidos por la naturaleza, la historia y la comunidad de intereses. Al Estado no le incumbirá sino la gestión de los intereses generales.

—Citrouille, me parece que te quedarás sin jaula, comentó el marqués.

—Descentralizando, el papel del parlamento se reducirá a cero, o casi. Como es natural, las asambleas profesionales prestarán enorme apoyo al jefe del Estado político. Hay antinomia entre los principales principios directores del régimen democrático y la descentralización. Los Constituyentes fundaron la libertad sobre las ruinas de las libertades locales, incompatibles con la voluntad general; por eso en tres años dimos en la anarquía que impuso la reacción centralizadora del año VIII, origen de nuestros males... La descentralización significa grupos organizados, amenaza contra todo lo dependiente del electoral...

—Ya lo preveía: el desprecio del voto, ¡la grande, la más beneficiosa conquista de la humanidad!

—El voto es una solución para tan reducidos casos! Aplicado a todo, es la mayor de las necedades. Para votar precisa cultura y reflexión. Y para ser culto, haber dedicado, dedicar sin cesar muchas horas al estudio; lo cual lleva tiempo; y como ciertas clases de ciudadanos, los más, por sus ocupaciones, por falta de tiempo y hasta de recursos, no pueden lograr sino muy mediana educación... a ti te dejo concluir. El voto de unos, como el de todos los componentes de una nación, viene pues a ser lo mismo. De ahí, para mí, la indiferencia con que semejante sistema es mirado aún en países, como los Estados Unidos, que no conocieron otro. Los votantes forman siempre una minoría ridícula en todas partes... El mal, el peligro del voto, que tanto te conviene, está en confiársele la solución de problemas sobre los cuales, por natural falta de tiempo, de preparación, de educación, es incompetente y por lo tanto dañino. Pero ya hablaremos otra vez de la gran con-

quista... contra la competencia... Iba diciendo que la descentralización amenaza todo lo dependiente del electoral. Por ese motivo la república centraliza; no puede ofrecerle al individuo las ventajas de la sociedad organizada, asume el papel de grupos cuya existencia no reconoce, y va reformando tardía y fragmentariamente.

—El rey centralizará también.

—Probablemente, al principio, por muy poco tiempo. Pero su interés está en descentralizar, en aliviar al Estado de funciones inútiles, fuera de su competencia, que absorben su atención y pueden ser desempeñadas con menor costo por los representantes autorizados de los intereses.

—Muy desorganizados andamos, pero cambia de régimen y ya verás desorden y desórdenes.

—El orden no nace espontáneamente en la sociedad: "una autoridad le precede y engendra". (1) Esa autoridad es el rey, encarnación de la nacionalidad... El rey, su familia, a la cabeza del Estado descongestionado por la descentralización, fuerte, independiente, libre dentro de sus límites, y limitado, aunque soberano dentro de esos límites. Los ministros, responsables...

—¿Ante el parlamento?

—Ante el jefe de la nación... Todos los años una delegación de las Asambleas provinciales podrá reunirse en París para discutir, inspeccionar, votar las finanzas comunes. En París se hallarán además reunidos permanentemente los grandes cuerpos del Estado, es decir, las Cámaras industriales y comerciales, la Unión de corporaciones, la Sociedad de Agricultores, el Instituto etc. Los consejos del rey serán reclutados en esas instituciones, a fin de que el país trabajador, productor, se halle en contacto con el poder político. Los consejos técnicos del trono, las asambleas profesionales, podrán formar más tarde los elementos de una especie de senado, reuniéndose entre tanto en congresos especiales. La ley castigará o suprimirá las usurpaciones de las asambleas locales o profesionales sobre los derechos de regalía del Estado. Autoridad arriba,

(1) Marqués de La Tour du Pin.

libertad abajo; no, como en la república, la imposible autoridad abajo y la libertad arriba. En la vida política, autoridad, espíritu de continuidad, decisión, responsabilidad; en la de los administrados, libertad. Gracias a la libertad de asociación y al renacimiento de los cuerpos, compañías y comunidades autónomas, se llegará a la supresión de los presupuestos de cultos y de las universidades.

—La república no iría tan lejos.

—Ambas pueden subvenir a sus necesidades. Todas las asociaciones profesionales, confesionales y morales, quedarán naturalmente sujetas al derecho común, consideradas como personas civiles autónomas.

—¿Libertad intelectual completa?

—Completa. Pero se vigilará la anarquía política y a sus teorizantes.

—¿Libertad de cultos?

Pregunta tan infantil asombró a Laboulle. Al comprender que Marsouille hablaba en serio, le respondió:

—Libertad de cultos. No será perseguido el catolicismo; religión tradicional nuestra, recuperará los honores a que tiene derecho, y nada más... Se perseguirá la usura, se defenderá al pueblo laborioso contra los agitadores demagogos y agiotistas. Se prestará atención a los abusos del capital, pretexto de agitación revolucionaria. Se creará una especie de policía financiera, no para retardar las transacciones, sino para evitar a los ciudadanos las ruinas súbitas que, de rechazo, perjudican al país. La industria, el trabajo nacional, quedarán protegidos contra la industria y el trabajo extranjeros y los especuladores cosmopolitas; la propiedad será defendida y alentada en todas sus formas, desde la libreta de la caja de ahorro, "órgano elemental de la defensa personal", hasta la propiedad territorial, base física de la patria. El papel de la administración, desembarazada del control revolucionario del parlamento y la rutina, se reducirá al de útil auxiliar. Las provincias, los países, arreglarán sus propios asuntos, disponiendo de su orden interior sin la intervención del Estado. La comuna libre en el Estado libre, o el Estado libre en la comuna libre.

—Cuestión fuerza.

—El principio de la división del trabajo condena el sistema de la nación armada, fundado en teoría basada sobre un grave error histórico—los voluntarios de 1879—y logrado prácticamente por detestable remedo del sistema alemán. El ejército en pie, ''signo vivo de nuestra unidad'', quedará reducido estrictamente al necesario. Durante cierto limitado número de años nos someteremos solamente a seis u ocho meses de instrucción militar.

—Si la monarquía fuese indispensable, optaría por la parlamentaria.

—En ese caso, a pesar de las ventajas del rey, lograríamos sacar solamente un pie del atolladero. Un parlamento realista en nada se diferenciaría de uno republicano. Idénticas pasiones y luchas personales. No: monarquía hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada.

Marsouille le había escuchado con bien disimulado interés. No lo hubiera confesado, pero, en verdad, hasta entonces ignoró lo que era la doctrina realista, antojándosele la monarquía la tiranía del rey y de unos señores vestidos lujosa y arcaicamente, adueñados de privilegios especiales y nacidos para divertirse.

Musitando, se le escapó rápidamente:

—Si todo eso fuere realizable, yo me haría realista al momento.

—¿Lo que fué no puede volver a ser y, gracias a la experiencia, mejor aún de lo que fué? Al fin y al cabo nos entenderemos. Tú quieres la república. Los realistas te ofrecemos las repúblicas dentro de la monarquía. Piensa un poco en eso.

Calló Laboulle nuevamente. Durante unos instantes nadie habló.

Continuó:

—Lo que lamento es esto: partiré percibiendo solamente en la lontananza de mi patriotismo la realización de mis deseos... y los de ustedes...

—¿Con bandera tricolor y la Marsellesa?

—Quizá. No me atrevería yo a cambiar la tricolor ni a apagar ese himno...

Marsouille creyó poder callar por una vez a Laboulle:

—Cuya letra no riñe con la monarquía, ¿verdad?... Libertad... Tiranía...

—Cuya letra, anticuada, podría quizá retocarse, y no riñe, no, con la monarquía... Sí, la Marsellesa, la flor de lis donde esté el rey, y la tricolor en todas partes...

—¡Así no podrán jamás los descontentos contra el régimen dar, ni con aire más bello, ni con palabras más rimbombantes! ¡No está mal!, exclamó el marqués palmoteando. Maboul, si yo fuese mujer me enamoraría de ti: quien fiel es a quimeras, fiel es a su dama. Además, eres muy divertido.

—Eso sobre todo, apoyó Marsouille.

El marqués, burlándose del "remedio de Maboul contra todos los males", afirmó que por sobre todos los regímenes políticos lo importante no sólo para Francia, sino para el mundo, era que París existiese y, sobre todo, primero, que su novia no le olvidase, y, segundo, que no se le ocurriese a ningún obús reventar a sus pies.

—Hablando en serio, Maboul, si algún día me presentas al rey, me permitiré recomendarle un ducado para ti.

—Él se contentaría con convertirse en monsieur de Maboul, dijo el diputado.

—La partícula no implica nobleza. En la Edad Media, desde el más encopetado hasta el más oscuro señor fueron designados por el nombre de su lugar de origen o residencia. En el siglo XVI la partícula era algo subsidiario; comenzó a adquirir importancia al empezar los nobles a usar los nombres de sus tierras. Ni Guillermo de Lorris, ni Juan de Meung, ni cientos de otros miles de *de* fueron nobles. En el siglo XVII vivió en Sceaux un De Orleans campanero.

—Sin embargo, la campanilla de plata del *de* les suena muy bien a muchos...

—No, no seré yo de los ennoblecibles... Pero lo serán otros, puesto que la nobleza es tan necesaria como las demás clases. Nos precisa rehacer una. Políticamente anulada por la república la que nos queda, sin dinero parte de ella, sólo existe como categoría mundana, confundiéndose en gran parte con la burguesía y los extranjeros ricos y ociosos. Nos está ha-

ciendo falta una, no de parada, sino de valores, como dice Lemaître, de fuerzas sociales bienhechoras, formada por familias "en las que se transmiten todavía, por la sangre y la educación, las aptitudes a ciertos empleos, particularmente a los diplomáticos y militares; y también, siempre que se distingan, por los jefes de industrias, soldados, grandes aventureros, sabios, inventores, artistas y escritores. Ya que son ellos los nobles de hoy día".

—Antaño los títulos se conquistaban en los campos de batalla, dijo el marqués.

—Sí, por individuos cuyo nivel moral e intelectual era frecuentemente bajísimo, le replicó Marsouille.

El marqués:

—El campo de batalla no me parece mal lugar para conquistar un título.

—El título es para las masas un privilegio injusto.

—Por primera vez oigo llamar injusticia a la recompensa, es decir, a... la justicia, le arguyó Laboulle. Hemos suprimido dos veces la nobleza, en 1790 y 1848. ¿Ganamos algo en ello? Donde hay cuerpo hay partes, donde hay individuos hay clases. ¿Ignoras que en 1789 contábamos con unos ochenta mil nobles y que en la república llegan a doscientos cincuenta mil?

—Unos cien mil títulos por lo bajo, no son auténticos; pero ahí están, dijo el marqués.

—Ninguna ley, prosiguió Laboulle, nadie, nada puede suprimir el relieve que algunas clases y algunos hombres logran adquirir sobre los demás, entre otras cualidades, por su inteligencia, trabajo, desinterés, labor... Bien está que los ciudadanos de valer se distingan de los demás por algo distintivo...

—Como las cajas de galletas y chocolates: por la etiqueta, rió el marqués.

—Ninguna diferencia hay en ser conde de tal o caballero de la legión de honor, en ser marqués de cual o hacerse notar entre la mayoría de los hombres por una cruz o cinta en el pecho, o el diploma o signo representativo de ciertas instituciones. En todos los regímenes, en todas partes y en todas las épocas habrá hombres acreedores a ser designados, además de sus nombres, por algún adjetivo especial. Lo tácitamente acor-

dado por la sociedad ¿no es justo que el Estado lo reconozca definitivamente, alentando la herencia y la emulación?

Marsouille:

—Para la mayoría de la gente el mérito no está en conquistar, merecer la nobleza, sino en descender de alguien que la conquistó tiempo ha; muy frecuentemente los primeros brotes del árbol se avergüenzan del tronco; en cambio, el advenedizo lejano, envuelto por el tiempo en aureola de leyenda, envanece.

—Que la gente de escasa inteligencia pueda pensar de ese modo, en nada altera el principio de la recompensa. ¿Rehusarías la cruz si te distinguieses en una acción? Conociéndote, sé además que te halagaría la idea de saber a tu hija y a sus hijos y nietos recordándote como héroe y queriendo tomarte como ejemplo. Por otra parte, ¿no nos has traído frecuentemente a colación tu descendencia de un jacobino feroz, probándonos así haber andado hurgando en la línea de los antepasados para buscar alguien de quien envanecerte y a quien poder imitar, si fuera posible?

—No me avergüenza, por el contrario.

—Pues bien, a mí jamás me preocuparon mis antepasados, ni jamás me seducirá otro título que el de "Laboulle, camisero". Toda recompensa me es, personalmente, indiferente. Pero es justo y necesario premiar al mérito.

—La satisfacción del deber cumplido debía bastar.

—Eres el primero a quien no bastaría, le interrumpió el marqués.

—A nadie se le obligó nunca a aceptar una recompensa, dijo Laboulle. Pero en buen hora la logren los que consideran un honor dejar a sus sucesores el recuerdo y el ejemplo de sus méritos. Suprimir los títulos de nobleza y no los gramos de metal, ni los centímetros de cintas que les han sustituído y por los cuales tantos hombres realizan grandes cosas, es seguir diferenciando siempre. Cuestión de palabras.

Calló. Sonrió con cierta amargura. Y agregó:

—No atrayéndome la vida pública, ni la mundana, que ignoro, nunca me seducirá la idea de dejarle una corona en su tarjeta al hijo que pudiera tener, pues, de atraerle a él ese

adorno, en él estaría el ganarle. Para mí, pues, mis amigos: "Laboulle, camisero", ¡y nada más!

—¡Caramba, Maboul!, hablando ahora en serio, ¡palabra!, o a tu modestia, rectitud, patriotismo y desinterés unes un gran talento que debías encaminar hacia la política, o yo tengo una tarta por cabeza. ¿Qué opinas, Tadeo?

A éste le entusiasmaban las ideas de Laboulle, mientras hablaba, antojándosele quimeras en cuanto callaba:

—Tiene usted razón (no había logrado llegar a poder tutear ni al marqués ni a Laboulle); mucho talento, aunque sus teorías...

Laboulle no le lejó continuar:

—Dime, ¿no has observado en la historia la variación de los regímenes, cual ráfagas de aire, y que en la vida del mundo resistió siempre más tiempo el monárquico, el menos malo en realidad, por ser el único donde casi encaja la desigualdad humana y puede tolerarse la relativa libertad de que disponemos cada uno y todos juntos?

—No he pensado en nada de eso. Sus interesantes teorías... ¡Habría que convencer a tanta gente!

—¡Vaya una salida! Una minoría inteligente, desinteresada, patriota y decidida, convencida de la bondad de un principio, puede imponer su convencimiento a una mayoría. Todos los cambios se lograron así en todos los países y en todas las épocas.

—Aunque a veces—exclamó el marqués—una minoría estúpida, decidida y patriota a su modo, impone sus ideas a mayorías... estúpidas, inteligentes o generalmente indiferentes.

—¡Mi felicitación! Estás empezando a raciocinar, le dijo el diputado.

—¡Caramba!, Citrouille, es a mí a quien me toca felicitarte. Me acabas de probar a tu vez, con esa observación, que comienza a filtrársete alguna luz en la calamorra.

Encendiendo su pipa, continuó, desviando el curso de la conversación que había sumido en profundo sueño a Perron y a él aburrido algo:

—La gloria se me antojaba antes toda rojo y oro y legión de honor; hoy me parece toda roja, y tierra... y una cruz de

madera. Y como esa cruz, según Maboul, la ganaremos sin duda alguna, ¡al diablo todas las teorías, todos los planes, todos los deseos, todo, todo!

Nadie le respondió. Y algo asombrado de su intempestiva salida, encendió nueva pipa, sin aguzar palabra, mientras Laboulle y Marsouille—habiendo creído dar nuevamente el diputado con argumento contundente en contra de la monarquía—se aprestaban de nuevo a recomenzar una discusión sin fin.

Movíase el globo, movíanse otros globos de observación en lo alto. Les azotaban los alones, fuertemente, los largos vientres. Parecían gruesos cigarros, con las puntas despegadas, pintados sobre el azul del cielo.

*

A poco de reunidos en el frente, sabían ya los cuatro amigos de la especial tranquilidad amenazadora de las noches de labor cuidadosa a campo descubierto, casi al alcance de los brazos del enemigo; de los angustiosos silencios entre proyectil y proyectil, entre descarga y descarga, disparo y disparo; de la febril ansiedad de las artimañas de los reconocimientos nocturnos, de sorpresas y ataques. Distinguían los diferentes ronquidos de los motores de camiones, ambulancias y aeroplanos; conocían la canción de los fusiles, el canto de cisne de las balas, puntos de plomo muriendo a sus pies; el crepitar de las ametralladoras, comparable, a veces, a seda al rasgarse; la escala que iba de la vocecilla de cañoncitos, al parecer de juguete, a la inverosímil nota de las más grandes piezas pesadas. Habían asistido al borroso, movido, ardiente caos de grandes y pequeños episodios de derrotas y victorias. Recordaban, confusamente, caballos desmontados, en grupos, galopando errantes, erizadas las crines, echando fuego por los ojos y las dilatadas ventanas de las narices; regimientos segados por la metralla como yerba por inmensa hoz; relámpagos de explosiones, nubes de polvo, tierra y pólvora, montañas de cartuchos vacíos, armas tiradas por doquier, equipos, piezas de artillería y camiones abandonados, entre las confusas manchas de azules y rojos de las masas de dragones, artilleros, coraceros, zuavos, cazadores alpinos y de África, tintosos tiradores

senegaleses, tiradores argelinos, el kaki inglés, elegantes indios, spahis de Marruecos—el arcoiris de los uniformes de todas las armas, desleído poco a poco en el azul cielo y el kaki. Sabían sus nervios y sus almas de los sacudimientos producidos por todas las desesperaciones morales, y también todos los tormentos físicos del sufrimiento vivo de la carne y de los huesos tallados, taladrados, mutilados, en trizas o astillas.

En los primeros tiempos, para resguardarse contra el riego de la artillería, trabajando día y noche hasta los cabos, cavaban la tierra los amigos, en unión de sus compañeros, con palas, picos, azadones, layas, los más inadecuados e incompletos instrumentos, llegando a emplear las bayonetas, los cuchillos y las manos en la construcción de trincheras estrechas y no muy profundas, arrojada la tierra extraída hacia el borde frente al enemigo. Pasaban días y noches a la intemperie; dormíanse sentados, encogidos, unos contra otros, sin paja ni hojas donde echarse durante el tiempo seco, el agua hasta media pierna durante el lluvioso, despertando con los miembros entumecidos. En especie de hornos que idearon, se agazapaban después en los momentos de mayor peligro.

Resistentes, comiendo a deshora, gozaban, hambrientos, el rancho; el agua que bebían era muchas veces un líquido de desagradable color y sabor, recogido quizá en alguna charca; el matinal cuarto de vino—más agua que vino—antojábaseles incomparable néctar; y el tabaco, repartido cada diez días, sólo horas les duraba. Tadeo, provisto de picadura y gran acopio de papel, era uno de los hombres más felices de su compañía.

Surgiendo de las trincheras de dos y tres paralelas comunicadas entre sí, aunque aisladas en los campos, vieron aparecer—consejo de la prudencia—los largos ramales; los abrigos, en los caminos, a nivel inferior de la ruta; y, en las trincheras, toscas cuevas de diversos tamaños, con una lona a veces por puerta, hundidas rápidamente a cinco, seis, ocho, diez, más metros, y cada día más amplias.

Progresaba sin cesar la organización de la vida subterránea y, de acuerdo con la naturaleza y con la configuración del terreno, la construcción de las trincheras—suficientemen-

te altas para, sin incomodar el tiro, permitir el desfile, a fin de recoger la menor cantidad posible de cascos de obuses y de metralla, aunque bastante anchas y cubiertas para facilitar la circulación, favorecer el abrigo y no estorbar las comunicaciones—habían sido testigos de la multiplicación de los cestones, alambradas y trampas, de las telas metálicas contra las bombas, las planchas de metal, las aspilleras ingeniosamente disimuladas, los más variados recursos ofensivos y defensivos, sin cesar perfeccionados.

Durante muchos días partían a las cinco y media de la mañana, después de desayunarse con pan y café; recorrían, por un dédalo de ramales bautizados con caprichosos nombres, parte de la ruta que se les asignaba. Al mediodía, sedientos, bebíanse un cuarto de vino y devoraban el pan y la porción de *bidoche.* (1) De regreso a las seis, recorridos de quince a veinticinco kilómetros, comían algo caliente antes de caer rendidos. Y comenzaban idéntica labor al siguiente día: abrir nuevas trincheras, mejorar otras, tapizarlas en algunas partes con fascines tejidos como bambúes, a fin de contener la tierra, pavimentar el fondo con piedras, tablas y zarzos, cavar subterráneos para las municiones, prepararle nuevos emplazamientos a la artillería, construir, reparar y agrandar abrigos, cubiertos, en evitación de la lluvia, con palastros galvanizados y con tres, cuatro o cinco capas de leños y otras tantas de tierra.

Fué su tarea, en los campos de Artois, comparable a la de las Danaides. Parecióles que jamás vencerían la persistencia destructora del agua. Día tras día cedían los muros de las trincheras convertidos en esponjas, desbaratando la artillería, por su parte, los parapetos formados con los sacos. Trabajando toda una brigada, durante cuatro días, para extraer el agua que inundaba sus trincheras, bastó un aguacero en el quinto para obligarle a recomenzar la labor. Cubos y bombas de nada servían. Imposibilitado el tráfico rodante, transportábase todo a hombros: alimentos, municiones, tablas, alambre barbado, petardos de melinita para destruir el del enemigo, cizallas para cortarlo, estacas, chillas, palastros ondulados, zarzos,

(1) *Bidoche*: carne, en la jerga militar.

enrejados de alambre, cemento, sacos para los reductos, blocaos y abrigos: los utensilios todos más indispensables. Y si algún osado abandonaba la trinchera por el campo abierto, era inmediatamente blanco seguro de tiradores siempre en acecho. Una noche entera corrió una vez mientras lograron recorrer cuatro kilómetros.

Frecuentemente descubríales una paletada de tierra indiscreta o un avión enemigo; poco después, invisibles baterías lanzaban docenas de obuses. Arrojados al suelo, escondidos en abrigos cercanos o diseminados en las trincheras, esparciéndose los cascos y el shrapnel sobre y entre ellos, esperaban ansiosos el fin de la avalancha para recomenzar el trabajo, una vez recogidos los muertos y heridos, si los había.

Casi vencidos por honda laxitud, se dormían aun andando. Sin embargo, en las noches sin luna, afanosos, deseosos de que la oscuridad se prolongase, reparaban frente a las primeras líneas el alambrado destruído, completaban y extendían el existente, consolidaban posiciones, rehacían trincheras demolidas por las explosiones o desmoronadas por la lluvia, azotados igualmente por ráfagas de metralla.

De fines de noviembre a marzo, envueltas las cabezas bajo los kepis en retazos de lana o algodón anudados al cuello por bufandas; forrados con pieles de cabra el marqués y Marsouille; con gruesos sacos de harina sobre el uniforme, Laboulle, Tadeo y Perrón; provistos de buenas botas sólo los dos primeros; rellenos de trapos y de papel, cien veces recosidos los descoloridos uniformes, grotescos, sin forma; sudando cuando trabajaban, helados en cuanto descansaban, vivieron, obligados por la artillería enemiga y el mal tiempo a enterrarse casi constantemente en los oscuros, húmedos, infectos y reducidos abrigos donde no podían asearse, ni desnudarse, teniendo en ellos que hacer hasta sus más perentorias necesidades, envueltos en el humo de sus pipas, el olor de la fermentada paja, de sus descuidados cuerpos mortificados por los insectos, y de los ahogantes vapores del amoníaco desinfectador. Cuando los abandonaban les llegaba el agua a las rodillas, con frecuencia a la cintura, se les colaba por las botas, resbalaba por las piernas, infiltrábaseles por los poros, venciendo sus músculos y huesos.

Rojas las manos, violetas las caras, tiritando, helándoseles los dedos, los pies, que con las botas parecía querer arrancárselos el pegajoso fango, andando penosamente, respirando y viviendo difícilmente, azotados por el viento, la lluvia, el granizo, la nieve, vegetaron, prodigios de resistencia, en continua vibración de doloroso esfuerzo e incitación a lucha desesperada y desigual. Llegaron hasta a perder el consuelo del sueño, que no fué más sueño sino el reposo que a los viciosos, a los heridos y los moribundos da la jeringuilla. Cuando, generalmente, al amanecer, se echaban en duros lechos—dos arriba, dos abajo, como en los barcos, cuatro estacas, dos tablas laterales, ramas flexibles cruzando de unas a otras, paja encima—, en tarimas o en el mojado piso sobre pulgosa paja, repugnantes ratas, tenaces y voraces, les mordisqueaban, agujereaban, devoraban las ropas, las correas, el papel, los sacos, el morral, los víveres, obligándoles a cubrirse los semblantes bajo alambrados—invención de Laboulle—, a recurrir a pequeñas lamparillas y a otros medios para espantarlas. Tantos eran los roedores, que no bastaban para contener su aumento ni los cientos de litros de veneno repartidos diariamente en el frente, ni el virus Danysz, ni las variadas trampas, ni el agua, ni el fuego, ni gatos, ni *bulls, fox terriers* y otros perros adiestrados en su caza tras encierro con ellos en jaulas de aprendizaje, ni la quema de papeles, alimentos y basuras, ni el celo de los que las perseguían para vender sus pieles o cobrar a sus oficiales la prima de cinco céntimos ofrecida por cada rabo. El vaho de las cuevas, condensándose, deslizándoseles por los semblantes, les obligaba a abrir los ojos, creyendo sentir la desagradable impresión del agua fría que se les vertiese poco a poco. Y la ausencia de ruido les despertaba a menudo, figurándose, sobresaltados, ser víctimas de inesperado ataque.

Acabado de pasar el aniversario del primer año de guerra, quemados por el sol, sucios paquetes humanos, aprisionados siempre en interminables, estrechas y destechadas trampas al parecer sin salida, chocando sus ojos perennemente con la monótona y deprimente fealdad de tierra removida cuyo hálito respiraban sin cesar, más ligeros de cuerpo, sentíanse a un tiempo más ligeros de alma.

Hallábanse disimulados en un gran tablero de las ondulosas, áridas estepas de la Champaña piojosa, privada del barro fértil, cubierta de guijos blancuzcos de toba cretácea formando piedrecitas, permeable, hirviente en verano, barrida por helados vientos en invierno, apenas poblada en tiempos de paz, animada con lunares de melancólicos pinos y el pacer, allá muy lejos, de carneros hambrientos. Escondido aquí y allí el horizonte, que, una vez descubierto, daba la sensación del vacío, poco había cambiado la fisonomía del terreno desde el soplo primaveral y las primeras palpitaciones del verano.

Amalgamábanse hombres de todas las edades y distintas armas, no faltando hasta la caballería desmontada, *la bonne à tout faire,* en las dos brigadas de la división a que pertenecían. E iban entonces, por algún tiempo, a retroceder hacia la retaguardia para avanzar después hacia el frente, con funcional meticulosidad. Acercándose al enemigo en doce días, hallaríanse, durante tres noches de inquietud, expuestos a ataques, asaltos, traiciones nocturnas, petardos, bombas, balas de fusil salidas sin saberse de dónde; durante tres de peligro, más atrás, en las segundas líneas, soportarían los terribles efectos de la artillería pesada; y durante seis de relativa tranquilidad, dentro del radio de las piezas gruesas, a cuatro kilómetros, en los acantonamientos, retrocederían aún más para, por último, pasar, durante un período de doce o diez y ocho días, a la reserva.

Sus vidas y ocupaciones—variables, aunque sólo en detalles, en los diversos sectores—reducíanse, según el diputado, a comer, dormir, matar y comer, dedicados los momentos libres a la sana y detestable labor de cavar la tierra. Amanecía: la sopa, el café; la carne la guardaban para el mediodía. ¿Cartas? ¡Inestimable consuelo y distracción! Relevados los puestos avanzados—dos atalayas a cada extremidad de la trinchera—, limpieza: recogida de papeles, latas vacías, basuras, enterradas si posible en algún hueco de obús; y la sempiterna reparación de los parapetos, prolongación, ensanche, profundización de trincheras y ramales, mejoramiento, construcción de abrigos, de sumideros—huecos de un metro de profundidad, recubiertos de maderos, que deberán absorber las

aguas—, una de las formas de la no menos sempiterna lucha contra la lluvia. A las once: la carne, a veces queso, una cucharada de confitura. Recuerdos de sus vidas, durante las horas de relativa ociosidad, delineación de sus aspiraciones para el porvenir; cuando no discutían asuntos nacionales o leían Laboulle o el diputado, en voz alta, algún libro o periódico; la pluma o el lápiz, cantos, risas, el acordeón de Tadeo, caricaturas, madera esculpida, sortijas de aluminio. Maldecían la guerra, al parecer eterna; la exaltaban; criticaban a los jefes y a los compañeros de otras fuerzas, les hacían justicia y ensalzaban; miraban al cielo descubriendo la belleza del sol y de la luna y la más sencilla y poética de las estrellas, que antes casi ninguno de ellos había contemplado fija o curiosamente ni durante segundos. Y en muchos tristes días del pasado primer invierno, y en muchos del verano, más alegres, pero también tristes, porque de guerra, aspirando el aire frío o llenándoseles los pulmones, en veleidosas ráfagas, de efluvios de tierra labrada y de lejanos huertos y flores, invencible amargura llevaba sus pensamientos a sus amores, a sus vidas de antaño, y les deprimía el alma. A las cinco, o a la hora en que caía el día, comenzaba el monótono y lúgubre servicio nocturno. Bombardeos, escaramuzas, ataques o asaltos aparte: comer, dormir, comer, matar, picos, palas, suciedad, humedad, lluvia, frío, nieve, metralla y rancho: tales eran las dulzuras de la vida, a fines del verano de 1915, para miles, millones de hombres.

*

Laboulle acababa de recibir dos paquetes y también una postal de su amigo el teniente Juan Chatanay; al mismo tiempo un recorte de periódico anunciando su muerte y reproduciendo una carta dirigida a su mujer poco antes del ataque donde cayó.

—"Las almas que sienten fuertemente—leyó—tienen a veces antenas para interrogar el porvenir." Debe ser cierto... A mí, sin embargo, ya lo veis, me habla él solamente de la alegría que le causan, o, mejor dicho, le causaban los progresos de su división. Verdad es que ciertas intuiciones sólo nos atrevemos a confiarlas a las mujeres que queremos... Marsouille, ¿quieres leer?

Le tendió la tira de papel.

—Dejémoslo para otra vez.

—No, lee.

—Bueno, déjame terminar antes esta carta de mi hija.

Los ojos de casi todos los hombres en la trinchera estaban posados en ese momento en las hojas de papel donde aspiraban el cariño de sus hogares.

A Laboulle le intrigaban los paquetes. Nada de importancia le faltaba, nada pidió al viejo empleado de su tienda, cuya carta semanal, puntual, relativa a la marcha del negocio, acompañada de recortes de diarios, también le había llegado. Examinó cuidadosamente la escritura de la dirección, sin decidirse a abrir las cajas.

—¿No serán para ti?, preguntó el marqués.

Éste tenía noticias de la familia, pero era el segundo día que nada recibía de su novia.

Estaba secretamente indignado.

—No te reconozco, Maboul. ¿Para mí, a tu nombre? ¿Cómo puede ocurrírsete semejante necedad? Ni mis padres, ni mi novia, ni mi «madrina» podían equivocarse.

Su ligero malhumor y, sobre todo, lo de "mi madrina", hicieron reflejar fugaz sonrisa en el semblante de Laboulle. El marqués correspondía con una «madrina» conocida suya—lejana pariente solterona— a la que dirigía de vez en cuando largas cartas firmándolas: Antonio Perron. Fantaseaba en ellas e interpretaba a su capricho el alma de Cementerio. Había comenzado por describirla su físico, diciéndola que, acostumbrado a tratar con vacas, era un simple al que podían perdonarse ciertas libertades; en esos días, ya la amaba "poética y curiosamente", pidiendo al cielo terminación de la lucha para ir a besarla las manos y darla verbalmente las gracias por sus amables "recuerdos comestibles" y sus alentadoras y bondadosas misivas. Ella respondía: "soy vieja y fea", pero insistía él en que debía de ser bella y joven, asegurando ella por su parte, obstinadamente, no creer en la modestia "del pequeño Cementerio", el cual a su vez no podía ser sino "joven, apuesto, valiente y simpático". La correspondencia distraía al grupo. Perron, por su parte, devoraba el salchichón y las galletas en-

viadas por ella, divertido también a su modo. Cuando sentía remordimiento, murmuraba: ''No está bien, no hay que mentir.''—''¿Pero no ves que no mientes, pedazo de borrico, no ves que no la dices sino la verdad?'' —''Sí, está bien, pero no está bien.''—''Amor aparte—ella no te cree—, no la dices sino la verdad, te digo; además, gracias al amor recibes el salchichón; no te quejes.'' Tan contundente razonamiento le hacía echar grandes bocanadas de humo por las narices y la boca, ahogándole los escrúpulos. «¡Qué buen salchichón!, se decía. ¡Y las rueditas!» Así llamaba a las galletas.

Laboulle leyó una vez más la postal de su amigo Chatanay.

«¡Pobre amigo!», se repitió. Y posó nuevamente la vista en los dos bultos, queriendo adivinar el misterio de aquella desconocida escritura.

Sólo su empleado le escribía. «¿Quién me los envía pues?» Raras veces algún amigo. «Ellos, todos en el frente, ¿qué podrían enviarme?» ¿Quién podía ocuparse, pensar en él? «¿Ella? La letra no era suya.» Volvió a pensar en su amigo muerto.

Marsouille comenzó a leer:

—''Mi querida María, te escribo esta carta a todo evento, porque jamás sabe uno... Si te llega es que Francia ha necesitado de mí hasta el fin. No hay que llorar, porque, te lo juro, moriré feliz si tengo que dar la vida por ella. Mi única preocupación es la difícil situación en que tú y los niños quedarán. ¿Cómo vas a asegurar tu porvenir y el de los bebés? Felizmente puedes contar con tu antigua ocupación de profesora y con el apoyo entero de los míos. ¡Cuánto desearía estar seguro de que se dará con un posible arreglo! No me inquieta la educación de las niñas; tú sabrás dirigirlas como yo lo hubiese hecho. Espero que lograrán crearse la situación independiente que contaba yo poder asegurarlas caso de vivir. Desearía que discutieses este asunto con mi hermano y su mujer. Besa por su papá a las adoradas pequeñuelas, dílas que emprendió él largo viaje, muy largo viaje, sin cesar de quererlas, de pensar en ellas y de protegerlas desde lejos. Desearía que Colasita por lo menos se acordase de mí. Cuanto al bebito que vendrá, ¡tan pequeñito!, que no habré conocido, si es un hijo de-

seo que sea algún día médico, a no ser que aun después de esta guerra Francia necesite de oficiales. Dile, cuando llegue a la edad de comprender, que su papá ha dado su vida por un gran ideal, el de nuestra patria reconstituida y fuerte. Creo haberte dicho lo esencial. Hasta pronto, mi amor. Prométeme no guardarle rencor a Francia por necesitarme entero. Prométeme también que consolarás a mamá y a papá; repíteles a las niñas que su padre, por lejos que esté, jamás cesará de velar por ellas y de quererlas. Algún día nos reuniremos ante El que guía nuestras existencias y me dió junto a ti y por ti tanta felicidad. Pobre amada mía, no tengo siquiera tiempo de pensar largamente en nuestro amor, tan grande sin embargo y tan fuerte! Hasta pronto, hasta el gran Hasta pronto, el verdadero. Sé fuerte. Tu *Juan.*''

Hubo un silencio.

A Laboulle se le humedecieron los ojos. Para esconder su emoción se sentó, bajando la cabeza todo lo que pudo, y se puso a romper las cuerdas de los bultos.

Los abrió. Halló en ellos cuatro camisas, media docena de pañuelos y calcetines, dos toallas, agua de colonia, un lebrillo de *foie-gràs,* chocolate, y cien «Salomones» de *Romeo y Julieta,* los caros habanos, tan echados por él de menos. De entre los pañuelos se escapó una carta azul que rodó al suelo. Comprendió entonces de quién procedía el regalo. El corazón le dió un salto en el pecho. Y, ¡toc, toc, toc!, se puso a latir con tal fuerza y tan rápido desorden, que creyó que todos le iban a oir. Hubiera deseado hallarse solo para recoger de prisa el sobre y rasgarle. Sin embargo, se inclinó con forzada tranquilidad y lo abrió con cuidado.

Dentro, en medio de una cartulina, destacábanse en una escritura femenina muy ancha, clara y fina, cuatro palabras solamente: *A pesar de todo.*

Se le contrajo el semblante. «¡A pesar de todo!», se repitió varias veces. Callado, se guardó la cartulina.

El marqués le hizo un guiño a Tadeo.

Laboulle tendió una caja de veinticinco cigarros a los amigos.

—Para ustedes, repártanselos.

—¡Esto es pura crema de nicotina!, exclamó el marqués, encendiendo un puro largo y fino y aspirando, goloso, su humo.

—Yo inauguraré el primero en el banquete de la noche, dijo Marsouille, después del *foie-gràs* y el chocolate. Hay que comer bien para apreciar un buen cigarro; y fumar un buen cigarro para digerir bien una buena comida.

A Tadeo sólo le gustaban los cigarrillos. Perron echó dos potentes chorros de humo por las narices. Contemplando el habano con íntima emoción, definió su admiración con un sordo:

—*E ben, mon colon!*

Hubiera deseado hallarse solo para desmenuzarlo y fumarlo embutido en su pipa.

—Hoy no te llamarás el que jamás recibe nada, dijo el marqués a Laboulle. Una pila de regalos... y un pajarito azul que parecía querer escapar...

Laboulle no le respondió.

Marsouille:

—Si no hubiesen llegado tantas cosas juntas para el príncipe, hubiera sido cosa de entregarle esta "carta para aquel que no recibe", firmada por Eugenio Brieux, en el *Boletín de los ejércitos*. "Evidentemente, son muy contados entre los soldados los que jamás reciben cartas. Mas, si solo hay uno, a ese le escribo yo."

—Lee, te escuchamos, le dijo el marqués. A Laboulle se le ha indigestado el... pajarito azul... En la guerra se pierden todos los buenos hábitos...

Laboulle no le respondió.

Y como Marsouille, Tadeo y Perron callasen:

—Vaya, Citrouille, lee. Esto se ha convertido en un museo de figuras de cera.

Marsouille se puso a leer:

—"Te veo desde aquí, pobre mocito; veo tu embarazo y tristeza cuando el vaguemaestre aparece con un paquete de cartas en las manos, llama: «Tal... tal... tal», y distribuye en manos ansiosas los sobres conteniendo los votos de la familia y los besos de las mamás. Todo el mundo está serio en ese instante. Cada cual tiene el oído. Tú no.

"Sabes de antemano que no hay nada para ti, jamás hay

nada para ti. Es más, cuando los demás corren hacia el distribuidor de alegrías, tú te apartas: sabes que el paquete, por grueso que sea, nada contiene para ti, y es tu deseo que tus compañeros no adviertan que no tienes familia y que nadie te escribe.

"No lloras. Estás habituado a semejantes malaventuras. Sabes que no eres como los demás. Ellos tienen cada uno un padre y una madre; tú jamás los has tenido; estás solito.

"Sin embargo, te bates tan bien como los camaradas. Ahora bien, al portarte tan bien como ellos, haces algo más que ellos.

"Se baten ellos para defender el hogar de sus antepasados y defender sus bienes. Tú, que no tienes ni hogar ni antepasados, te bates sin embargo con el mismo ardor que aquellos que reciben cartas en cada correo. ¿Por quién, por qué disparas entonces tu fusil? Quizá no te lo has preguntado nunca. Yo voy a decírtelo.

"Te bates por el porvenir. Los demás se baten por el pasado o el presente. Tú por los hijos que tendrás. Si hay alguien que se bate por un ideal, ese, en verdad, lo eres tú, que te bates por los francesitos que acaban de nacer y por los que nacerán, para que no tengan ellos que sufrir la vergüenza de la dominación de los bárbaros, la dominación de los brutos que rematan a los heridos, fusilan a los viejos abuelos, destripan a las mujeres, queman los pueblos y bombardean las catedrales.

"Si mueres en esa tarea, nadie te llorará, mi pobre mocito. Pero no morirás. Cuando regreses victorioso, bien sabes que no recibirás sino homenajes colectivos. Después de haber escuchado los vivas de la calle volverás a sentirte solito, *como de costumbre,* mientras los demás se irán a los hogares donde se les espera, a hacerse mojar los bigotes por las lágrimas alegres de mamás temblorosas y besos de hermanitos algo asustados ante el que regresa de la guerra. No hay para ti el rincón de chimenea donde se hará sentar al joven héroe que partió chicuelo y regresó venerable, a quien se le harán relatar, ante los vecinos invitados especialmente, sus miserias y glorias.

"Valor, mi buen tunantuelo! Voy a decirte una cosa, a hacerte una profecía: la chica bonita en quien piensas, aquella

a quien no te has atrevido a decirla tu amor, la que amas o amarás, esa, te mirará con mayor dulzura cuando regreses y sepa que fuiste valiente.

''Prosigue pues tu camino alegremente! No pienses que vas a morir. No hay que morir. En la guerra la mejor manera de no caer consiste en darle muerte al que te apunte. Huir, de nada sirve: las balas alcanzan al mejor corredor. Ten confianza! La vida hasta ahora ha sido injusta y cruel contigo. Te debe una compensación. La obtendrás. No te digas: «Voy a sacrificarme.» Dite: «Voy a vencer.»

''No te avergüences de ser aquel a quien nadie escribe. Muéstrate orgulloso. Los demás han nacido en familia ya hecha. Tú tendrás el orgullo de crear la tuya. Ellos han recibido: tú darás, y tu papel es el más hermoso.

''Una vez más, hijo mío, ¡valor y buena suerte! Y déjame enviarte un beso, yo que no tengo hijo, a ti que no tienes padre.''

—¡Si yo hubiese... En fin, mejor así...

Antes de podérsele hacer pregunta alguna, agregó Laboulle.

—Esta vida, mientras más recios de cuerpo y espíritu nos moldea, más tiernos de alma nos hace.

Marsouille le respondió que no se le había ocurrido pensar en semejante cosa.

—Tampoco se dan cuenta ustedes de que la guerra nos ha hecho más sencillos, desinteresados e idealistas.

Tadeo adivinó una pena escondida en Laboulle. Estuvo a punto de interrogarle. La timidez le selló los labios, contentándose con observar.

—Lo contrario sería lo natural. Matando y viendo matar, viviendo entre moribundos y cadáveres que se pudren bajo nuestras narices, somos los mismos de antes en vez de fieras sin alma.

Hace un año, ni muriéndome de hambre me hubiese decidido a matar un pollo. En el primer combate, desarmado unos instantes, estrangulé a un boche. Después de la guerra, si es necesario, seré capaz de acabar con todos los pollos del mundo. Entonces seremos algo así como cirujanos de regreso del hospital: una vez en casa, no piensan más en si cortaron bien o

mal, ni en tumores, hernias, apendicitis, quejidos, llagas, ni muertos.

—O como los carniceros, que aunque viven destripando y respirando sangre, en nada se diferencian de los demás hombres, agregó el marqués. Tadeo, eres el sentido común en persona.

Laboulle pensaba en una mujer que pensaba en él. Desvanecida cierta sensación de inesperada satisfacción, sentíase acongojado. Ella le quería. ¿Por qué le quería? No debía ser así. «A pesar de todo...»

—Esta vida es insoportable, dijo el marqués. ¡Qué aburrimiento! ¿Qué opinas, Cementerio? Dame tu opinión para la «madrina».

Perron se contentó con mover la cabeza de un lado a otro.

—Esta vida de trinchera es insoportable... Maboul, toma nota de mi imaginación: ¿No crees que en las futuras guerras unos cuantos generales-sabios podrán manejar desde sus laboratorios subterráneos a todo un ejército de fantoches, al servicio de algunos humanos, sirvientes de las piezas de hostilización, ataque y defensa, disimuladas también muy abajo? Para mí la guerra de trincheras se enfermó hace siglos y no ha sanado sino a medias; en comparación creo que más adelantados se hallaban en ella los combatientes de antaño.

—Exageras, le dijo Marsouille.

—Escucha, Maboul, tú que eres hoy el más feliz de nosotros, inventa algo, divaga sobre las trincheras, dí cualquier cosa.

—Trincheras... trincheras...

«A pesar de todo... A pesar... ¡Era posible!... ¿Por qué?...»

—Trincheras... En 430 de la era cristiana, Servilio sitió a los etruscos, no recuerdo en qué ciudad; desde su campamento sus hombres cavaron una galería por la cual desembocaron en el centro de la base enemiga... En 451, en estos campos, contuvo, derrotó Aecio, secundado por Meroveo y Teodorico, a Atila con su medio millón de hunos, ''tempestad de naciones'', pillando, sembrando incendios, hambre y desolación. El jefe de los bárbaros, según se dice, nos dejó curiosos ves-

tigios de guerra no muy distinta a ésta... Por lo tanto, no se debe despreciar el tratado de guerra de Vegecio, del cuarto siglo... ¿Abrir silenciosamente múltiples pasajes subterráneos y aparecérsele súbitamente al enemigo por detrás? ¿Sería posible?... Por otra parte, contra el obús, cada día más poderoso, no hay sino la profundidad. Nos enterramos sin cesar, ¿qué más puede hacerse?... En todo caso, las guerras futuras serán, como la actual, paralelos movimientos de ataque, resistencia, eficiencia, inteligencia y, en último lugar, sobrehumana bravura.

—Ojalá pueda evitarlas su costo ilimitado y la eficiencia militar universal, dijo Marsouille.

Trincheras-fortalezas bordarán las fronteras, impedirán las invasiones; cañones disimulados en ellas dominarán perennemente las líneas enemigas, sus más amenazadores y lejanos órganos vitales. Entonces cada soldado dispondrá de un fusil automático muy ligero, bien calibrado, con depósito para gran número de proyectiles, provisto de bayoneta más corta; y de terribles granadas, grandes como pastillas. Yo veo los automóviles acorazados avanzando por centenas, el cielo convertido en una tela de araña de máquinas de combate; regaderas giratorias de metralla saliendo de la tierra para diezmar las olas de asalto, alimentadas desde abajo por sirvientes con la vista fija en sus periscopios; nubes de gases anestesiantes solamente, que pondrán fuera de combate, durante horas, a miles de hombres; luchas feroces en laberintos de túneles de cemento y acero, caminos de imponentes ciudades subterráneas; torpedos abriéndose paso bajo tierra, como enormes roedores, reventando donde fuere necesario; oigo disparos de cañones aún más poderosos, explosiones francamente absurdas...

El marqués le dijo confidencialmente a Tadeo:

—Maboul debe estar enamorado de una mujer que no le quiere. ¿Viste la carta? ¡La primera!, ¡y más corta que cualquier postal! Sin embargo, está contento, habla hasta por los codos.

Semejante hipótesis sumergió a Tadeo en grandes dudas. «¿Feliz Laboulle? ¡Imposible! ¿Contento? ¿Triste? ¿Cómo saber la verdad?»

Su pensamiento fué a dar a su hogar, al lecho de su hija Corina, mostrando las arrugas de su frente una invencible y dominante preocupación. «¡Qué vida! ¡Nadie feliz, cada uno con su pena!» Se puso a leer nuevamente la carta recibida de su mujer. ''Mitad—le decía ella—, no quiero quitarte el valor, pero yo no quiero tampoco esconderte mi pensamiento: esta soledad me pesa; la tienda, los chicos, el tiempo que me toma nuestro último amor, tan bonito, ha aumentado una libra, y tan llorón, y sobre todo las fiebrecitas de Corina, sobre todo esto, me hacen hasta maldecir la guerra; yo tengo necesidad de mi Tad, tienes que venir, aunque sea por unos días, un hombre de más o de menos no cuenta, díselo a tu jefe. Ayer me decía una señora, yo he perdido a mi marido y no me arrepiento de haberlo dado a la patria; tenga valor; pero sus palabras no me sirven de nada, no me devuelven a mi maridito querido, ni me curan a Corina; están buenas para leerlas en los periódicos, y nada más. Mi patria primera eres tú, nuestros hijos, la casa; después la grande. La tienda marcha bien, se cubren los gastos, se vive, guardo algo; ya verás qué panadero tenemos: un territorial viejo sin una pierna; no sabía nada, hubo que enseñárselo todo y trabaja bien. Marta y Corina te mandan muchos besos y a Tadeíto se los doy yo por ti después de besarle y rezar por ti tu Francisca que tanto te quiere.''

Tadeo, ¿qué te pasa? le preguntó Laboulle interrumpiéndose. *Le cafard* (1)

—Nada, nada me sucede.

Tadeo enrojeció. Estaba seguro de que Laboulle no le creería.

—¿Nada?

—*Ne t'en fais pas,* le dijo el marqués, repitiendo: ¡qué aburrimiento!; esta vida es insoportable.

Laboulle, comprendiendo que su mirada escrutadora incomodaba a Tadeo, le volvió la espalda, diciéndose en alta voz:

(1) *Cafard*: cucaracha. Expresión de uso común entre militares franceses. Soldados de servicio en África fueron los primeros, sin duda, en considerar ese insecto como símbolo del tedio y de la pérfida tristeza que en los momentos de soledad e inacción, en que vuela el pensamiento al hogar, roen la voluntad, el entusiasmo, la decisión, el valor. Años ha, en los lejanos puestos del sur de Túnez, conferían los más viejos a los nuevos las insignias de la Orden de la cucaracha, reproducción, en hoja de lata, del insecto tan temido y odiado en las soledades del *bled* africano.

—Si existe el más allá, jamás hombres algunos se prepararon para él, en penitencia, bondad y absoluta renunciación a todo lo bello y lo bueno de esta vida, como los que soportamos esta existencia infame.

Un soldado alzó sobre el parapeto un bausán vestido de zuavo, bajándolo rápidamente. A poco lo levantó nuevamente, con cuidado. Inmediatamente dos balas se le clavaron en la cabeza. Cayó el zuavo, como muerto; una vez más surgió sobre el parapeto, agitando las piernas y los brazos mientras las balas le acribillaban, hasta comprender el enemigo la treta.

A algo más de cien metros, a la derecha, se oyó una gran explosión.

—No es nada, dijo Collin. Esta no es la hora de la serenata. Una equivocación.

Estalló otro torpedo aéreo a poco.

Luego otros, despacio, excelentemente regulado el tiro, negros objetos que ascendían por los aires después de anunciar duramente su partida, se balanceaban en lo alto como si no supiesen donde ir a morder, reventando al caer con formidable estrépito.

De pronto, por paquetes de media docena, comenzaron a barrer la trinchera, con método, de derecha a izquierda.

Se apoderó de casi todos los hombres el miedo al peligro, a la muerte, en su forma más brutal y cruel. Contraídos los músculos, subidos los hombros, remangada la piel de la frente, parpadeantes los ojos, triturándose las dentaduras, temblorosos los pies, esperaron casi todos la tormenta, donde se hallaban, aunque algunos, Marsouille, Perron y Tadeo de los primeros, habían corrido hacia los abrigos, mientras otros se arrojaban al suelo, cara contra la tierra, echándose encima la manta, una tabla, cualquier cosa, sobre el cuerpo o la cabeza. En una esquina, dos, pálidos, fijaban la vista en el cielo, callado uno, orando el otro, al parecer hipnotizados ambos, incapaces de esbozar el menor gesto.

Se fueron acercando hacia ellos los torpedos.

Laboulle, de jefe de un grupo, el marqués y Collin de otro, observaban los proyectiles, indicando a gritos dónde caerían

probablemente. Corrían, empujaban a los compañeros de un lado a otro, obligando a levantarse a los pegados al suelo.

—Izquierda!... Otra vez izquierda! Iz... Derecha!... *J'suis fontu*!... Por aquí...! Der... Derecha!... Ramal!...

. Gritos, cortas carreras, tropezones, caídas, rasgaduras, golpes, explosiones, fulgores de varios colores, los pulmones pareciendo reventar, las cabezas vaciarse, los tímpanos romperse, las nucas cediendo ante el terrible manotazo del "soplo".

Pasó la ráfaga.

Con la tapa del cráneo arrancada como por maravillosa navaja, en la mejilla y la nariz dos gotas rojas, se conservaba en pie uno de los soldados inmovilizados poco antes por el terror; junto a él quedaba la mitad del compañero, dos piernas, intestinos, sangre, excrementos, huesos, tela.

Algunos hombres rieron estúpidamente. Otros se sacudieron la tierra, silenciosos, sin darse cuenta de las desgarraduras de sus manos y semblantes. Varios se limpiaron con la manga salpicaduras de sangre sobre los uniformes.

—Un alto muro, redondo, de bloques colocados al azar; nosotros en el fondo del círculo esperando el bloque que debe caernos encima, ¿cuál,; uno, dos, varios, o una parte del muro entero, *sapristi!*, ¡qué guerra!

—¿Guerra? ¡Asesinatos!, le respondió Collin al marqués.

La artillería francesa había abierto fuego.

Marsouille, Tadeo y Perron salieron del abrigo, temerosos de sucumbir enterrados vivos. El hueco había sido sacudido varias veces, desmoronándose gran cantidad de piedras y tierra sobre ellos.

—*Qu'est-ce qu'ils prennent!*, exclamó Tadeo con voz insegura, indicando el frente enemigo.

El riego de torpedos comenzó de nuevo, matemáticamente calculado.

Marsouille se tapó la cara con las manos. Perron bajó la cabeza, mordiendo su pipa. Tadeo, sudoroso, la boca abierta, no pudo hacer un gesto. Sólo movía la cabeza, siguiendo los torpedos con la vista.

—*Attention aux pruneaux!*, gritó el marqués.

La escena se repitió. Se repitió seis veces.

Recogidos ocho muertos, enviados a la retaguardia quince heridos, tres casi moribundos, media hora después nadie pensaba en lo sucedido.

—Se vive al minuto, decía Laboulle. El acabado de pasar no cuenta, el que viene, menos; el importante, el único, es el en que vivimos todavía.

—No vivimos, nadie vive en las trincheras, murmuró Collin. Una vez en el matadero las reses, ya no viven; aquí estamos todos sin cesar en el matadero.

—Cada susto de...

—Peligro, interrumpió Marsouille a Tadeo, sin saber a derechas lo que decía.

—Cada peligro de éstos me deja enfermo del estómago. ¡Qué asco! Denme mil batallas, ¡pero esto!

—Esto vale todo lo que la medalla o la cruz significan, le respondió el marqués. Y más aún.

—¿Cómo recompensar entonces lo más aún?, le preguntó Laboulle.

El marqués se encogió de hombros.

Eran cerca de las cinco de la tarde.

En el cielo, allá lejos, surgieron unos puntos, unas mosquitas, unas libélulas, convirtiéndose en pajaritos, en pájaros, en grandes aves: los pájaros de guerra, cinco, ocho, nueve, once, al parecer mezclados, en confusión: los de reconocimiento los más serios, listos una vez más para escrutar los campos enemigos; los de regulación, describiento elipses, preparándose a servirles de ojos curiosos a las baterías; los de caza, más pequeños, ligeros y fuertes a un tiempo, rapaces siempre, hambrientos y agresivos: doce, trece, quince; más, más.

Pasaron sobre las trincheras, trazaron largas líneas derechas, cortas, curvas, círculos; bajaron en espirales; resbalaron sobre un ala, zabulléndose en las nubes; caracolearon, dibujaron elegantes pasos de baile al grave y monótono son de sus motores; jugando la luz del sol sobre sus alas verde pálido, viejo rosa, sombra de hueso, amarillas, blancuzcas, translúcidas, marcadas en sus extremidades con el ojo tricolor de la patria.

Exquisita sinfonía de movimiento, gracia y color, más bella que de costumbre: mancha fugaz y armoniosa, deshecha de

prisa, al esparcirse las grandes aves, convirtiéndose en pájaros, en pajaritos, en libélulas, en mosquitas, perdiéndose su ronroneo, fundiéndose su silueta, meros guiones, puntos, en el horizonte allá lejos.

WILLY DE BLANCK.

(Continuará.)

GRANOS DE ORO

PENSAMIENTOS SELECCIONADOS EN LAS OBRAS DE JOSE MARTÍ.

(*Continuación.*)

VII

Del vol..“Nuestra América”. (Primera parte.)

Un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército.

Quien no sabe excusar y admirar, es ínfimo.

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior o lo ajeno y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto.

Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer.

No hay más viejos que los egoístas.

El egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde.

A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón.

El mundo es fuerte y bello por los amigos.

El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras.

La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo.

Honran y sirven a su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad a sus ideales.

De la transfusión de la sangre mueren los enfermos, cuando no es sangre afín.

Venérese a los hombres de religión, sean católicos o tarahumares; todo el mundo, lacio o lanudo, tiene derecho a su plena conciencia; tirano es el católico que se pone sobre un indú, y el metodista que silba a un católico.

Hállenos de escudo suyo el criollo a quien se impida negar, y el católico a quien se impida afirmar.

El hombre sincero tiene derecho al error.

El gobierno es la equidad perfecta y la serenidad.

Cuando se va a un oficio útil, como el de poner a los hombres amistosos en el goce de la tierra trabajada—y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo—; si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño a un lado, o se le abre en dos y se pasa; y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino.

El hombre no tiene derecho a oponerse al bien del hombre.

Es culpable el que ofende a la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios, y más si los ofende en nombre de la libertad.

Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen.

Quien se da a los hombres es devorado por ellos; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra.

Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan y como los soldados de la inteligencia; y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan y como los legisladores de la mente.

Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena.

Si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico.

¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno!

Los románticos han pecado sólo por su caballeroso exceso de fidelidad a aquella época de renovación sublime.

El hombre, que lleva lo permanente en sí, ha de cultivar lo permanente; o se degrada y vuelve atrás en lo que no lo cultive.

A lo transitorio se esclavizan y venden los que no saben descubrir en sí lo superior y perdurable.

Hay hombres hechos, por su ruin natural, para que se acuesten sobre ellos.

No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre.

El que anda, vence.

Hay que obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la hisotria.

Para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria.

Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es indispensable, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble.

Lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria.

Las batallas se ganan entre ceja y ceja.

La grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí.

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu.

Lo real es lo que importa, no lo aparente.

En la política, lo real es lo que no se ve.

La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos.

A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas.

Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés.

Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan chocan.

Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores.

Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores.

Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende con peligro del invita-

do; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación.

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone.

La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos.

Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos condores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un condor y un cordero. Los mismos condores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el condor maduro.

Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos.

Gobernar no es más que prever.

No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto.

Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Quien dice unión económica, dice unión política.

El pueblo que compra, manda.

El pueblo que vende, sirve.

Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad.

El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno.

El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político.

La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos.

Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él.

Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él.

Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos.

El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir alguno, prefiera al que lo necesite menos.

La Unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él contra otra.

Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá cuando ya no haya pueblos primitivos.

Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta.

El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito.

No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de monedas, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho.

Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad.

La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propia y se la usa con mesura, es ser enérgico.

Sobre serpientes ¿quién levanta pueblos?

Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad.

Quien piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos.

VIII

Del vol. "Nuestra América". (Segunda parte.)

Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados.

Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos.

Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano.

Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor.

Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses.

Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña.

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diez y nueve siglos de monarquía en Francia.

El gobierno ha de nacer del país.

El espíritu del gobierno ha de ser del país.

La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país.

El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés.

Las repúblicas han purgado en las tiranías su capacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos.

Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuéstos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno.

La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno la lastima, se lo sacude y gobierna ella.

En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política.

El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive.

Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías.

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana.

Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

El heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra.

La razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros.

El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima.

Crear es la palabra de pase de esta generación.

El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!

Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república.

Estrategia es política.

Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente.

Los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles.

Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él.

Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odios de razas, porque no hay razas.

El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color.

Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.

Pensar es servir.

Ciencia y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero.

Las fuerzas extraordinarias, en los hombres como en las tierras, por coartadas y obscurecidas que anden, surgen siempre.

Es indudable que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial.

Lo que tiene razón de vivir trae consigo tal pujanza, que no hay preocupación de escuela, ley hostil o capricho pasajero que lo ahogue.

Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

El soldado de fila no ve nunca los ensueños de gloria o deleites de sacrificios que iluminan o enternecen, en la hora del combate, los ojos del capitán.

A la larga, todo pueblo saca ventaja, por la fama que asegura y respeto que inspira, de haber sido heroico;... así como queda para befa y mote cuando tarda en serlo.

(*Concluirá.*)

NOTAS EDITORIALES

LA "SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORÁNEA"

El 4 de mayo de este año quedó constituida ante el Notario de La Habana, Dr. José Luis Pessino, la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea", compañía anónima cuya Directiva está formada por los señores Dr. Leopoldo F. de Sola, Presidente; Dr. Julio Villoldo, Vicepresidente; Dr. Ricardo Sarabasa, Secretario; Ingeniero Mario Guiral Moreno, Tesorero; y Carlos de Velasco, Aurelio Miranda, Dr. Max Henríquez Ureña y Dr. Pedro Villoldo, Vocales. El objeto de dicha Sociedad es el de dedicarse a todos los negocios de imprenta en general, y especialmente a la edición e impresión de libros cubanos, contando para ello con un capital de $300,000 en 3,000 acciones de a cien pesos cada una, preferidas y comunes, de las cuales están ya suscriptas y totalmente pagadas 2,300, que fué el número de ellas que se acordó colocar por ahora.

Un verdadero éxito, que mucho nos alienta y mucho nos obliga con quienes han atendido tan rápida y eficazmente nuestro propósito de fundar esa Sociedad, es el corto plazo en que suscribimos y cobramos dichas acciones, colocándolas entre distinguidísimas personas que, al aportar su dinero muchas de ellas, tuvieron para nosotros frases elogiosas que no olvidaremos y que estimamos en alto grado. Pero no es este hecho en sí lo que más nos halaga, sino la confirmación de la tesis que siempre hemos mantenido: no está todo podrido aquí, ni falta nunca quienes brinden apoyo a las empresas de cultura y de cubanismo: sólo hay que mover las voluntades.

Una vez constituida legalmente la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea", cuya Directiva está formada por todos los redactores de esta Revista y los señores Pedro Villoldo y Aurelio Miranda, se acordó comprar a este último sus afamados talleres tipográficos "El Siglo XX" (Teniente Rey, 27), ampliándolos y mejorándolos con nuevas maquinarias, las más modernas.

El 24 de mayo, ante el propio Notario Pessino, fué firmada la escritura de compraventa de dichos talleres, siendo designado Gerente de ellos el señor Miranda y Gerente General de la Sociedad el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, que lo es también del departamento editorial.

El 31 de julio último fueron inaugurados el nuevo local de Aguiar, 114, anexo al de Teniente Rey, 27, y las nuevas maquinarias llegadas hasta esa fecha, pedidas a los Estados Unidos por conducto de la agencia de la National Paper & Type Company en esta capital, con las cuales la imprenta de la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea" está en condiciones de realizar toda clase de trabajos, llenando así las aspiraciones de los creadores de esta primera casa editorial cubana, fundada por cubanos y con capital cubano.

Del acto de la inauguración, como anteriormente de nuestros proyectos hoy realizados, trataron in extenso los periódicos de esta capital; y aunque bien quisiéramos recoger aquí lo publicado por ellos y por *El Cubano Libre* y *Diario de Cuba,* de Oriente, no nos es posible hacerlo hoy sino con los artículos de *La Prensa* y *El Fígaro,* de La Habana, y *La Defensa* de Manzanillo. Pero vaya, al mismo tiempo que a ellos y a la revista *Letras,* nuestro testimonio de vivísima gratitud a *La Discusión,* *El Comercio, La Noche* y *El Día,* por las expresivas informaciones que generosamente hicieron de aquel acto con el cual realizamos uno de nuestros deseos por más tiempo acariciados; y también a los compañeros que en otros periódicos tuvieron para nosotros la cortesía de atender de algún modo la invitación que a todos hicimos.

He aquí ahora el editorial de *La Prensa* y los artículos de *El Fígaro* y *La Defensa:*

CUBA CONTEMPORÁNEA.—Hace poco más de cinco años, en los primeros días del mes de enero de 1913, saludábamos desde estas mismas columnas de *La Prensa* la aparición de una nueva revista que surgía a la vida del periodismo a impulsos de nobilísimos estímulos.

Un grupo de jóvenes animosos, a cuyo frente figuraba y figura aún nuestro estimado amigo Carlos de Velasco, acometió la empresa de hacer de CUBA CONTEMPORÁNEA, la publicación cuya entrada en la vida del periodismo saludábamos alborozados en los primeros días del año trece, una continuadora de la obra meritísima antaño realizada por la *Revista de Cuba,* del inolvidable José Antonio Cortina, y la *Revista Cubana,* que con tanto acierto dirigió nuestro verdaderamente ilustre compatriota Enrique José Varona.

Si elevado era el propósito que perseguían los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, amplio, intenso y espléndido fué el programa que se trazaron para realizarlo.

Y en cinco y medio años de eficientísimo bregar, poniendo devotamente el pensamiento y la acción al servicio de su elevado propósito, amplia, intensa y espléndidamente han logrado cumplir ese programa. CUBA CONTEMPORÁNEA, a la vez que un magnífico exponente de nuestra cultura y un palenque abierto al estudio de nuestros problemas nacionales, es un vehículo para dar a conocer al pueblo cubano notabilísimos trabajos de la nueva generación de publicistas que a tan alto nivel está colocando en el mundo de las letras el nombre de los pueblos hispanoamericanos.

De aquellos jóvenes animosos, que con el pensamiento y con la acción se propusieron y lograron combatir con éxito las premisas circulantes acerca de la pereza y el pesimismo criollos, falta uno: el doctor José Sixto de Sola, prematuramente arrebatado por la muerte al amor de los suyos y a la tarea de engrandecer y dignificar a la patria de sus amores. El puesto que dejó vacante lo ocupa su hermano, el doctor Leopoldo F. de Sola. Y a más de éste y del señor Carlos de Velasco, integran el cuerpo de redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA los señores Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, Max Henríquez Ureña y Ricardo Sarabasa.

El miércoles último se efectuó la inauguración de las nuevas máquinas con que amplía sus talleres la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea".

Los redactores de la revista en que nos venimos ocupando, asociados a los señores Pedro Villoldo y Aurelio Miranda, constituyeron en el mes de mayo último una sociedad mercantil que adquirió el establecimiento tipográfico "El Siglo XX", no al solo objeto de disponer de una imprenta propia para CUBA CONTEMPORÁNEA, sino para dedicarse en vasta escala a todas las operaciones propias de los giros de imprenta, papelería y encuadernación, y particularmente a la edición de toda clase de libros. Y el miércoles último fueron estrenadas en ese establecimiento una prensa de rotación y cuatro máquinas linotípicas, elementos que unidos a los que ya poseía capacitan a los talleres de CUBA CONTEMPORÁNEA para el desempeño de toda clase de trabajos tipográficos.

Los ramos de librería, papelería, imprenta y encuadernación, íntima-

mente vinculados al desarrollo intelectual de los pueblos, suelen hallarse en los países más civilizados en manos de elementos social e intelectualmente dotados de amplia cultura.

Aquí en Cuba, y en las empresas de esa índole que giran en más vasta esfera, los ramos de librería, papelería, imprenta y encuadernación se hallan generalmente en manos de elementos cuya cultura no rebasa el nivel medio de la cultura que alcanzan las personas aquí dedicadas al comercio en pequeña escala y aun muchas que actúan de modo descollante en los altos círculos mercantiles.

No es aventurado afirmar que a este hecho se debe el escaso desarrollo de nuestro comercio librero y, por lo menos en gran parte, el más escaso aún de nuestras empresas editoriales, puesto que en realidad carecemos de comerciantes e industriales que puedan reputarse como verdaderos bibliógrafos.

En ese campo, casi inexplotado hasta ahora, sientan sus reales y se proponen actuar los fundadores y sostenedores de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Y el éxito que ha coronado sus esfuerzos en la publicación de una revista cuya reputación se extiende más allá de los mares que limitan nuestro territorio nacional, es auspiciosa promesa del éxito que sinceramente les deseamos en esta nueva etapa de sus plausibles actividades.

(*La Prensa,* Habana 2 agosto 1918.)

INDUSTRIAS INTELECTUALES: LA ''SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA''.—Ha sido constituída, y quedado organizada y definitivamente inaugurada, la ''Sociedad Editorial Cuba Contemporánea''. Este suceso es sin duda el de mayor trascendencia literaria e intelectual de cuantos han ocurrido en estos últimos años. Un anhelo general y un proyecto mil veces acariciado por todos los editores y escritores cubanos, es ese que ahora ha sido puesto en planta. Veníamos soñando, hace ya mucho tiempo, con un establecimiento editorial que sirviera a las necesidades urgentísimas de la producción nacional. Todos los sueños y todos los ensayos anteriores fracasaron. Se tropezó con numerosos inconvenientes: uno, la falta de recursos bastantes para intentar la empresa; otro, la sordidez y la incapacidad de los editores que sólo pensaron en su beneficio y no supieron conquistarse el mercado; otro, tal vez el más grave, la falta de todo estímulo, facilidad y retribución para los productores de belleza, con lo cual se retrajeron de las pretensas casas editoriales los escritores de renombre y afluyeron en cambio los que, lejos de enaltecer las letras patrias, tenían que desacreditarlas.

Ahora se va a proceder de otro modo. Se han agrupado, para constituir la ''Sociedad Editorial Cuba Contemporánea'', hombres de recursos, de reconocida solvencia económica, e intelectuales de prestigio, muy conocedores del ambiente cubano y muy capaces de realizar una exacta faena selectiva. El Dr. Leopoldo F. de Sola es el presidente de la empresa à que nos referimos; vicepresidente es Julio Villoldo; secretario general es Ricardo Sarabasa; tesorero el ingeniero Mario Guiral Moreno.

Estos señores, acerca de cuyos méritos y prestigios no cabe discusión alguna, son algo así como el "alto mando" del negocio. Pero no es de menos significación el "personal técnico", el que ha de seleccionar las obras, editarlas y lanzarlas al mercado. Carlos de Velasco, vocal de la Directiva, es el Gerente General; Aurelio Miranda, el conocidísimo impresor habanero, es el Gerente de la Imprenta; Max Henríquez Ureña y Pedro Villoldo, vocales ambos, serán a modo de "socios industriales" que prestarán un excelente concurso intelectual, el más precioso para la empresa.

La "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea" ha acopiado todos los recursos; tuvo los monetarios desde el primer momento, y, de acuerdo con Aurelio Miranda, ha empleado los que han sido necesarios en reforzar los talleres con los elementos que exige la inmensa tarea que van a realizar. Ya todo está en su sitio y dispuesto a emprender la marcha. Carlos de Velasco, el director de la insuperable revista mensual Cuba Contemporánea, creador y *alma máter* de esta gran casa ya establecida, nos ha anunciado que muy en breve será lanzado a las librerías el primer volumen. Serán los *Granos de Oro,* de José Martí, seleccionados por Rafael Argilagos. Después serán los *Comentarios al Código Penal,* del inolvidable González Lanuza. Seguirá un volumen de *Derecho Minero Cubano,* de José Isaac del Corral. Y así se sucederán sin tregua, semana a semana, valiosísimas obras, científicas y literarias, de autores cubanos y extranjeros. Serán convenientemente retribuídos los escritores; habrá una selección rigurosa de las obras, para acreditar la biblioteca; circularán profusamente—previo pacto con todos los libreros de la isla y del exterior—los volúmenes. Ha de ser un éxito, que nosotros auguramos desde ahora. Ya lo festejó, de antemano, el pasado jueves, en la casa de Aurelio Miranda, un selecto concurso de intelectuales cubanos. Estaban allí todos los miembros de la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea" (de Sola, Velasco, los Villoldo, Sarabasa, Guiral), y daban realce al acto distinguidos escritores y artistas de *primo cartello,* damas y caballeros. Se brindó por el triunfo de la nobilísima empresa, que ha de prestar tan hermosos servicios a la causa de la cultura pública. Hubo entusiasmo inusitado y reinó exquisita cordialidad.

Felicitamos a los fundadores de la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea" por lo brillante de los auspicios bajo los cuales va a iniciar sus tareas, y hacemos votos porque logre el éxito que merece y que a todos por igual ha de beneficiarnos inmensamente.

(*El Fígaro,* Habana, 4 agosto 1918).

ECOS Y NOTAS: UNA EMPRESA EDITORIAL.—Para los optimistas, para los que laboramos por el bienestar de nuestro país, para los que luchamos por el adelanto y la cultura patria debe ser como luz de aurora la noticia de que Cuba Contemporánea, la culta revista que va para seis años viene dirigiendo nuestro excelente amigo y compañero Carlos de Velasco, ha entrado en una franca y sólida vía de prosperidad. Aquella revista

mensual que desde el primero de enero de 1913 hasta nuestros días casi se ha venido editando a expensas del bolsillo de sus fundadores, ya que muchas veces han tenido éstos que cubrir el déficit mensual, se ha convertido en casa editorial. Y este hecho sí es merecedor de que lo señalemos con piedra blanca en estos instantes en que nadie parece estar dispuesto a sacrificarse por nada; en que cada quien no se preocupa del interés general sino de su propio interés, aunque sea a costa de los intereses de la Patria; en que hay carencia de ideales o de hombres que los profesen sinceramente y sí hay muchas ambiciones, ansias desmedidas de riquezas por cualquier medio; merece nuestras loas este caso único en la hora actual, de que haya hombres que se sacrifiquen por un ideal, que muestren una dedicación constante a una causa noble y generosa como es la de atacar y resolver nuestros problemas cubanos, procurar la renovación de nuestros valores, la purificación de nuestras costumbres y echarse encima la áspera labor de educar el sentimiento nacional sobre la teoría hermosa predicada por el insigne Varona: amar las letras, el arte y la belleza es ser bueno y mostrar aptitudes para el gobierno propio. Esto han hecho hasta hoy los esforzados paladines, los desinteresados fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, quienes han probado cómo se hace el bien por sólo el goce espiritual del deber cumplido. Este mismo hecho viene en apoyo de nuestros optimismos al proclamar que esto no está perdido, como afirman los vencidos o los pesimistas. Estamos en período de transición, en que si hay mucho malo, no es menos cierto que también nos queda mucho bueno; si es verdad que hay espíritus mezquinos, espíritus egoístas, espíritus pancistas, también hay espíritus patriotas, espíritus generosos, espíritus que sueñan y que lo subordinan todo a una idea de cultura y de bienestar general.

*

La ''Sociedad Editorial Cuba Contemporánea'' viene a llenar un vacío que ha tiempo se notaba en nuestro país. Aquí hacía falta ya una casa editorial que se encargara con especial cuidado de atender a la edición o impresión de toda clase de libros, el libro cubano en particular. Hasta aquí no se había fomentado ninguna empresa en dicho sentido. Había y hay casas que se dedican a esa actividad tipográfica, pero no como una industria especial, como una casa editorial como las de España, Francia y los Estados Unidos. Esas empresas no se dedicaban a la industria, al mercado de libros, sino exclusivamente a la impresión de los mismos por cuenta y riesgo del autor, donde el publicista pobre se veía imposibilitado para editar sus libros debido a la falta de protección o a su escasez de *blanca*. Y es por eso que el libro cubano carece de mercado; por lo difícil, cuando no imposible, que se les hace a nuestros autores editar sus obras, ya que todos los publicistas cubanos no pueden ser autores y editores de sus libros. Las empresas que antes de ahora se han fundado con ese propósito, han fracasado por falta de método y de un verdadero estudio del negocio en nuestro medio, o porque los editores lo han querido todo para sí y que el autor, cuando más, se conformara con ver publicada

su obra, aunque sin ninguna utilidad monetaria. Hasta aquí el negocio de libros ha sido sólo para los editores y libreros: los autores han sido una abstracción. La ventaja que hasta aquí han obtenido los autores con algunos editores ha sido la de que éstos les impriman la obra y les permitan que se la vayan abonando poco a poco, o en determinados plazos. Empero, ''eso'' no es lo que necesitan los autores cubanos: ellos lo que anhelan es que se les editen sus libros por cuenta de la casa editorial y que ésta les asegure alguna utilidad. Bien es verdad que para ello los autores cubanos han debido hacer lo que hicieron los autores españoles: asociarse y editar por su cuenta. Pero ya que esto no ha sido ni parece ser posible, al menos es indispensable que se fomente la casa editorial. ¿Responde a esta necesidad la ''Sociedad Editorial Cuba Contemporánea''? A ciencia cierta no lo sabemos, si bien nos inclinamos a creer que sí. Por lo pronto afirma que se dedicará a editar e imprimir libros de autores cubanos antiguos y contemporáneos. Lo que ya es indicio de que en breve se fomentará en Cuba el verdadero mercado de libros cubanos. Ello es una hermosa esperanza, un refugio casi seguro para el verdadero intelectual cubano.

No debemos hablar de CUBA CONTEMPORÁNEA y de su auge actual, sin que le dediquemos dos líneas de justicia a quien es el alma, el nervio, el entusiasmo de esa patriótica empresa, a Carlos de Velasco, ejemplo vivo de energía, laboriosidad, fuerza moral, constancia y amor a las causas ennoblecedoras. Velasco no sólo honra a nuestra juventud intelectual, porque con su esfuerzo personal o cuando escribe siempre aporta algo al acervo común, sino que dignifica a nuestra juventud por cuanto es una muestra viviente de lo que puede hacer y hace nuestra joven mentalidad cuando se decide a laborar en pro de una causa; ello es triunfo, éxito perdurable. Velasco es un hombre sincero, un temperamento cívico: dice lo que piensa, con valor y sin importarle las consecuencias. Velasco es hombre de ideas y de convicciones hondas, firmísimas; y como es una conciencia limpia, como no está, afortunadamente, ''tocado'' del virus de los que le combaten porque él no se acomoda, no se plega a lo que considera incompatible con sus ideas, de ahí que él aparezca como una desarmonía en el medio que todos respiramos y en el que muchos medran y se nutren de él (del medio ambiente nacional). Lo que nosotros amamos de Carlos de Velasco es su sentido moral, su limpieza de corazón: él no tiene odios para nadie ni padece ''el feo mal de la tristeza del bien ajeno''; sólo tiene opiniones firmes sobre hombres, cosas y sucesos de nuestro país, que expone sin subterfugios ni temores... Dice el artista: toda emoción es admirable. El pensador dice: toda idea, toda conciencia lúcida es digna de respeto. Nosotros decimos: el que labora y trabaja en pro de su país, el que edifica, es acreedor a nuestro reconocimiento y al dictado de patriota. He ahí que Velasco lo es: su obra es CUBA CONTEMPORÁNEA y labor constante por la cultura y el mejoramiento de las costumbres nacionales. Nosotros admiramos el talento, el carácter y la probidad donde-

quiera que éstos se hallen, mas si esas condiciones las posee un buen amigo nuestro, miel sobre hojuelas. Hombres así, limpios de corazón, optimistas creadores, son los que necesitamos para la obra de reconstrucción nacional, para la renovación o trasmutación de valores. *La Defensa*, empresa joven y con alientos renovatrices, felicita a esos espíritus que se agrupan en torno de esa nueva empresa editorial que, indudablemente, será beneficiosa para el país en general y para los intelectuales en particular.

(*La Defensa*, Manzanillo, 7 de agosto de 1918).

Al reproducir íntegros esos tres artículos donde hay conceptos tan enaltecedores para la persona del Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, éste desea hacer constar que los agradece profundamente, pero que los comparte con sus compañeros, con todos, porque a cada uno de ellos corresponde también, sin exceptuar a ninguno, el éxito de este empeño que tantas satisfacciones morales nos ha producido y en el cual son, ellos y él, un mismo pensamiento fundamental y una sola aspiración común: construir, mejorar, ennoblecer, teniendo por única mira la más alta: el mayor bien de la Patria.

Y al cerrar esta nota, vaya también nuestra expresión de gracias a cuantos nos acompañaron en el acto de día 31 de julio, entre los cuales recordamos a Aurelia Castillo de González y al Dr. Enrique José Varona, al Dr. Juan Santos Fernández, Presidente de la Academia de Ciencias; Dr. Gonzalo Aróstegui, Presidente de la Junta de Educación de La Habana; Dres. Juan Miguel Dihigo, Arístides Mestre, Alfredo M. Aguayo y Salvador Salazar, profesores de la Universidad Nacional; Ldo. Wenceslao Gálvez, Teniente Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia; Dr. Ramón A. Catalá, Director de *El Fígaro;* Juan C. Zamora; Pablo Yodú, Dr. Francisco G. del Valle; Fred. P. Mattox, Gerente de la Agencia de la National Paper & Type Co.; E. H. Skidmore, César García y F. Peñaranda, altos empleados de dicha Agencia; Dr. Miguel Angel Aguiar; Pelayo Pérez, de la Redacción de *La Prensa;* Eduardo Cidre y Enrique Gay Calbó, de *El Día;* F. Núñez Parra, de *La Noche;* Waldo Lamas, del *Diario Español;* Enrique Ubieta, Eloy Araujo y Alberto Sabater, de *La Discusión;* un redactor de *El Comercio;* Calixto Fajardo; Fernando Berenguer; Dr. José Huguet; Dr. Julio F. Arteaga; Augusto Beck; Rafael de Castro Palomino; José Pérez Capirot y Dr. Federico Torralbas.

RODÓ Y CUBA

El Ateneo de Santiago de Cuba y uno de los redactores de CUBA CONTEMPORÁNEA, el Dr. Max Henríquez Ureña, han honrado dignamente la memoria del insigne escritor uruguayo José Enrique Rodó el 9 de junio último. La docta institución organizó y efectuó en el teatro Martí, de la capital santiaguense, un brillantísimo acto en que nuestro compañero pronunció la admirable conferencia que aparece al principio de este número de CUBA CONTEMPORÁNEA, y de la cual, enriquecida con valiosos apéndices, se hará en breve una edición en volumen.

Respecto del acto, dejamos a un cultísimo escritor, el estimado compañero y amigo que ha hecho notable su seudónimo de *Ducazcal*, la descripción de ella. He aquí cómo la hizo en *El Cubano Libre* del 10 de junio, bajo el título *La Gloria de Rodó:*

Cábele a la ciudad de Santiago de Cuba, por iniciativa de su Ateneo, el honor de ser la primera población de esta República donde se le rinde homenaje a la luminosa y amable memoria del egregio escritor hispanoamericano José Enrique Rodó, el sugeridor de la ''Magna Patria Continental'', constituída por todas las Repúblicas de América, de origen latino; nacido en Montevideo (Uruguay), el 15 de julio de 1872, y muerto, en el apogeo de su inmenso talento y de su actividad benéfica, el 3 de mayo de 1917, bajo el cielo de Palermo (Sicilia, Italia), tan diáfano y azul como el de su patria nativa.

Conforme a lo anunciado, en la mañana de ayer, domingo, 9, se efectuó, de diez a doce y media, en el teatro *Martí,* donde se congregó una selecta concurrencia de cerca de doscientas personas, el homenaje de admiración que el citado Ateneo había acordado tributar a la inmortal personalidad del artista y pensador que ha legado a la humanidad culta esos monumentos de verdad y belleza que se llaman *Ariel, Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero.* En la mesa presidencial del acto aparecían sentados el segundo vicepresidente del Ateneo, en funciones de presidente, señor Joaquín Navarro Riera; el director, Sr. Dr. Ricardo Eguilior Vinent, y los otros distinguidos miembros de la misma institución cultural, licenciados señores Eudaldo Tamayo Pavón y Erasmo Regüeiferos Boudet y los doctores señores Max Henríquez Ureña y Francisco Marcer Vila.

Tocó a este último iniciar el acto, y lo hizo con la lectura sucesiva de dos breves discursos en elogio del magnífico estilista uruguayo: uno, original del mismo lector, y otro, del joven e insigne escritor mejicano, actualmente en Madrid, señor Alfonso Reyes, quien lo destinó al homenaje,

del mismo carácter, que el Ateneo de La Habana iba a verificar; pero en suspenso aún el proyectado acto, le fué enviado el referido trabajo, tan conceptuoso como bello, al Ateneo, de esta ciudad, que lo agradece en cuanto vale y significa, además de haberlo aplaudido entusiásticamente, como ayer lo hizo, al ser leído por el competente catedrático de Literatura del Instituto Provincial de Oriente, doctor Marcer, que también mereció aplausos y congratulaciones por su ofrenda original a los manes del autor de *Ariel.*

La graciosa e inteligente señorita Juana Núñez, alumna sobresaliente del Instituto Provincial, recitó, con cristalina dicción y cordial sentimiento, unas estrofas vibrantes del joven y talentoso poeta, colaborador de *El Cubano Libre,* señor Rafael A. Estenger; y recibió, por su labor artística, y también para la obra que dió a conocer, la ovación más cariñosa del selecto auditorio.

Eran ya como las once de la mañana cuando el doctor Max Henríquez Ureña—''cuyo nombre no necesita adjetivos encomiásticos'', como dijo ayer, al anunciarle, el presidente sustituto del Ateneo—, comenzó a leer, con perfecta entonación oratoria, con voz de artística y grata polifonía, su conferencia sobre la personalidad, la vida y la obra de José Enrique Rodó. Fué, sin duda, la nota más alta y brillante, la cúspide del homenaje intelectual y afectivo de ayer; y por el justificado temor de profanar, con alguna involucración de conceptos, en esta rápida reseña, fiados tan sólo en la memoria, tan hermosa obra de pensamiento y de estilo, renunciamos al empeño de dar ni un exiguo extracto de lo que es, en realidad, insuperable estudio crítico en el que, con el criterio científico de Taine y el amor comprensivo de Paul de Saint Victor, se consuma el milagro de evocar y volver a la vida al evocador de Bolívar y Montalvo y de la gran Confederación Latina de América. La noble y compleja personalidad literaria, filosófica, política y humanitaria o altruista de Rodó aparece definida en esta conferencia, a la par que el medio y el momento de su actuación en la vida, y también se muestran de relieve las excelencias del inmortal pensador y artista que merece ser llamado el Renán hispanoamericano. Comienza la conferencia con una sugestiva alusión a la visita que un anónimo viajero (el ilustre doctor señor Francisco Henríquez Carvajal, ex-presidente de Santo Domingo y padre del doctor Max Henríquez Ureña), hizo, en mayo de 1916, al magnífico Rodó, en su casa solariega de la calle del Cerrito, en Montevideo, y así nos parece poder distinguir hasta el acento de aquel apóstol del ideal de la verdad y la belleza, en su entrevista con el insigne patriota dominicano que tuvo la honra y el placer de escucharle y de estrechar su mano. Analizó el docto crítico el concepto de los libros de Rodó, y como ejemplo de sus hermosas enseñanzas leyó magistralmente *La pampa de granito.* Tal vez pronto podremos leer íntegra la admirable conferencia, en volumen publicado por la recién fundada casa editorial CUBA CONTEMPORÁNEA, de La Habana, y así, en la forma indeleble y manuable del libro, podrá esparcirse más y mejor esa profunda, clarividente y bellísima obra cuyos conceptos de intensa crítica

y cuyas espléndidas facetas de estilo nutrieron y deslumbraron el espíritu de la concurrencia ayer congregada en el teatro *Martí,* y movieron a todos los partícipes del solemne y confortante acto cultural a rendir las más férvidas ovaciones de admiración al gallardo cantor y panegirista del rey de los prosistas castellanos durante los últimos veinte años de nuestra época.

¡Loor, pues, al inmortal Rodó, cuyas enseñanzas ojalá fructifiquen positivamente en la conciencia, en la voluntad y en la conducta de toda la América Latina, y aun de la humanidad culta en masa, y loor también al Ateneo de Santiago de Cuba y al insigne Max Henríquez Ureña, por la edificante obra de amor, de justicia y de alta cultura que ayer realizaron con tal feliz éxito!

Cuba Contemporánea felicita al Ateneo de Santiago de Cuba, y se felicita a sí misma, por el hermoso homenaje rendido en aquella capital a la memoria de uno de los más notables y altos espíritus literarios de América, prematura y desgraciadamente extinguido cuando más esperábamos de él quienes leíamos sus obras con deleite y confiábamos en que sabría extender su apostolado de bien, de belleza y de americanismo cordial y provechoso.

EL CUMPLIMIENTO DE LA LEY

Cuba Contemporánea, cuyos redactores todos han hecho siempre hincapié en el incumplimiento de las leyes en Cuba, y en los graves males que tan funesta práctica trae aparejados, no puede dejar sin comentario un hecho que desde la época del Presidente Estrada Palma no se había repetido entre nosotros: el de la ejecución de reos condenados a la pena capital. El reciente fusilamiento de tres soldados criminales ha movido la opinión en días pasados; y aunque somos en principio contrarios a la pena de muerte, comprendemos que en Cuba es preciso ya hacer un alto en el desatentado camino de la mal entendida clemencia, que conduce derechamente a la impunidad y a la falta del respeto debido a las leyes y a los derechos de los hombres de bien.

Doloroso es tener que decir cuán necesario es que aquí se cumplan los fallos de nuestros tribunales, aunque sean senten-

cias de muerte; pero más doloroso aún, y peligroso en sumo grado para la sociedad, es que los indultos y amnistías quiten toda fuerza a la ley y dejen sin el debido castigo a los delincuentes, disminuyendo día tras día, en los jueces y tribunales, aquella necesaria confianza en el respeto a sus decisiones, que es indispensable estímulo para quienes cumplen con su deber de condenar.

Mucho se ha escrito ya en contra y en pro de la eficacia, de la ejemplaridad de la pena de muerte; plumas autorizadísimas se ha ocupado en este asunto, hasta casi agotar el tema, de suyo interesante, hondo y complejo; sin embargo, en relación con nuestro medio y con el fusilamiento de esos tres soldados convictos de horrendo crimen, hubiéramos aquí añadido algunas páginas más a la extensa literatura existente sobre la materia, si el diario *La Lucha,* de esta capital, en su edición matutina del 8 de julio último, no hubiese reflejado en su editorial de ese día nuestro modo de pensar. Y tan exactamente, que hacemos nuestros sus conceptos emitidos en ese artículo y lo reproducimos a continuación. Se titula *El fusilamiento de Bayamo:*

Con motivo del fusilamiento de tres soldados, efectuado el último sábado en la histórica ciudad de Bayamo, hemos tenido ocasión de oir los más contradictorios comentarios. El cubano posee casi siempre una sensibilidad enfermiza cuando se trata de la aplicación inexorable de la Ley, y no pocos amigos nuestros han considerado cruel el que no se haya aplicado la prerrogativa de indulto a esos hombres, que se hicieron culpables de un odioso crimen.

Por nuestra parte creemos, y no tenemos inconveniente en proclamarlo muy alto, que jamás el general Menocal ha estado más en su puesto que al negarse a indultar a los tres asesinos, y que mucho hubiera tenido que echarle en cara la vindicta pública si, interpretando mal el verdadero deber de un gobernante, se hubiese dejado llevar por la misma piedad morbosa y concedido el perdón a los que con cien vidas no hubieran pagado la deuda que con la sociedad contrajeron.

Somos, naturalmente, opuestos a la pena de muerte, pero consideramos que hay ciertos delitos para los cuales todavía resulta pequeño ese castigo. Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, poseen un nivel más alto de cultura que nosotros y no han podido eliminarla de sus códigos. Entre nosotros mismos se castiga con la muerte, a espaldas de la Ley, y se ha empleado este abominable género de castigo bajo todos nuestros gobiernos, sin que nadie haya protestado ni hecho los gestos de desagrado con que

ahora no pocos hablan de la pena ejecutada con todos los requisitos legales y después de la sentencia dictada por un tribunal competente.

El asesinato perpetrado por hombres armados por el Estado, para defenderlo y para mantener el orden en su interior, es un crimen que no tiene atenuaciones ni disculpa. Un ciudadano inerme que cae bajo el plomo o el acero de los llamados a velar por su tranquilidad, es algo tan repugnante, tan monstruoso, como quiera que se mire, que no puede ser comparado con los crímenes vulgares que se cometen a diario, y en los cuales cabe todavía discutir si merecen o no ser purgados con la vida. Para el delito de un hombre que, amparado con el uniforme, roba, atropella o mata, no debe haber contemplaciones de ninguna clase, ni hablarse de mal entendidos principios de humanidad, porque la sociedad cubana estaría en un verdadero peligro el día en que tales desafueros se dejaran sistemáticamente impunes.

Nosotros pensamos, por el contrario, que si antes se hubiese procedido con mano fuerte en el castigo de los delitos cometidos por individuos al servicio del Estado, tal vez el infeliz matrimonio asesinado por los fusilados de anteayer no hubiera perdido la vida. La clemencia mal entendida es la que arma el brazo de los facinerosos, y la impunidad conduce al desprecio de la Ley. Por eso aplaudimos al general Menocal, por no haberse dejado ablandar por los que esperaban de él un rasgo de esa mal entendida clemencia; y lo aplaudiríamos mucho más si menudeara los escarmientos saludables y, en el tiempo que le queda de gobierno, dejase completamente restablecidos los fueros de la justicia y el respeto a las leyes, que desgraciadamente han decaído mucho más de lo conveniente entre nosotros, gracias al abuso de los indultos y las amnistías.

Es proverbial que en Cuba se ha llegado a no temer las consecuencias de ningún delito, y que los autores de hechos de sangre hacen alarde públicamente de que con unos cuantos meses de cárcel quedarán en paz con la justicia, y eso si no se les indulta al día siguiente de dictarse la sentencia. Es notorio también que las quejas, las denuncias y aun los procesamientos contra individuos de las fuerzas armadas han menudeado, a medida que ha ido relajándose el concepto de la disciplina social. Y para nadie es un secreto que todo eso es debido a que la Ley no se cumple, a que la eficacia de los tribunales ha caído en descrédito y a que la política, al corromperlo y desmoralizarlo todo, ha empezado por rendir culto a la irresponsabilidad en todos los órdenes, como una de las bases en que más firmemente podía asentarse el impudor de los partidos.

El penoso acto que tuvo por escenario la apacible villa de Bayamo tiende a restablecer todo eso que se ha alterado y podrido en nuestro país, y a ponernos en el camino que siguen las sociedades ordenadas de todas partes del mundo. La sangre derramada por esos tres pobres diablos no será infecunda si se persevera en el camino de la justicia; y tiene, sobre todo, el privilegio de haber hecho reflexionar a muchos que creían de buena fe que aquí todo puede hacerse impunemente.

Es menester que tengamos presente a todas horas que si queremos ha-

cer del nuestro un pueblo serio y disciplinado, lo primero es crear el respeto a las leyes, que entre nosotros no existe, y colocar los mandatos de éstas por encima de todos los intereses que se opongan a su cumplimiento.

Como comentario único a lo transcripto, diremos que es la primera vez, desde la instauración de la República en 1902, que se cumple en Cuba una sentencia de muerte dictada por un tribunal militar contra individuos de esta clase; y que quien esto escribe vió al Presidente Estrada Palma firmar la primera que mandó él cumplir, dictada por un tribunal civil: le temblaba la mano al noble prócer, la diestra con que sostenía la pluma de que dependía una vida; pero, haciendo un esfuerzo y venciendo la agitación interior exteriorizada en su semblante, sujetó con la izquierda su derecha y firmó... Cumplió así con su deber, como ahora el actual Presidente ha cumplido con el suyo. Vale más una sociedad que una vida, sobre todo cuando las vidas de quienes la componen pueden quedar a merecd—por la impunidad a que alienta el incumplimiento de las leyes—de los que no vacilan en arrancar la suya a otros.

EL DIVORCIO

Al fin, después de una tenaz lucha de más de cuatro años, el Congreso cubano ha aprobado una ley de divorcio más amplia de lo que esperábamos los defensores de esta reforma, y más de acuerdo con el espíritu de la época y con las realidades de la vida. Establece como único matrimonio legal, es decir, como único reconocido por el Estado, el matrimonio civil; y establece el divorcio por mutuo disentimiento, aunque prudentemente regulada esta causal.

Es un gran triunfo para cuantos de alguna manera hemos influido en la aprobación de esa ley, y es una gran derrota para los elementos que, sintiéndose ya de nuevo fuertes, tornáronse altivos y desafiadores y pretendieron impedir no sólo la votación—casi unánime—en el Congreso, sino después la sanción presidencial. No la dió expresa el Presidente de la República, pero sí tácita al dejar transcurrir el plazo en que debió devolver la ley a las Cámaras, si tenía objeciones que hacerle.

No podía en buena lógica ir contra ella el actual Jefe del Estado, porque él es Mayor General de la Revolución; y los revolucionarios cubanos establecieron el divorcio en sus leyes. Pero sí hubiéramos preferido que la sancionase expresamente.

Cuba Contemporánea, en cuyas páginas han aparecido diversos trabajos acerca de la necesidad de establecer el divorcio aquí, y dos de cuyos redactores—los Dres. Villoldo y Sarabasa—fueron en el Congreso Jurídico últimamente celebrado en La Habana los paladines de él, felicitan al Congreso Cubano por esa obra, y especialmente a los senadores Ricardo Dolz y Manuel Fernández Guevara, autor de la ponencia de la ley y defensor de ésta el primero, y autor, el segundo, de la enmienda estableciendo el mutuo disenso como causa de divorcio. Y al felicitar a las Cámaras, felicita a la República por su triunfo sobre la Colonia, y se felicita a sí misma.

No importa que bramen los opositores de esa ley: lo que importa es la vigencia de ella, evitar los abusos que a su sombra pudieran cometerse para desacreditarla, pedir que se la interprete y aplique rectamente, y, sobre todo, no tolerar que sea discutido el poder civil, ni puesta en entredicho la facultad soberana del Estado para legislar acerca del matrimonio, por quienes están obligados a cumplir y respetar las leyes y las instituciones de nuestro país. Si no saben o no quieren respetarlas, es preciso exigirles ese respeto.

Muy lícito que no quieran los católicos divorciarse, si su religión se lo impide: nadie les impondrá el divorcio; pero sí habrá que imponerles a algunos representantes de esa religión el respeto que merece el pensamiento de los demás y la reforma llevada a cabo por nuestros legisladores, que no son tan ''inconscientes'' como dijo el *Diario de la Marina* en su edición de la tarde del 18 del pasado julio al comentar, con iracundia impropia de periódico tan cristiano, la pérdida de este pleito.

ÍNDICE DEL TOMO DECIMOSÉPTIMO

(MAYO-AGOSTO, 1918)

POR MATERIAS

POR AUTORES

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

